

Doctor Ingeniero Juan Corrales Martín (Pío)
Trujillo (Cáceres) 11/07/1907 - Barcelona 14/11/2000
La Funesta Manía de Pensar (Ensayos breves sobre casi todo)

	<u>Nº</u>	<u>Pg. a</u>	<u>Pg.</u>
Portada y Explicación del Transcriptor	001	001	001
Dedicatoria del Transcriptor	002	002	002
Producción Literaria	003	003	003
Prólogo del Autor	004	004	004
Ensayos: Apuntes para una Teología Laica	01	005	012
En Busca de la Verdad Perdida	02	013	015
Ideas Sobre el Cosmos	03	016	021
El Pensamiento no delinque:	04	022	027
La Política	04A	022	022
La Democracia	04B	022	022
La Dictadura	04C	022	022
El Socialismo	04D	023	023
El Capitalismo	04E	023	023
El Liberalismo	04F	023	024
El Anarquismo	04G	024	024
La Justicia	04H	024	024
La Sociedad	04I	024	025
El Pueblo	04J	025	025
El Partidismo	05	026	027
Hacia el Caos (con los mejores deseos):			
La Enseñanza ¿para qué? - A	06	028	029
La Enseñanza ¿para qué? - B	07	030	035
El Academicismo	07	030	033
El Enciclopedismo	07	033	035
Las Vías del Saber:	08	036	039
La Era del Empirismo	08A	036	036
La Era de la Razón	08B	036	037
La Era Especulativa	08C	037	038
El Saber Armonioso	08D	038	038
Nuestro Tiempo	08E	038	039
El Conocimiento Aleatorio	08F	039	039
La Verdad Última	08F	039	042
Sólo sé que no sé nada	09	043	045
La Indiferencia	10	046	047
El Clasismo	11	048	049
El Proteccionismo	12	050	054

La Funesta Manía de Pensar (Ensayos breves sobre casi todo)

	<u>Nº</u>	<u>Pg. a Pg.</u>	
El Vacacionismo	13	055	058
Sobre las Cosas de este Mundo:			
La Sociedad	14	060	062
..... es Cosa de Dos	15	063	064
La Diosa Humana	16	065	065
Filosofía:			
Pienso Luego Existo	17	066	069
La Paradoja del Hombre	18	070	081
La Raíz de la Paradoja	18	070	071
La Paradoja Sigue	18	071	077
La Técnica, Chivo Expiatorio	18	077	081
La Ciencia Vacilante	19	082	084
Más Allá de la Razón	20	085	092
Comentarios Ligeros sobre Temas Profundos	21	093	097
Sociología:			
De la Crítica Literaria	22	098	100
Psicología:			
La Crisis Permanente	23	101	104
Al Calor de los Tópicos	24	105	110
Prólogo	24	105	107
Igualdad	24	107	108
Fraternidad	24	108	109
Justicia	24	109	109
Amor	24	110	111
Legalidad o Justicia	25	112	112
El Camino de la Decadencia	26	113	118
Por los Caminos del más allá	27	119	123
Arte y Espectáculo:			
El Espectador Inverosímil	28	124	125
Modas y Modos de Expresión	29	126	127
Desde la Barrera	30	128	129
La otra cara de la belleza: El Número	31	130	133

La Funesta Manía de Pensar(Ensayos breves sobre casi todo)

	<u>Nº</u>	<u>Pg. a Pg.</u>	
Varios:			
Él, Ella y Todo lo Demás	32	134	136
¡Ay, mujer, mujer!	33	137	139
El Gran Pecado y Otras Cosas	34	140	149
Prólogo	34	140	141
El Snob	34A	141	142
La Felicidad	34B	142	144
La Moral	34C	144	145
La Masa	34D	145	149
El Mito de la Trinidad Laica	35	150	151
Meditaciones sin Importancia	36	152	158
Prólogo	36A	152	154
La Juventud	36B	154	155
La Vejez	36C	155	157
El Azar	36D	157	158
Ciencia:			
Fantasía y Ciencia	37	159	161
El Conocimiento Paso a Paso	38	162	165
El Tiempo:	39	166	175
Atributos Convencionales del Tiempo	39A	166	166
El Tiempo	39B	166	167
El Tiempo en la Mitología Griega	39C	167	168
La Evolución	39D	168	171
El Tiempo Meteorológico y			
La Metamorfosis de las Cosas	39E	171	173
El Tiempo Astronómico	39D	173	174
El Tiempo (palabras duda)	39C	174	175

Wep donde se inserta toda su obra, tanto técnica como literaria.

<http://catedraendesa.us.es/index.php/es/juan-corrales-y-su-obra>

La Funesta Manía de Pensar

Autor: Doctor Ingeniero

Juan Corrales Martín

Ensayos de un Ausente

muy vivo en nuestra memoria.

Explicaciones de un admirador del

Doctor Ingeniero Juan Corrales Martín

(Pío, para la familia)

Después de haber pasado trece años desde su desaparición, he tomado la determinación de pasar a limpio los apuntes manuscritos, muy voluminosos que con el título de “La Funesta Manía de Pensar” tenía en un carpesano. Siempre he tenido la idea de hacerlo pero por.... ¿pereza? ¿sentimentalismo? no acababa de decidirme.

Ahora lo hago con el convencimiento de que los pensamientos del que fue padre de mi esposa, merecen ser conocidos, al menos por su familia.

Mi relación con él fue muy buena sobre todo en sus cuatro últimos años que vivimos juntos, por eso me parece que ni la palabra suegro y menos la de padre político me parecen apropiadas, ni dignas.

Espero que esta tarea que emprendo, sea digna del hombre y de la familia a quien en primer grado va dirigida.

Barcelona 12 de diciembre de 2013

Juan Pardos

Dedicado a toda la familia Corrales y a los que sin llevar el apellido nos sentimos afectados con ella.

Como explico en el prólogo que se incluye en la que llamo “Portada”, por diferentes motivos he creído oportuno rescatar de entre los papeles de Pío un legajo, en su mayor parte manuscritos, en el que hay uno que aparece con el título de “La Funesta Manía de Pensar” compuesto de varios subtítulos. De este último he sacado el primero que aparece con el nombre de “Apuntes para una Teología Laica”.

La verdad es que cuesta ponerlo en limpio por varios motivos; uno, la letra de Pío ya era bastante difícil de leer, pero además con la visión mermada como tenía, no siempre se ve claro lo que escribe exactamente; dos, hace apartados o separatas que hay que ensamblar y no siempre están claras; tres, este primer tema al menos, me ha parecido bastante difícil de transcribir porque mi ignorancia en algunos comentarios vertidos me ha supuesto ir al diccionario a fin de descubrir lo que estaba leyendo para tratar de pasarlo a limpio en el ordenador lo más ajustado posible al texto original. Afortunadamente las aportaciones de mi esposa, María Victoria (también llamada Piluca, tata Pucucu, Lulín, Vicky, Pichurri, Ita y no se cuantos nombres más), me han ayudado: está asegurado que en lo sucesivo seguirá colaborando en este pequeño homenaje a su padre.

Lo primero que espero de todos vosotros es, sinceridad. Si pensáis que no vale la pena el esfuerzo por considerar que lo que se transcribe resulta poco interesante, pues dejo de dar la tabarra a quien así lo estime, sin ningún resentimiento por mi parte. Como a mí me gustan, seguiré haciéndole partícipe de mis progresos a quien así lo desee; a estos últimos les pediría que si encuentran en ellos alguna falta de comprensión y/u ortografía, me lo hagan saber, de este modo podré afinar mejor lo que en ellos se explica.

Por fin, os doy las gracias por la atención prestada y os envío a todos, un beso a ellas y un abrazo a ellos.

Juan Pardos (Papu)

Producción Literaria
del Doctor Ingeniero Juan Corrales Martín
Trujillo (Cáceres) 11/07/1907 - Barcelona 14/11/2000

Libros Editados:

Cálculo Industrial de Máquinas Eléctricas Tomo 1 (1968-1982)
Cálculo Industrial de Máquinas Eléctricas Tomo 2 (1968-1982)
Editorial Marcombo – Universidad Politécnica de Barcelona
Premio al Libro Técnico en la III Feria Nacional del Libro (1970)
Otorgado por La Asociación de Ingenieros Industriales de Bilbao
La Máquina Eléctrica Tomo 1 (1970) – Principios Fundamentales
La Máquina Eléctrica Tomo 2 (1970) – Teoría General de Funcionamiento
Editorial Labor
Cálculo Modular de Máquinas Eléctricas (Manual Práctico) (1994)
Editorial Marcombo – Universidad Politécnica de Barcelona
Teoría, Cálculo y Construcción de Transformadores
(Ediciones 1945-1950-1954-1960-1969) reimpresión 1957
Editorial Labor (tomo 7 de la Escuela del Técnico Electricista)
Cálculo Óptimo de Transformadores (1978)
Editorial Marcombo – Universidad Politécnica de Barcelona
Introducción a los Fenómenos Transitorios (1983)
Editorial Marcombo
La Ingeniería ante el Problema del Paro (1994)
Encuentros con la Innovación – Comité de Inventiva y Creatividad
Sección de Publicaciones de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros
Industriales – Universidad Politécnica de Madrid
Autobiografía – Ingenio para enseñar (2000)
Colegios Oficiales de Ingeniería de Extremadura y Cataluña

Publicaciones Parciales:

Apuntes sobre la Ley de la Relatividad
Reflexiones en torno a la Física Moderna
1 – Introducción a una nueva Física Racional
2 – Otra Física
3 – Planteamientos Matemáticos
4 – Apéndice – Ejercicios Numéricos

Libros NO editados:

Apuntes sobre Motores Hidráulicos (1923)
La Funesta Manía de Pensar (Ensayos sobre casi todo)
Desde el Infinito (Poesías)

La Funesta Manía de Pensar

(Ensayos breves sobre casi todo)

Juan Corrales Martín (Pío)

PRÓLOGO DEL AUTOR

En varios momentos cruciales de la Historia el pensamiento no ha sido muy apreciado que digamos, considerándose como algo peligroso, y por ello digno de severas restricciones.

Sin remontarnos a la edad media y a los finales de la misma, ya en nuestros días, el pensar libremente ha resultado sospechoso dado que en ello han coincidido con gran fuerza estamentos muy respetables y hasta socialmente ejemplares; de aquí, que el escritor se haya lanzado con gran cautela al arriesgado ejercicio de pensar, cubriéndose medio este preámbulo ante el riesgo de caer en graves desacatos.

Las consecuencias de una audacia de tal naturaleza son imprevisibles hasta cierto punto intimidatorias. Por eso deseamos congraciarnos antes con aquellas sentenciosas opiniones trayendo a la portada el prudente juicio enunciado en su día por el Decano de la Universidad de Cervera ante el deseado príncipe; “lejos de nos la funesta manía de pensar” que el sabio pueblo había ya refrendado de algún modo con el noble grito de “¡vivan las cadenas!”.

Por si tales sentencias no fuesen suficientes y teniendo en cuenta que para pensar hay que poner en juego el intelecto, nos ha servido también aquella frase lapidaria dejada escapar en otra ocasión por una ilustre figura de nuestra Historia contemporánea, también en acto universitario “¡Muera la inteligencia!”.

A mayor abundamiento y sin salirnos de la Universidad, con clara intención de repulsa ante cualquier nueva idea, nuestro Don Miguel de Unamuno pudo proponer en su sede académica de Salamanca aquella otra sensata norma ante la peligrosa aventura del espíritu creador: “¡Que inventen ellos!”.

Intimidados por el concordante juicio de tantas y tan notorias autoridades decididamente adversas a toda actividad pensante, hemos dudado mucho antes de exponer nuestras ideas en este opúsculo, y ante la posible condena nos apresuramos ya de antemano a solicitar el indulto.

¡Que así sea!

Juan Corrales Martín

El centro de toda especulación teológica es de antemano, la existencia de Dios. No se ha conocido a lo largo de la Historia, ni un solo pueblo que no tenga una idea propia de lo sobrenatural, lo que viene a ser un concepto más o menos claro de la divinidad, aunque la forma de concebirla haya sido tan distinta de unos a otros pueblos.

De cualquier modo la cuestión primordial que se le plantea a todo analista, es el problema de la existencia de esta misma Entidad divina que, en una u otra forma personalizamos con el nombre de Dios; la incógnita es, si esta creencia es fruto de un anhelo común o hay razones suficientes para expresarla afirmativamente.

De entre los múltiples argumentos que los distintos credos aportan para afirmar esta existencia aparece un hecho inexplicable por si mismo que conduce más que otro alguno a pensar en lo sobrenatural como única causa posible: El de La Creación.

Nuestra inteligencia y la observación de la Naturaleza, y por extensión, del Cosmos, nos hace ver muy pronto la incapacidad del mismo, por impotente y pasivo, para su propia formación a partir de la nada.

Cabria atribuir al Universo su presencia desde la eternidad pero este criterio – el concepto de eternidad – es más difícil de asumir en cualquier forma que el de lo sobrenatural, aceptable como superior a la mente humana pero actual en un ser de esa misma naturaleza; ese ser al que llamamos Dios, eterno, pues, y con potestad suficiente para un acto como el de la Creación que consiste en extraer algo de la nada por un esfuerzo único de suprema voluntad; si estas conclusiones no son demostrables, cual un teorema matemático, son cuando menos las más lógicas o, si se quiere, nada irracionales; la mente humana puede concebir que haya algo por encima de la misma, aunque no contra la evidencia racional tal como se propone en algunas confesiones religiosas.

A la idea de aquel ser supremo, muchas conciencias añaden la de otras Potencias antagónicas y numerosas complementarias o accesorias que contradicen la potestad del mismo Dios: Areman frente a Ormuz, Platón frente a Zeus, el diablo frente a Dios cristiano etc.; la cohorte de dioses menores, semidioses o santos, - si no irracionales, si, al menos, superficiales y contradictorias - .

La esencia y sustancia divinas son también motivo de variadas interpretaciones; algunas que las identifican con el mismo Universo material-panteísmo incompatible, según hemos dicho, con la inercia ininteligente del mundo material; representaciones antropomórficas más nobles pero no menos imposibles; hasta la incorporación del poder divino a estatuas o iconos; interpretaciones sobre las cuales no vamos a insistir por considerarlas como meras supersticiones atentatorias a la misma idea de lo divino.

Las discrepancias surgen de nuevo al señalar los atributos de las varias entidades deificadas, bien al establecer una suerte de especialización para cada una de ellas, bien para concentrar múltiples poderes en algunos de ellos.

Es imposible para nosotros definir y acotar los atributos de un ser que rebasa un tal

grado nuestra capacidad de comprensión, ni podemos esperar que los conceptos prendidos en la mente humana tengan el mismo significado en el plano inasequible al que se pretende llegar.

Una circunstancia que tampoco debe olvidarse es el lugar intervalo de nuestra existencia frente a la existencia del Cosmos; a penas un relámpago cuya duración, cualquiera que sea, nada significa.

Las más concretas y ennoblecedoras virtudes como corresponde a la majestad de Dios, son las de inspiración cristiana, concediéndose las de infinito poder, infinita bondad e infinita sabiduría en consonancia con la grandiosidad de su obra pero que no dejan de inducir a ciertas reservas si atendemos a otros postulados o hechos reconocidos por el mismo credo; en vista de lo cual, preciso es aclarar el verdadero significado de dichos atributos.

A primera vista resultan contradictorios semejantes atributos con otras premisas de la misma religión; frente al poder de Dios se alza en ella el poder del diablo lo que resta al primero el carácter de infinitud; la presencia del mal sobre la tierra contradice la infinita bondad del creador de todas las cosas; y su ilimitada sabiduría no armoniza con los innumerables errores patentes contenidos en la que se dice revelación divina.

¿Es que son falsos, pues, aquellos nobles atributos de la divinidad o es que no se ha comprendido bien el estricto significado loable de los mismos?; indudablemente estamos en el segundo caso.

En primer lugar; el poder de Dios no puede obrar en la ligereza o frivolidad de vulnerar sus propias leyes que por su sabiduría y racionalidad son intocables; ni la tierra puede interrumpir su rotación, ni las aguas formar un muro insostenible para que el llamado a si mismo pueblo elegido por Dios cruce un ancho brazo de mar; ni los milagros de los santos e imágenes pueden alterar el curso natural señalado desde los orígenes; el milagro irracional no es compatible con el orden divino.

Tal es la limitación que el mismo Dios ha de imponer a su poder; el del propio orden por El establecido.

En cuanto a su providencia sobre los seres humanos no existe limitación en la medida en que el espíritu, evidente atributo del hombre, se halla libre de normas inviolables, es decir, ajeno a las leyes naturales físicas preestablecidas o sea en la parcela humana, libre albedrío que puede entregarse voluntaria o forzosamente a los designios divinos.

Es así como deben de interpretarse los poderes del supremo renunciando a imaginarse el ejercicio de los mismos con acciones volubles desprovistas de toda ley.

El testimonio más fehaciente del poder de Dios reside en la Creación, al mismo tiempo prueba fundamental de la existencia del mismo.

El proceso creador es piedra clave para asentar toda doctrina religiosa ya que, en cierto modo, la obra caracteriza al autor.

En verdad, no existen datos o signos irrefutables de ese proceso aunque los esfuerzos científicos por descubrirlos hayan sido en todo tiempo considerables y no del todo vanos; lo que sí es más fácil de asegurar a la vista de lo existente es las

maneras en que no ha podido producirse, por común, precisamente aquellas que pueden presentarse como verdaderas de fe en algunos credos religiosos.

La fantasía íntegra del relato bíblico contenido en el Génesis, es una de ellas para nosotros la más turbadora; ni secuencia, ni periodos, ni objetos de la creación tienen el más mínimo trazo de verisimilitud a la luz de la Ciencia moderna, e incluso del sentido común, pese a que incomprensiblemente se siga propalando todavía en nuestro tiempo tal fábula como verdad absoluta.

Otro atributo divino, el de la infalibilidad de Dios la falsean o tergiversan numerosos exegetas; la hacen absolutamente incompatible con el anuncio de penas eternas y de espíritus malignos que se oponen con éxito al poder de Dios mancillando su bondad o bien, con peor sentido, implicando a Dios mismo en consentir la existencia de tan maléficos seres, en un acto de complicidad absolutamente increíble.

La existencia del diablo atenta de lleno contra el poder y la bondad divinas, aunque dicha creencia forme parte de tantas proclamas religiosas desde los tiempos más remotos – Ormuz y Ahriman, Zeus y Plutón, ... – hasta nuestros días – Dios y Lucifer.

Menguada idea tiene de la bondad divina quien para propiciar sus valores le ofrece sacrificios propios o ajenos, animales o humanos, como lo harían ante un poder sádico siempre complacido por la visión del dolor y la sangre; o bien incurre en tantas aberraciones para aplacar la cólera celeste imposible de desatarse cual pecado de la ira en un ser supremo de la naturaleza de Dios; tampoco han de rendirle los coros de alabanzas, tan propio manjar de la idolatría.

Un error sencillo y sincero; he aquí el mayor tributo que rendirse a un Dios y una súplica ardiente para impetrar su ayuda.

Las terribles amenazas que se ciernen sobre el débil ser humano por sus pecados despiertan en él un inmenso terror sobre lo desconocido; y el terror no mueve ciertamente al amor de Dios; lo que se teme no se ama.

Cabe así mismo la duda sobre el que un ser tan glorioso y asentado en los lejanos cielos inventados por la humana fantasía se digne prestar atención a una criatura tan insignificante, inserta en el cosmos cual es el hombre; ello es posible dada la naturaleza divina que ha de ser inmaterial, espíritu puro, llenando todo el orbe sin ocupar espacio por lo cual puede hallarse a nuestro lado mismo en comunión directa e inmediata; siendo así, toda la personificación o conformación del ser entre límites definidos resulta inadecuada y sus imágenes improcedentes.

Los escépticos en materia de religión llegan a motejar de fría crueldad divina el hecho de que las catástrofes de toda clase, geológicas, sociales, epidémicas, etc. provoquen de manera indiscriminada tantas víctimas entre las cuales deben contarse innumerables seres inocentes; esto se aproxima al criterio de ingentes y apocalípticos castigos de multitudes y pueblos remisos a la ley de Dios.

Pero tales catástrofes, como quiera que fuere, no son sino acontecimientos de orden natural en virtud de leyes naturales, físicas, sociales o biológicas que rigen el cosmos desde su fundación en una serie ininterrumpida de causas y efectos, leyes causales, como ya dijimos, inviolables por su racionalidad en cuantas hemos ido

trabajosamente conociendo, racionalidad que impera, sin duda en todo el universo por más que poco abarquemos de ella; el capricho, lo imprescindible, el azar, son frutos de nuestra ignorancia; no hay efecto sin causa y toda causa igual a otra, en el mundo físico y en las mismas circunstancias, producen idénticos efectos.

A mayor abundamiento, el sentido de la muerte no es el mismo para el ser supremo que para el hombre; para Aquel, se trata de un hecho natural asociado por sus propios designios a todo lo perecedero, es decir, a toda sustancia del Universo; en tanto que para éste constituye el acontecimiento indeseable más trascendental de su efímera existencia. Sobre este punto volveremos más adelante.

En cuanto a la infinita sabiduría divina hay que añadir también ciertas acotaciones; no se trata de un saber adquirido como el del hombre en su íntegra esencia puesto que todo conocimiento emana de El por su condición de creador absoluto de la Naturaleza con criterio racional aunque nuestras limitaciones no propician el descubrimiento instantáneo de la ley en cada caso sin un avance progresivo por este camino lento y trabajado.

Subrayemos la razón y lógica que impera en cuantas leyes físicas nos son accesibles, conclusión importante a la que llegan siempre que se procede a un profundo examen de sus valores, tanto en términos cualitativos como cuantitativos; no parece arriesgado extrapolar esta valiosa condición al resto del mundo que todavía nos es desconocido pero que, sin duda, el hombre en su evolución constante y progresiva irá desentrañando poco a poco; tenemos confianza en ello aunque esto pueda ser un tanto optimista, pero el crecimiento, insólito a veces, que la historia nos muestra del saber humano a todo lo largo de los siglos nos autoriza a no perder la esperanza.

Cuanto mayor sea nuestro saber, más cerca estaremos del Creador de toda esta sabiduría aunque más distantes de aquella fantasía, de aquellas leyendas, de aquellos mitos y supersticiones con que comulgan todavía muchos hombres.

La grandeza reconocida del saber divino suscita en nosotros una duda: ¿Es conocido por Dios nuestro destino? Nuestra existencia, en tal caso, vendría marcada de antemano por una obediencia ciega a normas prefijadas en términos absolutamente deterministas sin poder evadirnos en ninguna otra dirección; ¿somos, pues, unos autómatas irresponsables sometidos ineludiblemente al curso prefijado de nuestra existencia?

Una respuesta afirmativa haría de la humanidad entera una masa sin sentido, pasiva y amorfa creada sólo para juguete divino lo que contrasta tanto con la dignidad de Creador como de su criatura; una respuesta negativa concede al hombre toda la dignidad de un ser que puede decidir y por tanto responsable de sus actos.

La conducta humana solo puede ser enjuiciada en cuanto responda a estas condiciones de libertad.

Pero tal respuesta del hombre libre choca con la aceptación de un Dios omnisciente puesto que deja suelta para todos, algo que depende de una evolución instantánea imprevisible.

Esta parcela de ignorancia en el ser divino es necesaria para que la Justicia tenga algún sentido valorando el significado de todos los actos. Lo que podemos

añadir a la rémora divina a este saber ha debido ser naturalmente voluntaria en aras de la dignidad de una parcela derivada evolutivamente de su Creación cual ha sido la especie humana.

El ejercicio de aquella libertad comporta la existencia de una nueva entidad exclusiva del hombre en la tierra, lo único que nos asemeja a Dios, dentro de nuestros infinitos valores relativos, y que se denomina espíritu (en el lenguaje religioso, alma; y en filosofía psiquis).

Las facultades del espíritu son todas de esencia inmaterial; memoria, inteligencia, voluntad, sentimientos, pensar. Estas facultades son características del hombre pero en muy diversa medida de unos a otros a través de las diversas épocas e incluso en el curso de la propia vida. Si patente ha sido el proceso evolutivo del cuerpo humano a través de nuestros ancestros de otra especie, no lo han sido menos y quizás con más carácter, el proceso espiritual.

No hay porqué suponer que uno y otro hayan llegado ya al final de su destino y ello nos autoriza a pensar en el posible superhombre que llegue a ser con respecto a nosotros lo que nosotros representamos con respecto a los primates.

No parece ser que el espíritu, de la misma manera que el cuerpo, sea patrimonio exclusivo del hombre. Ciertas facultades espirituales, son, también, en mayor grado, apreciadas en las especies animales superiores; un perro, un caballo, un delfín, son domesticables y dan claras muestras de inteligencia, de memoria, de sentimientos, aunque en general tengan que aprender previamente, lo mismo que sucede con un niño.

Hay relaciones evidentes de índole psicosomática que condicionan en parte las conductas, de tal modo que no pueda considerarse el cuerpo de la mente y recíprocamente; una simple lesión cerebral llega a cambiar por completo el carácter y comportamiento de una persona haciéndole perder la memoria, su capacidad de comprensión y los actos de su voluntad; esto es, una falta somática es capaz de alterar seriamente el espíritu, es decir, el alma del ser humano.

Recíprocamente; el estado de ánimo de una persona es capaz de desviar el curso de una enfermedad, de un trastorno somático, a veces con fuerza insospechada como nos lo demuestran los hallazgos de la ciencia psicológica y la psiquiatría.

El espíritu no es pues una entidad consistente que marque con sello indeleble la personalidad del individuo y si cualquier trastorno cerebral tiene fuerza suficiente para reducir el nivel de sus facultades, ¿qué diremos de la muerte que lo paraliza y lo destruye en pocas horas?; ¿pueden seguir funcionando la memoria, la inteligencia, la voluntad y los sentimientos de la persona fallecida, lo que constituía en suma, su personalidad, los signos individuales de su inteligencia, todo aquello, en fin, que le identifica?.

Estas reflexiones nos conducen a negar la posible supervivencia del alma o sus transmigraciones, afirmando en cambio, el total aniquilamiento del espíritu con la muerte.

Esta conclusión es desoladora para el hombre que anhela su propia permanencia en el mundo, al que no importa en que forma este anhelo quede satisfecho y puede más, incluso, que todos los peligros que esa otra vida pudiera

acarrearle.

La razón nos dice, pues, que tras esta vida terrenal solo existe la nada, idéntica a lo que fue para nosotros el estado antes de nacer; hagamos observar que de esta situación ya tenemos una muestra aparente en el caso de sufrir una anestesia total.

Aunque varias son las causas que condicionan nuestra formación espiritual, cuna, educación, nivel social, ambiente ... moldeándola a su guisa, todos tenemos claro que aún quedan estratos insobornables de nuestra alma, absolutamente libres, justamente aquellos que definen la personalidad de cada individuo, de donde se infiere la responsabilidad de nuestros actos salvo en el caso de un trastorno mental que anula a nuestro propio ser con acciones involuntarias; lo cual se halla incluso reconocido por el derecho común.

Pese al aniquilamiento total que la muerte imprime a todas las facultades humanas, corporales y espirituales, a la desaparición, pues, de todo signo de identidad, a la muerte absoluta, en suma, aún puede consolarnos un cierto grado de pervivencia por vía de la herencia de nuestros genes transmitidos directamente a nuestra descendencia en la cual sigue viviendo por ello una leve imagen de nosotros mismos que se va extinguiendo a lo largo de varias generaciones; y otra razón de supervivencia puede hallarse en nuestras obras, buenas o malas, sobre todo si nos rodea el halo de genio de cualquier naturaleza, Alejandro Magno, Jesucristo, Galileo, Cervantes, Napoleón y tantos otros seres humanos excepcionales no han muerto ni morirán en el recuerdo; es lo más a que podemos aspirar si esto puede servirnos de consuelo.

Más, el ansia de eternidad no se conforma con esto e insiste con nuevos argumentos, y a su juicio, suficientes pruebas, de la subsistencia del yo terrenal después de la muerte.

El espíritu o alma no es una sustancia material corruptible y nada puede, por tanto, hacerla perecer; es eterna como el espíritu divino y si se acepta la tesis de la subordinación del alma a la materia, el mismo Dios, todo espíritu, debería de haber pasado antes por una fase de este género y no podría existir sin aquella, en una palabra; estaría muerto, reducido a la nada.

Claro que esto no tiene en cuenta que el espíritu de Dios es una esencia única que no debe confundirse con el alma humana; la confusión viene de un abuso semántico designado a dos cosas distintas con el mismo nombre.

Menos consistencia aún tienen las experiencias espiritistas, consecuencia de la autosugestión, de trastornos neuróticos temporales cuando no de manifiesto fraude.

De todos modos, ambas tesis, la de la muerte absoluta y la de supervivencia espiritual quedan expuestas a la consideración del lector ya que ninguno de los argumentos presentados es realmente decisivo.

No podemos dejar sin comentario las sugerencias que brindan los ritos litúrgicos propiciatorios; existe la oración, repetida cuantas más veces mejor, de loa y exaltación de la divinidad con propósitos finales suplicatorios; no vemos qué efecto de entrega ni de adoración puedan tener estas letanías interminables tan llenas de palabras como vacías de sentimiento; una sola palabra de gracias y una súplica de corazón son mucho más propias de un lenguaje con Dios-

Puesto que nuestra comunicación con Él, es personal e intransferible, ¿qué

significado pueden tener todos esos actos multitudinarios o festivos que en el mejor de los casos solo producen una contagiosa embriaguez colectiva de arrastre?.

Por otra parte; ¿es que Dios necesita de servidores permanentes y su poder tan débil que sin aquellas prestaciones su influencia no puede llegar a los mortales?. Dejemos en el aire estas preguntas para que cada cual las responda a su guisa.

Habría que prestar también la debida atención a las enseñanzas terrenas que nos proporcionan los distintos credos religiosos por cuanto de fabuloso e incierto se encuentra en ello, falseando así el verdadero conocimiento.

Es imperdonable que todavía en nuestro tiempo se enseñe como verdadero el relato bíblico de la Creación, pura fantasía sin realidad alguna, carente de valor didáctico e incluso moral, ya que comienza con un incesto que se repite en la leyenda de Noé.

Nos hemos acostumbrado a saber sin sonrojo que nuestra existencia se encuentra en la especie animal, la más próxima, la de los primates en la figura del chimpancé; por el contrario debe de ser motivo de orgullo el haber superado tan bajos orígenes para convertirnos en seres mil veces más inteligentes siendo de desear que el proceso evolutivo, del cual somos eslabón, no cese y en el curso de los siglos o de los milenios se instaure sobre la Tierra una raza superior, más sabia y mucho más cerca de la perfección que la nuestra; a ello contribuirán tanto la selección natural como la ingeniería genética, no sin que, antes, esta última tenga que vencer los múltiples obstáculos que la inercia, la tradición y los dogmas de la vida social vienen oponiendo a su avance, pero la progresión no habrá por eso de interrumpirse.

Nos vemos abrumados por los dogmas de la Iglesia sobre múltiples cuestiones innecesariamente suscitadas para despertar la vocación religiosa pura, y que, por el contrario, de enfrentarse a la razón o al oponerse frontalmente, dificultan la visión que Dios nos ofrece de sí mismo.

Aparte de la leyenda de la Creación, toda ella fabulosa que parece mentira que se siga divulgando hoy día, quedan otras muchas enseñanzas superfluas que se proclaman como verdaderas de fe y que en realidad no hacen más que poner a ésta en entredicho.

Las fantásticas historias del Antiguo Testamento sobre carros de fuego ascendiendo hasta el cielo, que por lo tanto se localizan en lo alto del hemisferio Norte; el habitáculo humano en el vientre de una ballena, la conversión de la mujer de Lot en estatua de sal, la introducción en el arca de Noé de toda una fauna que no cabría en su propia imaginación y mil otros cuentos infantiles, etc. etc.; todo ello, dicho actualmente con aire de seriedad, solo mueven a una piadosa sonrisa.

La figura inmensa de Jesús hombre no precisa de una dogmática divinización para convertirse en el símbolo más admirable de la perfección ejemplar; es también increíble que como muestra de adoración se le reduzca a unos símbolos digestivos transformados en realidad de cuerpo y sangre de Cristo por el rito de otro hombre que también por la consecución de tal milagro se endiosa consciente o inconscientemente, incurriendo en pecado de soberbia.

El tema de la salvación es decisivo para cuantos están seguros de una segunda

vida tras la muerte. Pese a la trascendencia del resultado, la confusión es lo único cierto que nos intriga, visto desde este lado; el descanso en el seno de Abraham espera a quienes observan las leyes de Moisés o los mandamientos de la ley de Dios; esto al menos es lo que enseña el Antiguo Testamento y se supone que en el seno de Abraham reside la Gloria.

El Nuevo Testamento introduce como decisiva la figura de Cristo en el que no creen los seguidores de Yahvé; el bautismo nos libera del pecado original que nosotros no cometimos sino nuestros padres Adán y Eva que nunca existieron; por el sacrificio del hijo de Dios y aunque sea de este modo cruel, llega hasta nosotros la salvación pero siguen existiendo las penas temporales y eternas, lo que no deja de ser una contradicción por cuanto anulan los efectos del terrible sacrificio de Cristo para salvarnos; en sentido opuesto, el protestantismo luterano afirma que no son nuestras obras las que pueden salvarnos sino la comunión con Cristo.

Otra rama desprendida del judaísmo, el islamismo traslada la influencia salvadora a su profeta Mahoma con ritos insistentes o la muerte por defender un credo; del paraíso más vale no hablar.

Si a esto añadimos las creencias y los caminos redentores de los pueblos sin contacto con la civilización occidental nos acercaremos al caos.

En nuestro medio, la cosa también se complica bastante con la ayuda salvadora que podemos recibir de los auxiliares divinos; los ángeles, los santos, los bienaventurados y hasta el modesto sacerdote que nos representa ante Dios.

No es extraña, pues, la profusión de iconos con que se representa a estas huestes colaboradoras en nuestra salvación pero sin que nadie se llegue a atribuir tal potestad a los mismos iconos en forma de pinturas, barro, mármol, bronce o incluso cera.

Los milagros de tantas potestades alcanzan por lo general a la curación de varios trastornos psicosomáticos con la fuerza de la mente excitada por la Fe pero nunca fueron capaces de reconstruir un miembro amputado, un brazo una pierna. Tampoco creemos en el error cometido de buena fe sea punible.

Hemos lanzado una ojeada sobre los temas trascendentes que desde siempre vienen preocupando a la humanidad sin lograr una visión clara de los mismos. No es que hayamos pretendido dejar resuelto aquí el problema; nos contentaríamos con haber recorrido el camino sin habernos desviado mucho de la razón, el juez más severo de todos los actos.

Tampoco creemos que el error cometido de buena fe sea punible por lo cual entrevemos abiertos los brazos para todos; ricos y pobres, torpes y sabios, blancos y negros, para todas las confesiones en fin.

Inadvertido para todo el mundo aparece un hecho esencial en el Universo; que este no tiene semejanza alguna con las ideas que de él nos proporciona nuestros sentidos. Para nosotros hay luz, sonido, olores, sabores y tacto. Pues bien: el Universo es negro, mudo, y carece de olores, de sabores así como de la sensación de contacto y esto proviene de que el Cosmos en sí no posee ninguna de las propiedades que falsamente por efecto de la constitución humana le atribuimos; en el Cosmos no hay más que dos componentes que a nosotros nos impresionan con distintos aspectos, y estos dos componentes son partículas agresivas en movimiento.

El rayo de luz que nosotros percibimos no es más que un movimiento ondulatorio, no sabemos de qué, de frecuencia determinada; nada de colores, nada de rayos luminosos; movimiento y solo movimiento que al llegar a nuestro cerebro, o a una región de nuestro cerebro por nervios receptores y transmisores de esos movimientos, lo traducen en las sensaciones luminosas que conocemos.

Las neuronas cerebrales están programadas por la naturaleza lo mismo que nosotros hacemos con un ordenador para que la respuesta sea una u otra pero completamente distinta de la señal de entrada; a la tecla del ordenador llega por ejemplo un impulso digital que el programa lo traduce en un signo, siempre el mismo, sobre la pantalla; en ésta no existe impulso digital alguno sino que el programa sabe traducir la causa en un efecto diferente.

Así al llegar a nuestros nervios ópticos una vibración de frecuencia determinada, el programa cerebral de la región neuronal afectada nos transmite la impresión del color verde, por ejemplo, que jamás existió en la onda excitadora; impulso y respuesta no tienen nada parecido entre sí. El Universo, no tiene color ni siquiera luz que no pasa de ser una sensación humana programada por nuestro cerebro.

Lo mismo ocurre con los sonidos y el tono en que los percibimos, resultantes de una traducción o programación cerebral de las neuronas auditivas. No hay sonido alguno en las ondas recibidas y es nuestro cerebro el que así nos engaña; el Cosmos es absolutamente mudo.

Los olores que percibimos así como los sabores, tampoco existen en la Naturaleza; la emisión de partículas por los cuerpos de nuestro entorno alcanza a los nervios olfativos o a los del paladar o el cerebro, programado al efecto, transformando la información que le llega en sensaciones olorosas y o gustativas.

El contacto superficial de otros cuerpos con el nuestro no tiene en sí significado alguno y son siempre nuestras neuronas cerebrales las que, en virtud de su programación previa, transforma el simple contacto en una sensación dolorosa, placentera o indefinida.

Si nuestro cerebro estuviese programado en cada región de otra manera, nuestras percepciones serían distintas y podríamos ver el sonido, oír la luz, paladear un choque u oler otros movimientos.

El Universo creado es, pues, muy simple; partículas y movimientos o piezas consonantes de los mismos y lo complicado de nuestras percepciones se halla en su

complejidad del cerebro humano con sus vías de acceso y una difícil programación que no sabemos cómo se ha ido formando a partir del momento de ser engendrados.

El mundo físico no es, por tanto como lo percibimos, es decir, tal y como lo forja nuestra imaginación, en tal sentido creadora, sino con arreglo a su propia naturaleza que podemos ir desvelando poco a poco, a fuerza de inteligencia y experimentación.

Por el mero acto de que nuestra visión del Universo sea tan distinta de su propia esencia, ello no autoriza a colegir que ni el Universo mismo ni nosotros seamos un todo ilusorio y llegar por ello a que, reducida a mera ilusión, no tenemos existencia alguna, que el mundo no existe como se ha pretendido filosóficamente, que se reduce a una creación mental de Dios en la que vivimos sumergidos. Licencias filosóficas de este género no pueden admitirse sino como un delirio más de la mente del pensador.

Sólo puede admitirse tal aserto en la mente fabulosa de un poeta como cuando Calderón dice “que todo en la vida es sueño, y los sueños, sueños son”.

No más seguros son nuestros conceptos cerebrales dentro incluso de la lógica que conocemos y de la razón que nos asiste.

Y es que, por insólito que parezca, de realidades concretas pueden inducirse principios falsos así como de verdades incontestables se puede llegar a conclusiones falsas. Ni la inducción, ni la inducción elaborada en nuestra mente son seguras pruebas de acierto sino que pueden conducirnos muchas veces por caminos erróneos dentro de una lógica aparentemente impecable.

Veamos, por ejemplo: yo hago la afirmación falsa de que la tierra está fija en el centro del Cosmos, que gira a su alrededor como se creyó durante tantos siglos. De esta falacia se deducen correctamente la sucesión de los días y las noches y las estaciones del año lo que servirías como suficientes pruebas a los mantenedores de esta teoría; una premisa falsa conduce a soluciones correctas.

Otro ejemplo, éste de carácter más emotivo que de experiencias reales conduce a principios falsos. Se observa que un avión volando a velocidad constante tarda siete horas en ir de Europa a América y solo seis de América a Europa. Luego, concluyo falsamente que el valor de sus distancias depende del sentido en que se miden; de Europa a América hay más kilómetros que de América a Europa: Risible pero de una lógica perfecta para quien ignore la dirección de los vientos.

Es asombroso que una teoría científica moderna que goza de amplio crédito, cual es la Teoría de la Relatividad incurra en el mismo defecto inductivo. Para justificar los resultados insólitos de unas experiencias que en contradicción con todas las leyes que la Física clásica postuló; nada menos que el espacio, la masa y el tiempo no eran idénticos a sí mismo en cualquier lugar del Cosmos sino que la magnitud de las dos primeras entidades y el ritmo de la última no eran idénticos a ellos mismos en cualquier lugar del Cosmos sino que variaban con la velocidad del sistema donde se contemplasen.

Así se diluían en términos numéricos las contradicciones observadas pero se atentaba abiertamente contra la razón y las vivencias humanas tal como lo hemos hecho nosotros en el conjunto de los citados vuelos entre Europa y América; en este

caso la forzada solución provenía de no haber tenido en cuenta la presencia de los vientos sobre el mar; en el caso de la Relatividad, según el autor ha podido demostrar, por haber ignorado la existencia del medio. No podemos extendernos aquí en aquellos temas de falsa lógica aportando más detalles porque esto no es un manual de Física o de Astronomía sino unas ligeras reflexiones en busca de la verdad. Cuando se trata de credos religiosos toda argumentación sobra porque en ninguno de ellos se invoca como vía de certidumbre a la razón si no que se solazan ya voluntariamente fuera de ella.

Los problemas políticos, sociales y los de conducta sí son fácilmente refutables por la inconsecuencia misma de sus argumentos, desviados desde un principio hacia un fin determinado falto siempre, al menos en su conjunto, de validez suficiente.

Esta realidad nos exime de contemplar aquí el sinnúmero de propuestas salvadoras que nos ofrecen Conservadores o progresistas, autoritarios o liberales, capitalistas o socialistas o de cualquier otra denominación ya que no son principios científicos o razones humanas lo que las mueven sino un simple juego de intereses.

Los comportamientos y sucesos económicos tampoco pueden ser sometidos a un análisis con solidez racional o lógica puesto que son intereses mercantiles y no anhelos de sumar verdades lo que los moviliza. Si en los fenómenos físicos se hace difícil buscar la verdad de su naturaleza o de las leyes que rigen su verdadera esencia, las conductas morales ofrecen aún mayor dificultad para juzgar si son o no razonables, por virtud de las muchas causas ocultas que suelen incidir en dichas conductas. Una sola omisión basta para dar falsa apariencia a un hecho físico observable; cuando se trata de juicios morales o psíquicos son tantas las motivaciones que pueden influir en las conductas observadas que resulta mucho más difícil juzgar con acierto; la verdad se halla más oculta todavía.

Respecto a la moral, el problema es aún más aleatorio hasta el punto de que puede entenderse por moral simplemente lo que se defina como tal que no es lo mismo en tondos los climas. Par el mundo occidental el código de moral más generalizado es el que se contiene en los Diez Mandamientos, pero incluso dentro de este ambiente se especula arbitrariamente con algunos de ellos, sobre todo el quinto y el sexto, si el primero de estos dos manda taxativamente no matar se acepta como bueno y hasta heroico contravenirlo en nombre de Dios o de la Patria; lo primero es casi una blasfemia puesto que Dios no necesita que le defiendan los humanos y menos con sacrificios o muertes. En cuanto al segundo de los mandamientos citados que afecta claramente a la sexualidad, nada hay más variable de unos pueblos a otros y de una a otra época que sus limitaciones prácticas.

Por todo ello, la verdad referente a estos temas se halla cada vez más oculta, y el emitir juicios previos cada vez más arriesgado.

En resumen; la pretensión de estar en posesión de la verdad absoluta es un mero exponente de soberbia entonos los campos, desde el de la Ciencia y la Religión al de los comportamientos humanos.

Aprendamos, pues, a ser humildes, no imponiendo jamás nuestro criterio, nuestras creencias o nuestros saberes.

El misterio alrededor de la Creación es un enigma que se hubo tratado de desvelar en todos los tiempos; las teorías abundan, los credos religiosos se lo plantan siempre, entra dentro del ámbito de la Filosofía, y la Ciencia no ha dejado de ocuparse del tema desde sus comienzos: La fantasía está en alto grado presente en todos los ensayos por explicar los orígenes del Cosmos al no existir pruebas evidentes en favor de ninguna tesis y la imaginación se desborda para afirmarlas.

Sean estas líneas un esfuerzo más de la razón por lanzar algún rayo de luz sobre la nebulosa cuestión; no tenemos la pretensión de ser infalibles pero, al menos, ser razonables apartando la vista de tantos espejismos como se nos ofrecen para salvar la dificultad, elegimos el camino más llano que, de paso, suele ser el menos engañoso, aunque no tan atractivo como cualquier otro debido a su sencillez por la falta de espectacularidad. De entrada, hay que rechazar todos los mitos religiosos sobre este tema, que pretenden haber recibido sus enseñanzas de las propias divinidades.

No es posible el análisis minucioso de tantas hipótesis falsas pero sí nos detendremos un momento para refutar la de aquellas religiones de ascendencia judaica que ningún acierto contiene, ni en las etapas ni en el acto mismo de la creación, especialmente en el de la especie humana. Ni Adán ni Eva extraída de su costilla, ni la manzana, ni la serpiente existieron jamás, y ya es hora de que desaparezcan de nuestras escuelas tan absurdas proposiciones si no es con carácter de entretenida leyenda.

Es evidente que el mundo no fue creado tal como se nos enseña en nuestra infancia ni siquiera como hoy se nos aparece. Han transcurrido miles de millones de años desde el inicio de la creación y la visión que actualmente nos ofrece se corresponde muy poco con la realidad ya que el único vehículo de información que poseemos sobre el Cosmos es la luz y ésta por mas de que su velocidad sea enorme tarda millones de años en traernos noticias de las más alejadas galaxias.

Difícilísimo es imaginar cómo fue el acontecer en el primer momento de la Creación; ni los mitos religiosos ni la Ciencia misma tienen el poder suficiente para desvelar las sombras de tan crítico instante.

Algunos científicos nos hablan hoy de la explosión de un llamado “huevo cósmico” en el cual se hallaría encerrada toda la materia que habría de constituir el Universo, en continua expansión desde entonces por virtud de la misma explosión.

No se ve la necesidad de esta concentración primaria de la materia, tanto más cuanto debe pensarse en la explosión simultánea del espacio y del tiempo cuya existencia previa sería un contrasentido además de que la Física moderna enseña y la formulación matemática lo confirma, que todo ente o fenómeno del mundo físico incorpora en su seno uno o varios de los tres elementos citados y nada más que ellos.

Más bien deberíamos inclinarnos pues, a la aparición simultánea de los tres elementos citados, espacio, tiempo y materia ya que todos por igual incorporan la noción de la existencia inconcebible de otro modo.

La sustancia presente en el estado inicial debió de ser más bien simple; la

complejidad actual proviene de las sucesivas etapas de diferenciación; entonces pudo consistir en un plasma con sus partículas de masa eléctricamente cargadas al modo como aparecen luego en las estructuras atómicas.

Con esta eclosión de la materia debió producirse la del espacio y la del tiempo cuya existencia previa sería contradictoria con la creación universal.

La materia o masa eléctricamente cargada fue dotada según se comprueba hoy día de otra esencia llamada fuerza; de atracción entre las masas, de atracción o repulsión entre las cargas eléctricas; éstas pueden ser de dos clases o signos; positivas o negativas; las del distinto signo se atraen, las del mismo signo se repelen.

Las fuerzas son la causa del movimiento aunque este puede teóricamente persistir en ausencia de toda fuerza por el efecto llamado de inercia o de conservación de su estado anterior.

Se ha proclamado además la existencia o atribución a la materia de las llamadas fuerzas nucleares por el hecho de que aparezcan fuertemente unidas en los núcleos atómicos, cargas positivas que debieran repelerse. Estas fuerzas son un mero espejismo y hubieran debido introducirse antes de contemplar la formación de las cargas eléctricas de uno u otro signo incompatibles consigo mismo. El mantenimiento de cargas eléctricas independientes o unidas bajo el mismo signo es debido a la naturaleza aislante del medio que las rodea impidiendo su desintegración espontánea.

Ya en presencia, pues, protones y electrones, el movimiento de rotación de estos últimos, que equilibra por medio de la fuerza centrífuga debe obedecer a otra causa que por ahora desconocemos puesto que se requiere una fuerza tangencial que nunca ha sido detectada o bien con un impulso inicial, de origen nada claro, que debiera de ser individual y en distinto plano para cada electrón cual corresponde a las innumerables orientaciones orbitales según cada uno de los átomos en presencia. La causa del movimiento electrónico continúa, pues, siendo un enigma.

He aquí que los átomos no son todos idénticos sino que se diferencian, en cifra aproximada de un centenar, especialmente por la constitución numérica del núcleo en cuanto a protones y neutrones.

Tampoco sabemos los motivos de la cifra ni de su formación selectiva que hubiera podido ser diferente.

Antes de llegar a estos agrupamientos nucleares que habían de dar origen a los conocidos elementos químicos, debió formarse un plasma neutro con los sencillos componentes atómicos siendo ésta la fuente de toda existencia física modulada por las fuerzas simultáneas.

El elemento químico más simple es el hidrógeno y está formado por un núcleo central, compuesto de un solo protón y una sola partícula electrónica que gira a su alrededor; el protón consta de una masa material cargada positivamente, y el electrón o partícula cuantitativamente igual a la del protón en cuyo entorno gira, empero su masa es unas mil quinientas veces más pequeña.

La reunión de varios protones y acaso algunos neutrones en el mismo núcleo rodeado de los correspondientes electrones da origen a los diversos elementos de la química habitual, este agrupamiento diversificado debió ser una nueva fase de la

Creación siguiente a la configuración del hidrógeno o elemento básico de la serie por su carácter de núcleo unitario cuya multiplicación – ignoramos también por qué caminos – da ocasión a la formación de los demás elementos, tan diferentes, sin embargo, del elemento germinal.

Esta adición de núcleos protónicos que debieran repelerse es lo que ha promovido en la mayoría de los científicos la creencia de un nuevo tipo de fuerzas, (fuerzas nucleares) que según hemos visto, son completamente ociosas ante el efecto conocido de la capa aislante por virtud propia, o, en términos técnicos, de muy difícil ionización.

No es, pues, en la aparición de un nuevo tipo de fuerzas donde hay que centrar el fenómeno de la coexistencia de partículas positivas en el núcleo ya que es un hecho normal de aislamiento conjunto, tan familiar en la electrostática.

Empero, la capa aislante en el interior del átomo no puede ser materia, es decir, atómica a su vez; solo queda la explicación del vacío absoluto; la energía puesta en juego para romper esta capa, o sea, para escindir el núcleo deviene elevadísima, a tenor de las experiencias de transmutación de la materia en la Física moderna.

La presunción del vacío viene reforzada por el movimiento orbital de los electrones, continuo, sin amortiguamiento observable desde su impulso inicial al que ya nos hemos referido anteriormente; con toda la problemática que, no obstante, comporta.

La configuración siguiente de la molécula por la unión de átomos distintos, sí requiere la presencia de otra clase de fuerzas desconocidas que en la Química reciben el nombre de "afinidad"; en suma, otro nuevo enigma de la voluntad creadora.

La afinidad atómica es, por tanto, la causa de la inmensa variedad de materia existente ya que el número de combinaciones que pueden efectuarse en calidad y cantidad de átomos, esto es, el número de moléculas distintas que pueden formarse es ilimitado; cada una de estas combinaciones da origen a un material diferente; de aquí, la inmensa riqueza de formas en la Naturaleza.

Las aglomeraciones moleculares, distintas por su composición atómica, alcanzan ya la categoría de masa o cuerpo, tangibles para el ser humano. En este estado oponen las fuerzas de cohesión que para los cuerpos sólidos son en mayor o menor grado conglomerantes, medidas por su tenacidad; las fuerzas de cohesión son prácticamente nulas en los líquidos y se hacen negativas, esto es, de repulsión a los gases.

Nada sabemos de estas fuerzas sino su existencia, ignorándose la razón de que adopten uno u otro valor y, por supuesto, las de su origen; una incógnita más acumulada sobre las muchas que nos apartan del verdadero saber.

Aún, y entre la masa total de dos cuerpos cualesquiera aparece una nueva fuerza que hemos aprendido a medir pero sobre cuya existencia no sabemos más que sobre la de las anteriores; la gravedad; su carácter es siempre positivo, es decir, de atracción. y modernamente se dice que su acción se extiende además sobre una entidad carente de masa, la luz, cuando el fenómeno observado de la desviación de

ésta, en la proximidad de los cuerpos celestes, puede ser debida más sencillamente a un fenómeno de refracción por la densidad de la sutil materia de la que hablamos en principio como plasma primario no agotado totalmente en la formación de la materia de esos mismos astros.

El reino mineral está formado simplemente de moléculas con mayor o menor grado de cohesión entre sí, empero absolutamente inertes en cuanto a su capacidad de autoconocerse ni de experimentar sensación alguna y además incapaces de moverse voluntariamente; es una naturaleza muerta.

Queda todavía otra fase en la evolución de la Naturaleza, sin olvidar la más importante y la más imperiosa de cuantas nos ofrece la Creación; la presencia de la vida.

¿Por qué razón, por qué medios y con que fines aparece la vida sobre la tierra?; en la única localización segura que hemos podido constatar hasta ahora es el Universo. Dado el inmenso número de astros que existe en el Cosmos, similares a nuestro planeta no es imposible que la vida se dé también en otros mundos pero la probabilidad no puede estimarse por cuanto no son conocidos todos los requisitos de la vida y por tanto la cifra de proporcionalidad con que esta pudiera darse en otros lugares del Universo.

La vida se halla establecida en varios niveles que pueden ser o no peldaños para más altas cotas de subsistencia.

El signo más acusado de la vida es su capacidad de reproducción, no por simples agregados moleculares como ocurre con los minerales, la célula es el elemento vital por excelencia capaz de subdividirse y multiplicarse hasta formar esos seres vivos tan maravillosos; ninguno de estos seres puede surgir si no es como descendiente de otro de la misma especie; el misterio de la vida es el del nacimiento de la primera célula; el decir que esto acontece en virtud de una nueva fuerza llamada

vital no aclara nada; en la formación celular no entra elemento alguno que no se halle en la serie de la materia inerte.

El mundo de la vida se divide en tres reinos: vegetal, animal y humano si bien no pueden señalarse fronteras inconfundibles entre ellos.

Los caracteres son más completos al pasar de los primeros al último aunque una vez más se encuentran características en parte comunes a los tres reinos; la carencia de movimientos propios o autóctonos es la limitación más acentuada en los vegetales, empero que algunos exponen alguna sensibilidad motora a los agentes exteriores tales los girasoles y las plantas carnívoras, análogamente entre ciertos animales y el hombre hay atributos semejantes de sensaciones y necesidades e incluso de inteligencia.

Las distintas especies de uno u otro reino no son inmutables; a tenor de que muestran señales inequívocas de evolución en el tiempo, a veces de milenios para ser observada.

El hombre ha desarrollado medios científicos para reconocer las mutaciones y las épocas aproximadas en que aquellas tuvieron efecto.

El proceso de selección natural descubierto por Lamarck y Darwin ha sido el

camino autóctono que más ha contribuido, hasta hace poco, a la mejora de las especies. Los individuos más fuertes, y, en su caso, más inteligentes han sobrevivido mejor en la lucha por la existencia; sus descendientes herederos de la superior calidad de sus ascendientes han ido instaurando, bien que sin proponérselo, las vías del progreso.

Algunas razas incapaces de superar los nuevos obstáculos que han ido surgiendo por los cambios ocurridos también en la Naturaleza que constituía su medio de subsistencia han acabado, en cambio, por extinguirse. La Paleontología nos muestra abundantes ejemplos.

El hecho más importante para nosotros es el de la evolución humana bien patente en las huellas que el hombre ha ido dejando de su vida y de su historia en el seno de la tierra que le sirvió de habitáculo.

No hay motivo para suponer que la especie humana pueda detener aquí su evolución; antes por el contrario, el avance es cada vez más rápido y tiene trazas de continuar indefinidamente. No es arriesgado suponer que llegará a una generación que nos contemple, por su saber, con la misma conmiseración que nosotros sentimos por nuestros ancestros de la edad de piedra.

Al proceso homogéneo de la selección natural se le suma, en el hombre, los recursos de la imaginación del ser pensante e inquisidor de todos los secretos que aún nos guarda la Naturaleza; son estas perspectivas, halagüeñas, visto lo que cada nuevo día se descubre para asombro de nosotros mismos.

A todo ello ha de contribuir, sin duda en gran medida, los avances ininterrumpidos de otras ciencias; el singular despegue de esa nueva disciplina llamada “ingeniería genética”, tan combatida hoy por algunos sectores que, aferrados a la tradición y conformes con el statu quo de la rutina, califican estas técnicas tan prometedoras como simplemente monstruosas.

En el extremo opuesto de estos miembros estáticos se halla la fantasía imaginativa de aquellos que colorean los fenómenos de explicación sencilla con las tintas de la ficción científica.

Respetando los méritos de una imaginación fabulosa nos permitimos rechazar las interpretaciones acordadas por la teoría de la Relatividad a ciertos fenómenos que parecen evadirse de las leyes de la Física clásica.

Según dicha teoría, la material que al parecer desaparece en una reacción atómica, se transforma toda ella en energía lo que supone una aniquilación de la sustancia que es el propio mundo; taumatúrgica, pues, de los hombres ya con poderes divinos.

Es mucho más simple y racional contemplar que se ha producido un simple cambio de estado como cuando se sublima una muestra de yodo pasando directamente al estado gaseoso; la inmensa cantidad de energía puesta en juego no altera para nada esta hipótesis lógica.

Las leyes de la fuerza del movimiento, también al parecer tan contradictorias con los de la Física clásica hallan fácil explicación, incluso matemática, admitiendo que el vacío interestelar no existe sino que su lugar se halla ocupado por una materia tan sutil y enrarecida que resulta imponderable para nuestras medidas de detección

disponibles pero no por los efectos aerodinámicos de arrastre y resistencia que ofrece cuando en su seno se desarrollan altísimas velocidades del orden de la luz; repetimos que son valorables exactamente los efectos de esperar, por medio de nuevas leyes que se enmarquen en la Mecánica de Fluidos.

Siguiendo esta vía tan sencilla resultan ociosas las fabulosas hipótesis relativistas sobre la masa, el espacio y el tiempo, variable en las distintas partes del Cosmos e incluso dentro de nuestros laboratorios de investigación nuclear, todo ello en función de las velocidades en juego.

Sin retar méritos a los esfuerzos por explicar la Naturaleza y sus misterios, no es superfluo reclamar prudencia al lanzar a los cuatro vientos las nuevas ideas.

Al llegar el lector a este punto final del ensayo quizás considere que es muy poco lo que hemos añadido a su saber y, en cambio, mucho lo que se ha señalado como lastre de ignorancia humana; la tarea a desarrollar en el futuro es todavía inmenso. Estamos de acuerdo.

La Política (4A)

A la sombra de aquella esperanzadora promesa vamos a permitirnos la libertad de pensar sin recelos; si eso no fuera así, que nos sean perdonadas todas nuestras culpas porque vamos a decir lo que nos parezca sin prejuzgar las consecuencias.

Una advertencia previa; algunos de los pensamientos aquí van a ser expuestos con la crudeza que les conviene. Somos amantes de los buenos modales, pero estamos convencidos de que algunas cosas no pueden decirse más que con palabras de su mismo nivel y constatamos que este nivel solo lo poseen los términos más rudos del lenguaje, tan expresivo en su caso que, si se ha de decir lo que se piensa no cabe sustituirlos con fortuna por otros más suaves o más elegantes de nuestra lengua.

En esto creo que tenemos un firme respaldo en un príncipe de las letras galardonado con el premio Nóbel; nos referimos, claro está, a ese personaje que se llama Camilo José Cela, verdadero artífice de un vocabulario sin pelos en la lengua.

La Democracia (4B)

“Es el menos malo de todos los sistemas” dijo Churchill; nosotros afirmamos que es tan malo como el peor, siendo todos los demás, de su clase.

En primer lugar ensalza la voluntad de la mayoría como si la mayoría tuviese siempre la razón cuando, en realidad no la tiene nunca; conceder a la masa amorfa y despersonalizada tal privilegio es una aberración porque la masa no tiene sentido.

Pero, además, tal privilegio es una falacia puesto que las necesidades numéricas de sumar votos para gobernar, sea como sea, confiere de pronto a cualquier sumando minoritario todas las facultades decisorias.

Resumiendo, en el lenguaje más eficaz que hemos anunciado; **la Democracia es una mierda.**

La Dictadura (4C)

He aquí que, por ella, no el hombre más sabio, más noble, más generoso, más humano, sino el más fuerte, el más bruto, el más ambicioso se hace con todos los poderes y convierte a todo un país en un asentamiento de esclavos.

Le acompaña siempre un cortejo de aduladores que saben medrar a su sombra, con voracidad nunca satisfecha; su principal mérito es el de acudir sabiamente a deformar siempre la verdad para convencer a la grey que viven en el mundo más feliz aunque se sientan muy desgraciados.

Buscando, como hemos prometido, el término más expresivo diremos sencillamente; **la Dictadura es una mierda.**

El Socialismo (4D)

Con pretensiones científicas, empero sin acertar ni una sola tesis, el socialismo

se asienta en el súmmum de promesas que jamás tratará de cumplir y que se resumen en; la felicidad al alcance de todos.

Es en teoría igualitario, pero en la práctica no hace más que trasladar la desigualdad de unas capas a otras, de los ricos de antes a los ricos de ahora.

La nacionalización del trabajo, esto es, funcionarismo a toda vela, solo provoca, por falta de estímulos, la pereza y la atonía, amputándose el rendimiento que no puede ser más que bajísimo, y una calidad detestable; la mentira y la corrupción son sus armas favoritas.

Esto es, pues; **el Socialismo es una mierda.**

El Capitalismo (4E)

El más egoísta y repugnante de los sistemas sociales. Su dios, el dinero, su norma, la explotación del prójimo indefenso, su única doctrina, el enriquecimiento. (Nota del transcriptor: Argumentaba el humorista francés Coluche que el capitalismo es la explotación del hombre por el hombre, el Comunismo es lo contrario).

Como el dinero es una gran fuerza del poder, de él se sirve para dominarlo todo, para corromperlo todo.

La hipocresía y el fariseísmo encubren sus vicios y sus abusos, que pronto se lavan con golpes de pecho y oraciones; la clase capitalista es por esencia la más religiosa en sus formas externas; como el soborno está tan a su alcance pretenden sobornar con dádivas a las mismas potencias celestiales para dejar su propia conciencia limpia y ganarse la gloria eterna. (Nota del transcriptor: Eugenio explicaba “el acudit” del rico que pedía delante de un Cristo por “su negocio” y al darse cuenta de que al lado había un pobre pidiendo para alimentar a su familia, le dio “veinte duros” para que se marchara y no distrajera a su Cristo).

Pero en todo son mezquinos teniendo en cuenta sus posibilidades reales; el recibir ciento por uno es su máxima aspiración.

La representación más genuina del capitalismo es la Banca.

Por todo ello; **el Capitalismo es una mierda.**

El Liberalismo (4F)

Políticamente, su doctrina es sana y es la que mejor representa el lema que encabeza estas líneas; “el pensamiento delinque”

Empero en la realidad todo régimen liberal es débil ante el delito cuando este pasa del pensamiento a la acción y deviene de este modo espejo de la inseguridad y puerta abierta a la delincuencia.

En el aspecto económico, con su inhibición absoluta, con sus principios, "dejar hacer, dejar pasar", y con la esperanza de que ello contribuya al progreso, instituye en su reino la ley de la jungla; que triunfe el más fuerte y el débil que se acomode a su miseria porque ese es su destino; filosofía de bárbaros tomada de la Naturaleza pero que carece de sentido humano; el altruismo es claudicación, signo de flaqueza; allá cada cual con sus recursos. Por donde vemos que: **el Liberalismo es una mierda.**

El Anarquismo (4G)

Tampoco le falta una divisa intachable; "de cada cual según sus posibilidades, a cada cual según sus necesidades".

Para llegar a alcanzar tan noble propósito emplea, sin embargo, unos métodos poco acordes con el espíritu de sus buenas intenciones; el asesinato y la bomba mortífera son sus argumentos más elocuentes.

Francamente no creemos que los que profesan la doctrina anarquista no tengan otros medios a su alcance, es decir, más capacidad que la de matar en bien de la humanidad ni que la muerte individual o colectiva sea una necesidad de las pobres víctimas.

Esto es lo primero que debieran aprender los anarquistas; en tanto no sea así tendremos que proclamar a voz en grito; **el Anarquismo es una mierda.**

La Justicia (4H)

Es la institución más noble en teoría y en la práctica la más bochornosa; la balanza y la venda de sus ojos son símbolos de equidad pero esta última lo es también de ceguera en los sentimientos, de ceguera entre el bien y el mal. (**Nota del transcriptor: Explicaba el humorista francés Coluche que hay dos clases de abogados, los que conocen muy bien las leyes y los que conocen muy bien al juez.**)

La realidad es que la justicia ha tejido una red para extorsionar a los litigantes vendiendo sus favores al mejor postor por lo cual siempre salen bien librados los que más pueden ofrecer; riqueza, poder, beneficios particulares, influencias, etc. etc.

Además su maraña envuelve a todos, buenos y malos, denunciadores y denunciados, en un laberinto de intermediarios y trámites burocráticos del que una vez preso en su camino no sabe como salir de él; burocracia, honorarios, papeles superfluos, trámites eternizados esto es en verdad la Justicia; la institución más noble en teoría; en la práctica, la más bochornosa.

El diputado andaluz Rojas Marcos dijo de ella que era un "cachondeo". No estamos conformes; la Justicia es una mierda.

La Sociedad (4I)

La Sociedad es la cuna de la civilización, no hay civilización ni cultura sin sociedad. A ella le compete la creación de todas las instituciones humanas y vigilar las tareas de su buen funcionamiento.

Pero cambia fácilmente este papel por el de Celestina de tantos fasos amoríos con la etiqueta de hipócrita solidaridad humana cuando no hace más que destruirla encubriendo a los infractores.

La solidaridad humana con que se adorna la Sociedad cuenta con millones de sin trabajo, millones de hambrientos, millones de enfermos desasistidos, millones de analfabetos, millones de marginados y como germen de las instituciones sociales le alcanza la responsabilidad de la mala política, de la mala justicia, de la falsa moral y del fariseísmo con que se cubre para dejar en pie todos los males fingiendo curarlos, inmoralidad disimulada bajo una capa de doctrinas morales inoperantes.

La Sociedad es de suyo y por méritos propios indiscutibles una verdadera mierda.

El Pueblo (4J)

El sacrosanto pueblo es el agente de toda esta verdadera miseria moral y tangible; su comportamiento provoca tantos males como luego acude a lamentarse de ellos.

Y es que el individuo normal y hasta generoso, en cuanto se integra en una masa, en cuanto se convierte en pueblo, pierde su valiosa personalidad para convertirse en energúmeno vociferante, perturbador y hasta delincuente.

El poder corruptor de la masa; del pueblo; es increíble pero efectivo y generalizador, envenena hasta el aire que respira.

Los pueblos, se ha dicho con certeza, tienen los gobiernos que se merecen y a la vez son víctimas de ellos.

Por todo lo cual y como punto final de este breve análisis moral de las instituciones y de sus agentes hemos de concluir en la frase rotunda; **el Pueblo es una mierda.**

Multitud de doctrinas religiosas, políticas, sociales, económicas o simplemente utópicas han pretendido establecer normas de comportamiento humano para el logro del máximo bienestar y felicidad posible.

La Religión propugna la caridad como pauta de solidaridad entre los hombres y en ella concentra todo su esfuerzo dirigido en tal sentido; ahora bien, el ejercicio de la caridad exige de quien la practica unas virtudes –generosidad, espíritu de sacrificio, amor indiscriminado – que solo poseen los seres espiritualmente más selectos, es decir, una minoría insignificante en el seno inmenso de la población donde nos hallamos integrados; sus efectos solo pueden ser, por consiguiente, locales y limitados; confiando nada más en la caridad nunca hallarán solución los problemas humanos.

Las doctrinas políticas y sociales tienden más bien a encubrir que a remediar los males que nos aquejan, cuando aspiran u ostentan un fundamento científico completamente falso.

El liberalismo económico que surge como idea progresista al compás de la revolución industrial no es sino el más salvaje planteamiento del problema; el éxito de los mejores a expensas de los peores dotados es una ley natural pero bárbara, que puede contribuir al mejoramiento de las especies a lo largo de los tiempos pero afectada de una crueldad que nada tiene que ver con los sentimientos más nobles. Los débiles también tienen derecho a vivir.

El dirigismo político se ha mostrado ineficaz en todos los casos porque a la coacción que ejerce sobre la libre iniciativa individual se une la ineficacia de los servicios estatales plagados de una burocracia tan lenta como incapaz. Estos efectos se acentúan con su tendencia al proteccionismo, esto es, al privilegio de los más incapaces: está en el polo opuesto del liberalismo económico pero no es menos injusto.

Párrafo aparte merece la doctrina marxista, con pretensiones científicas y cuyo fracaso ha sido tan patente como doloroso; la máscara científica de tal doctrina ha quedado bien al descubierto no solo por la violencia que ha requerido su puesta en práctica y sostenimiento, sino también por las contraindicaciones que ha mostrado en sus predicciones, incompatibles con toda proposición científica.

En efecto: la revolución obrera debía producirse precisamente en los países más industrializados y aconteció en el más atrasado de los estados europeos: en la Rusia de los Zares. Había que llevar el bienestar sobre todo a los más necesitados y, en realidad, de este bienestar solo gozó la clase dirigente; debía propiciarse aquella igualdad soñada por la Revolución francesa y consolidó, por el contrario, las diferencias enormes entre dicha clase dirigente y el proletariado real. Debía hacer imposible los antagonismos bélicos entre estados de ideología marxista; véase su desmentido con los conflictos armados entre la China comunista y la Unión Soviética; y ¿para qué seguir? Estas teorías llevadas a la práctica han ofrecido muchas contradicciones; prueba de su falta de base científica como pomposamente se pretendió hacer creer.

En cuanto al Socialismo moderno, Socialdemócrata o Socialcristiano, son tan recientes y conocidos los fracasos sufridos por los híbridos, que no es preciso detenerse más en ellos.

Menos estériles han sido las elucubraciones utópicas de los pensadores que pudiéramos llamar de oficio: sus proyectos desde la República de Platón hasta la más pueril fantasía no son sino creaciones literarias más o menos considerables, pero siempre meros espejismos.

Capitalismo, sindicalismo, cooperativas, instituciones benéficas, cada una en su esfera, han probado de sobras su ineficacia para resolver los problemas del hambre y de la justicia social. Pero sigamos esperanzados en que algún día se enfoque este ingente y eterno problema con mentalidad menos filosófica, menos política, menos sensiblera y más realista sobre bases realmente científicas, estadísticas, numéricas, por así decirlo. En una palabra, confiamos, para el futuro, más en el estudio racional, incluso matemático, de los términos involucrados en tales problemas que en los planteamientos meramente líricos o sentimentales.

¡¡¡ Que así sea !!!

Hacia el caos con los mejores deseos -La enseñanza ¿para qué?-A1- Página 028

En torno al sistema educativo convergen multitud de intereses de todo género: materiales y espirituales, económicos, sociales, influencias y esperanzas de dominio. Piénsese que alrededor de un cuarto de la población de cualquier país normal se halla directamente implicado en el ámbito de la enseñanza e indirectamente a través de las vinculaciones familiares esta cifra se triplica, de tal manera que al margen de este problema no queda más que una minoría de escaso peso social.

Por el número de los afectados y por la impronta que la educación marca en todos los espíritus es lógico el afán que despierta en los grupos de presión por hacerse con su control procurando alegar cada cual sus legítimos derechos para llevar las aguas a su propio molino. Dos grandes estamentos vienen disputándose históricamente su influencia sobre la educación: el Estado y la Iglesia en conflicto permanente, a menos que una de ellas detente una hegemonía, como sucede en los estados democráticos que son confesionales: tal es el caso tradicional de nuestro país salvo brevísimos intervalos temporales sin trascendencia histórica o bien, con signo opuesto, en los modernos regímenes socialistas claramente anticonfesionales en los cuales, sin embargo, nuevos dogmas políticos han venido a sustituir en la enseñanza a los dogmas religiosos sin que parezca posible liberar a la formación humana de unos y de otros.

Pero no es solo en las grandes instituciones donde nacen estas disputas por el poder educativo sino que dentro de cada una de ellas aparecen grupos y partidos que tienden a hacerse con las riendas de gobierno y manejo de la enseñanza, y así, fraccionándose indefinidamente surgen grupúsculos, sectas, clanes y camarillas que aspiran a dominar el medio o un sector determinado a sus conveniencias o caprichos parciales perturbando constantemente la función docente con objetivos ajenos a la misma.

Esto sucede también en casi todos los comportamientos sociales, pero es en la misión educativa forjadora de los hombres del mañana donde más huellas dejan las manipulaciones tendenciosas internas o extra académicas. Por ser toda esta población de espíritu despierto y en periodo formativo la más sensible a cualquier clase de excitación que en ella se siembre, y terreno abonado a todas las inquietudes, es aprovechada muy a menudo con fines partidistas disfrazados de humanismo en el sentido más amplio y acomodaticio del término.

Muchas veces aquella siembra no tiene un sentido claro más o menos defendible: la confusión, pura y simplemente sin mayores alcances inmediatos que ser también un objetivo político. Tampoco es exclusivo de los medios educativos, pero a nadie le provoca mayores males porque ninguna tarea exige líneas y vías más claras que la formación de los hombres.

Cuando se habla de la Universidad autónoma sólo se piensa en la gestión de los medios de enseñanza pero jamás se consiente que aquella autonomía se extienda hasta los propios fines porque el deseo de mediatizar la Universidad anida en todas partes: el Estado para configurar servidores que la sostengan y mantengan inmóvil como pilares de lo establecido; la Iglesia para difundir sus doctrinas y conservar su

influencia que ha visto disminuir en otros terrenos: y las restantes sectas, partidos y grupos buscando el poder que siempre emana de la inteligencia con vistas a sus propios objetivos.

No bastará con que la autonomía universitaria se limite a los derechos de gestión, sino que debe extenderse hasta los fines últimos de su verdadero cometido, y estos son el apoyo y sostén de ésta a la otra doctrina, de éste o aquel sistema político. Apolítica y aconfesional, libre de apriorismos y dogmas de todo interés partidista, la docencia en cualquier escalón y más en los niveles superiores ha de basarse en la verdad conocida, y tratar de ampliarla con nuevas verdades y conocimientos fiables. Debe rechazar por principio todo lo dogmático y contrastar a cada paso la teoría con la práctica apartando de sí, en primer lugar cuanto vaya en oposición con la realidad física patente, vengan de quienes vengan las afirmaciones contrarias. Liberarse de prejuicios y sentencias de fe y no subordinarse jamás a postulados desmentidos por la razón o la experiencia o insuficientemente demostrados. Aunque dispuesta a escuchar cualquier hipótesis no abandonarse nunca a ella por comodidad, por inercia o por servilismo pero si merece la pena, analizarlas e investigar críticamente sus valores.

Todo esto será imposible mientras la educación en general y la Universidad en particular se halle sometida a poderes extraños para los cuales no existe más verdad que la propia ya que todo poder alardea de poseer la verdad absoluta. La flexibilidad docente ha de oponerse eficazmente a aquel principio tan falso como despótico capaz de torcer la más serena voluntad.

Esto sólo puede conseguirse si a la Universidad se la independiza del poder constituido y de sus grupos de presión para que ella, obrando bajo los dictados de su misma naturaleza busque el camino de la verdad, aunque, diríamos mejor con talante más humilde, de las verdades que podamos ir conociendo empezando por las más evidentes y próximas: las realidades físicas, dogmas, prejuicios y sectarismos a un lado.

No dejemos de mencionar un rasgo de picaresca que transforma a veces el partidismo disconforme en festivo “dolce fare niente o vacacionismo”: “ya que esa idea no me gusta, pues no trabajo”, relación de causa a efecto muy discutible.

Resumiendo lo expuesto en este capítulo vemos cómo el mejor sistema para orientar las tareas educativas consiste en plantearse la pregunta que nos ha servido de lema: La enseñanza ¿para qué? ¿Para afianzar las estructuras sociales o promover otras nuevas indecisas ante la multitud de opciones que se nos brindan providenciales o como panacea? O ¿para formar hombres socialmente útiles capaces de cumplir su misión lo más perfectamente posible y hallar en esta satisfacción uno de los máximos justificantes de su vida y de sus derechos?

De la respuesta que queramos dar ante cada problema a estos interrogantes irán saliendo con seguridad y decisión todas las normas educativas y la conducta a seguir.

Hacia el caos con los mejores deseos -La enseñanza ¿para qué?-B1- Página 030

Lo que tratamos de hacer es examinar en estas líneas unos criterios, exponer ciertos juicios y apuntar algunas soluciones sobre el problema de la enseñanza, que tanto afecta a la Sociedad a través del individuo; a la masa en general y a la propia Administración pública con las motivaciones de la formación y los caracteres que imprime en el sujeto, sin olvidar tampoco el subido costo de esta preparación.

Toda tesis se deriva siempre, consciente o inconscientemente de unos supuestos de los cuales surge el conocimiento, fuente que puede conducir al dogma, y en la práctica al sentir, a la razón o al empirismo. En nuestro caso, es esta última, la experiencia, junto a la observación de múltiples resultados la que nos ha guiado para establecer los criterios que vamos a exponer no basados, pues, en meras especulaciones teóricas sino en la práctica y en los hechos que han estado y continúan estando presentes.

Siguiendo esta línea es como vamos a señalar algunos de los principales defectos de nuestro sistema educativo convertidos ya en vicios tan arraigados en la vida docente, puesto que a la inercia, siempre opuesta a todo cambio, se asocian ahora intereses creados y posturas ideológicas muy difíciles de combatir.

El academicismo

De entre los vicios que acabamos de mencionar ponemos en cabeza al academicismo por ser el más tradicional, el de mayores raíces históricas y el más común, sobre todo en la enseñanza superior, con lamentable tendencia a penetrar también en el campo de la docencia elemental donde es más funesto aquel estilo.

Esta indeseable progresión general del academicismo proviene, en primer lugar, de la formación del profesorado en las académicas aulas universitarias de donde sale ya tristemente marcado para siempre.

Así, el alumnado se esfuerza persistentemente tratando de moldear su espíritu en las fútiles elucubraciones que oscurecen todo lo que deben aprender, como si el adquirir conocimientos fuese la más difícil tarea en la que puede empeñarse el individuo, con lo cual resulta imposible para unos, para otros, sin interés y también, para no pocos, ya dispuestos, confortable.

El academicismo viciado dominante del sistema educativo es incapaz y atiende, por contraste, a elevar aparentemente el nivel educacional pero lo único que consigue es disolver la enseñanza en el marco de unos planteamientos solemnes, enfáticos y estériles. Aquella máxima cervantina recomendando llaneza porque toda afectación es mala, no ha penetrado aún en el estilo de los libros de texto ni ha calado en los estrados académicos de cualquier nivel, donde la grandilocuencia y la vaguedad son, por regla general, la norma.

El academicismo es teorizante, poco analítico, impreciso y nada realista, más pendiente de la forma que del fondo y de la fábula que de la verdad; rinde culto a la moda intelectual; suele ser erudito y velado en sus pensamientos; vaga ausente de lo

concreto donde puedan contrastarse las ideas y los valores reales; para él, los hechos y las experiencias son vulgares y rebajan la categoría de los que cultivan estas vulgaridades.

Cuando tales caracteres se adueñan de un ciudadano cualquiera sin proyección, fuera de sí mismo, la cosa es intrascendente o simplemente ridícula pero cuando se incrustan en el sistema educativo, sus consecuencias son lamentables.

El academicismo ignora que el conocimiento humano asciende de lo particular a lo general, de lo concreto a lo abstracto y cuando se habla de la docencia, cuya misión es precisamente la de impartir conocimientos, invertir estos términos crea deformaciones en la educación que perjudican seriamente a la enseñanza.

Aunque hay que aprender a generalizar y fomentar la capacidad de abstracción, es antinatural comenzar por arriba, devaluar los hechos concretos, la sucesión de los cuales constituye la vida misma, la historia del individuo y de toda la humanidad.

La generalización a priori, exclusiva y autosuficiente; antipedagógica en cualquier campo o nivel de estudios; resulta particularmente nociva en el dominio de la preparación elemental y en fomentar la atracción, que debe ser pragmática por excelencia, donde contribuye así a formar personas sin sentido práctico en continuo choque con la realidad y que al salir de las aulas se sienten defraudadas e indefensas. El academicismo universitario tiene, lo mismo que el enciclopedismo del que luego hablaremos, fuertes raíces históricas.

La Universidad es una institución cultural muy antigua, de origen medieval y si bien esto no constituiría por sí mismo, un borrón, puesto que más antiguas fueron las Escuelas griegas, sustrato de toda la cultura occidental, sí comporta un lastre de una tradición carente de empuje y dinamismo, valores necesarios para acomodarse a las corrientes y al ritmo de cada época, sobre todo de la actual en perpetuo y vertiginoso cambio.

Se dirá que algunas Universidades y Escuelas Superiores son de reciente creación consagradas a nuevas disciplinas y que, por lo tanto, no pueden considerarse encuadradas en el rígido esquema de los tiempos primitivos y que, por consiguiente, nada ha podido influir en su planteamiento los modelos medievales, tratándose de estudios a la sazón inexistentes, y que otras son, de suyo, las preocupaciones actuales.

Téngase en cuenta que toda institución de nuevo cuño ha sido incorporada por inercia al sistema universitario tradicional quedando presa y limitada por el espíritu de las viejas estructuras pasadas, infundiendo a las nuevas creaciones el estilo anacrónico de la antigua escuela, al margen del ambiente saneado exterior que para la tradición significaría siempre un cambio innecesario y peligroso, fiel a la creencia de que cualquier tiempo pasado fue mejor, máxima que refuerza todas las posturas conservadoras.

Un ejemplo de aquel afán uniformista que sólo ha dado resultados negativos lo tenemos para nuestro país en aquellas de otro tiempo llamadas Escuelas Especiales de ingeniería, independientes, fundadas en el momento oportuno por diversos Ministerios atendiendo a la necesidad bien concreta de formar ingenieros para las

distintas ramas de la producción y servicios. Estas escuelas funcionaron durante muchos años adscritas a los Departamentos ministeriales particularmente interesados, con fines propios o de conveniencia nacional.

Más tarde dichas Escuelas fueron incorporadas uniformemente al Ministerio de Educación que rige los destinos universitarios, y fueron asimiladas a las Facultades allí existentes, bajo la denominación genérica de Escuelas Técnicas Superiores, constituyendo hoy en conjunto las Universidades Politécnicas del Sistema.

No es nuestro propósito el análisis de los vicios y virtudes de cada una de estas Escuelas, bajo uno u otro régimen, en relación con sus fines, pero sí poner de manifiesto el sello teórico y academicista impreso en todas ellas al entrar en el marco de la Universidad Clásica.

El pragmatismo funcional fue cediendo paso a una filosofía apriorística y lo concreto a lo abstracto. La generalidad uniforme del sistema universitario se impuso a los objetivos previos bien diferenciados. Bajo capa de un humanismo confuso, mal definido, y peor interpretado se cambió sustancialmente el claro espíritu que presidió la fundación de aquellos Centros verdaderamente modernos, sin pasado histórico en el que adormecerse, atentos solamente a los imperativos de su tiempo.

Antes hemos aludido al humanismo a la sombra del cual se cobijan impropriamente tantos equívocos sobre la enseñanza, amparados por el prestigio indudable de la antigüedad clásica, y es que, en efecto, el humanismo marca un paso decisivo en el avance de la cultura y de las actividades del espíritu.

Cabe, no obstante preguntarse, si el criterio humanístico es un concepto inmóvil perfectamente acotado e intangible, o bien idea viva cuya esencia debe variar al compás de los tiempos.

Es indudable que el humanismo al estilo de su tiempo entroncaba bien con el academicismo y el enciclopedismo cuando Platón y Aristóteles eran las principales, por no decir las únicas fuentes del saber, pero el curso de los siglos ha ido modificando inexorablemente aquellas ideas, creando nuevos valores que, en los orígenes, no podían ni siquiera ser imaginados, el empirismo científico y la tecnología, por ejemplo.

Esto debe formar parte del humanismo actual que ha de coordinarse, desde luego, con el conocimiento de las artes y de las letras, en general, sin limitar su campo al de estas últimas disciplinas.

Todo ello sin perder de vista la capacidad mental del ser humano, es decir, sin empeñarse en cultivar un enciclopedismo a ultranza de ámbito imposible sobre lo cual hemos de volver enseguida.

Por tal razón, rechazamos la inútil hojarasca, puramente especulativa, sin otra finalidad que vestir de empaque y apariencias doctas a los planes docentes con la cual se recargan y agobian a nuestros estudiantes universitarios. Esto es puro y enfático academicismo que deforma la mente y oscurece el pensamiento con pretensiones, a cambio de sabiduría, como si esta consistiera en consagrar aquellos temas de los que irónicamente se ha dicho que nunca fueron manchados por aplicación práctica alguna. Tal es la norma que domina, sin duda, a la enseñanza, especialmente en

nuestras Facultades Universitarias y Escuelas Técnicas Superiores.

El enciclopedismo

Para afrontar con acierto este tema hay que plantearse a fondo la cuestión de los fines próximos y remotos que se persiguen mediante la enseñanza, que son varios a la vez.

El fin último debe de ser capacitar al hombre para ser útil a la Sociedad, haciéndose apto para servirla y así mismo servirse legítimamente de ella.

No puede ser un fin de la educación fomentar el esnobismo y la pedantería cultivando un vacuo aunque ameno diletantismo.

Para alcanzar sus objetivos legítimos, la docencia ha de pasar por nuevas etapas de desarrollo, ya que es imposible verter de golpe en viejos moldes todo su contenido racional, empezando por evitar cualquier confusión entre los fines y los medios, revisando en consonancia nuestros criterios pedagógicos.

Así por ejemplo, la matemática que es instrumento valiosísimo sin el cual nada se podría entender en el campo de la ingeniería no es la meta de una preparación técnica, verdad elemental y, sin embargo, ignorada al parecer, tanto por el contenido de los programas como por la manera de llevarlos a cabo, eludiendo el significado físico de los planteamientos matemáticos y de sus resultados, para centrar toda su atención en el enunciado abstracto del tema y en el mecanismo rutinario del proceso demostrativo. Este modelo puede ser útil, hasta cierto punto, en las Facultades de ciencias exactas, pero no es de recibo en una Escuela de Ingeniería.

Otra disciplina básica mal enfocada en la enseñanza superior es la Física. Ya por tradición, siguiendo un criterio arcaico, se engloban bajo este título multitud de temas heterogéneos, de modo que el conjunto viene a constituir a modo de una enciclopedia particular de la Naturaleza.

Semejante carácter polifacético y, como tal, sin profundidad de ideas puede quizás convenir a la consustancial ligereza de las enseñanzas primaria y secundaria a través de las cuales debe impartirse una cultura general lo más diversificada posible para que cada individuo tenga, al menos, una visión panorámica del mundo que le rodea, según su capacidad se lo permita.

Esto último significa también que nadie en absoluto debiera ser rechazado de estos niveles, cualquiera que fuese su aptitud mental, considerando el derecho de cada cual a recibir en justicia la educación general que se halle al alcance de su intelecto.

La flexibilidad como guía en estos primeros pasos de la enseñanza comporta un cambio radical en la concepción del sistema educativo con la exaltación moral del aprendizaje. No habría así, nunca, en estos niveles preparatorios del saber, el fracaso escolar ni la clasificación de no apto, puesto que una gradación no significaría ineptitud alguna, sino el escalonamiento natural de las facultades de los seres humanos.

Esta flexibilidad de los primeros pasos de la enseñanza comportaría un cambio radical en la concepción del sistema educativo elemental y en la estimación social del aprendizaje. No podría haber así, repetimos, fracaso escolar en estos escalones preparatorios del saber ni sentencias de ineptitud puesto que tal gradación no significaría un juicio de nulidad sino el reconocimiento de la realidad intelectual diversa propia, por naturaleza de los seres humanos.

En cambio, las exigencias deberían ser mucho más severas en los estudios superiores evitando de paso toda discriminación clasista mediante la dotación generosa de las becas de estudio: La selectividad se hace entonces necesaria si bien no a través del azar que constituye un examen, sino mediante cursos de selección abiertos a muy diversas ramas, según las preferencias o vocaciones manifiestas con el despliegue de orientaciones que sirvan al alumno para formar juicio sobre su propia opción y las posibilidades de llevarlas a cabo.

Este juicio, que marcaría ya su destino, es el más delicado y está expuesto a graves errores que solo un profesorado bien instruido en la labor puede atenuar.

Una vez rebasadas estas cotas de formación, entramos en las condiciones que debe reunir la enseñanza superior.

El saber enciclopédico que pudo ser un galardón de la mente en la edad media, es hoy una utopía dada la extensión y profundidad de los conocimientos actuales, no solo en términos genéricos, sino en cualquier parcela de ese mismo saber por minúscula que parezca a simple vista.

Es ahora cuando se trata de la formación de hombres útiles a la Sociedad y a ellos mismos cuando hay que decidirse seriamente sobre el tipo de enseñanza a impartir al alumno. Por tentadora que sea la opción de saber mucho, de saberlo todo, hemos de tener en cuenta la limitación de nuestras facultades mentales, incluso para los más sabios, y renunciar a la conquista de un espejismo que cuanto más vamos hacia él, más se aleja de nosotros.

Es forzoso recortar nuestras ambiciones para poder abarcar algún proyecto con posibilidades de éxito y dedicarse a él con todo nuestro afán para llegar a lo más hondo del tema y poder profundizar aún más en este pozo sin fondo que constituye la esencia de cada cosa. Por ahí va el camino de la investigación y de la creación en todos los campos.

Pretender investigar, o lo que es igual, participar en la carrera del progreso, y crear, o sea hacer realidad aspiraciones siempre lejanas con un bagaje superficial de conocimientos sin hondura posible, es pretensión vana. La especialización profesional tan denostada por todos los académicos de salón es una necesidad imperiosa que debe ser asumida plenamente por la Universidad en sus más variados aspectos.

El temor de que el estrecho marco de sus actividades primordiales convierta al hombre en una máquina sin alma ni horizontes verdaderamente humanos, es un falso argumento.

De una parte, nada fortalece tanto la condición humana de la persona como la eficacia y el valor de su propia obra. Esto le basta ya para realizarse plenamente y fomentar la propia estimación como pieza útil del entramado social y no

contemplarse como ente puramente decorativo dentro de un sector sin raíces profundas, mero escaparate de fantasías. Sólo instituciones caducas pueden avalar enfáticamente esta postura al socaire de un teórico humanismo.

De otro lado, la especialización profesional con su dominio del saber profundo en un campo limitado, no es incompatible con la adquisición de otra varia cultura en distintos espacios aunque su densidad haya de ser forzosamente mucho menor.

Este nuevo humanismo con señas marcadamente autodidactas están al alcance de todo el mundo y para llegar a él basta con poseer un ápice de curiosidad por conocer en general el Universo que nos rodea, su historia, sus logros presentes y pretéritos, su situación actual y la esperanza de futuro que promete, todo ello en forma ilustrativa sin el prurito de agotar cada tema, conquista siempre imposible. Todo ello bien al alcance de cualquier espíritu con ansias de allegar conocimientos por sí mismo; lo que, en cambio, no es hacedero cuando se trata de llegar al fondo de los conocimientos, fruto de tanta labor seria, sin la ayuda potente de un organismo superior depositario de estos saberes profundos: lo que debiera ser la Universidad para bien de cada ser humano y de la Sociedad que le cobija.

La sabiduría enciclopédica no cabe en la mente de un individuo, pero la acumulación de saberes profundos pudiera residir en los recintos universitarios a disposición de los que tienen el derecho a elegir su camino por alguno de los senderos que conducen al noble fin repetido de ser útiles al colectivo que los ampara y a ellos mismos.

Pretender impartir una cultura universal a todos los ciudadanos que se acerquen a los centros universitarios es caminar derechos hacia el fracaso, a la esterilidad y al histrionismo, contrayendo así una responsabilidad culpable hacia la Sociedad entera y alentando un academicismo, estéril, de salón.

La cuestión se plantea también en otros términos: los enciclopedistas alegan que la Universidad puede ser múltiple de ideas porque su misión es formar, no, informar al educando y que esta información es lo que más tiempo requiere. Pero el enciclopedismo es la más engañosa de las opciones puesto que falsea el conocimiento de sí mismo, halagado por una frívola sabiduría, ignorancia real, sin frutos, que propende, dado lo vistoso del atuendo, al narcisismo; y esto no es formar ni informar sino llanamente deformar.

La era del empirismo

Tan pronto como los sentidos despiertan a la vida el hombre comienza a percibir sensaciones que le aportan cocimientos del mundo que le rodea. Pero de otra parte, el hombre lleva consigo un saber innato origen genético que le alecciona para desempeñar ya las funciones más elementales de subsistencia: nutrirse, hacerse presente, reclamar lo que conviene para satisfacer sus apetencias o sus necesidades más perentorias.

En conocimiento intuitivo es, no obstante, tan limitado y tan superficial que no trataremos de incluirlo aquí entre las fuentes que aportan su caudal a la creación de una Cultura específica o de una Civilización.

Otra vía de conocimiento a la que tampoco vamos a dar cabida en estas páginas de corte más bien científico es la Revelación, venero para la fe; tenemos también la inspiración como don repentino, un soplo que viene sin saber de dónde ni porqué.

Aunque se haya dicho gráficamente que la creación intelectual es fruto sólo de un diez por ciento de inspiración y de la transpiración en el noventa por ciento restante, retengamos aquella modesta cifra entre las fuentes más válidas del conocimiento. La inspiración suele dar frutos instantáneos muy importantes si bien no puede ser considerada como manantial sistemático del saber.

Dos son las vías clásicas en la línea más fecunda del saber humano: la experiencia y la razón. Adviértase que no nos referimos aquí al conocimiento en sentido restricto denominado comúnmente cultura, la cual nos transmite el saber que otros alumbraron, esto es, la información sobre lo ya sabido; se trata ahora del saber nuevo, de la creación o descubrimiento de verdades antes ignoradas, de un saber que ensancha deliberadamente la visión del hombre frente a la Naturaleza.

Para este propósito científico, el ser humano sólo dispone de los caminos citados: la razón y la experiencia, que en su mecanismo más seguro va de la experiencia a la razón, a tenor aquella, de las percepciones sensoriales directas o indirectas consolidadas en la mente. Esto no excluye el camino inverso, de la razón a la experiencia, ésta como aval firme de la primera. Tampoco pretende negar, en principio, el valor por sí mismas, de cada una de las dos vías del saber.

Las primeras generaciones fueron sobre todo empíricas; se sabía mucho por la observación, por los sentidos y muy poco por la mente. Las experiencias dispersas, pobres además por falta de medios, limitados a la escasa potencia de los sentidos humanos eran recogidas, ordenadas y difundidas sin apenas análisis mental alguno. En el mundo había, indudablemente, sabios pero, no, pensadores.

La era de la razón

Fue el genio helénico, fue la pequeña Grecia, la minúscula tierra sin relieve, la

que enseñó a la Humanidad a pensar. Por esto se ha dicho, forzando la cronología, que, si bien antes de Grecia hubo sabios sólo a partir de Grecia hubo pensadores.

Si algún reproche cabe hacerle a la civilización helénica sería el de su excesivo culto al pensamiento y un injustificado desprecio por el conocimiento experimental. Este desdén iba acentuarse hasta el límite en el periodo siguiente de la Edad Media, transformándose en una verdadera peste cultural.

Los griegos habían llegado ya a prescindir casi por completo de la experimentación, incluso para las enseñanzas que nos ofrecen los hechos cotidianos, encerrándose en la torre de marfil de las ideas, en perjuicio, sobre todo, de las ciencias naturales. La razón llegaba a ser la fuente venerada del saber; todo lo que era razonable era cierto, apriorismo sumamente peligroso; lo que la razón afirma no puede ser desmentido por la experiencia, de tal modo que es lícito prescindir de éste para asentar cualquier principio elaborado por la mente.

Esto equivale a conceder a la razón el don de infalible, sin admitir que el razonamiento en sí puede ser defectuoso o que, aún siendo perfecto en su mecanismo lógico, las premisas de base contengan, tal vez inopinadamente, algún vicio de origen.

Justificaban la confianza los éxitos conseguidos en algunos campos de la ciencia pura por la simple razón. La Geometría de Euclides, rigurosamente lógica, no precisa de comprobación experimental alguna; asentadas las definiciones, axiomas y postulados es posible levantar todo el edificio científico sobre una sucesión de silogismos alcanzándose por este medio, verdades irrefutables. Pero la doctrina presenta un flanco débil que hace dudosa su pretendida infalibilidad; partiendo de postulados distintos es también posible edificar otras geometrías no menos lógicas aunque meramente especulativas, y así, en efecto, han nacido las geometrías no euclidianas con iguales virtudes dialécticas.

El mérito de la geometría euclídea reside en que sus postulados son físicamente ciertos y ello da consistencia y valor real a toda la obra teórica que de ello se desprende, mientras que las otras geometrías, aunque pretendan hallarse avaladas por su afinidad con las doctrinas relativistas, adolecen de los mismos defectos que arrastran estas últimas: la vulnerabilidad de sus propios postulados, contrarios a la razón y a las vivencias humanas.

Roma pretendió más tarde, como consecuencia de su conquista del mundo helénico, asimilar el espíritu racional de los griegos, consiguiéndolo sólo en parte sin añadir nuevos valores a los ya conocidos, salvo en el campo del Derecho, que perdura en esencia todavía, aunque, es una opinión, sin mucha gloria para la Justicia presente.

La era especulativa

De toda la bella herencia que nos legó la civilización griega, hubo de ser, precisamente, su tendencia retórica y especulativa en exceso la que arraigase en la era siguiente, sostenida además por una dócil y cómoda sumisión al principio de autoridad en materia de razón, según la cual nada que hubiera sido avalado

previamente por una autoridad suficiente podía ser puesto en tela de juicio.

Así reinó cerca de quince siglos la Escuela aristotélica, propiciada tal vez por su mayor acuerdo con el sentimiento religioso imperante. Esta Escuela se reputó a la sazón como válida en todos los asertos, lo cual había de tener una repercusión muy desfavorable sobre el pensamiento científico.

No es leve la culpa que esta actitud dialéctica tuvo en el estancamiento, o mejor dicho, en el retroceso de la cultura a lo largo de los mencionados siglos.

Queda un foco de luz menos influido por esta doctrina, en el mundo árabe que habría de florecer tras sus conquistas de grandes territorios. Allí iban a surgir nuevos valores ensanchando el campo de las matemáticas, de la filosofía, de la medicina, al mismo tiempo que se iniciaba el gusto por el estudio, sin prejuicios, de los clásicos griegos.

El confinamiento de la cultura árabe fuera de casi toda Europa hizo que su obra no llegara a tener para el mundo occidental la importancia y el reconocimiento que merecía.

El saber armonioso

A raíz de las invocaciones de Roger Bacon al cultivo de la experimentación como fuente última de la verdad surgió el nuevo espíritu que supo rendir culto por igual a la razón y a la experiencia. Había llegado el Renacimiento que acabaría por emanciparse, al fin, de la escolástica y la rutina de los siglos anteriores. Libres de prejuicios y dogmatismos se abrieron para la Humanidad todos los caminos del progreso científico: las dos más claras fuentes del conocimiento, la razón y la experiencia permanecieron ya unidas para siempre. A la sombra de una y de otra, y vueltos los ojos hacia el clasicismo griego; en perfecta armonía de ambas potencias del saber, la Ciencia, las Artes y el pensamiento todo, iniciaron la más brillante carrera que registran las páginas de la Historia.

Este impulso es el que sigue alentando, todavía hoy, la vida de nuestras generaciones, pero por infortunio ya se advierten signos que comienzan a ensombrecer el maravilloso panorama de la civilización llegada hasta nosotros.

Nuestro tiempo

Una ráfaga de locura corre por la mente del mundo actual; se hace primero patente en la esfera de las artes y de las letras donde la impotencia para superar con pobre imaginación las altas cotas de la belleza clásica de las varias épocas ha impelido a los artistas hacia el desesperado intento de significarse buscando a todo trance la notoriedad por los caminos del escándalo haciendo de la pirueta y la extravagancia sus medios de expresión para reclamar la atención que ni la sensibilidad ni el buen gusto podía otorgarles por su falta de méritos y pobreza de ideas.

Nace entonces como señuelo un supuesto vanguardismo decadente e iconoclasta que siguiendo el camino fácil promueve, a veces, el retorno de las más

toscas expresiones primarias de la mente humana.

La ciencia conserva su capacidad creadora pero las modernas proposiciones relativistas se orientan ya hacia el surrealismo y la paradoja, tratando de presentar un mundo antinatural y esotérico al margen de la razón y de las vivencia humanas en contra de una realidad que no deja de ser posible, para lo cual nos basta ver, en las aparentes contradicciones de la Física clásica, no la evidencia de un mundo retorcido, elástico y deforme sino la prueba de haber penetrado en los inquietantes fenómenos objetos de controversia con vista insuficiente, enjuiciándolo de manera incompleta, al prescindir de la influencia y acción naturales del medio, postulando, en fin, un vacío que es mera abstracción, que no puede existir porque la nada es una incongruencia en sí misma.

Si según hemos demostrado en otras ocasiones se identifica el medio con una sustancia extraordinariamente sutil que pudiera constituir, por otra parte, el sustrato de toda la Naturaleza, del Universo entero, hipótesis nada fabulosas, los hechos todos que otrora se juzgaron insólitos hallan normal explicación, e incluso valoración cuantitativa, en concordancia con las experiencias sin recurrir a supuestos de corte delirante.

De todas maneras, las ideas mágicas van muy acorde con el delirio intelectual de nuestro tiempo, como un signo más de decadencia. Las teorías de ficción científica pueden lanzar a cualquier rama sencilla del Saber humano por el mismo camino por donde ya circulan confusas actividades especulativas del hombre, sin valor existencial alguno.

Tal debe ser la consecuencia de ensalzar falsos valores que se sitúan al margen de la razón en aras de una metafísica dogmática, del mito de los ídolos de barro que se levantan por doquier.

El conocimiento aleatorio

Hasta ahora, nos hemos dedicado a la exposición de unas fuentes de conocimiento, las más fiables dentro de la relatividad con que el hombre puede penetrar en los secretos de la Naturaleza, las cuales, en cierto modo, son accesibles por igual a todos los humanos.

El campo ambicionado de nuestro saber abarca, empero, espacios sin límite, abstractos o concretos, mucho más ambiguos y de exploración menos segura, donde la lógica pura o la meta observación no proporcionan suficientes elementos de juicio.

La verdad última

La verdad objetiva sólo puede alcanzarse en el campo de las Ciencias Matemáticas y de las Ciencias Físicas; lo cual no quiere decir que la verdad absoluta no existe fuera de estos campos sino, también, en todos aquellos donde se crea una realidad sensible tan firme como en los primeros. Lo difícil es percibir estas realidades y, sobre todo, demostrarlas objetivamente.

Nos queda, sin embargo, algo que para el individuo tiene en sí la misma fuerza y valor que la más universal de las constataciones: la verdad subjetiva, la verdad que haya podido asentarse, al fin, en la raíz de su propia mente en lo más íntimo de su conciencia, no importa el camino por donde haya llegado a ella. Estos serán virtualmente los cimientos de sus más sólidas convicciones.

No puede menospreciarse tal fuente de conocimientos por su particular carácter de singularidad ya que, si bien no proviene de un proceso lógico formal por medio de la razón pura, se fundamenta en un hecho experimental, mejor diríamos vivencial, propio del individuo que los posee. Al fin y al cabo las verdades más profundas han comenzado por ser patrimonio de una minoría que su especial sensibilidad ante los fenómenos incomprensidos ha acabado por prevalecer contra todas las opiniones contrarias.

Queremos, por tanto, resaltar aquí el valor de lo subjetivo frente al rigor de los que sólo aceptan como válida la universalidad de la prueba para todo conocimiento fiable.

Ante la contemplación del Cosmos, por ejemplo, y referente a su cronología cabe asumir una y otra de estas dos posturas excluyentes entre sí: suponerlo increado y eterno, sin principio ni fin temporal o bien admitir su creación en uno u otro estado a partir de un instante preciso, siendo posible, también, por analogía, su desaparición en un cierto momento indeterminado.

La hipótesis de eternidad es poco más que un concepto metafísico sin sentido alguno en el área de la comprensión humana; podemos enunciar literalmente la hipótesis pero, no, su estricto significado. La infinitud es una abstracción conceptual sin cabida en el marco del saber humano.

Postular, pues, la eternidad del Universo es dejar la cuestión sin respuesta, una manera sencilla de eludir el problema para evitarse reflexiones más profundas.

También es verdad que pronunciarse en favor de la tesis conforme con la creación del Mundo no comporta por esencia un argumento decisorio de tan vasto problema. Implícitamente supone que tal creación se ha llevado a cabo partiendo del sustrato de la nada: Que de la nada haya surgido algo tan complejo e inmenso como el Cosmos.

Un hecho de esta naturaleza sólo puede explicarse por la acción de un Ente superior a todo lo que podemos conocer de nuestro entorno con nuestros medios sensoriales.

Se ha llegado a afirmar que este poder creador existe en la propia Naturaleza sin requerir, por tanto, la intervención de agente exterior alguno. La experiencia demuestra que la afirmación carece de base puesto que jamás se ha contemplado al ser natural, a esa ciega Naturaleza, crear de la nada ni la más simple partícula del Universo y cuanto menos un sistema complejo, por elemental que fuere, de los muchos componentes que se ofrecen a nuestra observación.

Ciertas doctrinas físicas modernas enuncian la posibilidad de generar materia espontánea o artificialmente, a base de energía inmaterial, pero la energía, en sí, ya es “algo”, preexistente a la supuesta generación, a parte el que la aparente conversión de energía y materia, postulado propio de la teoría relativista, se basa en

fenómenos experimentales que pueden ser explicados satisfactoriamente, con mayor claridad como simple extrapolación de las leyes que gobiernan la Dinámica clásica, punto sobre el que no hemos de extendernos aquí por apartarse demasiado de la línea que hemos de seguir.

La creación del Universo por virtud de su propia fuerza generadora es, pues, una tesis inadmisibile; tanto la materia inánime como el espíritu, al alcance de nuestros conocimientos, son importantes para forjar un hecho semejante.

No queda entonces otra alternativa plausible que la de atribuir la Creación, partiendo de la nada, a un Ser supremo distinto del Universo creado.

De tal ser poco podemos conocer por vía del entendimiento, salvo la cualidad suprema de un acto de esta índole, fuera del alcance de todos los seres conocidos. Este ser es el que llamamos Dios y lo dicho es cuanto podemos afirmar razonablemente de El, guiados sólo por nuestra inteligencia.

No obstante, lo expuesto, aunque comprensible y coherente, no constituye en sí una prueba irrefutable de la existencia de Dios. Dios al fin, no es una entidad físico-matemática demostrable, como cualquier teorema, por el camino de la lógica humana, y siendo esto así, menos podremos asegurar sobre la forma y atributos de la divinidad por mucho que nos esforcemos en definirla y representarla.

En resumen: las pruebas objetivas de la Creación y de la existencia de Dios no están al alcance de nuestros limitados recursos mentales.

Ya nos preguntábamos si las únicas fuentes fiables de verdad las constituían las pruebas objetivas; si, acaso, las pruebas subjetivas no poseían la misma fuerza probatoria para el ser humano. Y nos hemos respondido que sí, hasta el punto de que la verdad que no se asume personalmente carece de todo valor probatorio ante la conciencia del individuo y esto depende en gran manera de las cualidades personales. Por muy cierto que sea el teorema de Pitágoras será siempre indemostrable para quien no sepa Geometría.

Gracias a esta serie de circunstancias el fenómeno religioso ocupa el primer lugar entre las innumerables proposiciones sujetas a permanente constante; y de no convenir en lo dicho seguirá siendo inexplicable la fe de los místicos o el sacrificio de los héroes valerosos, felices a veces, hechos incomprensibles para los que, no menos dogmáticos que de los ciegos creyentes, sólo conceden valor a los argumentos y a las demostraciones objetivas. La convicción es tan firme en aquellos que fuerza es concederles algún fundamento sólido y no se pueden rechazar unas ideas, mantenidas con tal entrega, tan sólo porque no formen parte de la propia rodeada, en apariencia, del más exigente aparato demostrativo.

Más cerca de la verdad se halla el creyente vulgar que cifra toda su fe en los hechos para él tangibles de la protección divina, formando parte de sus vivencias cotidianas: “a Dios quien más padece se avecina”; y como los padecimientos de uno u otro género son el fruto diario de nuestra existencia, sólo uno mismo sabe si el alivio impetrado ha venido o no por los cauces de la lógica al uso.

Así son las vivencias personales, intrasmisibles, pero reales en la historia de cada ser humano: la intervención de un Ser supremo, solicitada por el hombre y eficaz ya en los límites de lo imposible es la única explicación plausible para

cualquier protagonista de una tal experiencia que si no sirve de prueba irrefutable para los demás nada puede tampoco probarse objetivamente en contra, mientras el

hecho es vivido con intensidad convincente por el sujeto de la experiencia, aflorando para él, con razón, en una verdad incontrovertible.

Otro arcano asociado a lo anterior es sin duda la constatación por las vías señaladas de que un Ser inmenso tan fuera de los límites del tiempo y del espacio se digne fijar su acción en esa partícula infinitesimal del Universo que es el hombre. Difícil es también asumir esta insólita pretensión pero la afirmación taxativa proviene una vez más de la subjetividad individual capaz de vivir en sí misma la evidencia de una tal desigual relación.

Todos estos sentimientos, tan vivos como la razón ausente, adquieren por su enorme difusión un valor objetivo, pero aunque así no fuera, bastaría la fuerza con que se imprimen subjetivamente en la conciencia de los individuos para que se les concediera todo el crédito que merecen.

Si queremos asumir la tesis en pocas palabras, aún con todas las carencias comporta una síntesis verbal, diríamos que Dios existe pero sólo para el que cree en El. Y el creer en Dios es la forma de comportamiento más humana.

El cúmulo de saberes de la Humanidad nos parece inmenso y por ello nos sentimos orgullosos. Si computamos en cambio el volumen de nuestra ignorancia constatamos pronto la insignificancia de nuestros conocimientos. Y lo más grave es que esta ignorancia atañe a lo más fundamental de nuestra propia esencia y de cuanto nos rodea en tanto que el saber se limita a fenómenos y acontecimientos superficiales efecto de aquellas causas ignoradas. Al darnos cuenta de este hecho decepcionante se explica que nos esforcemos cada día más por descubrir aquellas raíces a pesar de los reiterados fracasos y, en tanto asumimos los errores como verdades incontestables, nos conducen frecuentemente a situaciones tan falsas como las convicciones que las provocan.

El primer problema que se presenta en la existencia del hombre es el de la creación misma: ¿cuándo y cómo nació el Universo?. No hay testimonios irrefutables pero sí indicios y otras huellas actuales que animan a establecer al menos una teoría o mejor dicho varias posibles explicaciones.

En cuanto a la edad del Cosmos, lo que sí es seguro es que ésta no se cuenta por años sino, al menos, centenares de millones de siglos.

De otra parte, la unidad de la materia, reducida en cualquier caso a partículas eléctricas, es un hecho indudable, pero no debemos suponer que estas partículas en su forma bipolar o neutra, que conocemos perfectamente, fueran construidas originariamente en sus varios estados con los que actualmente se nos presentan sino que, a su vez, deben proceder de una sustancia única, la primera expresión material del Universo, lo que nosotros denominamos, por darle algún nombre sugerente de su cualidad primaria, “hipermateria”.

Bajo la acción de fuerzas extrañas, no es suficiente la de la gravedad para explicar el fenómeno; se formaron las partículas subatómicas (electricidad) aunque de signo y efectos distintos. Las fuerzas que mantuvieron unidos estos corpúsculos las llamamos hoy “nucleares” y sobre ellas sabemos muy poco, sólo que contrarrestan a otras fuerzas electrostáticas que tienden por contraste a disgregar el núcleo de ese edificio extraordinario y simple que denominamos átomo. Como vemos, bastantes nebulosas se oponen a que podamos formarnos una idea clara de estos primeros aleteos cósmicos. Si bien hemos supuesto implícitamente que la hipermateria al ser creada llenaría todo el Universo, hay también dudas sobre si pudo estar concentrada en un punto y extenderse por efecto de una explosión, cuyas causas tampoco podemos precisar, para formar el Universo primigenio dentro del cual aparecerían las fuerzas nucleares, eléctricas y gravitatorias bajo las cuales debió conformarse la primera edición del Cosmos.

En síntesis, contamos con tres partículas eléctricas esenciales, protones, neutrones y electrones que integran todo el Cosmos de material presente; esto es lo que mejor sabemos; lo demás son hipótesis razonables pero no verdades absolutas. La materia estaría dotada de ciertas propiedades que convenían a un nuevo agente, concepto tan oscuro como los predecesores: a ese agente le llamamos “energía”; lo ignoramos todo de él salvo que sin su presencia la materia fuera como un cuerpo

neutro incapaz de acción alguna. Esta energía se identifica con la aptitud para producir trabajo, en suma movimiento, y calor: otro aspecto del movimiento elemental de las partículas atómicas que provoca una sensación particular llamada temperatura. Así lo enseña la termodinámica, y por extrañas que sean estas ideas, han cosechado óptimos frutos.

Se ha postulado la existencia del vacío, es decir de la nada, en los espacios interestelares; tal es, otro postulado que resulta cómodo en teoría, pero haría inexplicables ciertos fenómenos recién descubiertos, lo cual ha conducido al nacimiento de una teoría denominada de la Relatividad cuyas premisas son más insólitas que las aparentes contradicciones de las leyes físicas. No se tiene en cuenta la existencia de la hipermateria, resto sutil que debió quedar después de entregarse como raíz de la materia tangible Por dicha circunstancia, la Teoría de la Relatividad se edifica sobre numerosos principios desacordes con la razón y las vivencias humanas, al igual que en tantas ocasiones se trata de forzar la razón para justificar inusitados comportamientos observados en el mundo físico y mental.

Otro gran misterio del que sabemos menos aún es el de la aparición de la vida sobre el planeta. Seres vivos y materia inerte tienen la misma composición molecular a base del reducido número de átomos distintos que existen en la naturaleza, alrededor de un centenar, estando todos sometidos a las mismas leyes fisicoquímicas. En los seres vivos existe un hálito que la simple materia no posee y se hallan sujetos a un proceso inexorable: nacimiento, desarrollo y muerte, ausente de la materia inerte, es capaz también de evolucionar a través de la descendencia mejorando su propia especie o creando otras nuevas diferentes. Los procesos evolutivos son muy lentos y resultan apreciables sólo al cabo de millones de años, como millones de millones de años debieron transcurrir desde el momento de la Creación hasta la aparición del primer ser vivo tan igual y tan distinto de la simple materia inerte.

Una vez más desconocemos los caminos y la razón que dieron origen a la vida sobre el planeta; las justificaciones que aportan algunas creencias religiosas o las especulaciones filosóficas sobre el tema, resultan completamente estériles.

Es el momento de hablar de ese otro mundo del espíritu sobre el cual nuestros conocimientos son aún más confusos; ello no ha impedido, que se recurra a toda clase de hipótesis para tratar de penetrar en el misterio.

El espíritu o el alma se manifiestan a la conciencia en primer plano por el destello de la inteligencia; surgen de ella el entendimiento de lo que nos rodea y la voluntad de obrar bien o mal; guarda en la memoria los hechos que le impresionan y nos proporciona la capacidad de pensar.

Todos estos actos tienen la propiedad de ser inmateriales, intangibles, inaccesibles para cualquier otra persona que no sea el sujeto mismo de la idea. Ninguna de estas experiencias nos ayuda a conocer la esencia del espíritu, de qué se compone ni cómo actúa; sólo sabemos de lo que es capaz, todo lo demás sobre él lo imaginamos. Si poco es lo que sabemos de la vida menos aún es lo que sabemos de la muerte. Aquí sí que se han puesto en pie múltiples conjeturas. Al ser patente que con ella el cuerpo se aniquila, pese al credo religioso de su resurrección, el hombre

ansioso de eternidad concentra su esperanza en el espíritu: la transmigración de las almas, la vida eterna, gloriosa o expiatoria, la identificación de nuestro espíritu con el de la divinidad.... Todos, todos han sido esfuerzos para escapar a la hipótesis más lógica de que siendo las funciones anímicas obra del cerebro el alma se extingue con él. A lo más que podemos aspirar es a sobrevivir, como materia, a través de los genes, en nuestra descendencia, decreciendo la propia presencia en el curso de las generaciones sucesivas; y de igual modo, en el recuerdo que irá extinguiéndose también con el paso del tiempo.

Sólo algunos espíritus cumbres han dejado su huella en el recuerdo humano por los siglos de los siglos, gracias a sus pensamientos o merced a sus obras, pero ésto tampoco es la eternidad soñada.

No es mucho, lector, lo que habrás aprendido leyendo estas líneas, pero sabes mejor cuánto ignoramos.

En fin: sólo debo añadir que si quieres conocer mejor todos estos arcanos, no recurras a los libros sagrados: ni en la Biblia, ni en el Corán, ni en las Mitologías, ni en la sabiduría de los profetas orientales, todo lo cual no haría otra cosa que enmarañar tus actuales conocimientos sobre Cosmología, Física, Biología o las ciencias del espíritu.

La constatación de los mediocres frutos de la enseñanza, lejos de provocar una reacción vigorosa que tienda a remediar los males que produce en los espíritus un decaimiento que acaba por captar los hechos como irremediables y conformarse con cualquier remedio de acción que se anuncie, como mal menor; solo aparecen reacciones violentas cuando peligran algunos intereses creados o el sistema se resiste a crear nuevos intereses y salidas facilotas que implican otros tantos privilegios de casta o de clan. La educación corre a convertirse en un “modus vivendi” en el más peyorativo de los sentidos, tanto para estudiantes como para enseñandos con gran beneplácito de las familias respectivas. La sociedad en tanto que ente colectivo, asiste muda e indiferente al espectáculo como si no le afectase el drama y llega a dar síntomas de que la función le aburre porque el argumento de la obra es malo y los actores, sencillos cómicos de la lengua, pomposas y afectadas las primeras figuras, declamatorias las segundas partes y estridente y desacorde la comparsaría. Una vez dictada tan cruel sentencia, la sociedad, reclamada por otros mil problemas, abandona el teatro sin mayor disgusto.

Es muy difícil que una sociedad superficial y al mismo tiempo tan agobiada, sea capaz de comprender al guía turístico que nos dio la lección antes citada en otro lugar. Los frutos de la educación no son inmediatos, la cosecha no se recoge como mínimo hasta la siguiente generación y la gente tiene prisa, por lo cual prefiere cualquier producto artificial aunque sólo sea el remedo de una cultura, en lugar de una sólida preparación para la vida propia y el servicio de la colectividad. Y a esta formación aparente se llega por las carreras cortitas, las vacaciones alargadas, los horarios recortados, las materias enciclopédicas, los tratamientos superficiales, los privilegios, el proteccionismo, las discriminaciones clasistas: en fin: por las vías de la irresponsabilidad y la indiferencia.

Sacudir esta indiferencia, movilizar el país infundiéndole fe y entusiasmo por el saber, sinceridad en el deseo de aprender, y voluntad para justificarse a sí mismo por el conocimiento y ante la sociedad por su capacidad de ser útil, realmente útil, no estérilmente retórico, sería el más completo logro que pudiéramos soñar en estos momentos de desconcierto y descomposición en el campo de la docencia así por sus fines como por los caminos para llegar a ellos.

Sacudir esta indiferencia es hacer que las enseñanzas resulten claras, despojadas de nebulosas inciertas y gongorismos confusos; que sean efectivas sin incursiones inútiles por campos meramente academicistas; sencillas, sin retórica espectacular apta solo para diluir los conceptos, complicándolos con vistas a la espectacularidad en alardes de inoportuna sabiduría.

Sacudir esta indiferencia es también buscar las ideas concretas de influencia directa, cultivarlas, profundizar en ellas cuando la finalidad del estudio no sea genéricamente cultural sino de preparación para el servicio concreto de la sociedad y de su propia existencia; renunciar a la frivolidad superficial, al conocimiento epidérmico y diletante y ahondar en las raíces del saber, tarea ingrata y de menor lucimiento pero infinitamente más fecunda; tener en cuenta las limitaciones del

Tiempo y de potencia intelectual para no pretender abarcar el mundo en cuatro, cinco o seis cursos universitarios que evidentemente no dan para hacer de cada hombre una enciclopedia absoluta, ni siquiera en cualquier rama del conocimiento presente, lo que es prueba de soberbia e ignorancia. Vencer la indiferencia es por otra parte el interés por aprender, y el interés por enseñar, con el pensamiento puesto en los objetivos y en la valía del conocimiento real como fuente de logros materiales y espirituales sin fiar en monopolios y prebendas anejos a reconocimientos oficiales de puro valor nominal.

Sacudir la indiferencia es hallarse dispuesto a realizar el esfuerzo económico y de trabajo que el aprendizaje merece, sin eludir sacrificios a nuestro alcance y en la medida que podamos soportarlos, renunciando a cargarlos sobre otros peor dotados o sobre el cuerpo social a través de un Estado paternalista pero de recursos limitados que no debieran sustraerse a cubrir otras necesidades más perentorias y discriminadas, personalizadas incluso, en el mismo campo de la educación.

Lo es también evitar el despilfarro de las asignaciones jugando al absentismo, al “vacacionismo”, a la escasa utilización de los cerebros y a las inversiones con un balance de pérdidas que no podrán enjugarse jamás.

Y finalmente de no caer en la indiferencia por los temas educativos, el respetar sus fines individuales y de específico servicio colectivo sin intentar desnaturalizarlos encauzándolos hacia intereses particulares de sectas o partidos, lo que en el mejor de los casos no deja de ser una apropiación indebida de recursos pertenecientes a la Sociedad entera, y en el peor, evidenciar el ansia de dominio y esclavitud individual de unos hombres que así, de manera insensible, van siendo despojados de su derecho a ser libres.

La cultura fue durante siglos patrimonio exclusivo de grupos privilegiados sin que ello fuera motivo de escándalo; se aceptaba como un hecho normal y diríamos que conforme a la naturaleza humana de instintos selectivos. En los tiempos modernos empezó a pensarse que, al menos en la escala más elemental, el derecho a la cultura era inherente a toda persona humana; más adelante se amplió el reconocimiento de este derecho hasta lo que hoy llamamos el grado de educación general básica y en la actualidad se proclama ya el derecho general a la enseñanza superior en aras de un tratamiento de igualdad sin discriminaciones clasistas. Como vía, la más segura, para alcanzar elevadas metas de justicia, viene a señalarse unánimemente un camino simple: la gratuidad de la enseñanza. Sin embargo, ninguna de tan nobles aspiraciones ha conseguido verse plenamente satisfecha hasta hoy; ni siquiera la más modesta de erradicar, el analfabetismo, manteniéndose para el resto de los enunciados un clima de teatralidad que convierte toda la representación en un torpe ensayo o más bien en desenfadada parodia por lo mucho que hay de histriónico en el espectáculo y gritos para la galería por no haberse estudiado los actores su papel. **Tres son**, a juicio nuestro, los motivos del menguado éxito conseguido por los sinceros afanes de desterrar el clasismo del mundo de la educación para extender sus beneficios a todos los ciudadanos de cualquier condición social, a saber: **Primero:** que para recibir tales beneficios no basta abrir las manos y apresar la dádiva sino que se requiere una cierta voluntad de esfuerzo y sacrificio poniendo a contribución ciertos anhelos congénitos de saber y una sana curiosidad por descubrir más a fondo el mundo que nos rodea. Estos requisitos aumentan de peso y volumen a medida que nos elevamos en la escala del conocimiento y se oponen a ellos la inercia, la apatía y el conformismo que tanto frenan el ímpetu del ser humano. Estos factores negativos no son tareas específicas de determinadas clases sociales, se encuentran en todas ellas y hallan su mejor terreno de cultivo en los extremos de la escala: en aquellos que por no poseer nada, ven tan distante cualquier logro que no se sienten con fuerza para intentarlo, y del lado de los que, ahitos de bienes, la cultura, uno más, se les hace insignificante ya que en nada puede aumentar lo que poseen: es la típica bestia humana prepotente, tan común entre aquellos que han sufrido el trauma de un enriquecimiento rápido al socaire de circunstancias inhumanas. Todos los afectados por las taras que acabamos de señalar constituyen biológicamente una “clase” muy difícil, si no imposible, de insertar en el mundo de la cultura, ante los que fallarán los mejores intentos de igualdad de oportunidades. **Segundo:** si bien el talento es una facultad genética; su ejercicio, desarrollo, y la vocación de saber, dependen en alto grado del medio donde se desenvuelve el individuo, medio que va estrechamente unido a la posición familiar en el orden económico y a la configuración espiritual del ambiente. En puro rigor, la desaparición del clasismo cultural es una utopía y a los más que se puede aspirar es a eliminar los obstáculos clasistas que se oponen a la opción del sujeto, logro también imposible mientras no desaparezca la causa que tanto condiciona esta misma opción,

es decir, la existencia de las clases sociales, problema de mucha más envergadura que no cabe dentro de un mero planteamiento pedagógico, problema de tipo revolucionario aún sin resolver por ningún régimen. La fisonomía espiritual del ambiente puede ser un valladar a la penetración de la cultura o de ciertos aspectos de la misma cuando estos chocan con los principios dogmáticos o prejuicios que enseñorean el medio, lo cual constituye otra forma de discriminación clasista: así, las concepciones religiosas profundas o el doctrinarismo apriorístico, en ciertos sectores políticos, cierran el paso a la difusión del saber creando verdaderas lagunas culturales sin acceso posible para las clases sometidas a esta tiranía espiritual; tal estado de cosas las encontramos en el catolicismo medieval que frenó el desarrollo de la cosmología y el conocimiento de las leyes físicas y aún se resiste batiéndose en retirada contra los avances biológicos, la antropología y el psicoanálisis; o la reacción islámica contra la denominada cultura occidental; o los tabúes de los países socialistas en materia de doctrina económica y filosofía humana, aspecto este último, en el que van a la par con las teorías nazis. **Tercero:** El aspecto estrictamente material de las desigualdades económicas es el único señalado por los estudiosos del fenómeno clasista en la educación y siguiendo la línea del mínimo esfuerzo mental, han encontrado un remedio sorprendente para acabar con este estado de cosas: la enseñanza gratuita, sin pararse a analizar el significado, alcance y efecto de la gratuidad propugnada que venía a consolidar, ampliándolas torpemente, las ventajas de las clases privilegiadas, acentuando todavía más el clasismo que se trata de combatir. Es la trampa más sutil en la que se han dejado atrapar las fuerzas denominadas de izquierda, lanzadas briosamente al ataque por conseguir la reivindicación que no hará más que facilitar el despegue a los que van delante y acentuar el clasismo, aumentando el sacrificio de los menos poderosos económicamente. En efecto: la enseñanza cuesta al país mucho dinero y aún habrá de costar mucho más cuando se quiera atenderla debidamente si se hace gratuita para todos; también para los que pudieren pagarla; su importe lo habremos de abonar entre todos los contribuyentes a través de los impuestos indirectos, incluso aquellos que no pueden hacerlo que son los únicos que debieran estar exentos. La equidad y el principio de solidaridad social exigiría que, por el contrario, el costo de la enseñanza como el de otros servicios públicos solo fuera gratuito para las clases con recursos insuficientes y se encareciese progresivamente y hasta cifras muy elevadas para aquellos otros que, por contar con medios sobrados, no les importa dilapidarlos sin provecho en este mismo campo de la educación con progresos muy lentos que prolongan su estancia en las aulas, ocupando plazas y consumiendo recursos del país que generosamente le otorga sin merecimientos. Los fuertes ingresos procedentes de los más favorecidos por la diosa fortuna habrían de servir para ayudar económicamente a tantos como ni aún con la enseñanza gratuita en sí, pueden acceder a ella por los gastos accesorios que entraña: libros, instrumentos de trabajo, transportes y horas perdidas para otros quehaceres remunerativos. El de la enseñanza gratuita es un lema demagógico, apto solo para la galería, que como tantos otros lugares comunes, sirve no más que para enmascarar la falta de imaginación y eludir las decisiones más firmes que exige la eliminación del clasismo.

Sobre la condición humana se pueden escribir páginas bellísimas de tinta angelical o de corte “roussonian” según el talante de cada cual y se pueden escribir también páginas negras, furibundas, a tono con el ánimo o las vivencias del autor: y se pueden llenar así mismo páginas y páginas entreverando unas y otras cualidades más o menos dulcificadas poniendo el acento sobre aquellas que convenga destacar. Hay, sin embargo, una tendencia general, la del mínimo esfuerzo con el máximo rendimiento, que en principio no es censurable, ya que economiza energías y aumenta los beneficios, pero que desviada de sus causas legítimas provoca estados viciosos de abusivas situaciones. Y como generalizar es casi siempre injusto, apresurémonos a declarar que cuanto vamos a decir en términos genéricos, para evitar el tener que estar haciendo reiteradamente continuas salvedades, admite honrosísimas y muy nobles excepciones que bien conocemos y desde ahora queremos dejar patentes.

Vayamos, pues, a la ingrata tarea de traer a cuento sólo anomalías e irregularidades aunque se hallen compensadas, en parte a veces decisivas, por virtudes casi milagrosas dentro de un marco general poco elogiabile, porque el daño que se produce es muy superior a los bienes que cosechan.

Cuando al sujeto le faltan estímulos, acicate y reconocimiento de su valía y esfuerzo; cuando de otro lado tampoco tiene que preocuparse por afrontar una competencia que amenace su status y le obligue a vivir alerta y en tensión, el individuo se duerme. Pero esta somnolencia ofrece también el encanto del reposo, de la tranquilidad y no deja de ser apetecible, es más, para muchos constituye el desiderátum y no pocos espíritus despiertos se adaptan fácilmente en el transcurso del tiempo.

La mejor manera de conservar todo lo ganado es recurrir a un agente salvador: el Proteccionismo.

La protección es necesaria cuando las fuerzas que nos atacan son tan poderosas y las nuestras tan débiles que nos hallamos en peligro de sucumbir, pero también se reclama abusivamente cuando decidimos inhibirnos y renunciar a la lucha.

En cualquier caso, un proteccionismo exagerado tiende a anquilosar nuestros propios recursos y si nos permite sobrevivir, nos invita también a la molicie impidiéndonos avanzar. Tal sucede con las seguridades vitalicias, aspiración máxima de la mayoría de los mortales y sólo bien lograda por el funcionarismo oficial y dentro de él por el profesorado de esta naturaleza: el profesor funcionario con plantilla, escalafón, inamovilidad y derechos de por vida a partir del momento de la oposición ganada, sin tener que dar cuenta nunca más de sus merecimientos. Es preciso poseer gran dignidad y vocación para exigirse a sí mismo día tras día lo que nadie te va a pedir y ni siquiera te va a reconocer. Y sin embargo, se dan casos donde aquella vocación, casi siempre unida al talento, produce maestros excepcionales pero que no bastan para remover el estamento docente del carácter vegetativo que el funcionarismo propicia. Junto a la estabilidad indiscriminada que

adormece al profesor funcionario, operan también los privilegios que las leyes otorgan a este estrato social que tienden a crear un monopolio cerrando el paso a toda competencia, posible fuente de los más poderosos estímulos.

Destacamos estos males del sistema educativo porque es sobre ellos sobre los que se halla ahora fija nuestra atención, pero seríamos parciales e injustos si no reconociéramos que la misma práctica viciosa ampara a muchos otros sectores sociales y que aún son más los que aspiran a alcanzarla ya que parece tratarse de una verdadera golosina para el individuo aunque degenerare en un sutil veneno para la colectividad.

Sin salirnos del campo de la enseñanza, tenemos otra manifestación de este regusto por los privilegios que dimanar del proteccionismo en el alumnado y sus familias y que de este lado se materializa, salvadas siempre las honorables excepciones, en la devoción fetichista hacia el título, al cual se procura rodear, por ello, de las máximas atribuciones y prerrogativas; de total fuerza excluyente en campos bien precisos, con vistas a nuevos monopolios. El daño de tales pretensiones, bien logradas por cierto, produce en la mente juvenil del estudiante, hay que verlo muy de cerca para valorarlo en toda su extensión y profundidad; le sitúa desde el primer momento en una falsa posición que conserva a lo largo de su vida escolar: objetivo: el título.

A las aulas no se va a aprender sino a aprobar y bajo este prisma se orienta toda la actividad del estudiante, lo cual es perfectamente lógico y humano en vista de la potencia y exclusividad que oficialmente se otorga a la titulación, prescindiendo del contenido real de suficiencia que comporta. El valor convencional atribuido a los títulos es muy superior a su valor efectivo y lleva aneja una serie de privilegios injustificados, incluso risibles, por el ámbito insospechado hasta donde alcanzan, con la explicación a veces trivial. Ello ha movido en algún caso a incorporar, de prisa y corriendo y sin garantía alguna de solvencia, a determinados planes de estudios, asignaturas fantasmales carentes de la necesaria elaboración análisis y formación del profesorado; propósito: buscar nuevas exclusivas. Téngase en cuenta que unos fueros universitarios tan absorbentes en el dominio del ejercicio profesional ignoran o desprecian toda otra fuente de conocimiento fuera de las aulas, como puede ser la experiencia o la dedicación, por ejemplo.

Hay que reconocer, afortunadamente, que la empresa privada, más libre y realista, es mucho menos sensible a estos vicios que la empresa pública; cuadruplica siempre en unas estructuras rígidas carentes de juicio propio y de libertad de acción precursoras de los modernos robots sin intuición y sin cerebro; pero tampoco la empresa privada puede verse libre de esta presión de las titulaciones académicas por su concomitancia cada vez más estrecha con el mundo oficial.

La consolidación de tales privilegios llega incluso a posturas degenerativas como puede serlo la del llamado firmante o firmón, bien conocidos en tantas partes.

Cuando la aspiración del titulado es el propio magisterio, las vías de acceso mediante una desnuda oposición le aparta de todo interés por ganar méritos y ofrecer pruebas de su dominio en el campo de la futura docencia; todo el esfuerzo se

concentra en saber desarrollar lúcidamente el cuestionario, repitiendo ideas y conceptos aprendidos, sin conocer el alcance ulterior ni el valor relativo de los mismos, los puntos clave, ni la jerarquía de su incidencia sobre los fines que se persiguen con aquellas enseñanzas, cosas que sólo se hacen patentes mediante la plena dedicación y experiencia sobre el tema.

En la peripezia de trastocar los valores, podríamos citar anécdotas pintorescas que omitimos por tratarse de casos muy específicos; pero hemos visto y podemos notar en muchos libros de texto, preparados por aquellos denominados maestros, que han puesto todo el énfasis en cuestiones que al profesor le gustaron por su forma o su novedad, o sencillamente porque logró entenderlas mejor, a la vez que se pasa de ligero sobre puntos transcendentales, los más ricos en significado y consecuencias prácticas.

Cuando la pretensión del alumno es sólo aprobar, sin importarle un bledo el saber, adquiere para él resonancias terribles el vocablo selección o selectividad, hasta el punto, que esta voz noble sólo se pronuncia hoy con sentido y tono peyorativo, aunque creemos que el convenio tácito muy generalizado de esta acepción se funda más que en su significado real, en la viciosa manera de aplicar la selectividad al uso.

Ir por principio contra la selección es ir contra la Naturaleza misma que la utiliza como vía, la más segura, del progreso, según han confirmado todas las doctrinas y experiencias evolucionistas. La selectividad nos acompaña desde la cuna hasta la muerte y es la norma que rige todo el sistema de ordenación de la enseñanza aún cuando a veces no nos percatamos de ello. Renunciar a la selección es amontonar lo bueno con lo malo, lo útil con lo inútil, es decir, crear la confusión, sembrar el desorden y amparar la injusticia.

Apresurémonos, sin embargo, a declarar que todos estos calificativos siempre han de tener un valor relativo referido al fin que se persigue; lo malo para una cosa puede ser bueno para otra, lo inútil aquí, puede ser muy útil en otro lado; lo positivo y lo negativo de una escala dependen del lugar dónde se sitúe el cero.

¿Quién duda que en un mal ingeniero puede haber un buen artista o en un mal filósofo un excelente fontanero?

Otro aspecto del tema es cómo se lleva a cabo esa selección: los criterios selectivos y la manera de aplicarlos.

Aquí si que falla, rotundo, todo el sistema docente actual.

Confiar la decisión a un simple examen de aptitud, más o menos complejo, el clásico examen de ingreso, es tan disparatado, engañoso y frustrante para el alumno, como puede serlo acceder al profesorado a través de las no menos clásicas oposiciones; las circunstancias y la lucidez de un momento no deben pesar tan decididamente sobre un largo destino mediante un juicio precario donde intervienen tantos elementos aleatorios de memoria, orientación, estado físico, psíquico, psiquiátrico e incluso de características sentimentales.

La capacidad del individuo ha de manifestarse más bien por su historial previo en la materia y por las facultades de asimilación en el curso de una progresiva adaptación a las nuevas disciplinas, lo cual requiere la concesión de un cierto

margen de tiempo y oportunidades que sólo pueden encontrarse dentro de la misma escuela a lo largo de varios cursos preparatorios verdadera y eficazmente, selectivos, con programas y métodos inteligentes que no se limitan a escarceos florales sino de contenido provechoso para la prosecución de los estudios en caso afirmativo. Las exigencias pueden ser adecuadas al nivel a donde se pretenda llegar; la decisión, honesta, y el mismo educando se hallará en condiciones de juzgarse a sí mismo.

Selectividad, si, pero no por juegos de azar; selectividad, si, pero no sin oportunidades de satisfacerla; selectividad, si, precisa y fiable porque solamente así podrá contemplar cada uno su propia personalidad y apartarse del camino que habría de conducirlo a la mediocridad, a la discriminación y al fracaso para toda su vida.

Cuando la selección fuera justa podría ser exigente, y evitar en buena parte la masificación gris, esa masa informe que desfila por nuestros centros de enseñanza superior sin ánimo y sin vocación, a la caza exclusiva de un título que le abra las puertas de una existencia vegetativa sin horizontes.

El restringir las prerrogativas de los diplomas sería medida eficaz contra esta apetencia inmoderada de titulaciones, conferiría mayor entusiasmo por adquirir realmente conocimientos válidos aprovechando el paso por las Universidades y contribuiría a promover y dignificar esta otra fuente tan importante de conocimientos, cada día menos reconocida y apreciada, que es la experiencia.

Academicismo, enciclopedismo y proteccionismo son el triple veneno de la enseñanza moderna, cada vez más anticuada, que la inmovilizan y la impiden rendir el servicio que la sociedad tiene derecho a exigir de ella aunque no fuera más que por lo mucho que paga por ésta, pero sobre todo porque sus frutos son la semilla de donde ha de surgir el alimento espiritual y material del porvenir. En este sentido es aleccionadora la siguiente anécdota que voy a referir: no hace muchos años me hallaba visitando un país socialista que fue víctima propiciatoria de la guerra mundial y de las escuelas posbélicas que se desataron por las hegemonías imperialistas de uno y otro signo; se percibía un clima de silencio y desconfianza, el nivel de vida no era muy apetecible por falta de recursos que se evidenciaba en cada detalle del pasar cotidiano: edificios no reconstruidos, hoteles “de lujo” con horas limitadas de calefacción y agua caliente, comidas baratas y descuidadas, servicios ilusorios, vestimenta sólida pero uniforme, sin aderezos femeninos, escaparates de cristales, a veces recompuestos con tiras de papel, calles mal iluminadas o totalmente a oscuras, sin problemas accidentales de tráfico porque el coche, “rara Avis”, era un mito fabuloso en aquel medio y sigan ustedes añadiendo tintes sombríos al panorama. Acompañado por mi anfitrión oficial, muy culto y conocedor perfecto del castellano fui a visitar la Universidad Politécnica alojada en amplios pero modestos edificios, viejos caserones sin relieve exterior alguno. Allí fue mi sorpresa; el interior era completamente distinto: confortables pequeñas aulas, laboratorios perfectamente equipados, un centro de cálculo que para sí lo quisieran las instituciones mejor dotadas de nuestro país, naves grandiosas convertidas en plantas piloto industriales para la práctica de la enseñanza Y sigan ustedes, ahora bien; añadiendo colores a esta estampa luminosa. Todo ello al servicio de la enseñanza, profesores y alumnos por todas las instalaciones en constante trabajo

individual o por pequeños grupos que nunca excedían de tres o cuatro alumnos. No recordamos la cifra que nos dieron de estudiantes, pero sí, que era ridícula comparada con la de nuestras superpobladas Universidades: la malhadada selectividad era allí una premisa estricta. Nuestro anfitrión fue muy duro con el calificativo: zánganos, no.

Al hacerle notar el contraste entre los medios del país y los de aquel centro docente, oímos esta rápida respuesta: es que es aquí donde ciframos todo nuestro porvenir. Estuve por contestar amargamente, nosotros, no; en nuestro país se ha dicho “que inventen ellos”, se ha dado un “muera la inteligencia” precedido de vivas a la muerte y se ha reivindicado con énfasis, precisamente en una Universidad decimonónica: “lejos de nos, la funesta manía de pensar”. Todo ello es compatible con los privilegios otorgados a unos títulos que pueden conseguirse en perfecta coherencia con lo anterior, sin inventiva, sin inteligencia y sin gana alguna de ejercitar el pensamiento.

“La jornada laboral” en el sector de la enseñanza ha conseguido ya las metas más apetecibles, y de calendario laboral, no hablemos. Puede ser porque, cumpliendo en esto su papel de precursor, el sistema ha llegado anticipadamente a la era postindustrial y a la civilización del ocio. De no ser así, y justificarse tal estado de cosas por la dureza de las tareas educativas, causaría pena el grado de debilidad de los miembros del estamento docente. Profesores y alumnos deberían ser atendidos con urgencia mediante tratamientos médicos, de esta flaqueza orgánica y mental, lo cual sería altamente rentable dado el bajísimo coeficiente de utilización que rinden unos y otros y con ellos las instalaciones y recursos puestos al servicio de la enseñanza, uno de los capítulos de inversiones y gastos más importantes de la sociedad.

Deberíamos pensar también, no obstante, que esta situación pudiera ser no más que la consecuencia ecológica de un ambiente viciado que conduce a la degeneración progresiva de todas las funciones, y en ese caso, el remedio estaría en sanear el ambiente y en ejercicio forzado de aquellas funciones. En cierta ocasión escuchábamos la voz de un ilustre escritor, con aspiraciones y merecimientos para el premio Nobel explicar que, su vocación literaria muy antigua no había podido desarrollarse hasta que hubo ganado una cátedra cualquiera que nada tenía que ver con esa vocación; solo entonces cuando éste logro le vino a dejar casi todo su tiempo libre, pudo dedicarse a escribir, por fortuna con positivo éxito. Pero como no todo el mundo tiene las aptitudes geniales al margen de la docencia, habría que seguir aprovechando para ésta, buena parte del tiempo libre, lo que, al fin y al cabo debe ser la tarea primordial de un profesor.

Del lado de los alumnos, la situación, aunque no tan llamativa, deja también bastante que desear, gozando de unas jornadas lectivas y de prácticas, de un número de horas semanales de escolarización donde debería efectuarse su preparación íntegra o poco menos, que todavía no puede soñar las más exigentes masas trabajadoras para cualquier género de profesión, redondeando todo esto, enseñantes y enseñados con unos períodos de vacaciones absolutas tan amplias y frecuentes que hacen el milagro de convertir el año astronómico, a efectos docentes, en sietemesino si las cosas van normalmente, pudiéndose encoger, si aparecen reivindicaciones que conquistar mediante el poder coercitivo de la ausencia, a cinco o seis meses.

El rendimiento educativo, en su más amplia acepción ha de resultar pues, muy bajo, a lo que hay que añadir que las horas libres de cada día y los días libres de cada año; los laboratorios, instalaciones y edificios tan costosos permanecen desaprovechados con lo cual la eficiencia económica del sistema tampoco resulta muy brillante. En suma: un despilfarro de energía y de recursos que la sociedad aporta no sin sacrificio y que se diluye en la inoperancia de todo sistema.

Con sentido, pues, económico, muy digno de atender dado el nivel de costo que alcanza la imperiosa necesidad de la enseñanza, hay que procurar la máxima utilización de los medios implicados en la tarea: profesores, alumnos, edificios, equipos, instalaciones y laboratorios. La escolaridad del alumnado debiera ser

intensa, efectuándose en el centro la casi totalidad de los trabajos que comportan su preparación y valoración continuada de los mismos, evitándose en todo lo posible los exámenes de evaluación final o reduciéndolos en todo caso estrictamente a aquellas materias o temas parciales para los cuales no hubiera mejores posibilidades de juicio.

La impartición de cualquier enseñanza debe atender con igual esmero a los conocimientos teóricos y a sus ejercicios prácticos de toda naturaleza, manuales, verbales o escritos, teniendo como sujeto principal, los primeros al profesor y los segundos al alumno, aquellos de tipo lectivo, estos de tipo experimental, los unos en aulas de concentración numerosas, los otros en laboratorios, seminarios, instalaciones individuales o de pequeños grupos. Todos los centros docentes poseen, aunque en proporciones, hoy por lo general muy desequilibradas y mal concebidas, los elementos necesarios para atender a una y otra faceta de la enseñanza: la teoría y la práctica, si bien reducidas estas últimas instalaciones a escuálidos laboratorios; sin comprender que practicar una disciplina supone también escribir o discutir sobre ella comentándola o analizando su contenido y significación.

Distribuidos los medios entre ambas vertientes educativas, se prestaría fácilmente a dividir la jornada escolar amplia, en dos partes separadas por el descanso forzoso de medio-día, mañana y tarde, con actividades de género muy distinto en uno y otro periodo, lo que haría más soportable esta extensión del horario y durante el cual, además, quedaría cubierta la mayor parte de la dedicación que el alumno ha de otorgar al estudio y a la superación de exámenes, fuera de las aulas.

Pedagógicamente el método es racional y además sumamente rentable por cuanto ni las aulas ni los equipamientos deberían quedar desiertos en ningún momento, admitiéndose en ellos a grupos alternativos de alumnos en turno inverso: si un cupo de estudiantes ocupaba las aulas por las mañanas y los laboratorios de prácticas y ejercicios por la tarde, un segundo cupo igual, vendría a ocupar por las mañanas estos últimos y por la tarde las aulas. Con ello se habría logrado casi sin esfuerzo, duplicar la capacidad espacial del Centro. Establecer estas alternancias es pura cuestión técnica y de organización al alcance de la más modesta burocracia administrativa y se evitaría el contrasentido de que mientras faltan recursos económicos para la creación de tantos centros escolares de todo orden, los que existen se hallan infraocupados en sus más costosas instalaciones durante la mayor parte del día.

Al puntuar hacia el aprovechamiento intensivo de los recursos materiales aplicados a la formación educativa surge el problema del profesorado que en número y calidad deba hacer posible esta ampliación casi al doble del alumnado o la disminución a la mitad del número de alumnos por grupo. Ya hemos aludido, sin embargo, al limitadísimo horario lectivo del profesor numerario dentro de la jornada de dedicación que les está asignada: la duplicación de aquel número de horas lectivas, no comporta imposibilidad física ni sacrificio alguno, tanto más que estas horas no implican nuevas materias y vendrían forzosamente distribuidas entre mañana y tarde. Solo el profesorado contratado por horas debería ser incrementado o aumentadas las horas de cada uno, en la proporción necesaria. Al traer a cuenta la

diversa situación de ambos tipos de profesores, numerarios y no numerarios, queremos dejar constancia de nuestro parecer sobre esta fuente de injusticias y desazón que viene agitando desde tantos años a la Universidad y centros satélites. Ya dijimos que somos absolutamente opuestos a la provisión de plazas por el método de la oposición, en lo cual coinciden eminentes catedráticos y así lo han expuesto en múltiples ocasiones, ni estábamos conformes con el carácter vitalicio e intangible que una prueba de tal género asignaba a los derechos del profesorado numerario: que la selección debía basarse en el historial de trabajos, publicaciones, experiencias y aptitudes comunicativas de los candidatos; la situación actual debiera contemplarse como a extinguir, quedando sometido todo el estamento docente a un mismo nivel de respeto y consideración tan alto y efectivo como cualquier trabajador se merece, con toda la protección legal necesaria pero sin ningún privilegio especial para cualquier sector con menosprecio de la dignidad y merecimientos de los restantes componentes del estamento. Esto, ya de por sí, eliminaría el clima de tensiones e insatisfacción que envenena en buena parte la vida educativa.

El tema de la dedicación es otro aspecto importante del carácter y eficacia de la enseñanza. En los niveles elementales de la educación donde el objetivo principal es impartir cultura general, la dedicación exclusiva a esta tarea puede ser beneficiosa para profesores y alumnos al abstraer a aquellos de toda preocupación que no sea la del cultivo del espíritu y desarrollo mental de los alumnos; pero a medida que se asciende en los escalones de la formación, y sobre todo al prepararlos para la vida profesional y el servicio de la sociedad en los niveles universitarios de ciencias, letras y tecnología, los conocimientos y experiencias vitales del educador son fundamentales en las enseñanzas que puede transmitir al educando. El profesor aislado en su torre de marfil exclusivamente docente no puede sembrar en el alumnado mas que academicismo, retórica, teoría muerta y falsa abstracciones, conceptos de su estrecho mundo desligado de la vida y de la función que el propio universitario habrá de desempeñar más tarde; y no vale el recurrir al cómodo subterfugio de que el aprendiz asimilará pronto, con el ejercicio de las actividades de su profesión, estos conocimientos reales de las existencia, para lo cual ha sido convenientemente formado por la Escuela. Falso, falso del todo: el hombre víctima de aquella pedagogía escolástica sale mentalmente deformado con una visión ideal de su futuro quehacer y de lo que se espera de él: su primera y dolorosa tarea ha de ser, en la práctica, la de sacudirse aquella pesada capa doctrinaria, liberándose del fantasma espiritual de una educación sin raíces positivas para irse adaptando al mundo de los seres y de las cosas vivas. Cuantas veces he escuchado el lamento de ingenieros, de arquitectos, licenciados en ciencias y otros muchos universitarios jóvenes en lucha con los obstáculos de su profesión, por el divorcio entre las premisas que le marcaron en las aulas y las resultantes que le imponía la realidad cotidiana. Si se quiere evitar este abismo entre la Universidad y la realidad social e individual de los que en ella se formaron: la primera medida a la que hay que acudir es, renunciar a la dedicación exclusiva a la enseñanza, propiciando todos los medios para que el maestro siga viviendo profesional y ambientalmente los mismos

problemas con los que luego se ha de enfrentar sus discípulos; solo así aprenderá a enfocarlos debidamente.

Por eso las horas de dedicación docente no han de ser tantas que le impidan completar cada día el aprendizaje y puesta a punto de sus conocimientos por medio del ejercicio profesional en la actividad más próxima a las disciplinas que ha de impartir en clase: esta circunstancia de afinidad entre el ejercicio profesional del profesor y la materia que ha de enseñar desde su tribuna o ante la mesa de un laboratorio, debiera ser precisamente una de las condiciones a tener en cuenta en la selección del profesorado, ya que ofrece muchas más garantías de competencia el ejercicio acertado de dicha actividad que todas las oposiciones ganadas.

La dedicación y presencia no debe empero limitarse estrictamente al número de horas en clase o prácticas sino que habrá de ampliarse a las necesarias para atender consultas de los alumnos, preparación de temas y ejercicios y revisión y calificación subsiguiente de los mismos, en un proceso constante que haga prácticamente innecesarios los exámenes globales de cada disciplina, limitándolos en todo caso a las situaciones dudosas. Estos trabajos complementarios pueden variar de unas a otras asignaturas, pero en términos generales vendrá a ser del mismo orden de duración que el de las horas lectivas. Hay que rechazar también el tipo de profesor meteórico que tras dar su hora de clase desaparece de la Escuela hasta la próxima.

Al contemplar las tareas universitarias no podemos dejar de decir algo sobre la investigación aunque el tema es por sí mismo tan importante que merecería tratamiento aparte para un análisis mucho más amplio y profundo. Digamos que investigación y docencia son tareas compatibles que pueden desarrollarse paralelamente, pero no hay que confundirlas. La investigación serie requiere una entrega tan absoluta y una dedicación tan profundamente especializada que es preferible no alterarla con otras preocupaciones sustanciales, y lo que resulta del todo ilusorio es pretender que el alumno todavía insuficientemente preparado se convierta de pronto por milagro de la Universidad en un investigador, bajo pretexto de que hay que acostumbrarlo desde su iniciación a esta tarea tan importante cuando aún no está preparado para ello y solo se logra mixtificarle y distraerle de lo que ha de ser su verdadero empeño. Ello no obsta para que algunos estudiantes pueden colaborar, si lo desean, en Centros y Laboratorios de investigación; pero nada hay más risible que esa pomposa reserva para tareas investigadoras que la generosa laguna que suele figurar entre el tiempo oficial de dedicación y el tiempo efectivo de la docencia, según las ordenanzas del profesorado numerario a la vez que se carece de los instrumentos elementales para llevar a cabo ni el más humilde trabajo de inventiva o de desarrollo.

La investigación oficial no pasará de ser un mero espejismo con las actuales estructuras científicas y tecnológicas universitarias, como tampoco podrá ir más allá en este campo la industria privada dentro del colonialismo económico al que tan cómodamente se ha adaptado, carente de audacia, de imaginación y de confianza en sí misma, lo cual, a lo peor, está justificado.

La investigación, sin la preparación necesaria, sin la especialización indispensable, sin profundidad de conocimientos en el tema abordado, sin posibilidades experimentales y sin dedicación preferente no puede conducir a nada serio y sí solo ser, en el mejor de los casos, un puro anhelo, una ilusoria aspiración infantil; y en el peor de los casos, mero pretexto para no hacer nada.

Han transcurrido ya unos sesenta mil millones de años desde la creación del Universo; la Tierra sólo tiene una edad alrededor de cuatro mil millones de años; la vida comenzó hace unos cuatrocientos mil años y el hombre alcanzó su primaria categoría de homínido descendiente del simio, hace nada más que unos cincuenta mil años, no llegando a la altura de homo sapiens hasta hace unos quince mil años; somos, pues, como unos bebés del Cosmos; tanto tiempo ha tardado en formarse el hombre de nuestros días, que por comparación con el precedente, podríamos llamarle “sapiéntísimo”.

Estos periodos nos autorizan a pensar que nos hallamos en los comienzos de nuestra evolución, pese a las maravillas que admiramos, da muestra presente del panorama que se ofrece ante nuestra propia contemplación.

Ellas, en cambio, mueve a muchos pensadores a proclamar un estado actual de cosas tan negativo que poco se diferencia de los principios de nuestra era; pero no debemos darles mucho crédito y ser de buena fe, más optimistas, al darnos cuenta que hoy ya, por ejemplo, no nos comemos a nuestros semejantes. Por lo demás, sí es cierto, ¿quién lo duda?. Queda un gran camino por recorrer antes de alcanzar el nivel espiritual suficiente a remediar los males que afligen a la Humanidad. ¿Se requerirán todavía otros cuantos milenios para que llegue a reinar en el mundo el ansiado superhombre que será con respecto a nosotros, lo que nosotros venimos a ser con respecto a los humanoides?

Cabe que la biogenética pueda adelantar el feliz acontecimiento, si en la sombra no existiesen también instrumentos capaces de acabar con la vida misma del planeta, máxime cuando esta barbarie se halla al alcance de tantos regidores de pueblos que pudieran provocarla en un estado de prepotencia o desesperación: ¡Tras de mí, el diluvio”.

Los reticentes pensarán: “si tan largo me lo fías.....”, mas no por ello hay que desanimarse, y lo que conviene hacer es, modestamente, tratar de conseguir lo menos malo posible.

Nadie espere que ofrezcamos aquí la solución, pero ¿por qué no intentar precisar los males y señalar aunque sea muy vagamente los posibles caminos para remediar o atenuar el daño en lo posible?

Las causas de nuestros fallos se hallan en el ansia de poder, la ambición de riquezas, el egoísmo, la envidia, el rencor, y todas las concupiscencias que dominan el alma humana; y como estos defectos son inherentes al ser humano, ningún plan que los ignore, propugnando simplemente el ejercicio de la virtud, será eficaz para remediar el infortunio social. Todas las prédicas en este sentido resultan estériles o, cuando más, lograrán la conversión insuficiente de la sociedad dejando vivos todos los fallos; el infierno, se dice que está lleno de buenas intenciones.

Hay que aceptar al ser humano tal como es sin caer en falsas esperanzas.

Uno de los tumores que corroen a la sociedad es el de los nacionalismos, chicos o grandes, siempre egoístas y, a menudo anhelantes de los bienes ajenos.

El nacionalismo es un veneno de los pueblos; las guerras, frías o calientes, el racismo, los odios, y el orgullo distanciador de los hombres son el fruto inmediato del nacionalismo; las Historias, porque cada pueblo escribe a su manera, los alienta, cuando debiera en cambio servir de escarmiento ante los errores, ya que no es posible borrar de la conciencia humana este nefasto sentimiento, hagamos al menos todo lo posible, por no exacerbarlos. (Nota del transcriptor: De Gaulle comentó que un patriota es alguien que ama a su país, un nacionalista es alguien que odia al país del otro).

No vamos a traer a estas páginas la relación de los abusos y crímenes provocados por los nacionalismos dominadores de todas las latitudes y en todas las épocas pero nos viene a la memoria, en este momento, las empresas coloniales de España e Inglaterra, las monstruosidades de la Alemania nazi y de la Rusia soviética, las guerras de conquista de emancipación medievales con sus fueros y privilegios en litigio, etc. etc.

En este campo, digámoslo sin rebozo viene a cuento, como modelo de prerrogativas inicuas, las llamadas: ley de remansa, con sus derechos sobre vidas y haciendas, aparte de la de pernada promulgada por las Cortes Catalanas y mantenida a sangre y fuego por la “Generalitat de Catalunya” durante cerca de trescientos años hasta su abolición definitiva por Fernando el Católico.

Otros hechos insólitos son las guerras religiosas; cuando todas las doctrinas pregonan la paz y el amor al prójimo, las huestes enardecidas se han dedicado tantas veces a matar infieles.

En algún catecismo de la posguerra civil española hemos leído, alterado, el quinto mandamiento de las leyes de Moisés al modo siguiente: “no matarás” ... si no es en defensa de Dios o de la Patria; la sentencia no necesita comentarios; basta reconocer que a este precepto han correspondido los hábitos patrióticos o sagrados de todos los tiempos y los problemas sociales provenientes de análogos estigmas a los ya enseñados; el ansia de poder, la ambición, los egoísmos, todo ello mezcla de elevada hipocresía.

Es risible y trágico a la vez, el fariseísmo con que se abordan los problemas sociales, propugnando soluciones a sabiendas de que no han de lograr otra cosa que mantener el “statu quo” y prolongar indefinidamente la agonía de las víctimas.

También alabamos una moral farisaica contraria a las leyes de la Naturaleza y por tanto burlada aquella con los más sutiles argumentos y los más evidentes hechos cuando no se opta por cerrar los ojos para no enterarse de las patentes agresiones de aquella rígida moral por lo demás no respetada.

La escala establecida del pecado, así como la de los delitos, no responde a los más íntimos sentimientos humanos; de aquí la falta de acatamiento a las Normas, con mayúscula.

En los preceptos religiosos más bien que en la infinita casuística legislativa se encuentran expresas las directrices de una imposible conducta social; aunque con todos sus méritos, no deja de notarse en aquellas, algunas contradicciones y ausencias por contraposición a otros mandatos reiterativos.

El mundo occidental en que nos desenvolvemos se asientan, en primer lugar,

las virtudes del comportamiento en las tablas judaicas de Moisés donde figura como principal precepto el amor a Dios sobre todas las cosas; sigue el mandamiento contra el falso juramento, superfluo, si el primero se cumple, pues con tal mandato ni la blasfemia, por ejemplo, serían compatibles con el amor a Dios.

A lo largo de la doctrina religiosa se hace más hincapié con el temor de Dios que en el amor, quizás por las dificultades de este sentimiento hacia un ser ignoto para la percepción directa por parte del ser humano; en las páginas de la Biblia se encuentran, más que premios, horribles castigos que culminan más tarde en la noción escalofriante de las penas eternas en la otra vida; ante tan increíbles cuadros de venganza divina, es más fácil atizar el miedo que el amor sin pensar que Dios ha de ser más bueno de lo que muchos creen.

A continuación, el tercer mandamiento es puramente formalista tomado en consecuencia a la ligera por los mismos creyentes; en efecto, la santificación de las fiestas se interpreta más bien como clima de diversión, que es en realidad el sentido que se viene dando a la palabra fiesta, con matices en verdad muy poco religiosos; también no codiciar los bienes ajenos ni la mujer del prójimo se hallan implícitos en el quinto y en el sexto mandamiento.

La Iglesia, por su parte, ha querido conveniente ampliar y precisar estos mandatos con su lista de pecados capitales, aunque en cuanto a la gula y a la pereza, la condenación parezca demasiado severa.

El Evangelio añade otra virtud un tanto olvidada entre las anteriores: el perdón a nuestros enemigos, es decir, la renuncia al rencor, la cual no es ciertamente virtud desdeñable.

Pero todos los buenos consejos no bastan a crear una Sociedad amable y es que la raíz de todos los fallos se asientan en la condición humana tan lejos de la perfección. **Sigamos, sin embargo, esperanzados con la aparición evolutiva del ansiado superhombre que acabe, por su misma conciencia, con todos estos males, solución que no podemos esperar de la torpe política ni de las mezquinas teorías económicas tan frecuentes ya a estas alturas.**

Vamos con un tema, hoy de moda, pero siempre de actualidad por las hondas implicaciones humanas que afectan a las ideas, a los sentimientos y a las sensaciones, esto es, a todas las potencias del espíritu y de la materia que nos dan forma y personalidad. Nos referimos, es claro, a la pareja.

Cinco son los puntos de mira desde los cuales se puede abordar el fenómeno y en tanto nuestra visión predomina sobre uno u otro campo, son infinitas las posiciones en que el hombre o la mujer, pueden situarse frente a la cuestión.

Estas cinco caras del problema las podemos concretar en los siguientes aspectos: Procreativo, placentero, amoroso, fisiológico y por último, no de menos importancia, moral.

Cada uno de estos campos tiene una configuración distinta y un contenido especial cuya importancia es apreciada por cualquier individuo con carácter subjetivo, de donde proviene la inmensa variedad de juicios y actitudes ante cada caso, impidiendo así la implantación de cánones aceptables para todas las mentes y casos particulares.

Lo que no debiera ser puesto en tela de juicio es la enorme trascendencia responsable que comporta la posibilidad de dar vida a un nuevo ser, cuyos derechos, no provocados por él, constituyen la causa más respetable de cuantas implicaciones lleva consigo el impulso sexual; o poner barreras absolutas a la eventualidad citada o apechar con toda la responsabilidad del acontecimiento; no hay posibilidad alternativa ya seas de abstinencia mutiladora de tal facultad o de interrupción culpable de sus efectos.

Creemos que este planteamiento es el más humano, el menos discutible, por lo cual sellamos aquí nuestras conclusiones.

El móvil simplemente placentero de la relación carnal no es tan reprochable como se pretende por algunos espíritus rígidos que acentúan su condenación dado el sentido sencillamente morboso que conceden al goce de este género; no carecería entonces de razón extender la condena a todos los demás goces materiales o que penetran por los sentidos: el grato sabor de los manjares, el olor de las flores, los sonidos musicales, la contemplación de la belleza, la delicia de ser amigo.

Renunciar al mayor placer que la Naturaleza, obra divina, nos concede, no parece que pueda conllevar mérito alguno, sino el insensato desprecio a un bien extraordinario que nos ha sido regalado.

Pero es que por una asociación, que no debemos juzgar como culpa de la sexualidad, se deriva a veces de modo natural el amor de la pareja, lo cual no sucede con ningún otro goce de los sentidos, que al brotar, permanecen de suyo, individualizados. La recíproca es también cierta, el amor propende más o menos pronto al despertar de la sexualidad; si ambos se manifiestan simultáneamente, lo cual suele acontecer; el sentimiento y la sensación alcanzan techos insospechables, incapaces de ser reflejados con palabras.

La fisiología abona esta clase de relación entre hombre y mujer, relación física y psíquicamente saludable, sedante del cuerpo y colmante del espíritu lo que la rinde

biológicamente estimulante para la vida que en ella se entrega.

Es por todo ello impropio el componente negativo que en moral se asigna, por antonomasia, a este género de relación en la especie humana tanto más severa, por regla general, cuanto mayor es la cultura de los pueblos ya que las tribus primitivas o semisalvajes tienden a considerar el hecho como más natural y alejado de los postulados morales. Ello parece dar más valor a la condena propia del mayor grado de civilización pero menos relieve si se atiende a los dictados de la Naturaleza más fuertes en aquellos colectivos subdesarrollados.

Naturaleza y normas sociales se hallan, pues, entre nosotros en continuo enfrentamiento y, si por el momento, la victoria se inclina del último lado, bien es verdad que el progreso del conocimiento nos va acercando cada día más a las tesis naturalistas lo cual no deja de ser para muchos un signo de regresión moral que, según algunos pensadores se extiende a otros campos del mundo civilizado, anunciando con ello el signo de la decadencia que parece asolar por ciclos a la humanidad.

Es difícil pronunciarse en este sentido por el hecho que comentamos, por lo cual, nos ceñiremos a dejarlo registrado sin emitir juicio alguno. Un tiempo, que no hemos de alcanzar a vivir, dictará la sentencia definitiva.

Sobre las cosas de este mundo – La Diosa Humana - 1 Página 065

La mujer es el ser creador más importante de nuestro mundo, la verdadera diosa de la Naturaleza, la que da realmente vida al ente humano; su papel en el proceso creador es infinitamente superior al del hombre, mero comparsa de este hecho maravilloso.

¿Cuál es la aportación del hombre en todo este proceso que conduce a la generación de un nuevo ser?; en verdad, y por más que indispensable, minúsculo, casi podríamos calificarlo de ridículo: un microscópico elemento llamado espermatozoide, del que necesita poner en juego millones, para que uno sólo consiga fecundar la célula ofrecida por la mujer al hecho de la fecundación. Y aquí termina la acción creadora del hombre en tanto que la mujer pone en marcha todo su organismo el tiempo necesario para llevar a buen fin el desarrollo, nada menos, que de una nueva vida que llegará a contar con todos los atributos inverosímiles de la persona humana a través de un largo y complicado proceso biológico que sólo la mujer puede llevar a cabo en tanto que el varón, como espectador ajeno, no desempeña ni el más mínimo papel, terminando en un segundo con su mezquina aportación en el hecho más importante de la sucesión vital de nuestra existencia sobre el planeta tierra.

Es una mujer la que, a partir de su fecundación, suministra, extrayéndolo de sí misma, todos los elementos necesarios para la consumación de una nueva existencia: sus elementos nutricios, su sangre, su multiplicación celular, la especialización de estas células en brazos, ojos, cerebro y, en general, todos los órganos del nuevo ser van surgiendo a expensas del cuerpo femenino sin que precise, para nada, la colaboración del hombre que continúa como observador externo y orgánicamente extraño a tanto esfuerzo y generosidad femeninos.

Y llega el momento de recoger el fruto de tanta entrega: el alumbramiento valiente y doloroso para la madre mientras el padre sigue impávido, todo lo más fumándose nervioso algún cigarrillo, hasta recibir la noticia como ausente de tan gran acontecimiento.

Ya está en la vida tan preciosa otra fémina; pero ahora comienza una nueva etapa, la de alimentar al nuevo ser con su propia sustancia, cuidando, velándolo, asistiéndolo en todas sus necesidades una por una porque ni aún en esta labor accesoria, es capaz el hombre de igualar en su natural maestría a la mujer.

En fin: contemplando la obra inigualable de la mujer en llegar por sí sola a la meta de nuestra existencia, creo que los varones debemos concluir en la justa reflexión de ¡¡¡¡que poco somos!!!!

El ser humano es el único ser pensante de la Creación. No ha llegado a este estado de privilegio por arte de magia en un solemne instante sino a través de miles de siglos de paciente evolución y múltiples vicisitudes, desde las especies más inferiores de la Naturaleza.

El hombre piensa en el ámbito de sus varios niveles culturales, a veces por mero sentido común o tras las ideas más simples, a veces sobre temas de carácter abstracto con pensamientos menos asequibles, difíciles de inmediata evidencia.

Las metas del pensar son muy variadas: con miras religiosas, científicas, políticas, sociológicas, morales, etcétera, etcétera.

Pasaremos la vista sobre algunas de estas propuestas mentales que nos ayuden a situarlas en su verdadera posición sin el propósito, por supuesto demasiado ambicioso, de ofrecer sobre ellas perfiles incommovibles.

El tema religioso es, sin duda, el más primitivo en la mente del hombre. El misterio de la creación en cuanto contempla a su alrededor los avatares de su propia existencia que no acierta a explicarse pero que desearía acomodar a sus deseos o necesidades, viéndose impotente para lograrlo por sí mismo, el futuro destino de su ser tras la muerte; todo ello le invita a reflexionar sobre las causas e influencias que escapan a sus más elementales juicios. Piensa entonces necesariamente en un Ser Supremo creador y rector de cuanto pueda acontecer en el mundo; piensa entonces en Dios.

Lo verdaderamente curioso son, las múltiples formas que aparecen en los Pueblos y en los individuos sobre la concepción de este Ser Supremo; nótese que existen sobre el planeta mil proposiciones distintas, llamémoslas religiones, para expresar nuestros deseos de acercamiento a ese Poder misterioso que nos envuelve y ante el cual nuestras fuerzas aparecen como insignificantes.

Entre las concepciones de los Pueblos sobre su Dios particular existen criterios de todas clases, unos de noble sentido, otros un tanto indiferentes, e incluso algunos realmente abyectos, aunque por regla general coinciden los más en un sentimiento poco digno: el del temor de Dios que se convierte así en móvil de todas nuestras angustias presentes y futuras debiendo conagrarnos por tanto con Él a toda costa.

Más sorprendente es todavía la creencia en los sacrificios sangrientos, reales o simbólicos, como actos gratos a la Divinidad, de la cual no se intuye por tanto un juicio muy favorable.

También resulta grato a Dios un ceremonial de exaltación y alabanzas continuos como podría apetecerlos cualquier mortal convencido de su valía.

Hay Pueblos que expresan una convicción de privilegio sobre los demás considerándose así mismo como Pueblos elegidos.

Aquellos pueblos se proclaman a la vez mensajeros de la Providencia a través de sus libros sagrados inspirados por el mismo Dios donde se asientan dogmas y afirmaciones cuya mera puesta en tela de juicio, pese a evidentes errores y contradicciones que contienen, constituye grave pecado.

De tal modo, las religiones que debieran ser guías espirituales, se transforman en una mezcla confusa de ideas y hechos, unos históricos, otros carentes de fundamento, sin que nadie acierte a pensar que en lo que a Dios mismo concierne, la verdad es sencilla para la mente humana, e incluso en armonía con la Ciencia o bien es inabordable para nuestras escasas facultades, esforzándonos así, en vano, por definir lo indefinible, de conocer lo que nuestra limitada inteligencia no acertará jamás a comprender siendo por tanto estériles todas cuantas explicaciones se forjan a propósito.

El camino de la verdad parece estar en la Ciencia y ello acontece en cuanto a algunas leyes de la Naturaleza que el hombre ha conseguido desvelar. Hemos de resaltar que las leyes conocidas en su mayoría por vía experimental tienen todas las trazas de ser leyes racionales, de tal modo que la Naturaleza no podría comportarse de otra forma; en cuanto al mundo físico, se halla dotado exclusivamente de tres elementos básicos: espacio, masa y tiempo, con atribuciones energéticas para la segunda, de lo cual se derivan todos los fenómenos de la Naturaleza.

Aunque no podemos profundizar más en este ensayo sobre un tema estrictamente científico, diremos que ello es evidente para la ley newtoniana de la gravitación universal, siendo prudente suponer que la lógica pura rige con la misma fuerza todos los demás fenómenos por más que su racionalidad se nos escape y el número de estas leyes conocidas sea tan limitado en comparación con la multiplicidad de hechos que contemplamos. Ello implica unas relaciones de causalidad necesaria que no por ignoradas dejan de ser probables.

La inviolabilidad de las leyes racionales implicadas en la Naturaleza por su Creador hace imposible el milagro que sólo puede ser fruto psicológico de la fantasía o de la ignorancia que nos rodea.

Existe, sin embargo, un mundo psicológico sobre el cual la condición de necesidad no ejerce tanta influencia, quedando cierto margen para la libertad o libre albedrío, limitados de un lado por influencias genéticas derivadas de las leyes de la herencia y de otro, por la educación y el factor ambiental. Pese a todo, el poder último de la voluntad para decidir dentro del ámbito que resta a su arbitrio parece indudable.

De aquí no se infiere que ambos mundos, el material y el espiritual, sean por completo independientes entre sí; por el contrario, la Biología y la Medicina modernas muestran cuánto se influyen mutuamente entre sí una y otra; cómo una enfermedad o una lesión pueden trastornar en todo o en parte a la mente y como ésta, a su vez, puede alterar cualquier proceso fisiológico.

La curación por la fe, milagro psico-somático, y las perturbaciones mentales por hechos acaecidos hallan así una fácil explicación: la consecuencia final sería, en el límite, la extinción simultánea de ambos procesos en el ser humano, es decir, la imposible supervivencia del alma tras la muerte cerebral.

Las leyes de necesidad, es decir, las relaciones invariables de causa-efecto explican también otros hechos de arriesgada implicación a la infinita bondad de Dios.

Nos referimos, por ejemplo, a las grandes catástrofes colectivas o a los accidentes individuales que, libres de culpa, tendemos a cargar sobre las espaldas de la misma Divinidad

Concentrándonos ahora en el ámbito de la Ciencia, orgullo de la humanidad, también surgen algunos reparos frente a sus indiscutibles virtudes.

Debemos aclarar antes de nada que el concepto científico sólo cubre lo que por vía de lógica y experiencia vienen a explicar en cada momento los hechos naturales: si estos hechos aparecen algún día en contradicción con la teoría científica que los revalida, o bien es preciso revisar la exposición de aquellos hechos o invalidar la Ciencia que los coordinaba.

Tal situación se ha repetido en innumerables ocasiones a lo largo de la historia del acontecimiento humano, tanto en el ámbito del microcosmos como en la vida corriente o en los fenómenos del macrocosmos, en la contemplación intelectual del Universo. Por tanto, solamente se puede hablar en cada momento de la Ciencia de la época o de la Ciencia actual, sin pretensiones de sentar a través de ella, principios eternos.

Solo constituye una excepción a esta regla la Ciencia Matemática, testimonio de la verdad absoluta y de la lógica perfecta en todos los tiempos.

No contradice este aserto la aparición de teorías matemáticas más o menos arbitrarias basadas en supuestos o postulados convencionales o abstractos desarrollados a continuación por vías lógicas que llevan como consecuencia a planteamientos fuera de lo natural aunque irreprochables desde el punto de vista de partida convenido: tal es el caso, por ejemplo, de las Geometrías no euclídeas.

Donde el pensamiento juega con más libertad es, en toda la infinita gama de escuelas filosóficas, puesto que, en este contexto caben todas las doctrinas y afirmaciones que apetezcan desarrollar al filósofo.

Hay que destacar en dicho campo el estilo con que se enuncian tales proposiciones; las más sencillas ideas se rodean de un aparato lingüístico retorcido e ininteligible, y si nos fijamos en los pensamientos de cierta altura veremos que la oscuridad, la confusión, las contradicciones y las deformaciones semánticas, tan caprichosas como abundantes, llegan al límite; uno se pregunta que cuándo aprenderán a escribir con claridad los cultivadores de la Filosofía.

Tampoco la política y la sociología pueden apuntarse grandes triunfos; las guerras, el hambre, las injusticias, la intolerancia y el racismo son patrimonio de todos los países cualquiera que sea el sistema político por el que se rigen. Las desigualdades económicas entre pueblos o regiones son aplastantes sin que ninguna doctrina económica, social o religiosa, consiga poner remedio a tan manifiestos privilegios.

Bien sabido es que la igualdad absoluta entre las naciones o los ciudadanos siempre será un sueño utópico por las diferencias patentes entre los individuos o las colectividades, pero este hecho no justifica la explotación consciente y despiadada de los más débiles por los poderosos, lo que acentúa de modo creciente la diferencia entre ambos. La literatura sentimental para nada sirve, sino que son los hechos los que podrían cambiar este estado de cosas sin que hasta el presente haya signo alguno

de que unas u otras creencias puedan tener un efecto práctico en sentido social.

Estas páginas no pretenden llegar tampoco a soluciones plausibles en tema alguno sino que son una mera exposición de pensamientos sugeridos por la contemplación del mundo que nos rodea, para ilustración de los más curiosos. Ni siquiera el título cartesiano del ensayo, pienso: luego, existo, han de interpretarse como una afirmación total de la existencia, ya que la misma realidad existencial vale para el mundo animal como para el reino mineral aunque ni uno ni otro tengan siquiera noción de lo que significa el pensamiento.

El lector puede pensar también lo que mejor le acomode sobre todo lo que acaba de leer pues compartimos con agrado la preciosa frase del político Antonio Maura que ampliamos por nuestra cuenta diciendo “el pensamiento yerra pero no delinque”.

La raíz de la paradoja

El progreso científico y tecnológico ha venido a resolver grandes problemas de la vida humana pero es frecuente que a la vez haya contribuido a crear otros no menos graves, fruto de los cambios provocados por el sistema social, en el sistema ecológico, e incluso en el desarrollo biológico del ser humano como consecuencia de la ruptura del equilibrio preexistente y la inexperiencia o falta de adaptación al nuevo estado de cosas. No olvidemos tampoco intereses que pueden sufrir deterioro en la nueva situación.

Las proyecciones negativas del progreso no dejan de constituir una fuerte paradoja; si fueran naturales es claro que la causa no pudiera recibir el nombre de progreso, es decir, avance.

Los conflictos que surgen suscitan serias contradicciones que dan lugar a controversias y hacen que algunos sectores opten por declararse francamente enemigos de ciertos logros nacidos a la sobra de los más nobles propósitos del espíritu y del esfuerzo humano por cuanto ello viene a conmover una norma ya consolidada y a alejarnos cada vez más de una vida que propende a la Naturaleza, sueño bucólico tan extendido como falaz. Bastaría, en efecto, hacer una prueba con cualquier naturalista integral sometiéndole a restricciones en el suministro eléctrico; a buen seguro que pondría el grito en el cielo olvidándose en el acto de esas artificiosas torres metálicas que rompen el paisaje, de los pantanos que anegan floridos valles, de las altas chimeneas humeantes en las Centrales térmicas y hasta de las peligrosas reacciones del átomo involucrado que puede matar.

Para los enemigos del progreso que afirman sinceramente que cualquier tiempo fue mejor, tengamos nada más que un sentimiento humano de ternura pensando que en aquel tiempo pasado que se halló precisamente su juventud, si bien la nostalgia no es la mejor arma de progreso.

Sobran argumentos floridos para defender la vuelta al pasado y a la comunión con la Naturaleza, empero pobres de esos mismos poetas si tuvieran que pasar por el trance de ver sus ensueños realizados.

Seamos, sin embargo, comprensivos porque los acontecimientos pueden dar la razón momentáneamente a los que desconfían de que el progreso pueda ser garantía de bienestar, de salud, de riqueza y de armonía.

Cuando la ciencia médica y la biología consiguen erradicar de los países civilizados la peste, azote perenne de la vieja humanidad, o reducir la mortalidad infantil a cifras insignificantes y alargar de modo asombroso la duración de la vida humana, aparece amenazante el fantasma de la superpoblación con la agobiadora presencia de una muchedumbre de ancianos improductivos imposible de mantener parasitariamente.

De recursos bastantes para alimentar, ni siquiera para alojar sobre la superficie del planeta a la población consumidora que se alcanzaría dentro de un periodo impresionante, alrededor de un milenio.

Mantener la procreación natural, reducir la mortalidad infantil y alargar la vida humana, tres logros sociales indudables nos conducirán, pues, paradójica e inexorablemente, a un callejón sin salida.

La solución antihumana, preconizada por ciertos grupos políticos partidarios de la eutanasia activa que eliminase, ya desde su nacimiento, a los débiles y anormales así como en su caso a los caducos reducidos por su incapacidad al parasitismo, no puede satisfacer código moral alguno en gentes de sana conciencia.

El control riguroso y estadístico de la natalidad pudiera ser un camino para evitar el hecho amenazante a largo plazo de la superpoblación pero tampoco da solución a los problemas económicos y de convivencia que se derivan de la carga parasitaria en proporción creciente de la población humana.

Por otra parte, el control de la natalidad halla franca oposición en virtud de una moral sexual irreductible, a través de posiciones religiosas; es verdad que su efecto sobre las conciencias es cada día menor y la influencia de este veto tiende claramente a desaparecer.

En conjunto, la solución del crecimiento económico “cero” lanzada al aire, lo que equivaldría a la negación del progreso, nos parece tan absurda que vendría a consolidar todos los errores actuales favorables en cierto modo a determinados sectores haciendo imposible ya por inercia la implantación de una justicia social que sigue todavía en pie como asignatura pendiente. La limitación de privilegios en cualquiera de las clases sociales es prenda del futuro y, si se quiere reducir el mínimo los sacrificios inherentes solo podrá hacerse a través de un aumento general de la riqueza que no puede venir más que del desarrollo científico y técnico.

Logrados éstos, distribuir, y distribuir equitativamente aquellos bienes, ésta sería la tarea máxima, distribuir el trabajo, repartir los frutos del mismo así como los de la Naturaleza y la Energía, y acceder por todos a todos los recursos que emerjan del pensamiento y de la creación humana.

Se requerirá, pues, una política imaginativa y valiente que ya se reclama en la calle desde hace largo tiempo pero que no se vislumbra todavía por parte alguna.

No hay que cejar, sin embargo: alúmbrense nuevas fuentes de energía, aumentese la riqueza producida y crezca el saber humano, que al final se impondrá, de grado o por fuerza, la justicia esperada.

La paradoja sigue

El desarrollo tecnológico es el principal motor del progreso humano pero este avance no deja a veces de entrañar peligros cuando el ritmo es demasiado rápido y la mentalidad o los instrumentos de adaptación no siguen el mismo compás. Hagamos hincapié en el factor mental por cuanto de él provienen la mayoría de las veces, fuertes psicosis colectivas que constituyen el más severo valladar contra el progreso.

Cuando se llega a este estado son inútiles los argumentos, las promesas y las esperanzas: la cerrazón se vuelve absoluta y ello obliga en lamentables ocasiones a dar marcha atrás para disipar los prejuicios o temores que surgen de pronto. A este

respecto son más temibles las psicosis colectivas, por mezquinas que representen ante la realidad, a las experiencias individuales más negativas; compárese, por ejemplo, el recelo ante los riesgos, ciertos pero controlables como el de las centrales nucleares, con la aceptación general fatalista de los peligros de la circulación que ha causado más víctimas desde la última guerra mundial que la guerra misma.

Contra todo recelo exagerado sólo hay un arma apropiada, la prudencia, y otra, ligada a la misma causa, la seguridad técnica. Sin embargo, aquí como en el curso de nuestras vidas, la seguridad absoluta contra el peligro no existe y sólo cabe tratar de reducir los riesgos a un mínimo.

Acaso la componente negativa del desarreglo parcial sea inseparable de la conquista del bienestar. Como siempre, debe medirse por las leyes del equilibrio e inclinarse del lado más favorable de la balanza. Si el daño ha de ser efectivamente dominante, siquiera en potencia, no vale la pena pensar en promover, impulsar, tratar de avanzar, en fin, porque siempre surgirá algún escollo, de imposible superación; sólo entonces habrá que renunciar al propósito. Ante el temor injustificado vendría primero el estancamiento y después, merecidos por la rutina, la regresión inexorable.

No olvidemos, por otra parte, que el conflicto en cada caso proviene, más que de un hecho fatal, de la falta temporal de adaptación a las nuevas circunstancias: por eso no hay que lanzar la toalla al primer contratiempo sino proseguir adelante contra el clamor de los más pusilánimes; aquí vale aquello de “ladran, luego cabalgamos”.

Inercia y rutina, rutina e inercia; ahí tenemos el lastre que frena a los hombres y ha obscurecido, cuanto ha podido, su historia en todos los campos de la actividad humana, desde la ciencia al pastoreo, desde el espíritu de la justicia hasta el hecho de la impunidad. Junto a la tenacidad que se precisa para mantener en marcha el espíritu progresivo es necesario administrar los bienes derivados mediante un estricto sentido social. No siendo ésto lo más frecuente, se desprenden como consecuencias marginales toda una serie de conflictos políticos y económicos más importantes, si cabe, que los de tipo psicológico y lamentablemente, es a través de esta conflictividad previa como acaba de resolverse o paliarse al menos el problema. Se trata entonces de una pura lucha entre sectores por apropiarse en exclusiva de la nueva riqueza o del bien creado, cuestión que se decide, entonces, por la pura fuerza con la entrada en juego de las luchas sociales, y de las guerras, propicias siempre al poder y el vigor de las armas y no al de la razón.

Subrayamos que el control de los frutos del progreso científico es ajeno por completo a los cerebros creadores que los hicieron nacer, espíritus por lo general absortos en la esfera del pensamiento, sin recursos ni condiciones de árbitros. Los detentores del poder, siempre ávidos de mando lo gobiernan todo, incluso los espíritus que anhelaran sentirse autónomos y siempre con el mezquino criterio egoísta de acendrado sentimiento posesivo marginando de paso a las masas débiles y pasivas.

El recelo y en ocasiones la patente hostilidad de los pueblos contra el progreso no es achacable a los males del saber creador ni proviene de sus logros inquietantes sino del mal uso que los sectores dominantes hacen de tales apropiaciones, sostenidos

por la inercia y la pereza mental de las mayorías que no aciertan a imponer leyes eficaces contra el expolio de que son objeto, propicias sólo a lamentarse de sus males.

Por tan extraños caminos contradictorios la investigación de la verdad y el conocimiento del mundo real acaban por convertirse en un hecho indeseable cobrando energía el primitivismo y el canto en loor de una Naturaleza pura como ideal de vida, sentimiento, por lo demás, en muchos casos falso, mera actitud histriónica.

Contrariamente a ese tópico de la madre Naturaleza, el hombre ha de luchar constantemente contra ella para arrancarle sus frutos, para vencer su hostilidad esencial. Ciertamente que en aquella se encuentran todos nuestros recursos pero nada entrega graciosamente esta madrastra sino que hay que arrancárselo por la fuerza defendiéndose a todas horas de su huraña condición, de sus actitudes amenazadoras frente a todos los intentos humanos.

Enterremos de una vez el tópico de esa poesía bucólica que no hace más que crear falsas ilusiones. La historia entera de la Civilización no es otra cosa que la de la lucha contra la Naturaleza y el dominarla nuestro mejor premio.

Claro está que tampoco es buena política destruir al vencido y esto es lo que hay que evitar a toda costa cortando de raíz los abusos de nuestro feliz dominio sobre el mundo físico para lo cual la tecnología cuenta con medios sobrados que hay que impulsar e implantar prudentemente. Esto no significa anular el progreso sino afianzarlo sólidamente; que el triunfo no nos envanezca pero que nadie sueñe con obligarnos a seguir cortando árboles con hachas de sílex.

Hay que prevenirse tanto contra los arbitristas como contra los incautos que todo lo esperan del buen comportamiento de la madre Naturaleza.

Ante tanta contradicción, el sentido común nos dice que sin una filosofía sana y unos propósitos limpios será imposible salir de esta maraña de intereses conflictivos.

La dialéctica retórica y deliberadamente confusa en que se desarrolla la polémica seguirá oscureciendo las soluciones sin desembocar en resultado práctico alguno con la sensación de impotencia colectiva para dominar la situación. Sin progreso no hay bienestar posible de lograrlo, contra todas las aseveraciones de los inmovilistas, aunque el desarrollo cree un desequilibrio permanente que haga dudar en cada instante de la conveniencia del proceso.

Es absurda la teoría del estatismo, del “crecimiento cero”, dados los desajustes patentes del progreso, iniciar la marcha atrás en busca de un hipotético paraíso perdido por nuestro enfrentamiento con la Naturaleza.

Si bien el desarrollo no permite evitar las crisis pasajeras, es preciso oponerse a que sus efectos negativos recaigan sin excepción sobre las capas sociales más débiles mientras los beneficios del progreso vayan siempre a engrosar el patrimonio de unas minorías especulativas que es donde radica el verdadero mal del desarrollo; esta ausencia de justicia distributiva es lo que peor caracteriza el concepto de civilización tan mal empleado en muchas ocasiones, lo mismo que el de cultura que fácilmente se identifica con el folklore o el de costumbres populares por bárbaras

que éstas sean.

Hasta ahora, los ambiciosos jamás ahítos de poder y riquezas son los que hacen imposible aquella civilización justa y equitativa a la cual no dudamos se ha de llegar tarde o temprano por una u otra vía: la de la violencia en el peor de los casos a menos que mentes lúcidas se hagan cargo del gobierno de los pueblos, lo que no parece factible de momento, quizás por la inhibición de estas mentes claras apartadas de la lucha por un sentimiento de abstracción individual y el desdén a introducirse en un campo hoy carente de ética. Por eso la siembra del absurdo presente parece encaminarse más bien siguiendo la vía tormentosa que la senda de la inteligencia. La torpeza, más todavía que la maldad, es lo que conduce a la paradoja del progreso destructor, lo que parece dar la razón a los reaccionarios enemigos del progreso y a los devotos de la Naturaleza pura. La Naturaleza es hostil, la Naturaleza es cruel, la Naturaleza es implacable. No nos dejemos seducir por el hecho de que el hombre lo obtiene todo de la Naturaleza: el sustento, el vestido, la energía, la vida y la muerte puesto que sin aquella no podría ni siquiera existir. Ciertamente, pero veamos a qué precio. La vida es una continua lucha contra la Naturaleza que nada concede gratuitamente sino cobrándose por ello un alto tributo en sudor, en lágrimas y en sangre como toda guerra, ya que la Naturaleza es por esencia la más monstruosa organización del crimen sistemático. Su deprecio por el individuo es absoluto, sin piedad ante los débiles; su indiferencia cara al sufrimiento es total y absoluta. Si acaso muestra algún interés, es hacia la especie, hacia el número como único criterio para conservar el equilibrio cuantitativo recurriendo al crimen, alimentándose unas especies de otras más numerosas en una gesta continua de exterminio escalonado bajo la ley del más fuerte. Cuando el crimen no basta surgen las armas del hombre o la Peste. El ser humano, por su parte, contribuye, a favor de su misma especie, a esta incansable labor de la Naturaleza a base de muchos recursos eficaces, entre ellos el del exterminio masivo por las guerras y las persecuciones que dan el triunfo al más fuerte. Ante todo eso, la criatura simple pero racional solamente tiene ánimo para preguntarse el porqué de tanta paradoja y contemplar atónita cómo siguen entonándose cantos a la madre Naturaleza.

El retorno del hombre al estado natural en el seno de un enemigo tan temible, arrojando por la borda siglos y siglos de civilización liberadora no puede tomarse en serio porque sería insensato, si es que alguna vez tal proposición fue sincera, y algo más que una mera divagación poético-filosófica.

Sólo culminando la civilización, poniendo en marcha todos los cerebros con voluntad de progreso para perfeccionar la obra gigantesca del hombre sobre la Tierra en un medio tan hostil cual éste ha tenido que desenvolverse, es como lograremos superar las dificultades de cada día.

La inteligencia y la voluntad han de orientarse en primer lugar al descubrimiento de la verdad apartando los prejuicios y las falsedades encubiertas, instrumentos favoritos de los intereses creados bien arropados por el fariseísmo, ya sea político o religioso, que cuenta con poderosos medios de coacción y, en último término, de la imposición por la fuerza. No hay que arredrarse por ello e intentar, al menos, proclamar las verdades para vencer primero en el terreno ideológico; lo

demás, se dará por añadidura.

Aunque, desde luego, no pretendamos agotar todos los temas contradictorios que padece la Sociedad, trataremos, por vía de ensayo, de abordar algunos de los más sobresalientes, situados al margen de cualquier intento de solución o apuntar algunos otros entre aquellos que nos enfrentan con la Naturaleza, de carácter catastrófico.

Partiremos siempre del principio de que la Ciencia y la Tecnología, han constituido los principales elementos del progreso y bienestar de la Humanidad. Ni las doctrinas trascendentes, ni los sistemas políticos, ni las tesis sociales, ni los principios filosóficos, por bien intencionados que sean, han conseguido mejorar a penas la existencia humana a lo largo de los siglos. Sólo la aparición de la verdad científica experimental, no la meramente especulativa al estilo aristotélico, la verdad que comienza con el Renacimiento y avanza sin cesar hasta nuestros días es la que puede conseguir la emancipación del hombre liberándole de su servidumbre y hacerle Rey de la Naturaleza para convertirle en dueño y señor de la misma, elevándole por encima de un destino miserable, con deseo de apuntar hacia metas de infinitos horizontes y auténticas libertades.

Lo primero que se precisa es apartar de los centros de poder a los incapaces, mucho más peligrosos que los malvados porque los primeros son legión y los segundos, una minoría fácil de dominar.

Aparte de los daños ciegos causados por la Naturaleza, el peligro radica en tantos cerebros necios con barniz engañoso que consiguen auparse a los puestos decisorios frente a la pasividad de otros más sabios a quienes repugna, a tenor de su propio carácter, entrar en la lucha por el poder y ambiciones semejantes que les apartarían de la serena virtud donde aspiran a vivir, lo que supondría para ellos renunciaciones ingratas, una muestra también, al fin y al cabo, de egoísmo.

Por eso la solución se hace esperar: los que podrían no quieren y los que quieren no pueden.

Al referirnos a estos últimos, reconozcamos para ser justos que en muchos casos no están exentos de buena voluntad, pero compromisos y ataduras consustanciales con su misma posición les impide obrar rectamente.

No surge sector alguno que, insensible a los dogmas y esquemas doctrinales de partido, se imponga como única norma de pensamiento la razón y como programa el bien máximo posible sin mirar si estos postulados beneficiosos se hallan en uno u otro campo de los ya acotados o si hay que acotar para ello nuevas tierras, apartando intereses bastardos legitimados tantas veces por hábiles maniobras.

No puede surgir, hoy por hoy, una voluntad de este género porque no existe la fuente de poder que sería capaz de alumbrarla: la educación de las masas y conductores en el ámbito de la razón, de la lógica y del sentir humano; no decimos humanistas porque esta palabra tan manoseada ha venido a significar en realidad la apología de la rutina tradicional escolástica y del retoricismo puro, por oposición a la Ciencia cuyo rigor no admite veleidades.

Ante cualquier problema actual se opta así por divagar elaborando sofisma tras sofisma o acudiendo para justificarse a espejismos que nada pueden aportar a la

solución pero que resultan mucho más cómodos que el análisis científico del problema en sí y en su relación con el ser humano.

Cuando nos hallamos, por ejemplo, frente a esta lacra social del desempleo, cáncer de la economía y del espíritu, sólo se escuchan teorías como esta: la culpa, reside en el maquinismo, en el progreso tecnológico, aparte otras mil razones con pretensiones de naturalidad, ninguna de las cuales resiste un examen serio.

He aquí, entonces, la primera propuesta que vendría a remediar la situación: proscribir las mejoras técnicas a fin de poder dar ocupación a todos los trabajadores llegándose en ocasiones a impulsar a las masas a la revuelta destruyendo máquinas e instalaciones que vienen a comprometer sus medios de vida.

Tremenda paradoja: los ingenios nacidos para hacer más cómoda y plena la vida del hombre, transformados por artes de ignorancia, egoísmo y mala fe en una rémora del bienestar social.

Es una aberración el hecho de que el progreso técnico encaminado a aumentar los recursos y aliviar el esfuerzo, multiplicando así las posibilidades del hombre, pueda convertirse en una amenaza social y en una fuente de miseria para ciertos sectores marginados.

En un intento vano de eludir responsabilidades por todos estos hechos manifiestos, se recurre a las más extrañas casuísticas y teorías pseudo-económicas pero es incuestionable que la técnica ha nacido para estar al servicio del hombre y al desviarla de esta elevada misión por cualquiera que pueda hacerlo debería ser castigado como delito de lesa humanidad. El desempleo, la más punzante consecuencia de esta inversión de valores que estamos sufriendo no tiene científicamente razón de ser y la distribución del trabajo con medidas transitorias de compensación y equilibrio es la única solución posible que acabará por imponerse. Ello implica la reducción progresiva del tiempo laboral, ante todo por la disminución de la jornada de trabajo o el aumento de los períodos vacacionales; en segundo lugar por la prolongación del período docente de formación; y en último término, con mucha prudencia, para no invalidar valiosas capacidades por el adelanto de la edad de jubilación. De otro modo, el proceso imparable del desarrollo tecnológico se convertirá en un elemento de desequilibrio capaz de trastornar todo el orden económico solidario con efectos demoleedores.

El que se propugne como solución un crecimiento cero o una regresión a estados pretéritos, nos parece el remedio más incongruente que pueda imaginarse, así como tampoco las sutilezas encubridoras de simples egoísmos o actitudes farisaicas.

Debemos rechazar también aquellas doctrinas pseudo-científicas y las ideológicas que surgieron del nacimiento de grandes trabas a la iniciativa individual sin que se llegase a intervenir el usufructo de los medios o del producto de la investigación y otros mil argumentos que tienden nada más que a sembrar el confucionismo y perpetuar el actual estado de cosas.

El señuelo de la inversión capitalista como solución del desempleo es un canto de sirenas por cuanto se trata de un arma de doble filo puesto que en tanto tiende a racionalizar la producción dedicándose sustanciosos recursos económicos,

aumenta con ello el paro laboral y si aún quedan medios para asignarlos a la creación de nuevas industrias, lo que, en efecto crea empleo, la enorme inversión que esto requiere por puesto de trabajo se suma con exceso a la que precisó su destrucción haciendo imposible mantener siquiera el equilibrio.

Una simple ojeada a las estadísticas industriales y financieras pone bien de manifiesto todo lo dicho.

Es claro que decisiones apropiadas tan contrapuestas a ciertos intereses requieren un poder político fuerte asistido por la mayoría de los ciudadanos, independientes, con voluntad de acción e inexorable en sus propósitos: tales voluntades de poder, ¿existen?, ¿pueden existir?: los regímenes autoritarios no se han acreditado precisamente por este camino; en los sistemas democráticos la autoridad reside en todo el pueblo; será, pues, el responsable en último término, del correcto ejercicio del poder, bien por sí mismo o bien por delegación inteligente.

Otro de los temas mal planteados del progreso liberador del hombre es el de su incidencia sobre el medio ambiente y los recursos vitales. La preocupación ecológica está justificada pero en vez de abordar el problema con soluciones lógicas sólo ha servido de pretexto para excitar los más torpes recelos.

El deterioro evidente del ecosistema, efecto del constante crecimiento de la población asentada o que vive en él, aporta innumerables residuos nocivos y contaminantes, en gran parte productos de la tecnología cuando se trabaja para satisfacer necesidades materiales del hombre, y también, ¿porqué no?, espirituales, impulsa a contemplar aquellas técnicas como causa de todos los males aunque nadie se avenga a renunciar a sus beneficios.

Se da el caso de colectividades que alzan contra los proyectos de industrialización en su zona deprimida debido a los peligros de la contaminación que comportan cuando no porque tales instalaciones desentonan del dudoso bucólico paisaje de su entorno que jamás se pararon a contemplar, quizás porque tampoco valía la pena.

En suma: que el hombre, señor de la Naturaleza y dueño del pensamiento, como aprendiz de brujo pone en peligro sus propios logros uniendo torpeza y sabiduría en una paradoja sin par y sin justificación posible.

El progreso no puede detenerse y si entraña también sus riesgos, la técnica posee medios sobrados para prevenirlos y contrarrestarlos aunque con cierto sacrificio económico. Lo que no debe hacerse es eludir estas precauciones en aras de un objetivo que tenga por norma exclusiva la economía de mercado para triunfar de la competencia comercial y aumentar a toda costa los beneficios empresariales.

La Técnica, chivo expiatorio

La tecnología va asociada al ser humano desde los albores del conocimiento y siempre ha influido en la vida del hombre dándole carácter y modos, hasta tal punto que nos atreveríamos a decir que su influencia de todo género ha sido más profunda que las más variadas doctrinas filosóficas, religiosas y políticas, determinando así las normas esenciales de conducta en el seno de la Sociedad y entre individuos.

Esto es cierto para bien y para mal, pero ni la tecnología ni el pensamiento científico son sujetos responsables en sí de sus efectos favorables o nocivos, ya que, pese a todo, no pasan de ser instrumentos en manos del hombre cuyo uso él y solo él debe responder en aras de su conciencia y como poseedor de tales instrumentos. Señalar a este dominio sobre la Naturaleza como la causa de tantos males cuantos la humanidad ha sufrido y sigue sufriendo en ciertos modos de la existencia, por culpa realmente de un mal uso de estas armas poderosas, no es sino buscar ciegamente un chivo expiatorio sobre el que cargar nuestros más graves errores.

Conmueve pensar cómo máquinas tan simples cual la palanca, la cuña, el plano inclinado, el rodillo, más tarde la rueda, y a su lado el fuego, junto con los instrumentos de guerra o de caza, el martillo o la maza, la lanza, el arco y las flechas, pudieron imprimir en su día cambios tan profundos en la vida humana no menores, a escala debida, que los que hoy nos impone el fabuloso progreso técnico que estamos viviendo, sólo que el acontecer de hoy, en un día precisó comparativamente de siglos en aquella aurora de la civilización; pero la influencia de los descubrimientos queda patente a lo largo de las diversas eras.

La técnica, desde sus inicios, proporcionó al hombre utensilios de uso fácil y cómodo para sus necesidades creando la industria alfarera y algunas de las máquinas simples citadas, la palanca y el plano inclinado, por ejemplo; también le dotó de medios con los cuales protegerse de las fieras y elementos dañinos naturales; las chozas, palafitos y edificaciones de varia índole; pero tampoco faltaron en su haber armas de doble filo: lanzas, arcos y flechas con los que cazar animales necesarios al propio sustento o defenderse de ellos, mas también para dominar a otros hombres más débiles privándoles de sus vidas y apropiándose de sus bienes. El incipiente “homo sapiens” se convertía así en un agresor fiero para sus semejantes, sin freno a cuantos abusos podía inducirle la superioridad de sus armas, necesarias, por otro lado, para su propia subsistencia. Es claro que el mérito o la culpa no era el medio empleado sino del sujeto que lo usaba con fines sanos o abominables. La situación, hoy, no es distinta y únicamente varía cuantitativamente como consecuencia de los medios disponibles.

La energía nuclear, indispensable ya para cubrir las necesidades de la población, sin que otras fuentes alternativas puedan alcanzar ni de mucho los niveles necesarios para sustituirla, es también un arma de doble filo puesto que a la par constituye el instrumento de destrucción más poderoso que el hombre haya podido imaginar. Aunque, por añadidura no deja de ofrecer riesgos su misma utilización pacífica y contra tales riesgos hayan de tomarse, evidentemente, todas las precauciones que la técnica es así mismo capaz de ofrecernos; si bien la seguridad no llegue al ciento por ciento, ello no justificaría la renuncia total a tan beneficiosos recursos como no estaría justificado el renunciar a la aviación, al automóvil o al transporte marítimo pese a que todos estos medios de locomoción han sembrado de víctimas innumerables los caminos del mundo. Los inconvenientes que, junto a sus ventajas, ha venido promoviendo la tecnología en otros aspectos sociales han sido también importantes y no se atenúan sino que van en aumento con el paso del tiempo, como consecuencia de la torpeza humana de la mayoría, que contrarresta

al genio creador de unos cuantos, siempre en minoría, e impotentes para marcar los caminos por donde debiera transcurrir el progreso que se transforma así, en regresión o en descalabros.

A partir del siglo XVIII con el vapor, del XIX con la electricidad y a lo largo del siglo XX con la electrónica, la nucleónica y la informática, han ido apareciendo nuevas tecnologías que en el terreno puramente social han propiciado un singular efecto: el del desempleo en masa cuando su objetivo natural fuera el de relevar al ser humano de una gran parte de su esfuerzo físico y mental generando ocio saludable y bienestar común, poniendo al alcance de grandes colectivos lo que antes era privilegio exclusivo de unos cuantos. El fenómeno negativo va en ascenso y los remedios que se propugnan por los miopes y por aquellos que monopolizan los beneficios considerables de esta cara del progreso son, voluntaria o torpemente, absolutamente inoperantes e incluso, en cierta escala contraproducentes. Como antídoto, la inversión, a modo de panacea contra el paro, es puro espejismo; por una parte se dirigirá en primer lugar a forzar el maquinismo para gozar de la ganancia inmediata que se deriva de la disminución del número de trabajadores necesarios en la empresa fomentando aún más el desempleo; el sobrante de capitales es el que podrá destinarse a la creación de nuevas Empresas si el sistema económico y el mercado le son propicios. Ahora bien: la inversión necesaria por cada puesto de trabajo así creado es de tal cuantía que para absorber por esta vía la fuerza del trabajo hoy ya en ocio forzado es inalcanzable para cualquier país de nuestra Geografía. En España misma si se intentase resolver el problema actual de esta forma sería necesario aportar, al fin, decenas y decenas de billones de euros en cuantía tal que nadie sabe de dónde podrían surgir; y algo muy parecido, con leves diferencias, sucede en los demás países de nuestra cultura.

El extirpar las raíces de esta planta letal requiere observar sencillamente que lo que la tecnología comporta es una disminución del trabajo humano necesario para cualquier labor por lo cual la razón aconsejaría repartir el reducido esfuerzo todavía inevitable entre todas las personas aptas, es decir, hacer que todos trabajasen pero trabajasen menos. Se trata de una idea simple que, sin embargo, conculca muchos intereses creados pese a lo cual, a la postre, no tendrá más remedio que imponerse, dicho sea francamente, ya sea por las buenas o por las malas. Ante la evidencia de la razón expuesta, y como que ella lesiona tantos privilegios, resulta pintoresco contemplar la serie de argucias, sofismas, falsos argumentos y equívocas actitudes con que se trata de desvirtuar los más elementales principios de la lógica. Para mayor INRI, los que se dicen partidarios de las esencias puras de la naturaleza motejan de antinatural todo el desarrollo técnico, con el cual habría, pues, que acabar y volver por tanto a un idílico primitivismo que debiera situarse en las culturas prehistóricas llegando quizás como ideal a la reconquista del hacha de sílex.

Entre unos y otros, prepotentes o candorosos, falaces o mentecatos, hacen imposible que la gloria del saber humano extienda sus frutos sobre toda la Sociedad, donde el bienestar de unos se cimienta actualmente sobre la penuria de los más y el goce de los menos sobre el dolor de muchos, mientras que sería, en cambio, posible alcanzar un nivel más que satisfactorio para éstos y aquellos. Mucho nos tememos

que, lamentablemente, ni con prédicas ni con razones se consiga el grado imprescindible de equidad que hay que lograr para bien de todos y que, una vez más, la violencia sea, paradójicamente, la encargada de poner las cosas en orden.

Es claro que la tecnología, no siendo una doctrina moral sino un instrumento de progreso, nada puede hacer ante la insolidaridad humana. Por ello no se halla justificado condenar a aquella a perecer, es decir, al estancamiento en un momento cualquiera de nuestra historia, lo que en último término y por hechos demográficos vendría a significar pasivamente un retroceso. La tecnología ha liberado al hombre de su esclavitud frente a la Naturaleza, le ha proporcionado comodidades sin cuento, inimaginables por sí mismas, ha elevado, en fin, su nivel de vida de un modo general, y aunque de una manera desigual, en mucho mayor grado que las humanas desigualdades naturales lo harían inevitable y que por contraste y en términos de verdadero agravio, se debe a un torpe y egoísta enfoque de las relaciones humanas regidas sin visión amplia de conjunto y de futuro, poniendo así en práctica inmediata los privilegios que son patrimonio de los que ya mucho poseen: fuerza, dinero, influencia o simplemente espíritu mercantil desarrollado.

La Ciencia y la Técnica no son en sí ni buenas ni malas por más que su cultivo requiera a veces cualidades sobresalientes. No se trata de disciplinas éticas o de la formulación de leyes morales sino de verdades y descubrimientos naturales, aunque no manifiestos, sin embargo, por sí conquistados a fuerza de ingenio y saber; la moral o el vicio lo imponen aquellos que rigen la conducta de la Sociedad, en el más amplio sentido posible. Así, por una parte, se construye mediante el saber científico y sus aplicaciones técnicas, un entorno bello y feliz para ciertos sectores de la comunidad humana y de la Naturaleza misma mientras que por otra parte se destruye el bienestar social e incluso el medio ambiente que a todos nos vivifica. El deterioro ecológico que a cada paso se observa sería perfectamente evitable, sin renunciar a los beneficios del sistema, causa del mismo, poniendo simultáneamente en acción los medios que la misma técnica nos proporciona, pero ésto no es posible si se quieren explotar, hasta el agotamiento, los beneficios parciales que se derivan de inmediato para unos cuantos que gozan del poder de uso y abuso de los recursos naturales o creados; empero, digámoslo también con franqueza, el sacrificio, de un modo u otro, nos será exigible a todos en mayor o menor grado aunque nunca éstos llegarán a anular las ventajas que la aplicación de estas técnicas comporta. Por eso la propaganda negativa a ultranza, tan de moda en el nuevo ideario naturalista es tan inoportuna y destructora como el abuso de los hechos que trata de combatir.

Si quisiéramos resumir en pocas palabras los planteamientos que han de acompañar a todo desarrollo o progreso diríamos que se trata sencillamente de implantar unas leyes equitativas de distribución de beneficios y de reparto de las pequeñas renunciaciones que hemos de imponernos para recoger los frutos óptimos; y, desde luego, olvidemos de presentar a la Ciencia y a la Tecnología como antinaturales y antisociales, es decir, no vayamos a inmolarlas, a guisa de chivo expiatorio para redimirnos de nuestros males.

Los conocimientos científicos constituyen el saber más sólido del hombre hasta el punto de que sin la Ciencia no habría, para la mente, conocimiento seguro.

Los griegos, que enseñaron a pensar a la humanidad, fueron, por eso mismo, los verdaderos creadores de la Ciencia y ésta sigue dos caminos de penetración en los arcanos de la Naturaleza, a saber: la razón y la experiencia; sobre una, sobre la otra o bien sobre ambas a la vez se asienta el saber científico que, sin embargo, no hay que ignorarlo, ha de dar, en último término, el máximo crédito a los resultados de la experiencia.

Las llamadas Ciencias puras, las Matemáticas por antonomasia, se basan primordialmente en la razón, y por medio de silogismos a partir de ciertos postulados, axiomas y definiciones. La Geometría de Euclides es, sin lugar a dudas, el arquetipo de las Ciencias puras.

Las ciencias experimentales basan sus conocimientos, casi exclusivamente, en la práctica y tal vez sea el ejemplo más típico de ellas, la Medicina.

Gozan a un tiempo de ambas características las ciencias Físicas y sus progresos han surgido siempre de las ideas de grandes pensadores unidas a las prácticas experimentales más minuciosas y a la observación inteligente.

Desde sus albores, la Ciencia ha sabido crear en su entorno un clima de respeto y admiración, ocupando un alto nivel en las valoraciones humanas, rodeadas de gran prestigio y autoridad. Por todo ello, hay una cierta tendencia a revestir del calificativo “científico” a muchas disciplinas que constituyen más bien un arte o meramente actividades de ordenación y archivo.

A pesar de todo su rigor, la fiabilidad de la Ciencia no tiene el carácter de absoluto dado que el mayor o menor grado de confianza que puede merecer un Sistema científico depende en gran manera de la componente empírica que sustenta el Sistema, disminuyendo a medida que aumenta en él la cota de este conocimiento un tanto aleatorio frente al peso de la razón pura.

De otro lado, y aunque ello pueda resultar paradójico, ningún fruto de la razón tiene carta de validez si no viene refrendado por la experiencia. No obstante, el más alto techo de fiabilidad lo alcanza la Matemática que no precisa en absoluto de la experiencia para asentar sus verdades, y por el contrario, sea la Medicina, pese a sus logros, la que venga a ocupar uno de los lugares más inciertos porque sus orígenes y desarrollo son preferentemente empíricos; sabemos que a lo largo de la Historia y aún hoy día vienen existiendo innumerables Escuelas médicas en constante renovación e, incluso, manteniendo posturas antagónicas.

No se crea, empero, que la ciencia pura, la ciencia estrictamente racional quede a salvo de impugnaciones o que sus principios vengan a ser por esencia incuestionables. La misma Geometría Euclídea, el más sólido bastión del conocimiento humano, ha sufrido también los embates de la crítica a causa de ciertas dudas sobre algunos de sus postulados, no evidentes por sí mismos; en los últimos tiempos han surgido otras geometrías no euclidianas a partir de nuevos postulados, quizás menos evidentes, seguidos, eso sí, de un proceso lógico

irreprochable, todo ello, sustancialmente, más bien a guisa probatoria de agilidad mental que de valor constatable.

La Física ha pasado en el curso de la historia por tremendo vaivenes, efecto de su gran componente empírica. Durante siglos, las arbitrariedades especulativas con sello aristotélico han dominado en este campo, constreñido por el dogma y la razón de autoridad que siguieron pesando incluso cuando ya la experiencia mostraba la vaciedad de aquellos dogmatismos. La incontenible realidad de la Física de Galileo habría de soportar aún los embates de la rutina y las duras pruebas de la intolerancia religiosa; con Newton parecen ya quedar del todo fuera de lugar las posiciones apriorísticas y afirmarse la Ciencia sobre pilares indestructibles.

Pero el destino perecedero de cualquier obra humana no habría de excluir ni siquiera tan sólidos asentamientos y el decurso de los últimos siglos vería como venía fatalmente conmoviéndose la maravillosa construcción de Galileo – Newton ante las nuevas experiencias sobre el movimiento, la materia y la energía, con lo cual la Ciencia y la Filosofía de la Naturaleza tenían que quedar trágicamente sin su mejor asidero.

En realidad, las contradicciones observadas entre las teorías científicas y la práctica eran de un matiz insólito al invalidar por extraños caminos las leyes fundamentales de la Cinemática de Galileo, de la dinámica de Newton y los postulados poco menos que axiomáticos sobre los conceptos de energía y masa física, donde se asentaban nuestras más firmes ideas sobre la Naturaleza.

De esta dramática situación sólo se podía salir mediante la creación de una nueva doctrina capaz de remover hasta los cimientos del edificio científico; una doctrina audaz y genial a la vez como nunca se había contemplado en la historia del pensamiento humano: la Teoría de la Relatividad, obra de un plantel de cerebros geniales coronado por la ingente figura de Einstein.

La nueva construcción teórica lograría resolver cuantitativamente todos los problemas que las contradicciones de la Física clásica planteaba pero, hay que decirlo con firmeza, que planteaba, a su vez, problemas lógicos y fisiológicos no menos insólitos y de índole más discutibles.

Para dar cabida a la nueva doctrina en el campo de los valores científicos es necesario aceptar sin reparos proposiciones de este orden: el espacio, el tiempo, la masa y la energía no poseen valores intrínsecos bien determinados sino que se trata, por el contrario, de entidades variables cambiantes con la velocidad del Sistema donde se contemplan; una gran distancia interestelar puede transformarse en algunas pulgadas si su Sistema se mueve respecto al observador a velocidades próximas a la de la luz; los minutos de intervalo temporal en el primer Sistema corresponden a varios siglos para el segundo; la masa de un grano de arena según este último, se mediría en aquel otro convirtiéndose en toneladas, acumuladas a expensas de la energía aplicada al movimiento, trocándose así energía en materia con efecto reversible en su caso; proposiciones todas ellas inabordables por la mente y contrarias a las vivencias del ser humano.

Tale son las premisas de la teoría de la relatividad a las cuales se llega tras

un importante aparato matemático que, sin embargo, entraña una filosofía tan confusa como arbitraria: la de atribuir un carácter flexible a todas las magnitudes que intervienen en los hechos contradictorios de la Física clásica, de tal manera que se llegue forzosamente en tales circunstancias a los imprevistos resultados experimentales.

El hábil montaje matemático proporciona de paso las normas que han de seguir aquellas magnitudes básicas, espacio, tiempo, masa y energía para que las nuevas leyes físicas coincidan con los resultados numéricos de la experiencia.

El Universo se comportaría así como un todo elástico en cuanto a espacio, tiempo y materia, y deja de ser euclídeo, formulaciones semánticas que carecen de significado real.

Este enmarañado artificio, por más que fructífero como muchos otros falsos sofismas debe ser rechazado de plano sin omitir, en aras de la razón, cualquier esfuerzo por encontrar alternativas a las tesis relativistas, que puedan devolver el sosiego a la mente y la seguridad a los espíritus.....

En modesto aporte, hemos alumbrado, por nuestra parte, nuevas ideas siguiendo la línea que ya hemos expuesto en ocasiones propicias, en artículos varios o ante audiciones solventes.

En resumen: lo que se precisa es analizar las contradicciones de la Física clásica no como efecto de arbitrarias deformaciones del Cosmos por causa cinemáticas sino intuir la posible intervención de un tercer agente, positivo, omitido en el cómputo numérico del fenómeno, no teniendo en cuenta, pues, ni por la Física clásica ni por la Física relativista.

Este tercer factor habría de ser el medio ambiente que por inercia mental venimos considerando absolutamente vacío de materia, vacío en verdad inexistente que estaría constituido en realidad por un sustrato material sutilísimo capaz de pasar inadvertido para experiencias normales a velocidades moderadas pero bien potente en su existencia ante movimientos, en su seno, de porte luminoso, es decir, a velocidades del orden de la luz.

Con tal sencillo elemento activo se logra formular matemáticamente, como hemos puesto de relieve en su día, las leyes que, al abarcar de este modo el fenómeno en su integridad, confirman los resultados de la experiencia al igual que con los planteamientos de la teoría relativista, pero sin deformar a la Naturaleza ni alterar su misma esencia, sino mediante conceptos racionales y comportamientos presentes en nuestras más comunes vivencia.

No hay, pues, por qué someterse dócilmente, con espíritu irresoluto a las “verdades de autoridad” por bien ganado que sea su prestigio, cual lo que en su día el sistema aristotélico, sino que hay que enfrentarse a los hechos con ánimo crítico y plantearse de nuevo cuantas dudas susciten las tesis inciertas, hasta llegar a disipar aquellas dudas.

Esta es la verdadera actitud científica, cambiabile una vez más, si, pero libre de apriorismos y prejuicios por muy brillantes que aparenten ser ante las mentes filosóficamente inclinadas, por pereza, hacia todo lo ya establecido.....

Nuestra capacidad de entendimiento sólo alcanza hasta donde llega la razón. La finalidad de estas líneas es la de ensanchar en lo posible las fronteras apurando toda nuestra capacidad.

El ser humano es un ente rodeado de misterios. Saber algo de sí, un poco más de la Naturaleza cuyas leyes conoce en parte, tiene presente todo el pasado, previene a veces el porvenir, posee, en fin, bastantes saberes pero ignora por completo la esencia de todo, el origen del Universo en que vive y el final del mismo, sus propios orígenes y el destino que le aguarda tras ésta, su experiencia vital. Extrañamente, aquellos misterios dejan de serlo para determinados grupos humanos a los que se les ha reservado el privilegio de conocerlo todo a través de una vía bien singular propia sólo de los elegidos: la Revelación, camino más expedito para penetrar en los arcanos del Universo.

Estos arcanos son muy profundos y sólo asomarnos a ellos nos sobrecoge porque nuestros limitados recursos intelectuales se ven incapaces para rasgar el velo que los encubre. Es por ello sorprendente el temple y la serenidad de quienes pretenden sentirse plenamente informados sobre tales arcanos.

El primer escollo insalvable con que uno tropieza no es ya el de la esencia misma del conocimiento sino, como hemos apuntado, el de las fronteras.

El Cosmos, del cual constituimos una partícula infinitesimal, no vemos donde comienza ni donde termina, ni siquiera sabemos cuando nace.

Cualquier respuesta directa que se intente dar a estos claros interrogantes es contradictoria consigo misma lo cual crea un serio problema lógico porque si afirmamos que el mundo empieza y acaba en alguna parte, ¿qué es lo que hay fuera de estos límites?. ¿Diremos que más allá no hay nada?. Pero esta “nada” ha de ser absoluta, no sólo exenta de materia sino también de espacio y de tiempo. Y, ¿podemos concebir que exista algo aunque sea la nada, sin sentido espacial, sin que transcurra temporalmente?. No, la nada no existe, no tiene posibilidad de ser.

Surge como consecuencia la alternativa que desborda todos los conceptos físicos precedentes pudiendo admitirse solamente como abstracción matemática: el infinito. El Universo es espacial y temporalmente infinito, es decir, sin principio ni fin en cualquier sentido. Esto significa que siempre hay algo más allá así como un instante anterior al primero imaginable y otro posterior al último concebible.

En el tiempo actual ha surgido otra teoría respecto al Cosmos: la de que se trata de un sistema finito pero ilimitado. Lo que esto pueda significar no es más claro que los conceptos de infinitud o eternidad.

Se ha tratado de facilitar la comprensión mediante el símil de la superficie esférica, finita y a la vez carente de límites gracias a su curvatura en el espacio, de tal modo que la hace volver a encontrarse consigo misma homogéneamente en todas direcciones.

Puesto que el espacio no es bidireccional como la superficie de una esfera, que puede así curvarse en una tercera dimensión, sino tridimensional por antonomasia,

precisaría de una cuarta dimensión, desconocida e irrepresentable, para curvarse sobre sí misma. Esta cuarta dimensión es, en efecto, difícil de comprender en mayor grado aún que las inasequibles abstracciones anteriores.

Una tras otra, todas las tesis enumeradas nos permiten explicar, bien que artificiosamente, lo que es el Universo en proporciones gramaticales correctas de las cuales no podemos extraer ni una sola idea inteligible. No cabe, pues, hacer otra cosa sino tratar de poner un poco de orden en este caos mental sin aspirar, no obstante, a que nos esté reservado el identificar la pura verdad.

Dado que la idea de infinito no es abordable por nuestra mente, veamos de aproximarnos a la otra, la del principio y fin del Universo en los términos más sencillos de acercamiento a esta proposición, es decir, por el único camino viable que razonablemente se nos ofrece.

La hipótesis de infinitud nos cierra de golpe el paso para toda reflexión ulterior por el carácter mismo de la afirmación en sí.

De haber un comienzo del espacio y del tiempo ha de llegar consecuentemente el final de uno y otro y aparece como obstáculo inquietante lo que debió de haber antes y lo que ha de venir después; esto es, queda todavía la incógnita de la nada, concepto que por otra parte, ya hemos rechazado más arriba.

El escollo de la nada no acertamos a orillar más que postulando la existencia de un Ser excepcional anterior, contemporáneo y posterior al mundo mismo, Ser increado que existiera “per sé” mismo, creador, a su vez, en un instante determinado y por acto de su propia voluntad, sin medio alguno, de esa inmensidad que llamamos Universo. Nada sin embargo permite afirmar que la creación hubiera tenido desde su principio la forma actual.

Pienso que por ese camino, el más simple dentro de su complejidad, nos vamos acercando a ese Ente superior que el ser humano viene intuyendo desde sus orígenes y que llamamos comúnmente Dios. Dios no es un teorema demostrable, ni una experiencia tangible, pero tampoco queda fuera de toda posible conjetura racional. Es un hecho espiritual fruto insondable de la mente, cual si desde lejanos abismos pudiéramos vislumbrar su silueta y percibir su sello en la creación. Cuando sólo de una manera tan inefable llegamos a imponernos de la existencia de Dios, cuánto más difícil todavía ha de sernos conocer su esencia, y comprender sus atributos y designios. Es irreversible una representación antropomórfica como se ha venido haciendo; un Dios materializado de esa forma no inspira los altos sentimientos que su naturaleza merece; no digamos lo que supone según el concepto de ciertos pueblos primitivos su encarnación en diversas formas animadas o inanimadas.

Del hacedor de una obra cual es la creación del Universo no cabe imaginar limitaciones esenciales; sólo la grandeza conviene a la idea del Ser. Así, consecuentemente, la fe por su parte le atribuye inmenso poder, inmensa bondad e inmensa sabiduría, pero el conocimiento invita a ciertas acotaciones marginales a estas afirmaciones de fe.

Aparte las leyendas bíblicas y mitológicas no parece que la facultad de obrar milagros, máxima expresión de poder, llegue hasta la posibilidad de vulnerar las leyes naturales, que, por otra parte, como todo el orden creado deben también ser obra divina.

Esta declarada ausencia de poder absoluto no puede interpretarse como negación de la misma potestad divina ya que el respeto a las leyes impuestas a la naturaleza por propia voluntad creadora no vendría a ser en modo alguno signo de impotencia. La razón admite sin escrúpulos esta explicación. El poder de Dios sigue, pues, en toda su grandeza aunque se halle ordenado por su propia naturalidad.

Hagamos aquí un inciso para rechazar de plano cualquier proposición de politeísmo más o menos encubierta. De una parte, la multiplicidad de dioses con excelsas cualidades e inmensos poderes afines o contrapuestos no pueden coexistir sin conflicto por esa especie de división del poder y de funciones entre entes de tal naturaleza, que se llamen propiamente dioses, semidioses, ángeles, santos o malignos. Semejante organización del trabajo, paralela a la del mundo industrial presente, no cabe imaginarla como planteamiento armónico del mundo divino.

El atributo de extrema sabiduría parece justo atribuirlo a un Ser que posee ya el supremo don de crear, por su simple voluntad, a partir de la nada. No se trataría sólo de una abstracta sabiduría sino también en términos concretos del conocimiento íntegro de su propia obra que todo lo abarca.

Los inauditos y groseros errores y lagunas contenidos en las supuestas revelaciones o inspiraciones divinas no son fruto más que de la ignorancia y soberbia de los pueblos que pretenden enfáticamente haber recibido la gracia y ser los elegidos de aquellas revelaciones, poniendo así en entredicho, si ello fuera posible, esta facultad ineludible del Ser Supremo.

Aparece, sin embargo, en el don de la sabiduría de Dios un punto oscuro que trataremos de aclarar: Dios, por su inmensa sabiduría, ¿conoce a priori el destino del hombre?

La respuesta inmediata más fácil es la afirmativa puesto que el hombre es resultado natural de la obra divina y ya hemos visto que conocer sus frutos es consecuencia lógica del poder creador.

La afirmación, aunque puede parecer razonable es, sin duda, desoladora; contrae al ser humano en un círculo determinista que lo reduce a la función de pasiva marioneta movido hábilmente por los hilos de su manipulador. Dar por sentada aquella afirmación equivale a negar la voluntad del hombre y, con ello, la responsabilidad como actor de su vida.

No es propio de la dignidad suprema de un Ser divino reducir a sus criaturas a un estado de tal modo indigno.

Si, por el contrario, nos decantamos del lado de la libertad del hombre, responsable pues, de sus actos, no puede admitirse su predestinación aunque sólo sea conocida por una sola inteligencia, sabidos de antemano fatalmente, la conducta y el destino de aquel simple individuo.

La ignorancia de estos comportamientos choca a su vez con la omnisciencia del Creador planteando un serio dilema insoluble a menos que admitamos una nueva limitación voluntaria en el poder cognoscitivo del Ser supremo en aras de aquella libertad responsable concedida al hombre como atributo noble y capaces de asignar algún valor a su obra.

En verdad, la idea de cualquier limitación en el saber de Dios, aunque sea por propia voluntad divina, no es muy confortable para la mente humana por lo cual se hace necesario apostillar el presupuesto de la libertad del hombre con nuevos argumentos más en armonía con las cualidades del Ser supremo aunque resulten muy arduos y requieran por ello un mayor esfuerzo de la razón en cuyo círculo deseamos permanecer.

La noción de tiempo es material e introducida por la experiencia puramente humana. Para el Creador, pasado, presente y futuro pudieran ser indistintos, concentrada toda la cronología en el instante mismo de la creación. En tal caso, los comportamientos humanos como toda la historia del Universo serían conocidos desde aquel mismo instante, no obstante la libertad concedida a cada ser creado, y de esta forma, por vía de leyes naturales, en parte ya descubiertas, el devenir forzoso del Cosmos irá en paralelo con el curso libre de las conductas humanas.

El argumento es, pues, más bien de ámbito metafísico y por tanto menos accesible al pensamiento pero no obstante inabordable para nuestra mente a la cual tratamos animosos de servir acercándola trabajosamente al borde mismo de lo sobrenatural.

Aún cuando parezca que hemos plasmado el hecho de la libertad humana como término absoluto, no ignoramos en cuánto viene condicionada individualmente por circunstancias ajenas a la voluntad expresa del sujeto: la herencia genética, el medio ambiente familiar y social, la formación impuesta, las leyes no asumidas, y tantos y tantos agentes que marcan el camino a seguir, pero es indudable que todavía le queda al hombre un amplio espacio moral al cual ajustar su conducta de manera responsable, es decir, libremente.

Esta libertad, dentro del orden condicionante que hemos señalado, deja franco el camino a seguir y por él transcurren ya todas nuestras vicisitudes y avatares, dolores y goces que constituyen la riqueza de la vida humana.

En los arcanos del Universo queda todavía otra sombra difícil de penetrar: la compatibilidad de la presencia del mal sobre la Tierra, son la inmensa bondad de Dios. Más todavía: la evidencia de unas leyes naturales de crueldad y egoísmo como norma existencial de conducta entre los seres vivos para su propia supervivencia. La ley del más fuerte, la del pez grande que se come al chico, la del gavilán que abate a la paloma o el lobo que devora a la oveja, inevitables en el mundo animal, incluido el hombre racional, todo ello como condición primaria para la conservación de las especies genera el egoísmo y la fría maldad existencialmente necesarios: esto es, paradójicamente el crimen como fuente de vida.

La afirmación del principio monoteísta rechaza por sí la presencia de otra

potencia sobrenatural, especie de Dios del mal, de ente diabólico que tenga por misión exclusiva perturbar la obra y el deseo del Dios bienhechor y además el poder suficiente para conseguirlo. Dualismo maniqueo del bien y del mal, simultáneamente asentados en el mundo, imposible de conciliar con la imagen de una infinita bondad divina. Este es quizás el punto más oscuro e inaccesible de toda la Teología que pretende dar a conocer la esencia y cualidades de la divinidad en su nivel más excelso.

De la oscuridad surge la duda y da pie al escepticismo en cuanto a las virtudes que deben atribuirse forzosamente a un Ser perfecto.

Con voluntad de comprender de algún modo estas contradicciones sólo cabe extender el concepto de la justicia humana a todos los seres vivos siendo cada uno responsable ante su propia conciencia que decidiría sobre la calificación de tales crímenes; cuales fueran por torpeza, ignorancia o necesidad vital.

El hombre como medida de todas las cosas terrenas, tiende a extrapolar esta voluntad valorando a la misma escala todo lo que concibe o ejecuta, y en esta misma escala entran también los atributos divinos.

La suma bondad no puede, sin embargo, ser definida con el mismo criterio desde el punto de vista de un ente mínimo cual es el ser humano y el mismo Creador de todo lo existente. Así, la muerte, meta insoslayable de todo lo que vive, no tendría el mismo significado para uno y otro ser; para el hombre, es el final definitivo de su misma existencia; para Dios no es, quizás, más que un minúsculo accidente sin importancia. De aquí nuestra actitud frente a ese caudal inagotable de crímenes naturales a que antes nos referimos al contemplar esta faceta de la madre Naturaleza: nuestra actitud sólo puede ser la de abstenerse de todo juicio por razón de ignorancia. Conocemos nuestra moral, no la de Dios.

Algo así cabe argüir, de paso, sobre otros atributos divinos. La omnipotencia que el hombre puede concebir es sólo la de poder absoluto sin limitación alguna siquiera sea ésta voluntaria. La omnipotencia de Dios por designio propio, cuyo valor nos es difícil de calibrar, alcanza como techo la libertad del hombre, en gracia a su dignidad, al margen de todo determinismo que lo convertiría en un instrumento sin voluntad propia.

La dificultad expuesta corre pareja con el criterio humano de infinita sabiduría que mal se compagina con la libertad acordada si ésta no fuera por natural esencia, pero no cuando obedeciera al designio providencial de su propia ignorancia al calor del respeto y apelación a la responsabilidad humana asumido por encima de todo.

En último término, y no por olvido de escasa transcendencia, debe plantearse el problema de las relaciones entre Dios y el hombre.

Contemplando la inmensidad del Cosmos y nuestra insignificancia dentro de él parece risible, a primera vista, que pretendamos situarnos como objetos individuales de la atención de un Ser supremo.

A priori, no es imposible esta minuciosidad para un Ente dotado de tan poderosas y amplias facultades; de todos modos, la certeza de la relación humana

con el mismo Dios sólo se adquiere vivencialmente, esto es, por aquellos individuos que la perciben en sus vivencias personales, sobre todo como mejor se asimila: por vía de súplica. Trátase, pues, de una verdad subjetiva sin valor probatorio comunicable pero segura y suficiente para quienes viven alguna experiencia de este género.

He aquí todo lo que la mente puede ofrecernos sobre temas tan profundos, sin incurrir a otras fuentes como las de la fe, la revelación o la concurrencia de especies distintas a la razón y la experiencia personales que en el terreno del conocimiento son las únicas fuentes que pueden acercarnos a la verdad objetiva. Nos hacemos cargo de que el intento es demasiado ambicioso para cualquier mortal y por ello aceptamos de antemano las críticas o la sonrisa irónica que pueda despertar este propósito.

El fin

Quizás no exista un pueblo ni una época que no haya tenido algún criterio sobre el más allá, sobre la muerte, como tampoco se conoce un pueblo sin divinidades creadoras y protectoras o enemigas; dioses y diablos, que diríamos en nuestro léxico habitual.

Los dos grandes misterios, el principio y el fin, se cernen sobre la humanidad desde los albores del conocimiento. Si grande es el primer misterio no le va a la zaga el segundo, y uno y otro han tratado de ser explicado por el hombre de todas las maneras posibles sin llegar en ningún caso a lo que por extensión conceptual pudiéramos llamar certeza matemática.

Del primer punto acabamos de exponer los sentimientos y toda la aproximación lógica que hemos podido hilvanar. Vamos a intentar algo parecido sobre el segundo misterio. Lo que antes era perplejidad y asombro del ser humano ante el hecho grandioso de la creación y su posible Artífice, es ahora angustia y temor ante la inevitable destrucción de la vida, nuestro más preciado tesoro cualesquiera que sean las vicisitudes que la acompañan.

La muerte: he aquí el gran enigma para el cual, como si se tratara de una adivinanza sin respuesta, cada uno aporta su solución de acuerdo con su creencias, con la fe de sus mayores, con su temperamento o incluso con sus propios deseos.

El anhelo más acuciante del hombre es la supervivencia. Pensar que podemos dejar absolutamente de ser, pensar en nuestra total extinción tras esta vida terrena es algo contra lo que se rebela la voluntad del ser humano y acude a todos los puntos de apoyo que puedan darle alguna esperanza. Entre ellos la fe, la fe ciega infundida por casi todas las doctrinas religiosas es el punto más fuerte. Quien conquista o se deja conquistar íntegramente por la fe halla el mayor consuelo posible y es capaz incluso de sacrificar buena parte de la vida presente en aras de una mejor vida futura, sintiéndose con ello feliz. Los santos, los místicos, los iluminados son, sin duda, los seres más dichosos que no gozan del mundo porque tienen segura la vida eterna tras este confuso minuto de existencia terrenal.

Es difícil valorar toda la fuerza espiritual que puede infundir un sentimiento semejante; penetrar así en un arcano para contemplarlo lleno de claridad y hermosura es un don, una gracia de altura incomparable.

De modo más tosco, a veces son resabios materialistas, muchos pueblos creen en la vida futura; la ansiedad suscitada por la duda desaparece o al menos se mitiga recurriendo a una afirmación terminante y ésto es lo que procura hacer cada cultura en la hora presente y a lo largo de la historia.

No morimos del todo, seguimos de un modo u otro viviendo con nuestra propia identidad tras ese accidente fatal que es la muerte; ese es el gran consuelo, el asidero desesperado al que hay que agarrarse para no morir ya en vida.

Y ¿cómo es ese otro mundo que nos espera? Aquí sí que no hay acuerdo; las descripciones van desde lo más pueril a lo más sublime; diríamos que hay gustos para todo, desde la deificación del sujeto al más horrendo de los estados concebibles, desde puros goces espirituales hasta las más groseras satisfacciones terrestres; desde la ignorancia más elemental hasta la sabiduría más profunda. De todo puede haber, según las varias creencias, en esa vida post-mortem.

La nada no juega papel alguno en estas convicciones y sin embargo la nada es también una hipótesis a considerar, al menos dentro de nuestras dudas humanas y el problema empieza porque no tenemos un concepto claro de lo que pueda ser la nada.

Lo que nos da alguna idea de ello es pensar en qué fuimos antes de ser engendrados, volviendo tal vez al mismo estado de no ser.

Científicamente, como en todas las materias que trascienden del mundo físico, carecemos de medios para investigar y poder llegar a conclusiones ciertas. Lo más que podemos hacer es desechar algunas afirmaciones que han tenido gran predicamento y que, no obstante, son absolutamente imposibles. Nos referimos, por ejemplo, a la resurrección de los cuerpos ya que sabemos que los componentes primarios de la materia, los átomos, no son propios de cada individuo y han ido pasando mil veces de unos a otros, e incluso a seres inanimados, a través de los procesos orgánicos de descomposición e ingestión por otros seres vivos inferiores o como abono de las plantas que han de ser también ingeridas por distintos animales y a través de los cuales, o directamente, constituyen el alimento de nuevas generaciones humanas. De ahí lo absurdo del mito que nos habla de la resurrección de la carne y con tanta mayor razón, el de supervivencia tras la muerte, conservando muchas de las apetencias terrenas, cuales son los alimentos, joyas y toda suerte de comodidades que gozaron en vida. Pero además de la carne, hay en el ser humano otra potencia que es la del espíritu sobre la cual ya son admisibles diversas hipótesis que si bien no están confirmadas rotundamente por la experiencia, condición científica inexcusable, tiene visos más o menos racionales de ser ciertas aunque algunas se opongan a otras entre sí, esto es, sin que pueda excluirse a priori ninguna de ellas.

El espíritu es algo distinto de la materia pero íntimamente asociado a ella en el hombre, como la energía es consustancial con cualquier elemento material animado o inanimado. La energía puede cambiar de estado, es transformable de

calor en electricidad, por ejemplo, de ésta en mecánica o en química o en potencial, todas ellas diversas caras de la misma moneda pero con una condición esencial: la energía es indestructible.

El espíritu, asociado también a la materia pudiera ser otra forma menos estudiada de la energía aunque haya indicios suficientes para sospechar que se trata igualmente de otro estado energético más, puesto que es un hecho hartamente comprobado que la voluntad por sí sola puede promover efectos mecánicos, ligeros pero indudables. Si el espíritu es otra forma de energía, la muerte no puede aniquilarlo, afirmación trascendental pero que tampoco resuelve por completo el problema. Queda en el aire el destino de este espíritu, de esta energía liberada, y aquí hallamos de nuevo multitud de opciones producto de las varias culturas.

La indisoluble relación entre las propiedades intelectuales y el cerebro permite asegurar a los agnósticos que con la muerte cerebral cesa toda actividad intelectual, que la muerte es, pues, absoluta sin que persista rastro alguno de la existencia de vida.

Para un sector creyente, como Dios es espíritu puro, el espíritu humano liberado va a fundirse con la misma divinidad diluyéndose en ella ya sin personalidad propia. Por alto que sea este destino no satisface plenamente al ser humano celoso de conservar siempre su identidad.

Otras sectas no conformes tampoco con perder del todo su individualidad se conforman con traspasar su alma íntegra tras un compás de espera impreciso de tiempo y lugar a otro ser humano naciente que aunque no recuerde por entero su vida anterior, quede en él algunos rasgos dominantes; así se justifica la precocidad y casi predestinación de ciertas conductas, entre ellas la de los grandes genios que ya desde su infancia llevaban esta marca; se recuerda siempre a Mozart.

De entre los que creen en la transmigración de las almas hay quienes la aceptan como escala de premios y castigos pudiendo en este último caso reencarnarse en los seres más innobles incluso animales rastreros o plantas venenosas.

Las religiones más ortodoxas adscriben al alma una identidad imborrable al mismo tiempo que la destinan por la eternidad a estancias gloriosas o infernales e incluso con periodos intermedios de transición, todo ello, en esencia ambiguo, cuando no, descrito con trazos ingenuos o terroríficos difícilmente aceptables.

La realidad es que el enigma del punto final a nuestra vida sigue sin desvelar, sumiendo de hecho a la humanidad en terrible duda por lo cual cada uno busca amparo en la más consoladora creencia afín a su naturaleza y formación mental.

Filosofía - Comentarios Ligeros Sobre Temas Profundos - 1 **Página 093**

Las ciencias de la Naturaleza, son para nosotros un cúmulo de luces y sombras.

Partiendo del principio de la Creación, tal como en esencia se nos muestran las leyes naturales, en cuanto podemos acceder a ellas, vamos a ver que resultan estructuralmente necesarias y no ha lugar a suponer que otra cosa para las que sin duda existen, pero no han podido ser todavía descubiertas, conociéndose los fenómenos sólo por su presencia pero no por sus causas.

Las leyes mejor sabidas son las leyes físicas, aparte de las matemáticas, de suyo evidentes e incuestionables como la expresión más tangible de la razón pura.

El Cosmos todo él está compuesto de materia a la que se ha dotado, por la misma virtud creadora de otra cualidad intrínseca, llamada energía, que tampoco sabemos muy bien en qué consiste pero que se manifiesta en potencia por la presencia de fuerzas de distinto carácter cuya propiedad final es la de provocar movimiento que en valoración conjunta con dichas fuerzas llamamos trabajo, entidad esencialmente mecánica que al igual que el calor nos hace percibir del modo más palpable las nociones de fuerza y energía.

Las leyes fundamentales que mejor conocemos son las de Newton y Galileo; referentes las primeras a la evolución de las fuerzas y las segundas a los efectos del movimiento: la Dinámica y la Cinemática respectivamente.

Las fuerzas pueden ser de varia naturaleza: gravitatorias, eléctricas, magnéticas, nucleares y químicas, siendo las tres primeras las mejor estudiadas y quedando en nebulosas las dos últimas.

Las fuerzas gravitatorias, siempre de atracción son propias de la materia en su estado final de cuerpos tangibles; las fuerzas eléctricas, o para mayor precisión electrostáticas, se manifiestan entre las partículas constituyentes de los elementos materiales, cargas eléctricas, positivas y negativas, protones y electrones respectivamente; en cuanto algunos de ellos queda libre rompiéndose el equilibrio en que, de modo natural, se mantienen dentro de la materia constituida principalmente por unos y otros.

Las fuerzas entre cargas electrostáticas pueden ser de atracción o de repulsión: de atracción entre cargas de signo opuesto positivas (protones) y negativas (electrones) y de repulsión entre las del mismo signo.

Estas reglas son válidas en cuanto se trata de fenómenos extranucleares pero no dentro del núcleo mismo donde aparecen cargas positivas fuertemente ligadas entre sí en vez de propender a la repulsión a tenor de la regla anterior. Estas nuevas fuerzas, no bien conocidas y contradictorias con las que acabamos de ver, no son bien conocidas en su origen y se denominan fuerzas nucleares de efectos potentísimos.

Las fuerzas magnéticas entre polos bien localizados obedecen a las mismas leyes que los de las cargas eléctricas extranucleares o a los de carácter gravitacional. Se rigen todas estas fuerzas, excepto las nucleares por la conocida ley de Newton: son proporcionales a las masas en acción e inversamente proporcionales al

cuadrado de la distancia que los separan.

La proporcionalidad a las masas como agentes que son de los mismos es, de suyo, lo más natural que podría esperarse; en cuanto a la influencia de la distancia, si bien se analiza, es puramente racional, geométrica y, como tal, absolutamente necesaria por cuanto si esta influencia se extiende radialmente en todas direcciones, la densidad de acción, lo que hoy llamamos consecuentemente campo gravitatorio, eléctrico o magnético es inversamente proporcional a la superficie de la esfera dónde se mide, o sea, inversamente proporcional al cuadrado del radio.

Dicha ley, admitida como empírica y descubierta por Newton, debiera considerarse, pues, como absolutamente lógica y predecible por simple razonamiento.

Hagamos notar que esta ley, por ser racional, no puede ser violada en ningún caso.

La ley de Coulomb para las cargas electrostáticas, idéntica a la de Newton para las masas, es por las mismas connotaciones geométricas, una ley racional y por tanto necesaria e irrefutable.

Existe enorme contraste entre las acciones electrostáticas a que se hallan expuestas las cargas positivas del núcleo, cuyo carácter es de expulsión, y los efectos de las fuerzas nucleares de las mismas cargas, fuertemente atractivas, en grado tal que hace difícilísima la escisión del núcleo, para lograr la cual es necesario recurrir a impactos sobre él de extraordinaria violencia.

La presencia de estas fuerzas nucleares introduce una perturbación inexplicable en el sencillo concepto de las fuerzas newtonianas; pero ¿no existe otra explicación más razonable para justificar la cohesión del núcleo que la aparición de estas nuevas fuerzas, extrañas y al margen de todas las leyes conocidas?. Creemos firmemente que hay otra explicación mucho más simple y natural sobre la base de un hecho bien conocido y en ciertos términos valorado experimentalmente: el de una capa aislante envolvente de las cargas que pese a sus muchos esfuerzos de repulsión las mantiene unidas encerrando entre sí, al mismo tiempo, las partículas neutras que el núcleo pueda llevar incorporadas. Es el mismo fenómeno que mantiene unida toda la carga positiva o negativa de una esfera aislada; la diferencia estriba en el orden de magnitudes: la capa aislante del núcleo es incomparablemente más poderosa que el aire que rodea a la esfera. Las fuerzas nucleares no tienen, pues, por qué existir, son una ficción que enmascara la verdadera esencia del fenómeno.

Vamos a ver otras acciones conocidas y de magnitud cuantificada, cuyas leyes, como las de naturaleza gravitatoria o electrostática resultan ser por su carácter geométrico absolutamente necesarias, hasta tal punto que con un grado de inspiración suficiente pudieran haber sido previstas racionalmente sin recurrir a la experiencia con espíritu sencillamente matemático.

Nos referimos a los campos de fuerza creados por la corriente eléctrica. Al paso que las cargas estáticas producen campos radiales con centro en las mismas, las cargas eléctricas en movimiento, principalmente electrones, generan campos de fuerza electromagnéticos cilíndricos que tienen por eje el conductor del flujo electrónico. Al ser entonces las longitudes circulares de estas líneas y por tanto las secciones normales a dichas líneas de fuerza proporcionales al radio de estas mismas

líneas, la densidad de acción y, por tanto, las fuerzas magnéticas deben ser inversamente proporcionales al radio en el punto considerado y así ocurre, en efecto; de otra parte son directamente proporcionales al agente creador del campo, esto es, a la corriente eléctrica.

La naturaleza geométrica de estos campos conocidos determina los resultados de tal manera que sus propiedades contrastadas pudieran haber sido previstas matemáticamente por la razón sin condicionamiento experimental alguno.

Esta lógica que impera en todas las leyes físicas conocidas, cabe pensar que domina también en todos los demás fenómenos que podemos apreciar ya que no es de esperar que el creador instituyera comportamientos o relaciones de causalidad lógicas sólo para aquellas leyes que el hombre habría de revelar más tarde. Nos limitamos a las ideas expuestas, aunque pudiéramos aducir muchas otras que harían estas notas interminables.

Puede afirmarse, pues, que el Universo entero es una creación racional de perfecto encadenamiento entre causas y efectos por más que el hombre no haya podido descubrir todas estas razones y aunque cada día añada algunas briznas a su saber.

Estas breves consideraciones expuestas parecen conducir a un mundo absolutamente determinista y así debe ser en toda la fenomenología física por mucho que ignoremos las relaciones preexistentes. Otra cosa, al menos en parte, es, como veremos más adelante, la conducta en el mundo psíquico.

Hemos hablado, al paso, de la Matemática como formulada toda ella lógicamente, es decir, con argumentos racionales irrefutables, o sea, como la realidad misma. Esto, en cierto modo, no es absoluto por cuanto es posible formalizar sistemas perfectamente lógicos pero irreales o en desacuerdo con la realidad cósmica; nos referimos por ejemplo a las geometrías no euclidianas fundadas sobre postulados falsos pero desarrollados a partir de aquí con perfecta consecución, es decir sin merma alguna de racionalidad, aunque en desacuerdo con la Naturaleza.

A mayor abundamiento diremos que sobre tal base imaginaria se ha llegado a formular teorías que pretenden representar felizmente a la Naturaleza para lo cual es necesario introducir sobre éstas ciertas hipótesis fabulosas al socaire de experiencias físicas deficientes, contradictorias, aparentemente, con los modelos clásicos exponentes de la razón y de las vivencias comunes.

El sector habrá adivinado que nos referimos a la Teoría de la Relatividad, construida para explicar unos hechos al parecer insólitos pero de justificación mucho más simple que las mismas fantásticas hipótesis que trataban de concordarlas.

Vale la pena extenderse algo más sobre este punto puesto que la mencionada teoría que hace del espacio, el tiempo y la masa formas inconsistentes demolidoras de la razón y la experiencia humanas: el espacio que aquí es de algunos metros, en otro sistema del Universo puede alcanzar sólo algunas micras; mientras en la Tierra transcurren siglos, en otros sistemas el tiempo no excede de algunos segundos; unas briznas de materia que para nosotros supone algunos gramos puede alcanzar también en esos otros inimaginables sistemas, valores medidos en toneladas. Y todo ello para

corroborar unas experiencias cinemáticas e inerciales no conformes al parecer con las leyes de Newton y Galileo.

Si tales fuesen las razones de las mencionadas contradicciones, toda nuestra razón y todas nuestras experiencias vitales se derrumbarían estrepitosamente.

La confusión en todo este proceso proviene de una causa muy simple: la omisión en los cálculos de la influencia del medio; empeñados en admitir la existencia del vacío absoluto, lo que vale tanto como decir que en la Creación entraba también la nada, antinomia ideal y semántica al mismo tiempo, no se tuvo en cuenta la presencia inevitable en todo el Cosmos de un medio primo, al que vamos a denominar hipermateria; incomparablemente fluido, como restos impalpables de la materia prima que dio origen al Universo. De esta sustancia debieron formarse por aglomeración las partículas subatómicas que constituyen los átomos, así como éstos, al combinarse, las moléculas, y de ellas se componen todos los cuerpos desde los minerales a la materia viva. No es pensable que el Creador se entretuviese en jugar con un puzzle de distintos materiales para dar forma a la variadísima tipología de los constituyentes del Cosmos. La influencia de tales restos de la sustancia primigenia que debió ser la única con que se destruyera la nada preexistente, computada mecánicamente por leyes que nada tienen de inusitadas, por integrarse en la mecánica de fluidos, bastan, como el autor ha demostrado, para desvanecer las supuestas contradicciones entre las experiencias llevadas a cabo en los últimos tiempos sin necesidad de recurrir a hipótesis delirantes como se ha venido haciendo desde principios del siglo XX.

La racionalidad imperante en el mundo físico, que, insistimos, debe extenderse a todo el campo de la Naturaleza, no puede extenderse al campo psíquico con toda la generosidad del primer caso. En éste último es cierto que la herencia genética y el medio ambiente o entorno natural ejercen notable influencia sobre la conducta humana que es lo que constituye el fenómeno en este campo, pero no es menos cierto que la voluntad individual o colectiva son causas decisivas en la producción de los fenómenos en cuestión y no hallándose estos sujetos a regla alguna prefijada, esto es, tomando parte en la acción, el libre albedrío, o sea, la libertad, dentro de cierto margen de las decisiones humanas, los actos finales no pueden quedar predeterminados por leyes a priori.

Tan fuera de lugar se hallan los textos que afirman que la intervención divina en los hechos naturales, cual pretenden los dogmas religiosos, leyes mitológicas o las supersticiones salvajes, como admitir un determinismo absoluto en las fases de nuestro comportamiento, tal cual pretenden ciertas posiciones filosóficas.

El hecho de que nuestra voluntad sea, en último término el sujeto decisivo de la conducta del hombre, la hace compatible con la apelación mística a Dios en cuanto a nuestra fe a nuestro destino y a nuestras esperanzas.

No hay, en cambio, base para que esta proyección personal libre de la voluntad, lo que en realidad constituye su propio espíritu, el alma en otro lenguaje, sobrevivan a la destrucción por la muerte del componente somático donde residen a todas nuestras proyecciones espirituales o en otros términos, lo que se conoce propiamente como individualidad del sujeto.

Todo esto está ligado de algún modo con las normas ya más conocidas aunque incompletas de la Biología con sus posibles influencias sobre la personalidad misma a través de las manipulaciones que, a la hora presente, y sin duda, con mayor fuerza en el futuro, nos permite avizorar los progresos, para unos sanos, para otros condenables, de la moderna ingeniería genética que no perdona ni siquiera su derecho a profundizar en la psiquis, y si es preciso, moldear el alma humana, previsiones sobre las cuales se están avanzando ya duras críticas de índole moral y acendrados estímulos sobre el poder del hombre.

Citemos, para terminar, la gran incógnita aún no desvelada de nuestro destino final aunque por la vía de las relaciones entre cuerpo y espíritu se llegue a la idea del aniquilamiento total del ser humano tras la muerte del cerebro, es decir, volviendo a la nada como antes de germinar el futuro ser humano; tesis radicalmente opuesta a toda creencia en el respectivo dogma religioso.

No se trata de recoger en unas cuantas páginas una historia crítica abreviada de la literatura universal o nacional sino más bien de señalar en pocas páginas los vicios más comunes que suelen hallarse en el estudio de las obras de este género por ver si alguno puede evitarse en adelante.

La producción editorial, signo de cultura es, empero, tan abundante que difícilmente podría exigírsele un nivel adecuado de calidad al menos para el conjunto; más esto no debe servirnos para no ser exigentes como lectores tratando de redimir algunas obras de sus más graves defectos.

Lo primero que debe exigírsele a cada autor es la claridad, que el libro que tenemos entre las manos no sea un rompecabezas aunque los libros expresos de rompecabezas sean a veces muy divertidos.

La claridad de exposición es imposible si el autor no tiene ideas claras, y esto acontece en muchos libros presuntuosos por cuyo confuso estilo se pretende dar al relato un pretencioso estilo de nivel superior, inaccesible para las mentes que no se hallen a la misma altura.

La Filosofía está llena de ejemplos de este tipo; conceptos sencillos se presentan del modo más latoso posible para dar la sensación de profundidad que en términos llanos no podrían alcanzar.

No nos intimidan los nombres; el mismo Kant dedica páginas y más páginas a descubrirnos la diferencia entre lo bello y lo sublime mientras que cualquier lector medianamente sensible, o cualquier diccionario de la lengua, nos da la solución de ambos términos en una docena de palabras.

Por el contrario; postulados a veces insostenibles o de oscuro significado se presentan como valiosas verdades a través de arbitrarios y retorcidos argumentos a fin de darles algún viso de verdades originales de alta mentalidad. Véase la negativa de la realidad existencial: Parece ilusión según Berkeley y demás seguidores.

Es, sin duda, el mundo filosófico donde mejor campean las ideas confusas, los relatos más oscuros y la nadería o distorsión de los pensamientos para dar a la obra una apariencia de sabiduría que, en modo alguno debe engañarnos: la mediocridad encubierta no debemos afianzarla con nuestra aceptación, lo que decimos a sabiendas de que estas líneas sólo pueden acarrearos fama de iletrado, cuando no de analfabeto puro, pero ello no nos decide a callar la verdad sobre una real farsa de la inteligencia.

Autores con menos pretensiones pero de mentes vacías buscan la celebridad por los caminos del estilo tortuoso, enfático y barroco para que los “snobs”, en castellano y con mayor acierto, papanatas, los escritos están llenos de voces ignoradas entresacadas de lo más recóndito del diccionario. No tienen muchos lectores pero sí profundos admiradores y excelente crítica. Aquí no queremos dar nombres por demasiado conocidos porque, aún sin lectores figuran en todas las antologías.

La retórica pura en su acepción más peyorativa, es la meta de muchos ampulosos escritores.

Últimamente se ha puesto de moda el desorden del relato; han sido sobre todo los escritores hispanoamericanos del “boom” los que han dado el ejemplo, pronto seguidos por sus acólitos en vista del éxito, desorden y confusión en la cronología de los hechos con absoluto desprecio y sin previo aviso del pasado, presente y futuro barajados como un juego de cartas; omisión deliberada de los signos ortográficos lo que sin duda aclara la composición pero no el sentido del relato; cambio no indicado del interlocutor en los diálogos y alternancias indiscriminadas entre charla y pensamiento, todo lo cual debe ser muy ingenioso cuando ha merecido los más elevados premios.

Ya Juan Ramón Jiménez, verdadero genio poético, no se sustrajo a la tentación de llamar la atención con una ortografía personalísima, extravagancia que para nada le hacía falta dados sus méritos reales.

Algunos autores son capaces de llevar a cabo un verdadero prodigio; el de llenar centenares de páginas sin decir nada, llenando, como suele decirse, de paja el texto. Este vicio proviene quizás de escuchar por aburrimiento o por obligación numerosos discursos políticos. **(Nota del transcriptor: El humorista francés Coluche, en un monólogo explica que: un ministro va a ver al presidente del gobierno pero se topa con la secretaria y ésta le dice: no puede recibirlo, está redactando un discurso: el ministro escucha y le comenta: le estoy oyendo roncar; la secretaria le responde: seguramente lo está relejendo)**

La paja es a veces de cierta calidad por referirse a plantas diversas en un verdadero alarde de conocimientos botánicos; las flores, entre las cuales no puede faltar los rododendros, cubren todos los lugares por donde se mueven los protagonistas y siempre relatado con amplia minuciosidad; paseos, salones, pasillos, mesas, todo, todo se halla adornado con plantas y flores y a veces con pájaros; no cabe duda de que cuando menos el ambiente donde se mueven los personajes debe de ser delicioso aunque a veces vayan a vivir en tal gloria las mayores tragedias.

Los buenos escritores suelen mostrarnos un entramado con personajes reales y conflictos humanos; los malos, nos dan falsos caracteres, tramas baladíes y personajes de cartón piedra; los hay prolíficos de actores en sus novelas hasta el punto de que el lector no puede retener la identidad de todos ellos y acaba confundiendo padres con hijos o esposas con amantes en un verdadero maremágnum.

La literatura española cuenta con un creador de verdaderas muchedumbres novelescas: Pío Baroja, pero se lee con agrado porque tanto el autor como los lectores se olvidan pronto de este desfile en el curso del relato.

La sensiblería es un mal bastante generalizado sobre todo en la literatura para la masa femenina.

No debe ser difícil escribir obras donde se hacen serios y complicados argumentos llenos de problemas que nadie trata luego de resolver; tal es el caso de las malas novelas policíacas. El reverso de esta postura es la del racionalista a ultranza que pretende dar, fuera de lugar, un sabio curso de inoportuna lógica, para edificación de espíritus frívolos y superficiales.

Estas obras se autocalifican de cartesianas en homenaje a Descartes, creador de aquella frase tan profunda “pienso; luego soy, existo”, paradigma de todo buen método analítico o discurso; lo mismo pudo haber dicho sufro, gozo, río, lloro, hablo como prueba de una existencia, aunque también hay existencias sin ninguna de estas exigencias.

Pero no queremos ahondar más en Filosofía; con lo dicho basta para comprender que, gracias a Dios, no somos filósofos por lo cual no nos alcanza aquella frase desdeñosa atribuida al torero Rafael Gómez “El Gallo” al saber que Ortega era filósofo: “La verdad, es que hay gente ”pa too”.

El escándalo es también un fructífero recurso literario sobre todo si está cargado de morbo.

Hipocresía, fariseísmo, doblez es lo que se trasluce a veces en ciertas obras de consumo; no hay, por lo visto, mejor camino para extirpar los vicios que condenarlos detalladamente con realismo y deleite en cada una de sus facetas; hay muchos moralistas de este género.

¿Quién no conoce el vicio de las citas que en muchos escritores sirve, por su innecesaria presencia y abundancia, no para dar una guía de ampliación al lector o de legitimidad al relato, sino para intimidad con la erudición y sabiduría del autor acumulando nombres y nombres de tratadistas de la materia, la mayoría tan insignificantes como el autor mismo?.

Las citas, sí, pero acertadas y en la relación necesaria; mas como alarde de saber y altivez, no.

No vamos a seguir analizando los diversos estilos y modas literarias, desde la bucólica y el barroco hasta el vanguardismo y el arte abstracto; eso haría interminable este ensayo y podría llevarnos a todos hasta los límites de la esquizofrenia.

Crisis: he aquí una voz que se repite sin cesar en el juicio sobre el momento presente. Crisis general, crisis económica, crisis laboral, crisis de los valores morales, de la religión, de la filosofía, de las costumbres, de la familia, de las artes, de las letras, de la conciencia misma; crisis en fin, de la civilización que hemos creado con los conocimientos que llegaron hasta nosotros junto con las aportaciones de nuestra época.

Conviene aclarar pronto la diferencia entre dos conceptos que fácilmente pudieran confundirse: crisis y decadencia; las primeras, temporales y aleatorias aunque se sucedan unas a otras casi ininterrumpidamente y puedan tener, en ciertos aspectos, un carácter positivo como punto de partida para dar un paso adelante; la decadencia es esencialmente continua e irreversible a lo largo de toda una era, no obstante el aire de novedad y progreso aparentes que pueda cobrar durante algún corto periodo. La decadencia, por sí, ya merece un tratamiento especial aparte, en virtud de lo cual, nos vamos a ocupar en este breve ensayo tan sólo de la crisis puramente dicha. Toda crisis, aunque siempre sea perturbadora, puede constituir, con idéntica probabilidad, lo mismo un impulso positivo que una reacción negativa. Hasta se podría afirmar, en cierto sentido, que rara vez se produce, por ejemplo, un avance social en su más amplio significado sin el estallido de un periodo de crisis más o menos acentuada.

Lo que más sorprende es que una existencia vivida de este modo desde hace siglos se presente para muchos observadores como un hecho singular propio de cada época o circunstancia, insólita, sin precedentes en la Historia; tal criterio parece válido sobre todo para cualquier hecho presente en su día, presencia causal que afirman para sí las generaciones de todos los tiempos según puede comprobarse leyendo en los textos antiguos las condolencias por un estado anormal de cosas que se supone exclusivo de aquel instante; nadie, se cree, pudo vivir antes una situación parecida ni podrá comparársele ningún hecho futuro. Vana pretensión de singularidad que en el fondo no significa más que una amalgama de egocentrismo e ignorancia, lo cual sólo conduce a forjar perspectivas falsas y actitudes fuera de lugar.

Lo más lamentable es que tales errores propician las crisis recurrentes, como si nada se hubiera aprendido de la experiencia pasada, manteniéndose indefinidamente las mismas contradicciones. Más lamentable todavía es que las víctimas de tantos errores y contradicciones vengan a ser siempre aquellos que menos pudieron influir en la génesis del conflicto.

En realidad, este estado de crisis es un estado permanente de la Sociedad y lo que varía de unas épocas a otras es la causa accidental del fenómeno, cambiante por lo general a tenor del proceso evolutivo de las fuentes perturbadoras, sean de la naturaleza que fuesen, y de los estados de conciencia sobre los que inciden. Ello no empece que algunos de estos fenómenos recurrentes sean fruto no más que de la torpeza humana y del conservadurismo tenaz.

La historia vivencial de hombre es la del acontecer de su evolución en todas

las direcciones. Nada hay tan estático en la vida: la Naturaleza, el pensamiento, Ciencia, el Arte, las experiencias humanas, las costumbres, son exponentes de un perpetuo dinamismo y el conflicto surge cuando todos los atributos no marchan al mismo ritmo, lo cual es un acontecer normal en un conjunto de tantas variables; de ahí surge la crisis que para cada generación presenta, en general, diferentes aspectos; empero, aunque un mismo hecho caracterice en todo tiempo la situación, es la inexperiencia generacional y su escaso conocimiento histórico lo que les induce a creer que se hallan viviendo cada día un hecho sin precedentes. No tratemos de emitir juicios a priori a cerca de esta dinámica que puede ser positiva o negativa a tenor de sus consecuencias inmediatas o a largo plazo; limitémonos a constatar que la crisis sólo puede atenuarse tratando de buscar una perfecta armonía de ritmo entre todos los condicionantes sociales, lo cual, por otra parte, es prácticamente imposible de lograr en su totalidad. En cuanto exista cualquier desfase entre dos o más entes evolutivos consecuentes producirá sin remedio eso que llamamos crisis capaz de afectar lo mismo a un solo individuo que alcanzar a los más extensos espacios de la humanidad. La profundidad de la crisis no proviene de su dimensión geográfica o ambiental sino del contraste más o menos violento entre el nivel previo del estado evolutivo y el que inmediatamente le sucede y de la mayor o menor sensibilidad del sujeto afectado por las influencias externas. Es obvio que en un mundo estático o insensible llegaría a desaparecer el peligro de la perturbación pero ello equivaldría a la muerte espiritual de la humanidad.

Afortunadamente, la cultura y la civilización no detienen su marcha por lo cual es difícil, por no decir imposible, que todos los componentes del amplio mundo sigan al compás de la dinámica que conforma esa misma civilización dando lugar, pues, al desfase generador de todos los conflictos que recibe el nombre de crisis, temporalmente por naturaleza, hasta que se restablezca en nuevo sincronismo, en espera de un próximo o remoto nuevo desequilibrio.

Está claro que como la evolución es, por fortuna, un estado permanente de la humanidad, surgen continuamente de modo irrefrenable las crisis que, por fuerza han de sucederse; también indefectiblemente, los desfases que son, en fin, una afirmación más de la vida, pese a que sus efectos no siempre sean felices, antes por el contrario, en primera aproximación, por lo general funestos.

La memoria nos dará la sensación de haber vivido antes en un estado de crisis. La literatura, la filosofía y la historia de todos los tiempos están llenas de quejas contra los usos y costumbres dominantes y permanentemente alarma por efecto de las nuevas ideas y cambios que según el juicio, a la sazón, apuntan, ¿cómo no? hacia los peores males.

Al volver la vista al pasado para instruirnos con la experiencia de generaciones pretéritas hallaremos una y otra vez en el legado que nos transmite, el mismo pesar, la misma angustia por la sensación de encontrarse sometidos a los efectos de una crisis inseparable. Esto nos hace ver que tales clamores no son una singularidad temporal, un estadio de excepción sin precedentes sino que en su conjunto, se trata de una situación normal, de un hecho cotidiano imprevisto que

llega hasta nuestro tiempo tan reacio a cualquier alteración de su *modus vivendi* como fuera ayer y siempre.

Si ponemos atención, por ejemplo en la crisis económica de hoy o en la de no importa qué periodo de la historia, podemos observar que una y otras obedecen idénticamente a que el progreso tecnológico va muy por delante de la justicia social que propicia, consistente en una mejor distribución de los beneficios promovidos por aquella tecnología, cuando, por el contrario, las ventajas deriven hacia un sector privilegiado mientras los demás se verán postergados y en el peor de los casos, cual sucede con frecuencia, en condiciones más deterioradas. Esto despierta, no sin motivo, malas pasiones, desde la envidia a la rebelión, con el fin de imponer la justicia, burlada por los cauces violentos. Basta repasar los anales de estos dos últimos siglos para caer en la cuenta de tales afirmaciones.

La moral y las costumbres reprobadas tampoco son frutos caprichosos de la frivolidad ni signos de decadencia sino, por el contrario, avances de un inconformismo con las leyes caducas, es decir como grito de protesta contra ciertos cánones que se estiman superados, todo lo cual provoca serios conflictos del individuo consigo mismo y con la Sociedad. La manera de soslayar estos conflictos es practicar una conducta farisaica y redondearla con convencionalismos disuasorios.

En la raíz de tanta paradoja se hallan siempre las mismas razones; falta de adaptación al medio que evoluciona y una fuerte inercia de la Sociedad a estos cambios irrefrenables de la cultura y del pensamiento que afortunadamente nos permiten alejarnos constantemente del estancamiento letal que se ha producido en algunos periodos de la Historia, hoy, por fortuna, superados.

Es de notar como, en otros periodos, ciertos progresos del saber, sobre todo en el campo científico, que debieran conducirlos por su gran valor a una situación brillante de la vida, se trueca por incapacidad política en una degradación social cuando no en una amenaza para la vida misma. Piénsese en el progreso tecnológico cuando, lejos de rodearnos de bienestar y grandes posibilidades de crecimiento, nos conduce, víctimas de las contradicciones del Sistema, al drama del desempleo o a mirar con justificado recelo a ese instrumento maravilloso que es la energía nuclear, fruto de la inteligencia y del poder humano capaz de alejar de la especie tantas privaciones pero capaz también de destruir nuestro mundo por la torpeza o la mediocridad de tantos necios, lo que no nos permite descartar éste último peligro. El miedo, está, pues, justificado al constatar la ceguera y la incapacidad absoluta de tan torpes influencias; tal es la triste consecuencia.

Todo viene a conformar estos asertos del saber actual debido al mejor conocimiento de la Naturaleza, a la libertad de pensamiento y al espíritu creativo que ha sabido poner en juego muchos cerebros de excepción.

Ya hemos señalado los avances técnicos cuya finalidad esencial, el bienestar y comodidad del hombre, se ven constantemente adulterados por el beneficio exclusivo de sus logros en favor de ciertas minorías relegando al resto de la Sociedad, condenada a una privación forzosa gracias a las fuentes de poder que dominan a los pueblos o a las clases más débiles. Este comportamiento, ya lo hemos

visto, no es más que la expresión del egoísmo humano hermanado con la torpeza y la falta de adaptación al nuevo medio lo que, a la larga, provoca tensiones y desajustes con repercusión negativa incluso sobre los mismos sujetos que las generan.

Las contradicciones económicas cuyos efectos a todos nos alcanzan, siembran malestar y angustia o reacciones violentas que tratan de contenerse por medios más violentos todavía. Un bien, patrimonio de todos, no puede ser objeto de monopolio sin causar profundos desarreglos en las relaciones sociales. Otro aspecto es el desfase entre el progreso de la mente humana y la conducta social anclada en sus viejos postulados; crisis moral en la que chocan con la hora presente el sentir de la mayoría, imbuida a su modo, por “sanos” principios de tiempos anteriores. Por lo pronto, cabe poner en tela de juicio la virtualidad de aquellos sanos principios, burlados solapadamente en cualquier ocasión propicia. La moral, entonces, no es más que una virtud farisaica, una máscara adecuada a los modos y maneras de parecer convencionales, bien distinto de los sentimientos íntimos y de las conductas secretas. La moral así establecida es falsa y lo ha sido siempre por hallarse fundamentalmente en contradicción con las leyes naturales que son las que, al fin, prevalecen solapadas cuando no pueden manifestarse a la luz del día. En tal sentido, la actual crisis de valores no pasa de ser un acercamiento a la Naturaleza por muy reprobables que aparezcan a primera vista, pero no más que debiera serlo la fingida moral que desvanece.

Para cualquier instante presente o pasado lo artificioso del Sistema se traduce, en fin de cuentas, en una desviación respecto a las normas establecidas por lo que, de momento, trastorna los hábitos, los comportamientos y las reglas de juego; contra ello, reacciona la Sociedad maltratada, sin pararse en consideraciones de género alguno; aunque las razones del cambio sean objetivas, llegan a frenar la marcha del progreso hasta que la fuerza de la razón acaba por vencer la inercia y abrir los cauces por los cuales han de transcurrir serenamente las nuevas corrientes.

Así se generan, desarrollan y acaban por olvidarse las grandes convulsiones, denominadas crisis, en una serie interminable de avatares que constituyen la vida misma, esto es, la crisis perpetua.

En conclusión, podemos decir: toda crisis no es más que un signo de vida dibujado con trazos negros.

“Slogan” es una palabra nórdica que, al parecer, significa algo así como grito de guerra. El vocabulario actual de todo el mundo civilizado está lleno de slogans. Los gritos de guerra en vigor, no son siempre, sin embargo, llamadas bélicas sino que, por lo contrario, más bien lemas pacíficos de inervantes luchas comerciales, políticas o ideológicas, propuestas de solidaridad humana o, incluso, invitaciones a la paz y la moderación aunque siempre con cierto aire de reto.

Los slogans más universales de la época moderna nacieron con la revolución francesa y fueron “Libertad” “Igualdad” y “Fraternidad” tan concisos en su expresión cuanto amplios en su contenido.

Otros muchos slogans o frases comunes han venido después a enriquecer también el vocabulario de nuestros buenos propósitos de cada día, como son los de justicia, amor, trabajo, honor y más y más gritos de lucha moral en cantidad abrumadora que de ser efectivos, traerían sin duda, la felicidad a este mundo. A alguna de estas llamadas tan generosas, no a todas por imposible, queremos dedicar nuestra atención en estas páginas, en comentarios, lo aseguramos, sin malicia pero exentos también, de incondicional acatamiento.

Empecemos por el grito de guerra más invocado que es éste: “*Libertad*”

La libertad constituye un bien en sí mismo cuya posesión dignifica y hace al hombre responsable de sus actos, un bien real por el simple hecho de su misma posesión, un bien inmanente en su propia existencia.

Se puede afirmar que este bien es de tan rara naturaleza que mantiene toda su virtud aunque no se haga uso de él; basta sentirse libre para obtener de la vida uno de sus más preciados dones. Por el contrario, la falta de libertad, aunque no se haga patente, aunque la amenaza se halle sólo en estado potencial, amarga al ser humano y hace imposible la felicidad aunque luego, en posesión de aquel bien, no sepa que hacer con él, no halle campo donde gozar de la dicha soñada; pero se siente libre y esto le basta. La pregunta que, según se afirma, dirigió Lenin al político español Fernando de los Ríos, “libertad para qué”, no requiere respuesta. La libertad es un valor por su propia esencia y no necesita ser dialécticamente justificada.

Cuando se habla de libertad parece que sólo preocupe la libertad política y sobre tal preocupación se moviliza casi toda la crítica. Se trata de un tema importante sin duda, pero no del más importante para el goce de la vida humana.

La realidad es que sólo un escaso número de ciudadanos se siente herido por la merma de libertades políticas aunque este hecho movilice clamorosamente a las masas; puro mimetismo para la mayoría de los alineados que sólo así parecen encontrarse no marginados, o bien, significativos en un terreno tan popular. El ciudadano medio, por ejemplo, pasa un poco olímpicamente sobre la carencia de libertad de expresión, de asociación y de otras varias propias del orden democrático: le importa mucho más el poderse mover libremente, amar libremente, jugar en libertad en un amplio sentido de la palabra, sin que por ello digamos que se necesita poner todo esto en acción para sentirse libre; basta con que pueda hacerlo.

De otra parte, se percibe con gozo que existe una parcela maravillosa de la

libertad que nadie nos podrá sustraer jamás: la de pensar, lo cual no es mermado consuelo cuando todas las demás libertades se nos niegan. *Nota del transcriptor: en la época de la dictadura franquista se contaba que un policía le pregunta a un ciudadano: ¿usted que piensa de Franco?; el aludido le responde: ¡¡¡Como usted!!! a lo que el agente le contesta: pues queda usted detenido.*

Una de las más preciadas y simples libertades es la del movimiento. Por eso el castigo inmediato para toda forma de delincuencia es la privación de libertad, es decir, la prisión o el confinamiento y el momento más feliz el de su final llegado. La evasión es pues, un recurso humanamente lícito, aunque a veces sólo sirva para vivir errabundo escondido todavía en cautiverio pero entonces elegido por uno mismo. Es un ejemplo más de cómo logramos sentirnos felices en libertad aun cuando no podamos hacer uso de ella.

La libertad no debiera tener otros límites que las fronteras con otras libertades, propias o ajenas: el derecho general a la vida es incompatible con el suicidio o el crimen; lo cual se castiga en algunas sociedades, por lo demás muy justas, con la muerte del infractor.

Sobre este tema el debate queda, no obstante, siempre abierto y la casuística se apura hasta los más sutiles aportes de datos, pero tal es un tema que se sale de nuestro propósito a través de estas líneas que es sólo poner de relieve cómo la libertad es uno de los bienes más preciados del hombre en cualquier circunstancia, aunque no se ponga en acción, pero los bienes hay que merecerlos o ganárselos; es decir, la libertad es un derecho pero no un dogma.

Es, no obstante, palmario el mal uso que suele hacerse de las libertades reconocidas, a las cuales, por principio, se tiene derecho, cuando aquellas se transforman en ostentación y abuso de poder. No será ocioso evocar la amarga experiencia de aquella noble dama que ya camino de la guillotina reflexionaba en voz alta con el apóstrofe de “libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre”. Sin llegar a este extremo, la libertad puede ser también instrumento de demagogia para justificar hechos bárbaros o exigencias fuera de lugar sobre sujetos o instituciones ajenos a los intereses que se discuten y así se convierten en víctimas propiciatorias de tales conflictos. No es explicable que en estos casos los poderes públicos que tienen la obligación de garantizar las libertades de todos, cedan mansamente ante la actitud de los más osados.

La cara opuesta de la moneda nos deja ver cómo el insaciable intervencionismo de los poderes públicos coarta libertades indiscutibles del individuo o de las masas cuyo ejercicio nada tiene que ver con la libertad de los demás. Por este camino se invade también el campo de la moral privada, patrimonio exclusivo de cada cual. Cuando la autoridad se desvía por estos caminos no se sabe nunca hasta dónde puede llegar puesto que los límites están fijados por ella y de nada sirve tampoco insistir en el carácter relativo de tantas normas de conducta carentes de base natural y es que el mandar es ya de por sí una droga de adicción irresistible. El lector identificará enseguida dentro de este campo la moral puritana impuesta por la fuerza de las convenciones sociales pese a tantos prejuicios cual la invalidez frente a una sana reflexión.

La naturaleza, empero, aprende a burlarse constantemente de cuantas barreras se oponen a sus leyes por todos los medios a su alcance que van, desde un fingido acatamiento a los dictámenes del puritanismo formal hasta la puesta en juego de la más desenfada picaresca.

La libertad, ese bien tanpreciado por el hombre, ¿por cuántas vicisitudes habrá de pasar todavía hasta dejar sentir su huella feliz en el espíritu de todos los humanos?. Y a la par de esa queja dejamos caer otra, hermana: Democracia, ¡cuantas libertades se escudan sutilmente en su preclaro nombre para encubrir los más torpes desafueros!. Así es la vida.

Igualdad

He aquí el grito de guerra que con mayor tesón y anhelo de justicia se invoca en todas las partes. La igualdad es foco de mil ansias insatisfechas que por causa de injustas desigualdades no hallan el camino de la justicia malogrando así tantas esperanzas y sanas ambiciones.

El caso es que la Naturaleza, implacable rectora de la vida, marcha en constante desacuerdo con tan nobles aspiraciones sembrando la diversidad por todos los rincones del mundo pues ni consiente que dos gotas de agua, tan semejantes, lleguen a ser iguales.

De hecho, la Naturaleza no es modelo de orden, de paz o de justicia, sino todo lo contrario: de confusión, de violencia y de privilegio para el más fuerte promoviendo decididamente el exterminio de los más débiles por los que siente infinito deprecio. A este singular comportamiento se debe, sin embargo, al decir de los sabios, el progreso de la Humanidad y genéricamente el de todas las especies del planeta; raras contradicciones, en efecto, con los principios éticos de nuestras mejores prédicas políticas, sociales y religiosas.

No es pues la Naturaleza el patrón donde debemos inspirarnos, si bien la fuerza de sus leyes nos obliga a someternos tantas veces cuantas nos supera en poder invencible.

Al contrario pues, de lo que sucede con la libertad, justificable por sí misma, al hablar de la igualdad habremos de precisar el terreno donde se nos proponga, siendo plausible la pretensión igualitaria en cuanto no vaya contra Natura que siempre supera poder.

Podemos instituir la igualdad de todos los seres humanos ante la ley, igualdad de derechos ante los recursos económicos o al beneficio de la riqueza social, al ejercicio del mando previa capacitación, igualdad de oportunidades para acceder a la cultura y tantas otras pretensiones legítimas de igualdad; pero plantear en términos genéricos la igualdad de sexos, por ejemplo, constituye en principio una aberración antinatural y por tanto ilusoria. Como norma absolutamente general a la igualdad de derechos deba preceder la igualdad de aptitudes para ejercerlas, cuestión que, en el fondo, es la que se trata de soslayar al proclamar tales derechos, lo que viene a constituir una prima a la ineptitud o a la apatía, legítima por todos conceptos.

Por ejemplo: la igualdad de salario entre hombre y mujer; a trabajo igual es

incuestionable pero si ese trabajo fuese de orden físico donde el rendimiento masculino pudiera superar con mucho el de la mujer, la pretendida igualdad sería injustificable y no llegará a prevalecer en ningún caso; mientras que con criterio humano, el derecho de un minusválido al subsidio suficiente para vivir será de elemental justicia y aplicación en una Sociedad solidaria pese a que el rendimiento material del sujeto fuese nula. Basta el ejemplo citado para que haga inviable la pretensión feminista de la igualdad absoluta entre los dos sexos que apenas si se detiene en las fronteras biológicas.

En fin, ni la venerada libertad de derecho indiscutible puede conducir por exceso de desorden, la mítica igualdad, que además de imposible, puede derivar por cauces insólitos hasta lo risible cuando se rebasan sus límites físicos. Todo ello crea difíciles problemas para los gobernantes que tienen por misión prioritaria mantener la equidad dentro de su jurisdicción.

Fraternidad

Dicha así esta palabra lleva una carga patriarcal poco acorde con el estilo moderno de las prédicas laicas, en vista de lo cual ha venido a ser sustituida convencionalmente por esta otra más popular: solidaridad.

Fraternidad o solidaridad es el gran tópico; flamea en todas las expresiones de buena voluntad que nunca han de llevarse a la práctica; es el lema número uno de fariseísmo puro con que se encubre todo lo contrario de lo que se predica, esto es, el egoísmo mejor consolidado, como si dijéramos, un feliz recurso para eludir todas las acciones concretas que harían innecesario el clamor de protesta contra las injusticias que subyacen en aquella palabra: solidaridad.

Apelar a la solidaridad en busca de solución a los problemas humanos es lo mismo que proyectar los cambios necesarios de la sociedad invocando la santidad de todos los corazones: palabras, palabras, solamente palabras sin compromiso ni esperanza.

Aunque el grito fraterno de guerra, o más bien de paz, se acuñase durante la Revolución francesa, puesto en práctica, por cierto, de un modo original, segando cabezas, la prédica de esta virtud se remonta a los más lejanos tiempos; no hay, en efecto, doctrina religiosa o filosófica que no la incluya entre sus mandatos más firmes, el de amar al prójimo; empero los frutos cosechados de tales doctrinas bien a la vista están: la guerra perpetua, el crimen político, la explotación social, el aplastamiento normativo de los más débiles, hambre milenaria coexistiendo con la opulencia, prepotencia de las capas y de los pueblos que se llaman a sí mismos civilizados frente a los más incultos, en fin: egoísmo y egoísmo con cantos perennes de fraternidad. Y un consuelo para el alma pecadora; la limosna, forma elegante del sarcasmo.

La fraternidad y la solidaridad son el lugar común más vacío de contenido real porque anuncian virtudes humanas que no existen más que en el nombre tras el cual sólo anida realmente la ambición, el yo sagrado. Las únicas excepciones que se

conocen son las que tratan esporádicamente de un choque sentimental ante una catástrofe selectiva, pero tal choque dura muy poco tiempo en este remover de las conciencias llevándolas a desprenderse de lo que ya no las excita. Del lado más noble se halla un fuerte sentimiento de generosidad que brota individualmente en las grandes vocaciones humanitarias, principalmente con sello religioso.

En suma, no es un sarcasmo decir que en este bajo mundo cabe esperar muy pocos beneficios sociales de las virtudes humanas por lo cual cabría preguntarse si no fuera mucho más fructífero explotar generosamente todos los vicios. Dejemos la repuesta en el aire.

Justicia

He aquí uno de los gritos de guerra más solemnes que conmueven la sensibilidad de todo buen ciudadano; justicia para los humildes y los poderosos, para el sabio y el ignorante, el perseguido, el humillado y, ¿cómo no? justicia también para que puedan conservar sus privilegios aquellos que los ganaron en buena lid que son todos, según el propio sentir de cada uno de ellos.

Nadie se atrevería a alzar su voz en contra de la justicia pese a que en su fuero interno haga todo cuanto esté a su alcance por burlarla cuando ello pueda aportarle algún beneficio. Los espíritus farisaicos hallan buena justificación de sus privilegios no como tales sino como dones merecidamente otorgados por la Naturaleza, o la Ley, a sus potentes virtudes. Consecuente con ello, del mismo modo que nadie se cree tanto, nadie tampoco se cree injusto y este calificativo sería la expresión crítica que nos hiciera sentirnos más heridos. Ahora bien, esas leyes son con frecuencia contradictorias, confusas y mudables según las convicciones, cuando no los intereses de los que las promulgan. Sirve de disculpa el que la ley debe adaptarse en cada momento a las necesidades de la Sociedad que ha de regirse por ella, aunque la experiencia nos muestre lo contrario: que es la Sociedad la que tiene que doblegarse ante la ley impuesta por intereses particulares encarnados en el legislador de turno.

La tendencia de cualquier régimen es la de alumbrar infinidad de normas dictadas en teoría para salvaguardar el bien público, cuando de hecho, cada disposición no suele ser más que un recorte de las libertades individuales so pretexto del bien común. Aún dando por sentados estos buenos propósitos, el desbordamiento legislativo con toda su casuística reclama para su puesta en práctica una verdadera legión de intérpretes, procuradores, jueces de toda laya, sancionadores y ejecutores de las sentencias tejiendo una maraña tal que triste de aquel que reclamando justicia se vea envuelto en su red.

La sabiduría popular ha gravado ya su sano juicio sobre la índole de la justicia con esa lapidaria maldición común: “pleitos tengas y los ganes”.

La revolución espiritual más acuciante sería la de la Justicia, esa justicia de tan firme y cálido arraigo en el corazón del hombre, hoy por hoy verdadera frustración social.

Amor

Es el sentimiento más bello del alma capaz de elevar al ser humano hasta las fronteras de lo divino y ningún otro sentimiento ha merecido tan dulces cantos y poemas o melodías tan armoniosas. El amor ofrece infinidad de facetas, desde el éxtasis sublime de los amores divinos pasando por el diluido amor al prójimo, el amor paternal o fraterno y el amor a todas las cosas hasta el amor más terrenal, el amor entre un hombre y una mujer, el amor de la pareja.

En edad temprana, cuando apenas afloran otros instintos, el adolescente vive unas sensaciones amorosas que se diferencian mucho de los puros afectos familiares. Esa atracción se orienta ya hacia el otro sexo pero sin perfiles claramente eróticos y es la edad de los amores todavía inocentes o platónicos conformados más bien por imágenes espirituales, o románticas.

Pronto, ya en la pubertad, tras la eclosión de los primeros anhelos sexuales, suele aparecer el amor juvenil de la pareja, ya con tintes eróticos difícilmente reprimibles, a los que pone freno sin embargo la vigilancia social, que ha de esquivarse, en lo posible, con múltiples ardidés y mutuas concesiones ocultas. Por todas las dificultades que salen al paso de esta etapa amorosa, unidas al claro despertar de los instintos es ésta quizás la etapa de la vida que perdure siempre en nuestros recuerdos con los mejores colores, si bien muchos de ellos no sean en realidad que soñados espejismos. El primer amor aunque hondo suele ser efímero, idealizado siempre en el recuerdo iluminado literariamente por un halo de belleza y ternura.

Al hacerse más acuciante el impulso erótico procede la búsqueda de sensaciones más fuertes amortiguadas en aquel amor al nimbo de pureza, con el ansia de nuevas emociones placenteras, al encuentro de otros caminos.

Todo esto conforma una etapa decisiva en la formación sexual del ser humano, acorde con la faz de estas primeras experiencias que condicionan fuertemente actitudes y juicios perdurables en nuestro ser sobre los caracteres nobles o envilecidos, generosos o mezquinos, de la vida erótica posterior. Por desgracia los vetos y las trabas convencionales que la Sociedad opone a una vida sexual sana relega estas relaciones, como norma, a oscuras veredas de ambiente sombrío y amargo recorrido si bien sólo las formas externas sean lo que en realidad preocupa al exigente puritanismo.

Volviendo a la etapa crucial de la iniciación en los misterios del sexo, si estos comienzos son por azar, sucios e innobles, permanecerán ya en el sentir de toda la vida; por el contrario, unos primeros pasos libres de aquellas taras configuran para siempre la naturalidad de una de las más generosas formas de entrega humana.

La condena y el temor continuarán reprimiendo esta riqueza, impidiendo al ser humano el hacer suyos todos los valores que este hecho natural comporta. No es extraño pues, que ante ello fermente una solapada actitud de rebeldía que da aliento a una evasión liberadora poniendo en juego todos los recursos de la más refinada picaresca.

El sentimiento amoroso queda en ciertas ocasiones circunscrito a estas expansiones sexuales, lo cual no enriquece como debiera la vida humana, carencia indeseable pero por demás frecuente. El deseo carnal mucho significa, más queda empequeñecido, si a ello se limita, comparado con las sensaciones que nos brinda cuando va unido al amor de una fusión social de la pareja, esto es, cuando merece el nombre de pasión amorosa en plenitud de vida, una experiencia que rebasa los límites del sentir humano acercándolo al inefable entorno de la divinidad.

Esto sabido, se comprende la fuerza de tales amores que desafían a la Sociedad y a todas sus leyes y a la misma conciencia, a veces acusadora. El impulso amoroso es entonces irresistible y nada hay que lo contenga.

Es preciso subrayar que unas vivencias tan soberanas están al alcance de todo el mundo; por ello no hay diferencia entre ricos y pobres, sobrios o necios, entre señores y esclavos, ni entre buenos y malos. A todas partes llega este don de la Naturaleza regalo de la Providencia, reflejo del más rotundo principio de igualdad nunca logrado en otros campos.

Sepamos al menos reconocerlo así y dar nuestra gratitud, no de recelos, ante un bien que nos ha sido dado gratuitamente sin alegato posible para merecerlo.

Es una norma presente en el espíritu de todos los pueblos civilizados, la del respeto a la ley como principio de convivencia social.

El propósito de las leyes es el brindar una defensa de los derechos humanos igualmente válida para todos los ciudadanos, a la vez que marca ciertas obligaciones para tener opción a tales derechos. Sin embargo, el hecho de los cambios continuos que se observan en estas normas nos advierte pronto de las grietas que deben existir en el sistema, impropias, pese a las razones con que se trata de justificarlas: las circunstancias, en primer término.

De una parte, las leyes no son homogéneas para todos los pueblos, cosa explicable por la distinta idiosincrasia de unos a otros, si bien las diferencias legales atañen en muchos casos a situaciones idénticas por naturaleza; esto ocurre singularmente a causa de la variedad de regímenes políticos, cada uno de los cuales interpreta a su manera los derechos y deberes de sus ciudadanos. Surgen de aquí tantos vaivenes legislativos dentro de un mismo pueblo que invalidan todo propósito de valoración absoluta: el criterio justo resulta así bastante aleatorio.

De otra parte, la rutina procesal, compuesta de ritos interminables, con oficiantes celosos de su ritual que sólo a ellos beneficia, hace de la justicia un laberinto temible, tanto más cuanto que el hilo de Ariadna se corta mil veces y se ramifica a cada paso. El pretexto de tal parsimonia es el de garantizar lo perfecto de todo el proceso aunque la realidad sólo conduzca a perturbarlo y hacer tardías decisiones cada vez más confusas.

La pléyade de implicados en la tramitación del caso, policía, abogados, procuradores, secretarios, registradores, jueces, notarios, etc. etc. etc. ha de ser forzosamente oneroso para los afectados por el juicio y para la Sociedad en general que soporta, en vista de ello, una buena carga parasitaria, lo que en tantos casos, comporta la renuncia a pedir justicia por lenta, cara y complicada.

Como además las leyes son, por naturaleza, imperfectas ya que resulta imposible incluir en ellas toda la casuística y circunstancias que pueden concurrir en los actos, ha de ser finalmente el juez quien interprete y decida según su mejor leal saber. El carácter humano variable, hace siempre imprevisible la sentencia, de donde resulta poco menos que inútil toda la parafernalia que acompaña estos actos. Nada se perdería pues, simplificando los trámites, las liturgias y el número de oficiantes de estos ritos; antes por el contrario, se ganaría en humanidad y Justicia, con mayúsculas y, dada la influencia decisiva del juzgador como árbitro de cada sentencia, sus características humanas son decisivas para los fallos, características que no se garantizan con atesorar meros y abundantes conocimientos de los textos legales demostrados a través de unas frías oposiciones al cargo.

No estamos en condiciones de ofrecer una solución íntegra de tales problemas que tanto afectan a los individuos atrapados dolorosamente en la red de la justicia al uso, pero creemos que hombres capaces debieran emprender la noble tarea de penetrar en los entresijos de este acuciante tema para acercarnos de un modo más sencillo y confiado a los términos de la verdadera Justicia.

Las civilizaciones, los imperios, los Estados, las culturas, como los individuos, están forzosamente sujetos a un proceso biológico natural, nacimiento, desarrollo, apogeo, degeneración y muerte.

La Historia nos muestra abundantes ciclos de esta naturaleza. No escaparon de tal destino las civilizaciones que mejor o peor conocemos por su influencia duradera: la asirio-babilónica, los hititas, la egipcia, la gran civilización griega, los imperios alejandrino y romano, la cultura cristiana del medievo y su coetánea arábigo-hispana; las gestas colonizadoras de España, Portugal e Inglaterra o el fugaz imperio napoleónico.

La fase actual de nuestra civilización occidental se inicia en el Renacimiento y continúa brillantemente hasta nuestros días: Galileo, Newton, Descartes...., son grandes pensadores que impulsan el conocimiento a fondo de la Naturaleza; la relación de artistas creadores sería interminable; la técnica y el maquinismo revolucionan la existencia e incluso las ideas del hombre pareciendo alcanzarse todas las cimas de nuestro siglo. Sin embargo ya en esta misma época aparecen los primeros signos de la decadencia: el colonialismo, el materialismo, las guerras a escala mundial, la tiranía de las nuevas formas políticas, las crisis económicas y el desempleo; y en el horizonte, la sombra escalofriante de una destrucción total por la fuerza del átomo.

Esto, dicho así a grandes rasgos, no es más que un esquema del tiempo presente. Debemos insistir sobre algunos aspectos fundamentales y concretos de la decadencia que nos envuelve; vale la pena detenerse algo más en la contemplación de nuestra época. La faz de la misma sólo se salva intelectualmente por el auge de la Ciencia y de la Tecnología que de ella se deriva, en constante progreso ambas, sin que se vislumbre por ahora un límite, merced quizás, a la inercia y al ritmo promovidos por impulsos de otra índole. Sin embargo ya comienzan a notarse carencia de nuevas ideas iniciándose un periodo de estancamiento o involución aunque de la observación superficial de los hechos pudiera deducirse que sus efectos están todavía muy lejos.

No queremos pensar, empero, de qué modo la insensatez política podría precipitar los acontecimientos provocando una catástrofe nuclear que pondría fin a la historia humana, pero la experiencia nos hace temer lo peor por culpa de cerebros y sobre todo de conciencias oscurecidas.

Salvo pues, la chispa aún brillante de la Ciencia y la Tecnología, todo el resto de valores positivos van experimentando un deterioro irreversible. Las bellas artes, la música, la literatura, la filosofía, la política, las costumbres ... , todo lo que conforma noblemente la vida ofrece un claro estado de descomposición, lo que una miopía generalizada contempla como señal de progreso calificándolo de vanguardismo renovador.

Los Estados modernos tan penosamente contruidos sobre las ruinas del feudalismo, de los privilegios y los egoísmos cantonales medievales, constituidos uno y otros en fuentes de poder arbitrarios, desunión y miseria

sufren hoy los embates de poderosas minorías racistas que se escudan en la nostalgia de supuestas libertades y minúsculas grandezas domésticas, valga la paradoja, apoyadas en una Historia siempre parcial, puesta al servicio de tales alientos como heraldos de glorias inmarcesibles.

Cada pueblo tiene su Cid Campeador, al que Joaquín Costa quería enterrar definitivamente bajo siete llaves pero siempre desenterrado por los ilusos dispuestos en cualquier momento a hacer saltar las cerraduras.

La descomposición es el signo de la muerte total sin que ningún fragmento logre salvarse, vana esperanza que alimentan para sí cada una de ellas, con desprecio absoluto para los grandes pueblos que forjaron el futuro, aunque en el fondo, esto no sea más que la etapa final, decadente, del ciclo biológico al que hemos hecho referencia, lo cual no será para mayor gloria del género humano.

Europa, la Europa grande, hasta ayer señora del mundo y punta de lanza de la civilización, es hoy presa en todos sus miembros de este frenesí segregacionista pese a la buena voluntad de algunas mentes claras que se desvelan por cambiar el signo de este afán destructor en fuerza aglutinante rompiéndose este impulso contra la falacia de sentar el porvenir sobre raíces más profundas mientras se halla el tronco en estado de descomposición. Desintegrar primero “para mejor unir después” no es más que un artificioso juego de prestidigitación, falso como todos los juegos de este género.

La memoria es una potencia del alma. La memoria histórica es una potencia del alma de los pueblos. Contemplar serenamente el pasado es un ejercicio saludable del espíritu, pero subordinar el presente al pasado o intentar volver a él, implantándolo en el presente es el exponente más claro de senilidad, tanto del individuo como de los pueblos. Añorar, añorar, siempre añorar es el oficio de los viejos. Magnificar los hechos pretéritos más insignificantes, hacer de la mezquindad un fuego fatuo, y sentirse deslumbrado por su tenue fulgor, convertir en epopeya heroica cualquier rasgo de valor, vivir siempre de ilusiones muertas, son características tan típicas de la vejez, tan consustanciales con la decadencia; por ahí discurren con gran frecuencia todos los “ismos” segregacionistas, más dignos por ello de compasión que de reproche, pero el hecho es que existen, que van cavando la tumba política de las mejores esperanzas.

A guisa de ejemplo festivo de ciertos nacionalismos evocadores de un pasado “brillante”, hoy tristemente aniquilado por el progreso, no nos resistimos a glosar un jugoso informe periodístico del escritor Torcuato Luca de Tena sobre Méjico a través de uno de sus adalides actuales de la identidad nacional, como antes lo fuera Ribera con sus famosas pinturas.

Partimos de que la palabra cultura ha adquirido tanto prestigio que trata de aplicarse a toda expresión o evento social: lo mismo forma parte de la cultura un pueblo deleitándose con las armonías de un concierto de Mozart, que entra también en la cultura de otro pueblo el arte de condimentar los hígados de un misionero, adorar a las estrellas o perseguir a palos a un animal acorralado como muestra de

alegría popular.

De tal forma, el cronista citado sonríe ante las “culturas” autóctonas del gran país americano frente a la “barbarie” de la civilización llevada allí por sus colonizadores. No cabe duda el duelo que supone haber sustituido más de cincuenta lenguas tribales por un solo idioma que aunque permita entenderse todo el mundo no tiene variedad, belleza y alegre algarabía que se desprende de toda confusión; la torre de Babel debía ser mucho más divertida que una Academia de la lengua.

El vestirse de plumas o con pulseras de caracolas era sin duda más vistoso que lo que solemos vestir hoy en día. La ignorancia de la escritura por casi todas las tribus, el liberar a las bestias de carga sustituyéndolas por el noble esfuerzo humano, ignorar la rueda, estúpido artificio que no hace mas que dar vueltas sobre sí mismo, desconocer el trigo y las legumbres llevadas por bárbaros españoles para desterrar los suculentos manjares de aquellas tribus supercivilizadas; tales los huevos de moscas, la carne de perro, chinches, gusanos, hormigas y orugas; las religiones politeístas de culto material y zoológico, abonado por sacrificios humanos con tintes de sabrosa antropofagia, etc. Toda una vasta “cultura” aniquilada en su día. ¿No vale todo ello más que la insípida civilización presente?. Volvamos pues a la edad de piedra o, cuando menos, a la edad media que es lo que la sabiduría presente lanza como consigna.

Hay campos muy sensibles en la prolongación de la decadencia, donde ésta se hace evidente, ya firmemente establecida. Nos referimos al campo de las artes plásticas y la literatura; la pintura, la escultura, la música, la literatura en un claro proceso de evolución negativa, han ido deslizándose hacia abismos, hoy insalvables, de miseria intelectual. Las causas del hundimiento son bien patentes: la ignorancia absoluta, la incapacidad, tácitamente reconocida, de alcanzar el nivel de la obra maestra de sus predecesores, lo que pone de relieve la mediocridad del presente en las tareas creadoras. Ante tan triste realidad es preciso disimular la pobreza de ideas y de formas para lo cual no se vio más que una salida: la aparente ruptura voluntaria con el pasado en un gesto teatral de vanguardismo a ultranza que rompiera con todos los sentimientos anteriores, basándose para ello, de una parte, en el retorno paradójico a un primitivismo subnormal, y de otra, por el cultivo de un surrealismo delirante. En el fondo, también, la explotación de una simplicidad espiritual común no menos decadente y mediocre. Vuelve entonces lo más primitivo, lo más pueril y viejo a un tiempo, junto al desvarío y la locura erigida en norma de las artes y aún de la vida misma. Todo vale si está envuelto en los cánones del absurdo, de lo irracional, de lo extravagante. Y tras la máscara del vanguardismo, la vejez, la decrepitud, la impotencia.

Valiera más acatar con sencillez esa impotencia y llegar con espíritu creador hasta donde lo permitieran los recursos de cada artista, de cada hombre de letras; quizás se alcanzase por este camino algunos logros estimables teniendo en cuenta los modelos en que pudieran inspirarse aunque no superarlos. Sería una fórmula que no evitaría la decadencia pero sobrellevaría con dignidad y buena fe, actitud siempre más noble que lanzarse al desafuero sólo para llamar la atención, al menos, de los seguidores propicios al mismo nivel decadente.

El caldo de cultivo idóneo para mantener los extravíos de ese arte en declive se encuentra sobre todo en las minorías grises del snobismo, de la pedantería y de los pobres de espíritu ansiosos de inscribirse en las corrientes vanguardistas para no desmerecer en su propio aprecio que no halla salida decorosa, lo que constituye la expresión gregaria de la decadencia en marcha. Provoca verdadera hilaridad, no exenta de compasión, contemplar el retorcimiento borroso y confuso con que la crítica, obligado exponente de tanta vaciedad, ha de salir del paso al enjuiciar lo que nada tiene dentro, llevada por su oficio a encararse elogiosamente con la extravagancia y el absurdo pueril cuando no con la expresión exacta de la nada; pero el profesionalismo manda y surgen esos términos manidos de vuelos transcontinentales: subconciencia, visión profunda, revelaciones anímicas, huellas viscerales, todo lo esotérico que nos revela graciosamente el arte moderno.

Antes de seguir con nuestros juicios preferimos recurrir a una fuente irrefutable bien conocedora de este montaje intelectual en el cual ha sido protagonista de singular peso; nos referimos al pintor Pablo Picasso, el genio máximo que ilumina todo este periodo histórico o más bien histérico. “Le Figaró” publicó el seis de noviembre del año 1964, según el periódico de Barcelona “La Vanguardia” unas declaraciones de Picasso que resumimos a continuación.

Afirmaba que el arte moría porque los hombres más dotados se separaban de él para poner su corazón en perseguir otros objetivos como Ciencia, la máquina y el dominio de las fuerzas materiales; el arte dejaba de ser alimento espiritual de los mejores por lo cual el artista podía lanzarse a toda clase de fantasías y a todos los expedientes del “charlatanismo” (se presume que para satisfacer a otras capas de menos inteligencia). Mejor, añadimos nosotros, no se podía definir el arte actual.

He aquí, según Picasso, cómo desesperado del público pero no queriendo prescindir de él, el pintor tan dotado se limitó, en confesión propia, a partir del cubismo y, más tarde, “a dar satisfacción a la crítica, a la gente rica y a todos los amantes de extravagancias con todas las múltiples rarezas que se me han pasado por la cabeza y cuanto menos ellos comprenden, más me admiran. A fuerza de divertirme con estos juegos, con estas chanzas, con estos jeroglíficos y arabescos, me he hecho célebre rápidamente.... “Hoy como sabéis, soy ilustre, y muy rico pero cuando estoy solo conmigo mismo no tengo, de todos modos, el coraje de considerarme artista en el sentido grande y antiguo de la palabra. Giotto, el Ticiano, Rembrandt y Goya fueron grandes pintores. Yo soy solamente un “amuseur” público que ha comprendido su tiempo”.

Poco puede añadirse a esta confesión del máximo pontífice del vanguardismo triunfante si no es meditar bien sus confesiones y el juicio que le merecen sus seguidores, prototipos de su mundo decadente.

En la literatura hace estragos la confusión, la oscuridad del texto, las transposiciones de tiempo y lugar sin previo aviso hasta la deliberada ignorancia de las reglas y de la puntuación gramaticales con fines exclusivos de llamar la atención sobre lo que de otro modo pasaría inadvertido.

La poesía sufre una epidemia de gongorismo delirante surgido a raíz del tercer centenario de la muerte de Góngora. Abusos y posturas que el mismo Góngora repudiaría, nos ha conducido al más bajo nivel de expresión poética sin mira alguna para la belleza y los sentimientos. Ha sucedido algo así como lo que ocurrió con el escolasticismo medieval más aristotélico que el mismo Aristóteles, lo que contribuyó en buena medida a engendrar una de las más sombrías épocas del pensamiento, sobre todo después de Grecia y Roma.

En el teatro de vanguardia la mascarada y la pirueta circenses han venido a desplazar de su trono a la inteligencia y al ingenio.

Si escuchamos la música, encontraremos a faltar el sentimiento íntimo o la emoción de los grandes ideales sustituidos por ruidosas armonías sin reflejo alguno sobre el espíritu. *Nota del transcriptor: cuando Pío oía la música que mi hija Eva escuchaba en su reproductor, con su gran sentido del humor llamaba a esa música: “musicorum lavatorum”.*

La función estética de la arquitectura ha derivado hacia las sensaciones del colonialismo dentro de una monotonía de las formas geométricas más elementales, sin rasgo alguno de fantasía.

La Ciencia y la Técnica aún resisten los embates de la infección, y pueden erguirse ante las amenazas que las rodean. Sin embargo, un análisis más profundo que aquí no podemos más que esbozar nos llevaría también a descubrir serias grietas en el sólido edificio de una y otra.

Desde principios del siglo pasado se han enquistado en el campo científico unos conceptos relativistas que tienen mucho de surrealistas y, aunque hayan propiciado logros indiscutibles en ciertas aplicaciones, conllevan una peligrosa carga metafísica que conduce a desvaríos imaginativos y efectos delicuescentes como ficción científica. *Nota del transcriptor: Pío consideraba la expresión “ciencia ficción”, absolutamente inapropiada.*

La Técnica, soberana en nuestro tiempo, va cavando también lentamente su fosa en un desbordamiento materialista de efectos autodestructivos por causa de su deshumanización progresiva.

Sin extendernos aquí más sobre la obra científica, lo que ya hemos hecho en un lugar más apropiado, diremos que tan incomprensibles planteamientos modernos pueden ser sustituidos con toda eficacia por enunciados sencillos, más naturales y en terreno realista, perfectamente asequibles para la mente humana, sin fantasías surrealistas ni esotéricas implicaciones.

Los procesos degenerativos no son instantáneos ni coinciden en todo el campo de los valores humanos como no lo son en el terreno biológico; la extensión del mal crece paulatinamente y va arruinando una tras otra las parcelas del organismo social o del individuo; comienza por los sectores más débiles del cuerpo enfermo y avanza con altibajos a veces ilusorios hasta la descomposición total.

Y en esta vía estamos. Quizás pueda sorprenderle que no traigamos a colación como signo de decadencia la relajación actual de las costumbres. Aunque estas conductas, antisociales o inmorales en el concepto clásico de tales adjetivos, constituyan sin duda, actos desintegradores, no nos atrevemos a establecer una

correlación con el empobrecimiento intelectual de la época porque no podríamos aportar pruebas históricas de tales supuestos ya que en los momentos estelares de la cultura clásica, helénica, romana, y más tarde en el Renacimiento, no fue precisamente la moral el canon de vida social ni individual sino que, por el contrario, la norma consistió más bien en el despliegue ostentoso de todos los vicios y alardes de corrupción. En cambio, la oscura Edad Media se honró en muchos aspectos como modelo de rigidez moral acentuada por la influencia religiosa tan viva en aquellos tiempos.

Una simple ojeada a nuestro alrededor nos hace contemplar la maravilla más grande que pudiera concebirse: la maravilla del Universo. Todo él grandioso; la Tierra, los ciclos que albergan desde la más pequeña luna hasta las más brillantes estrellas en sus inmensas Galaxias o la fauna y la flora en infinitas variedades, comprendiendo el género humano.

La grandeza de una obra tal sobrecoge el espíritu menos sensible y al más sabio en un gesto incontenible de asombro.

De la mirada pasamos insensiblemente a la reflexión: ¿de dónde ha salido todo esto?, tan bello, tan vital para el poeta; tan riguroso, tan preciso para el hombre de ciencia; porque esta maravilla que contemplamos no sólo presenta armonía de formas y colores sino, también, un Estado de leyes invulnerables por su racionalidad y firmeza, indiscutibles por su propia lógica. Esta última afirmación puede parecer arriesgada por cuanto el azar y lo imprevisto irrumpe en nuestra propia vida y en los fenómenos de la Naturaleza; pero no confundamos nuestra ignorancia con la aparente anarquía de tantos hechos como percibimos de un modo caótico, insondable para nuestros recursos al efecto.

Las leyes naturales que conocemos son de una simplicidad y rigor tales que lo que más sorprende es que el hombre haya tardado tanto tiempo en descubrir desde su calidad de “homo sapiens” hace unos cuarenta milenios. Estas leyes son en esencia de raíces matemáticas y por tanto incuestionables a partir de los orígenes cósmicos, esto es, hace unos sesenta mil millones de años y no empezaron a ser conocidas hasta nuestra era.

Todo lo que sabemos del mundo físico revela una rigurosa dependencia entre causa y efecto, la ley de causalidad enunciada por Leibnitz, y en cuanto a lo que ignoramos no hay porqué suponer otra cosa ya que el mundo no parece haber sido hecho a modo caprichoso, sin orden ni concierto, sino con el mismo espíritu lógico de todo lo que sabemos firmemente sobre él. Lo primero que uno se cuestiona es el origen de semejante obra inaudita por su grandeza y ordenamiento. La respuesta más cómoda y libre de preocupaciones es admitir que el Universo no ha sido creado, que es eterno en su pasado y en su futuro. La noción de eternidad no es, sin embargo, un concepto claro en la mente del hombre que jamás podría comprender como, algo de lo que él percibe por sus sentidos o de cualquier manera tangible, no haya acontecido a partir de un determinado momento, que su previa existencia no haya tenido principio ni fin.

La noción de eternidad como la de infinitud no cabe en la mente humana a guisa de realidades físicas sino que se trata de unos conceptos metafísicos inalcanzables para la realidad cotidiana o cual hechos mensurables siquiera sea intelectivamente. Descartada la eternidad para el Cosmos y parejamente su infinitud, es preciso acudir al hecho de la Creación, entendiéndose como tal extraer todo ese inmenso algo de la nada.

La pregunta inmediata, si seguimos mostrando interés por el tema, debe ser ¿quién realizó el prodigio, de dónde salió la fuerza creadora? La respuesta a estas

cuestiones han sido muy variadas: desde la de los idealistas a ultranza al responder que no hay que preocuparse por nada de esto puesto que todo es pura ilusión, que seguimos en la nada y que lo más importante del mundo no es que se convoque sobre él una serie de ideas, sino que es simplemente una idea misma, un espejismo sin realidad alguna. Otra proposición más coherente es la que puede intuirse del lema cartesiano: “pienso, luego existo”. Con una interpretación muy libre podríamos entender que el pensamiento, incluso al proyectarlo más allá de nosotros mismos sería la fuente de la Creación, dejando de existir todo aquello que no haya sido pensado. Para nosotros, ésta es una abusiva extrapolación, adolece del defecto de atribuir precisamente a la mente humana, tan limitada, el poder de crear pero se acerca al camino por el cual otra mente infinitamente más poderosa pudo consumir una obra tan colosal cual la que contemplamos, en todo lo que alcanzamos a ver e imaginar. Respuesta tampoco aceptable es la de que la Naturaleza entera brotó por sí misma de la nada, sin ayuda externa de Ser alguno que contribuyera a su creación. Esta facultad de generarse a sí misma partiendo de cero es de un nivel tal que en modo alguno podemos reconocer en la materia inerte, ni siquiera viva, que nos rodea en las cuales no atisbamos ni por asomo la fuerza suficiente para un acto de tal magnitud.

No queda más remedio que admitir, junto al hecho de la Creación del Universo, la figura de un Creador por más que no podamos mostrarlo a la vista de todos, un Creador ignoto para nuestros sentidos pero bien patente por su obra: es el que llamamos Dios.

Poco más conseguimos aportar sobre las cualidades y potencia de un Ser capaz de tamaño prodigio, salvo la de que todo en Él ha de ser extraordinario y al margen de nuestros niveles de comprensión. Sólo a un ser de este género cabe atribuirle propiedades tan insólitas como las que antes fueron expuestas: las de eternidad e infinitud, ya que cualquier limitación que le impusiéramos en el tiempo exigiría la presencia de otro Ser creador del último y así, indefinidamente si persistiéramos en abolir para Él la condición de intemporalidad o limitación dentro del Cosmos.

He aquí pues, todo lo que un sano juicio con capacidad lógica nos da a conocer como solución más racional del más grande misterio que aparece en nuestra conciencia: Dios existe como incuestionablemente lo exige la realidad de la Creación.

El ateísmo y el agnosticismo no pasan de ser actitudes indiferentes ante el gran enigma que, si bien no podemos resolver con el automatismo fiel de las raíces de una ecuación, lo hacemos con los únicos argumentos fiables que no repugnan a la Razón.

Dios es Dios; sí, pero ¿cómo es Dios?

La superioridad de un ser tan grandioso hace difícil para nosotros, criaturas de nivel humano, definir y evaluar las cualidades y atributos de la divinidad; lo que podemos afirmar con mayor seguridad, en contra de las doctrinas que lo definen a nuestra imagen y semejanza, es que Dios no tiene cuerpo ni figura humana; más aún, que está libre de cuerpo y figura, concentrado todo él en un Ser espiritual por

donde sí nos acercamos a Él puesto que el hombre no carece de espíritu.

En un justificado impulso de sublimación se dice de Dios que es infinitamente sabio, bueno y poderoso, juicios bien patentes en la mente humana pero que por razones de jerarquía debe ser interpretado a escala o de modo distinto que si se atribuyesen tan excelsas cualidades a un ser humano.

La infinita sabiduría divina proviene del conocimiento de todas las leyes de causalidad perfectamente lógicas que rigen el Cosmos, infundidas desde el momento mismo de la Creación; nadie se propondría, si fuera posible la prueba, someter a Dios el problema, por ejemplo, de extraer raíces de una ecuación de segundo grado; problema que sabe resolver un bachiller mientras ignora lo que va a acontecer en el minuto siguiente.

Este absoluto conocimiento de las leyes de causalidad que permitiera a Dios conocer el devenir de cada átomo del Universo no implica, un determinismo irresponsable para el ser humano, puesto que habiendo desarrollado esa cualidad que llamamos espíritu - en lo único en que nos asemejamos a Dios - no le son aplicables las leyes inviolables que pesan sobre el mundo físico. Sin embargo, esta independencia no es rigurosa por cuanto existen relaciones psicosomáticas bien conocidas que condicionan en parte la memoria, el entendimiento y la voluntad del sujeto, éste es, su patrimonio espiritual. Existe la posibilidad de renuncia total o parcial a la libertad anímica, con cesión de la misma a su Dios por causa de extrema devoción o misticismo; son en todas las religiones el equivalente de la santidad.

Otro de los atributos divinos, la infinita bondad, no debe entenderse tampoco a la medida de nuestros juicios; la distinción comienza en el sentido de la muerte, tan decisiva para el hombre, tan insignificante para Dios, decretada desde el día mismo de nuestro nacimiento; se pone de manifiesto también en nuestro rechazo a admitir como inviolables las leyes físicas rectoras de todos estos fenómenos lo cual nos hace incomprensible, por ejemplo, las grandes catástrofes geológicas donde perecen tantos seres inocentes, hechos incompatibles con la suprema bondad del Creador.

Dios no puede alterar el orden por Él mismo establecido porque alterarlo sería creer en la irracionalidad, obrar contra la perfecta y bien establecida lógica, la cual sí que puede contemplarse como atributo divino.

A nuestra voluntad puesta decididamente en sus manos le cabría provocar excepciones calificadas de milagrosas en el campo del espíritu, pero ni el mismo Dios pararía el Sol lo que daría pie a una verdadera catástrofe cósmica, ni detendría una impetuosa corriente de lava volcánica descendiendo arrolladora por la pendiente de una montaña, vulnerando con ello las leyes de la gravedad.

Por extraño que parezca, a un Dios todo bondad se intenta complacerle con toda clase de sacrificios inmolando a su favor débiles corderos, mortificando la carne y en pueblos primitivos personas humanas, especialmente vírgenes, con un doble sentido morboso del que la historia de los aborígenes americanos nos ha dejado escalofriantes relatos.

Empero, sin duda, la más contradictoria idea frente a la bondad divina es la afirmación del Infierno con la severidad de las penas y, sobre todo, el sufrimiento

por toda la eternidad: tremenda aberración ideológica.

Podemos sintetizar el carácter de la bondad divina en que no se trata de un sentimiento monjil a boleo sino de una bondad consciente y sensible a la súplica y al perdón.

Por lo que se refiere al poder ilimitado de Dios, si bien puede estar latente en un Ser capaz de haber llevado a cabo una obra tan inmensa, no cabe duda de que, según hemos apuntado al tratar de sus limitaciones, por el debido respeto a las leyes creadas por el mismo Ser, tal potestad no se hace, pues, sentir en el mundo físico.

Dentro de la esfera espiritual no sujeta a leyes tan estrictas, el poder de Dios puede inclinarse a nuestro favor por medio de la invocación o el abandono voluntario de nuestro destino en sus manos; tales son, por ejemplo, los efectos milagrosos de la Fe.

La mayor incógnita de la vida es nuestro destino tras la muerte. ¿Existe realmente otra vida distinta después del traspaso o lo que nos aguarda en la nada, el no ser?. Esa otra vida, caso de existir, ¿es el corolario lógico de nuestra existencia terrena o tiene sentido propio independiente de un pasado anterior?. La respuesta no es fácil; como todo lo referente al mundo suprasensible, la formación mental del interrogante prejuzga en buena medida la respuesta. Lo que debe rechazarse de antemano es toda posibilidad de la resurrección de los cuerpos.

La desintegración y putrefacción de nuestras células, por vía ciertamente nada sublime, para integrarse en la tierra e incorporarse más tarde a otros organismos, otorga a cada uno de nuestros átomos una multiplicación tal de afecciones en el curso de su imperecedera existencia, que haría muy arduo discernir cuál sea su más legítimo titular.

La imposible resurrección de los cuerpos es una aseveración clara y terminante, sin duda alguna, por lo que conocemos bien del mundo físico.

El complemento anímico que conforma a la vez al ser humano plantea ya una cuestión más difícil; de un lado, sin naturaleza inmaterial la hace incorruptible por lo cual no pudiera sobrevivir eternamente aunque no podamos precisar sometida a qué vicisitudes.

La transmigración de las almas cuyo principal soporte argumental es la predisposición innata o precoz de algunas criaturas para determinadas aptitudes, sin antecedentes hereditarios sobre el don manifiesto – Mozart es, quizás, el ejemplo más conocido – no parece muy sólida y menos cuando se sustenta la posibilidad de regresión o incluso su implante a un animal, un vegetal y hasta al reino inorgánico.

Extravagante es también la idea de su vagabundeo por los espacios susceptibles de acudir a nuestra llamada por medio de experimentos pueriles para hacer tantas veces el ridículo; nos referimos, es claro, a los pronunciamientos espiritistas.

El más terrible o, por su reverso, el más glorioso destino que cabe a un alma liberada de su prisión carnal por la muerte, consiste en hacerla soportar todo el peso de nuestras culpas o el premio de nuestras virtudes haciéndolo **padecer eternamente**, bien sea con las torturas más horribles, tesis implacable, bien sea con los goces más intensos que hayan podido imaginarse.

Ya hemos rechazado, basándonos en la clemencia divina, toda apelación al Infierno, teoría que tanto conmovió a toda la época medieval de nuestra historia.

La creencia en la supervivencia del alma proviene del anhelo humano de no sucumbir totalmente al final de esta vida notoria sino conservar al menos su identidad del modo que fuere, ayudándose en este anhelo por el hecho de comprobar que su espíritu no está formado de material corruptible; la pretensión no es de por sí absurda. Empero, otros hechos muy significativos vienen a enturbiar aquella esperanza; si bien el espíritu no está compuesto de materia deleznable, su relación con esta última, asentada en el propio cerebro, nos inclina al desánimo.

La construcción espiritual es, en efecto, la principal función del cerebro; cualquier fallo anímico: la memoria, la inteligencia, la voluntad, el juicio, sufre con mayor o menor intensidad la contingencia de una subsiguiente perturbación somática. Si esto es así, conduciendo a una incapacidad parcial, ¿qué no cabe esperar de su total destrucción por la muerte?: la muerte paralela del espíritu, de nuestra identidad personal, de una espiritualidad consciente, es decir, la vuelta a nuestro estado antes de ser engendrados: la inanidad. La razón parece darle más valor a esta última tesis, mientras que la angustia, el miedo y nuestro anhelo de supervivencia, de seguir siendo yo, inclina a la mayoría hacia la primera hipótesis.

Para Teresa de Jesús no había duda:

**“pues que tanto bien espero
que muero porque no muero”,**

pero para los que no son santos, les queda en el peor de los casos, el maleficio de la duda.

Transcribo aquí las opiniones de un hombre que dijo amar el espectáculo por encima de todo porque creía que el montaje espectacular era el hallazgo más inteligente y más propio del ser humano; los animales, las plantas y los minerales tendrán muchas virtudes en su ser pero son incapaces de organizar un espectáculo por sencillo que éste fuere; aclaraba también que los espectáculos de su preferencia eran los que se podían llamar de local cerrado; odiaba en cambio las representaciones y diversiones de masa a las cuales, no sabemos porqué, tildaba de aborregadas. El teatro era su máxima afición; lo veía como la más alta expresión del lenguaje humano, exponente de la inteligencia y ejercicio completo del espíritu, por la idea, la palabra, el gesto y la presencia real del hombre en escena. Aborrecía a los que hacían mal uso del teatro impregnándolo de bajeza o como instrumento de innobles propagandas. El teatro era, para nuestro hombre, la culminación del arte y llegaba a sufrir cuando lo veía en manos de folloneros y malandrines tal cual ocurría con frecuencia y le sacaban de juicio las pantomimas que a guisa de nuevos modos veía subir a escena; no menos que los infortunados alardes de sabiduría que, a veces, abusan del calificativo de “clásico” para colocarnos una ingenua comedia anacrónica, tonta y aburrida pero avalada por respetable firma.

El teatro, decía, debe ser exponente del pensamiento, fuente de ideas, escuela de maneras sociales, muestra de civilización en todos los sentidos. Independiente o iconoclasta, libre de dogmas y prejuicios, sus preferencias no se avenían con ningún código preformulado. Así, apreciaba mucho más un ingenioso sainete de Arniches que un tenebroso drama de Shakespeare, una fiel comedia de costumbres que una mitológica tragedia griega.

El teatro, afirmaba, no sólo debe de ser inteligente sino también ameno, fórmula que, por lo demás, aplicaba en todos sus juicios literarios. Cuentan, por ejemplo, que a la chimenea de su casa fueron a parar obras tan reputadas como el “Tirant lo Blanc”, salvada del fuego por el mismo Cervantes, “La Divina Comedia”, numerosas obras de filosofía y entre otras novelas modernas “La Montaña Mágica”. No es raro pues que detestara al llamado “teatro de vanguardia” de nuestros días, tan pletórico de músculos como vacío de cerebro. Su pasión más fuerte después del teatro, la constituía la música, pero como espectador era un oyente de juicios muy personales: depreciaba los sonidos altisonantes tanto como los susurros de modorra, sobre todo si aparecían con reiteración por largos períodos; los golpes estrepitosos como los silencios inoportunos y, según él mismo decía, valoraba en más la música viva de los sentimientos que la composición cerebral, fría y académica. En sus paradójicas conclusiones había ornado su despacho con los bustos de dos compositores irreconciliables: Beethoven y Chapí, y afirmaba muy convencido que las dos más altas cumbres de la música de todos los tiempos era “La Novena Sinfonía” y “La Revoltosa.

Rossini no llegaba a decir tanto: oyendo esta obra de Chapí se había limitado a comentar con asombro. “¿y a ésto le llaman ustedes género chico?”.

El espectador sentía especial predilección por la tonadilla ligera y afirmaba

que, en este campo, se hallaban verdaderas joyas musicales aunque rodeadas también, ¿cómo no?, por frecuentes atentados al arte.

Y a propósito de Rossini y su género: la ópera era para nuestro espectador, lo más artificioso y enfático de la escala musical, aceptando no obstante, que había algunos fragmentos inspirados; la servidumbre constante a la palabra, hueca la mayoría de las veces al par que impropia, monótona y aburrida; salvada sólo por los alardes vocales de los cantantes y arropada por las bambalinas así como por las vestiduras de las damas que asistían al espectáculo, no para deleitarse, cosa casi imposible, sino para exhibirse.

Al fina se enfrentaba nuestro hombre con la música moderna de grupos y guitarreros, con vocalistas afónicos sin temple y almibarados, para los cuales no tenía compasión alguna en contraste con las muchedumbres, antes impensables, que se dejaban arrastrar histéricamente por la pantomima escénico-ruidosa que se les ofrecía. De este género, con inmoderado radicalismo, no salvaba nada, ni una sola nota, como él se complacía en decir, incluso con aires provocativos.

Para bien del comercio musical este espectador inverosímil era único, no contaba con seguidores pero él ponía por encima de todo su sinceridad y sus firmes convicciones, una loca manera de vivir. No amaba el Cine ni le gustaba el Circo; en el cine creía ver la sustitución del espíritu artístico por la técnica más impresionante y si a algo le daba valor era a la interpretación, a veces magistral, de los artistas. En cuanto al circo, admiraba la destreza de sus cultivadores pero no llegaba a darle el visto bueno como espectáculo artístico. Y por último, la danza la definía, simplemente, como un bello ejercicio aerodinámico.

La palabra es el don más característico de la especie humana y sin ella, las fuentes de la inteligencia, la otra gran facultad del hombre, hubieran sido bien mezquinas y pasajeras. Primero por tradición oral y luego, a través de la palabra escrita, nuestra especie ha mantenido la conciencia de sí misma, de su historia, de sus avatares y ha podido conservar y transmitir el conocimiento en su más amplio sentido. Bien es verdad que en el reino animal también se encuentran rasgos de comunicación y muestras de inteligencia; los gritos y sonidos emitidos por toda clase de animales tienen sin duda, un claro sentido al menos para sus congéneres pero en ningún caso constituyen un discurso pleno de varios pensamientos.

Sin la palabra no se concibe una sociedad como algo distinto de un rebaño o una manada. Constituye un instrumento tan necesario a la inteligencia que el carácter del habla es sin duda la causa de inferioridad de los demás seres con respecto al hombre; los delfines, por ejemplo, poseen un cerebro que supera incluso al de algunos humanos.

No es extraño que una herramienta tan valiosa cual es la del lenguaje haya sido objeto de especial aprecio por parte de toda la verdadera cultura; la oratoria fue siempre muy cuidada entre griegos y romanos y en el medievo se la hizo objeto de máxima atención llegándose a crear cátedras de retórica que han persistido casi hasta nuestros días aunque a través de ella el lenguaje resultase más bien ampuloso y rebuscado; el lenguaje oral y escrito es tema único de la Gramática que vela por su pureza y conservación; el estilo literario es una de las galas de los buenos escritores. Sin embargo, este medio de expresión es tan rico y bello que es una lengua ha sufrido en los últimos tiempos verdaderas afrentas, en la mayoría de los casos hasta por parte de sus mismos cultivadores. No nos referimos tan solo a la jerga idiomática de ciertos sectores sociales incrustados en la vida moderna, sino en particular, a esos grupos retadores que se empeñan en corromper y ensuciar el idioma como gesto de personalidad de la que en otros aspectos carecen.

La extravagancia se ha extendido también por la literatura, con alardes de rebeldía frente a las reglas gramaticales de ortografía, de puntuación y discernimiento confuso del tiempo y lugar de la acción creando un galimatías abrumador que se estima como afirmación de una personalidad literaria que de otro modo no se haría ostensible porque, en realidad, se carece de ella.

La pintura, la escultura, y hasta la arquitectura son otros tantos medios de expresión cuya belleza y significado han sido siempre exponentes de civilización; sobre ellos se ha cebado hoy el esnobismo, la torpeza y el mal gusto o, lo que es peor, como afirmación de espíritus avanzados, cuando representan lo más elemental y caduco de tiempos pasados. El papanatismo ante estas piruetas de la “vanguardia” no tiene límites. La poesía, expresión de los más bellos sentimientos, se ha transformado en una prosa vana, de construcción laberíntica, imágenes borrosas, palabras altisonantes y metáforas incongruentes; desprovistas de medida, ritmo y asonancias ha perdido toda la armonía de su musicalidad, reducida a un simple juego de palabras inconexas.

A través de la música nos llegan también comunicaciones de los sentimientos más puros o más violentos del alma humana y la creación de paisajes y ambientes para inspirar nuestra conciencia por medio de sus melodías, la armonía de sus notas, la fuerza de la expresión e incluso los silencios de ansiedad,

También esta conquista del humano linaje ha tenido que sufrir moderadamente atentados contra su misma esencia, que la desvirtúan por completo; pero eso sí, con el marchamo de vanguardismo a guisa de avanzadilla de los nuevos modos, que todo lo justifican; la melodía huelga, la inarmonía se transforma en virtud porque sacude nuestros espíritus; la intensidad musical se cambia por golpes secos de batalla primitiva y hasta los silencios se alargan haciéndonos creer que, felizmente, la nueva explosión artística ha terminado; pero ello no es más que una ilusión; la agresión continúa hasta que caemos vencidos.

Queremos terminar nuestras críticas analizando a vuela-pluma otro medio de comunicación muy humano del que hoy se pretende ha descubierto nuevas formas; la expresión corporal.

De siempre y por siempre el hombre ha subrayado con gestos y actitudes sus sentimientos y sus emociones, acompañando significativamente a las palabras y a veces, en silencio, en la más absoluta mudez.

Una sola mirada puede tener toda la fuerza expresiva de mil palabras:

“Por una mirada, un cielo”

dijo el poeta y, a fuer que no exageró el precio.

En los ojos reside una capacidad de comunicación que nada tiene que envidiar a la de ningún otro órgano humano: amor, odio, ansiedad, alegría, tristeza, todo cabe en una mirada y con un acento de sinceridad inigualable. Otros gestos y ademanes completan felizmente la expresión corporal.

Pero confundir ésto con la desorbitada secuencia de saltos, aspavientos y cabriolas acompañadas de gritos y otros desahogos guturales con que hoy se pretende, sobre todo en la escena, representar un sentimiento íntimo, comporta singular torpeza, ingenuidad o bobería y, sin embargo, esto acontece con caracteres ya crónicos en casi todos nuestros escenarios sin que nadie se atreva a denunciar el fraude.

En fin: hay que resignarse a soportar todos estos modos y modas de expresión porque el número de esnobs, de pedantes y de papanatas es incalculable; su fuerza numérica es enorme, y resultan invencibles.

Acostumbramos a ver los toros desde la barrera y desde ahí seguiremos contemplando la fiesta aunque por una vez no nos lancemos al ruedo, al otro ruedo, al de la crítica.

Seguramente en toda la cartelera de espectáculos ninguno ha motivado tantas censuras como el de las corridas de toros.

Ni el boxeo con sus terribles acometidas hombre a hombre, ni las diversas clases de lucha cuerpo a cuerpo, ni los arriesgados ejercicios de circo o su reto ante las fieras, ni tantas otras formas de competición, simplemente bárbaras o violentas, ninguna, en fin, se ha ganado tantos reproches como la fiesta de los toros.

Y es que, en efecto, vista con el ánimo incapaz de comprenderla y de valorarla, esta fiesta no es más que una brutalidad por la suerte de varas, un ensañamiento con las banderillas y una reiteración de dolor y sangre en el desenlace.

Que el toro sufre durante la lidia y antes de morir, no podrá negarse; pero acaso no es más placentera la muerte de un crustáceo condenado a morir a fuego lento; o la de un pez extraído de su medio y abrasándose los pulmones en una larga agonía quizás con un anzuelo previo clavado en la boca; o la festiva matanza de un cerdo desangrándose; o la de un ave herida por un cazador; o la del ciervo abatido a tiros y tantas y tantas otras muertes cruentas de animales que por millones carga sobre su conciencia el hombre por juego o por satisfacer sus necesidades creadas por él mismo para su inmediato deleite. Se argüirá que tales crímenes son una exigencia de la lucha por la vida, la ley de la Naturaleza. En realidad, es aprovecharse de la mayor concentración energética en la carne del animal que en las plantas, ya acumuladas por éste en su nutrición vegetal, ahorrándonos así el trabajo de asumir directamente aquella masa vegetal menos densa; se trata, en suma, de un recurso más cómodo de ingestión de los alimentos necesarios para el mantenimiento de nuestro organismo procurándonos, de paso, una mayor delicia del paladar.

El sacrificio multitudinario de animales tiene pues, por causa, un refinamiento de la satisfacción gastronómica, y esto justifica la masacre diaria del mundo animal y la indiferencia ante el dolor de tanta víctima en los procesos culinarios que van a dar placer a nuestro sentido del gusto tan exigente en este punto.

El sacrificio de los toros en la fiesta resulta, por el contrario, vituperable aunque venga a satisfacer una aspiración artística, por lo visto menos respetable que una buena sensación estomacal. Claro es que para apreciar cualquier valor en la escuela del arte se necesita una cierta dote o educación previa; poco sentido podrá hallar cualquier analfabeto en las páginas del Quijote o un sordo en los compases de la Novena Sinfonía. Así habrá muchas personas incapaces de valorar el arte y la plasticidad del toreo.

Desde la bella planta del animal, del toro de lidia, hasta el saludo reverencial del torero al final de su cometido hay toda una suerte de momentos y actitudes en el toreo de una belleza incomparable: la quietud, la serenidad, el valor del torero ante el peligro conmueven al espectador imparcial por escasa que sea su aptitud para ver

más allá de las incidencias de la lidia; la belleza del juego con la muerte sin perder la calma y poniendo a contribución todo lo hermoso que puede haber en el gesto y la actitud del ser humano.

En la lucha a muerte donde el toro está destinado a sucumbir no se sorprende a traición sino que se da noblemente el derecho a defenderse con toda la fuerza que puede, incluso trocar el destino de los protagonistas; esta igualdad de derechos, esta equidad en la lucha trágica no se ha dado en ningún otro reto entre el hombre y la bestia. Aquí triunfa siempre el mejor, aunque el bruto agresor se halle condenado de antemano.

Nosotros no compartimos ese farisaico horror que inspira la fiesta a quien, por otra parte, acaba de sacrificar en su estómago al más indefenso de los sabrosos corderillos, tenemos no obstante que poner reparos a la fiesta en virtud de aspectos que no nos satisfacen.

La suerte de varas, tan cara a los aficionados más puros, nos parece un sombrío recurso de la lidia; ni arte, ni belleza, ni elegancia, ni emoción vemos en ella. Que el toro se arranque de lejos no creemos que tenga un singular encanto; las escuálidas cabalgaduras con sus antiestéticas corazas, una estampa lamentable, el brutal encuentro entre toro, caballo y jinete: un feo espectáculo. No hay aquí la soberbia plasticidad de unos lances serenos, la alegría de unas reboleras de adorno, la bella composición escultórica de toro y torero en el lento transcurso de un pase natural, ni el lucido rasgo de un par de banderillas. Fuerza, fuerza bruta es lo único que contemplamos en la suerte de varas. Y esto ocurre cuando tan bien se reconoce el ágil toreo a caballo; unos rejoncillos de castigo junto con los hábiles recortes y doblados del toro en la persecución del centauro, creemos que podría dejar al animal en condiciones propicias para el resto de la lidia. ¡Con qué diferencia de valor y buen gusto!.

Otra cosa que nos repele de las corridas es el atuendo de los lidiadores. El traje de luces es lo menos adecuado que ha podido encontrarse, dado el carácter de la fiesta. Dignamente, los payasos cumplen con su candoroso papel revistiéndose de abigarrada vestimenta y para ellos todo nuestro respeto; pero una corrida de toros puede ser muchas cosas menos una función de circo y un torero abstraído y trágico no tiene nada en común con un payaso. Por no sé qué motivos o tradición el torero se viste con esos trajes absurdos relucientes de alamares y colorines que estarían muy bien en una pantomima burlesca pero no para enfrentarse valiente y seriamente con la muerte, burlando sus embestidas. El sobrio y elegante traje campero que, por cierto, aparece en los festivales taurinos resulta mil veces más adecuado al oficio y prestancia del torero.

Son éstas las reflexiones de quien ama la fiesta, sin alardes de “cátedra” ni prurito de “clasicismo” pero con entusiasmo exento de prejuicios.

La Ciencia es el imperio de la razón, la Poesía el de los sentimientos pero una y otra a veces se funden sin darnos cuenta y la poesía nos da a conocer sentencias de valor científico cuando la Ciencia se engalana con tintes poéticos; y esto lo vamos a ver en el campo más insospechado, en el campo de los números.

Es poético lo gratamente bello que logra conmover nuestros sentimientos; la belleza penetra por los sentidos pero no es conmovedora si no despierta sentimientos; entonces nace la poesía.

Cuando se hace referencia a la belleza, acostumbra a pensarse en elementos armónicos figurativos al estilo de un paisaje, sonoros como una sinfonía o suaves al tacto como el embrujo femenino; siempre mediante impresiones a través de los sentidos; es decir, se deja al margen el mundo de las ideas donde pueden revelarse los conceptos más brillantes o las verdades más conmovedoras, la verdad en sí y el mecanismo de la razón pueden alcanzar un nivel de seducción incomparable; esto es, convertirse en actos de belleza pura; tales actos pueden elevar el espíritu hasta una cota de belleza nada por bajo de la que se alcanza a través de medios sensibles, cual el que se revela en estos versos maravillosos del poeta definiendo a la poesía:

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía eres tú.

Si: el intelecto tiene a su alcance por medio de ideas y de la razón, verdades tan poéticas que pueden parangonarse con la imagen que el poeta acaba de darnos.

El número: El número, para la mayoría de la gente es el paradigma de lo prosaico porque en números se concretan todas las bajas ambiciones de riqueza material, todas las abundantes formas gregarias compuestas por multitudes sin propia individualidad; y en números se cifran todas las estadísticas de hechos abominables: guerras, hambre, terrorismo, zonas de poder territorial...etc.

El número es, efectivamente en muchos casos un índice patético, una terrible amenaza, un exponente degradante, pero no es el número en sí la causa de tales hechos sino más bien un grito, un valiente grito de alarma.

Sometidos inconscientemente a la magia de los números figuran éstos como protagonistas en multitud de credos, ritos y leyendas: el tres es un número propicio: el dogma de la trinidad, la trilogía de los Reyes Magos, las tres virtudes cardinales, el triple cantar del gallo antes de la negación de Pedro, las potencias del alma son afecciones del número tres en el credo religioso; no es menos propicio el número siete: los siete días de la Creación, los siete pecados capitales, el sermón de las siete palabras, las siete plagas de Egipto, cuantas veces peca el Santo por día; los días de la semana, las siete notas musicales; curiosamente, en su maleficio, el número trece cuando trece fueron las máximas figuras del cristianismo: Jesús con sus doce apóstoles plasmados, por ejemplo, en "La última cena" de Leonardo da Vinci; la fuerza del mismo trece ha llevado a conductas tan risibles como la de saltarse este número de la serie natural en ciertos casos realmente pintorescos; la numeración de los asientos en algunos medios de transporte sobre todo en los que se consideran más peligrosos cual los aviones, o en renunciar a alguna dádiva o sorteo con este

este número. En fin: el quince, el veintidós, el treinta y tres, el cuarenta y cuatro, el sesenta y nueve y el cien están sujetos muchas veces a ciertas interpretaciones escatológicas.

También el número es objeto de anatemas como la representación más prosaica de la vida: la ambición de riquezas, de dominio por la fuerza, del poder concentrado y muchos más. Pero el número en sí mismo, sin necesidad de sus aplicaciones, es un ente verdaderamente mágico y a veces insondable; las afirmaciones que se desprenden tras su correcta manipulación son incuestionables, un exponente de la verdad absoluta sin lugar a duda alguna; esta cualidad es exclusiva del número sin que nada en la vida o en la Naturaleza pueda igualarla, y esta verdad constituye un acto inigualable de poder y belleza que nadie puede dejar de admirar y embriagarse en ella con una embriaguez intelectual cercana al arrobamiento; aunque parezca tan simple, el hecho incontrovertible de que dos y dos serán siempre cuatro constituye una afirmación tan sólida que nada podría destruirla y conmueve nuestros sentidos por vía de la inteligencia.

En otro orden de cosas, las propiedades intrínsecas de ciertos números son un arcano insondable; tales, como las de los llamados números primos que, en serie infinita, no admiten su fraccionamiento en otras unidades enteras que las del propio número: así, el once no podrá subdividirse en grupos de dos, de tres, de cuatro unidades sino exclusivamente en once partes enteras; y como este número, millones y millones de ellos ya que por muy alto que imaginemos un número siempre habrá otro mayor e imprevisible que muestre tan absoluta intransigencia lo que no ocurre en los restantes números, cual el seis que puede fraccionarse en dos grupos de tres, en tres grupos de dos, brindándonos espontáneamente la posibilidad de estas dos operaciones.

En la línea de posibles fracciones o grupos enteros derivados de distintos números existe una gran riqueza de combinaciones: números primos entre sí, con divisores comunes entre los cuales destaca el máximo o bien con múltiplos también comunes entre los cuales descuella el mínimo, con serie invariable de factores primos en su composición etc. constituyendo un frondoso jardín de números perfectos e imperfectos.

Hay otra clase de números que poseen una singularísima cualidad: la de no ser representables de modo exacto en manera alguna, es decir, el que concretada su parte entera, podemos seguir acompañándola de decimales, añadiendo cifras y más cifras sin alcanzar a definir nunca su verdadero valor; se trata de los llamados números inconmensurables de los cuales se llega a decir que provocan una cortadura en el sistema de numeración; ¿Quién no conoce el número “Pi” resultado de dividir la longitud de una circunferencia por la de su diámetro y que da por resultado 3,14159265...?, y así en serie inacabable. Existen también números imposibles como por ejemplo la raíz cuadrada de los números negativos. Y ¡qué paradoja!: estos números imposibles llamados “imaginarios” aparecen en numerosas funciones de la Naturaleza y tienen un significado preciso: por ejemplo en las representaciones gráficas como puntos de avance en sentido perpendicular y en el tratamiento de la mayoría de procesos electromagnéticos. Podemos afirmar, pues, sin reserva, que el

número es por sí mismo un ente pleno de magia y de belleza. Cuando el número entra a formar parte de las varias operaciones matemáticas, de nuevo nos ofrece experiencias sorprendentes; se precisa a veces conseguir números condicionados que obedezcan fielmente a ciertas imposiciones llamadas ecuaciones en el lenguaje científico: por ejemplo, como caso muy sencillo, si se pide un número que multiplicado por cinco y sumando diez al producto da por resultado treinta, ese número no puede ser otro que cuatro; en efecto, cuatro por cinco es veinte, más diez, treinta. Si se nos propone, en cambio, hallar un número elevado al cuadrado, es decir, multiplicado por sí mismo y restando después el propio número, de cero, nos damos cuenta enseguida de que una solución trivial sería cero, puesto que todas las operaciones aditivas y sustractivas que se efectúen con esta cifra o cualquier potencia suya, dan como resultado cero, como se pedía, pero también conduce al mismo resultado el número uno ya que uno por uno menos uno da a su vez cero. Es decir en este caso hay dos soluciones posibles. Tal es lo que sucede con cualquier propuesta condicionada donde se introduzcan en el proyecto el número demandado, llamado también incógnita o raíz, multiplicado por sí mismo dos, tres o más veces; las soluciones son dobles, triples, etc. aunque algunas de ellas no tengan significado real apareciendo como números, de los llamados imaginarios; no obstante, la técnica ha sacado partido también de tales números en la teoría de los circuitos eléctricos entre otras. Y aún hay sistemas plurales condicionados (sistemas de ecuaciones) que la ciencia logra resolver con singular elegancia y maestría.

En el mundo de las figuras geométricas hallamos sorpresas maravillosas por lo inusitado de sus propiedades numéricas. Tomemos como muestra un cono de base circular (lo que en términos vulgares se llama un cucurucho), cortémoslo por distintos planos con inclinaciones varias respecto a su eje; hallaremos en los cortes figuras armoniosas como circunferencias, elipses, parábolas o hipérbolas con incalculable número de precisas relaciones entre sus dimensiones: toda una exhibición de leyes perfectas que despiertan nuestra admiración. No menos asombrosas son las propiedades numéricas de un triángulo. De un cuadrado, de una esfera y mil figuras más que pueblan todo el campo de la Geometría; si desapareciera la hélice (lo que señala un lápiz deslizándose paralelamente al eje de un cilindro o tubo giratorio, ambos movimientos con velocidad uniforme) muchos de nuestros instrumentos, utensilios, muebles, vehículos y cuantos artificios podamos imaginar se desmoronarían instantáneamente; habrían desaparecido todos los tornillos. Esta es una cita de las infinitas aplicaciones que el número posee en la vida práctica; pero aunque así no fuera, la estructura del campo numérico es tan hermosa, que valdría la pena cultivarla; no se olvide que acertadamente se ha dicho de ciertas regiones del conocimiento mecánico que son tan puras que no han sido “manchadas” jamás por alguna aplicación práctica, lo cual no desmerece en nada a este sujeto de la Ciencia.

Para no cansar al lector no nos vamos a extender en consideraciones sobre otros campos del número: las maravillas que nos aportan el cálculo infinitesimal a base de cantidades infinitamente pequeñas tomadas a veces en términos infinitos; el análisis armónico reduciendo a curvas sencillas equivalentes un maremágnum de

líneas dislocadas; el cálculo de probabilidades y la estadística capaces de investigar lo inaprensible y tantas otras técnicas matemáticas cuyo único denominador común es éste: belleza y verdad.

Un hecho al que estamos plenamente acostumbrados, y que por ello nadie reflexiona sobre él, rige la vida de casi todas las especies que pueblan nuestro planeta, desde la planta más humilde hasta el hombre, pasando por la inmensa variedad del reino animal; nos referimos a la división de cada una de las especies en dos géneros: masculino y femenino, y no en uno solo de multiplicación por fraccionamiento, como ocurre siempre con nuestro componente básico: la célula. La simple reflexión sobre este fenómeno universal nos conduce forzosamente al planteamiento de estas tres preguntas: ¿cuándo?, ¿cómo? y ¿porqué? se establecieron las cosas de tal manera. Por poco que queramos espigar en el tema habremos de adentrarnos, siquiera sea muy superficialmente, por los arduos caminos de la Ciencia partiendo del origen de todo: del instante mismo de la creación. ¿Es verdad, como nos dicen los textos sagrados que desde el instante inicial y sólo por la voluntad divina, apareció sobre la Tierra la primera pareja que tantos quebraderos de cabeza nos ha legado en herencia?; nos referimos evidentemente a nuestros primeros padres, Adán y Eva. Tal aserto no resiste hoy la más leve crítica, según ha demostrado sobradamente la Ciencia, en cuyos argumentos, de sobras conocidos, no vamos a distraernos. Menos afortunadas son aún las concepciones mitológicas occidentales de ambigüedades teológico-humanas en cuanto al origen de nuestra especie o las divagaciones orientales sobre el mismo tema.

Cuando el hombre ignora las causas de algún fenómeno, siempre anhelante de saber, recurre a una explicación inmediata de carácter divino ya se trate del nacimiento de la pareja humana, ya contemple el movimiento de las estrellas. Intuitivamente perciben que no hay efecto sin causa y cuando ignora en verdad ésta, no duda en inventarla. La especie humana es de presencia muy reciente, diríamos que desde ayer en la inmensidad de los tiempos; mucho antes de existir ya tenía señaladas todas las andaduras previas, bien que, al parecer, no de un modo consciente. El camino de la evolución es una ruta indudable pero no de antemano diseñada, sino sujeta a mil avatares que la hacen imprevisible, progresiva en sus líneas maestras pero sin altibajos de clara involución para ajustarse a determinadas circunstancias transitorias o permanentes. Retrocediendo en el tiempo y mucho antes de llegar a la pareja humana (millones de millones de años) fue el primer aliento del Cosmos, nacido por una Voluntad Suprema intemporal, único modo de superarse de otra hipótesis mucho menos comprensible para la razón humana: la de otra eternidad: de un Universo increado.

En el principio debió surgir de aquella Voluntad Suprema una sustancia única, raíz de todo lo existente; no es lógico suponer, dada la identidad del sustrato atómico que constituye la masa de todos los seres inanimados, que la diversidad presente fuese el carácter original del mundo; al contrario de aquella sustancia única y homogénea que llamaremos, por sus cualidades formativas, hipermateria, debió concentrarse en corpúsculos para construir la escasa variedad de los átomos todavía presentes. Esta concentración fue promovida por otra cualidad que acompaña siempre a la materia: la energía, de la que no sabemos aún en que consiste, pero

capaz de generar fuerza y movimiento de donde surgen todos los cambios que se producen en el universo.

Formadas las partículas subatómicas y por virtud de esas fuerzas también ignotas, llamadas nucleares, aparecen los átomos; las combinaciones de éstos, dieron lugar por fenómenos desconocidos a las distintas moléculas constitutivas de todos los cuerpos desde los más simples a los astros celestes. De nuevo cierto día (hace de esto muchos millones de años) por razones y caminos ignorados surgieron sobre la Tierra las primeras células, signos de vida, capaces por sí solas de engendrar nuevas células, nueva vida. Esto es tanto o más sorprendente cuanto que en las células vivientes no se encuentra ninguna sustancia, ninguna otra fuerza material que las que conforman el mundo inerte sin vida y sin capacidad de reproducirse. Por decir algo, a este raro impulso capaz de transformar la materia inerte en seres vivos se ha denominado “fuerza vital”.

La multiplicación de las células se ha efectuado siempre y así continúa haciéndose en todos los seres vivos, por división o partenogénesis. En el principio, ello debería acaecer, sin más, desde la primera célula gestora y para cada nuevo individuo de la especie. Transcurriendo uno de esos períodos cósmicos, para nosotros de inconcebible duración, la cosa empezó a cambiar: la descendencia no era toda ella homogénea sino que aparecieron dos clases distintas de seres; el germen masculino y el femenino producidos al parecer sin proceso de diseño consciente sino más bien por deficiencia de una célula hija con respecto a otra; de momento un paso regresivo en la evolución que sin embargo, por efecto e la selección natural entre los individuos de uno y otro género habían de proseguir la evolución por nuevos caminos cuya exigencia fue ineludiblemente las parejas, condición antes superflua dada la identidad de todos los seres, unicelulares o multicelulares, ante esta función reproductora.

De ahora en adelante es imprescindible el apareamiento para la fecundación. ¿Por qué esta nueva exigencia que tanto había de influir en las relaciones individuales de futuro?; hagamos notar que tal exigencia sólo existía en dicho momento inicial, el crecimiento continuaba produciéndose exactamente igual que antes, la multiplicación, por divisiones sucesivas de la célula. ¿A qué viene esta condición distinta de los progenitores en su primer encuentro?. Conjeturas y nada más es lo que puede aportarse a la solución de tal interrogante, y conjeturas de más caprichosas que ninguna de ellas alcanzaría la prueba suficiente.

Una vez más ante la incógnita que el hecho representa, el hombre lo atribuye a la voluntad divina sin más explicaciones puesto que tal fue su soberana decisión desde el primer momento en que dio vida al ser humano. Ya hemos visto que este primer momento no existió, por lo cual, no pudo ejercerse en él la voluntad de ningún género: la célula primigenia de donde proviene toda la vida de todo lo que más tarde está destinado a morir, fue el primer eslabón de la cadena evolutiva que se ramificó en tantas direcciones, en una de cuyas etapas empezó a desarrollarse el homo sapiens a partir del eslabón más propicio de los simios. La distinción de los sexos se había producido hacía miles de millones de años, la Ciencia se atreve a poner algunas cifras significativas; nosotros nos conformamos quedándonos sólo

con los ceros así: 000.000000 anualidades. Algunos científicos quieren encontrar el motivo de esta dualidad genética de los seres humanos en la misma teoría de la evolución en el orden de la selección natural; su argumento viene a ser éste: la dotación a los seres vivos de un solo sexo o lo que es lo mismo, carencia de este distintivo, la reproducción por vía exclusiva de la división celular no es un método propicio a la mejora de las especies dada la uniformidad hereditaria de los caracteres. La distinción entre ambos sexos pudo producirse por las diferencias genéticas de algunos descendientes lo cual si bien, en principio es una regresión, ofrece en cambio la ventaja de una posible combinación de seres distintos lo cual abre el camino de la selección, del triunfo de los mejores.

No entremos en el valor de estos argumentos seguros de nuestra falta de autoridad para hacerlo; por eso lo dejamos ahí sin comentarios. Lo que sí nos afecta directamente son las consecuencias de esta subdivisión, generosas consecuencias que tal vez afecten también en parte a las demás especies, tanto del reino animal como de las especies vegetales, aunque lo que principalmente nos interesa son los efectos sobre la especie humana. He aquí pues, en fin, al hombre y a la mujer: él y ella, lo masculino y lo femenino.

Si la humanidad progresa más deprisa por vía de selección más libre de constituirse la pareja, en vez de esperar pacientemente con el mismo fin a la aparición de un accidente ambiental favorable a la reproducción unisexual, bien venido el emparejamiento. Empero, hay que reconocer que esta dualidad de género ha roto la equidad que debiera existir entre ambos sexos, siendo el femenino el peor librado. Claro es que no nos referimos, por ejemplo, al caso del macho de la abeja, sino al de los animales superiores en general y en particular la pareja humana.

Aunque placentero, el gesto de la fecundación rodea al género femenino de una larga serie de incomodidades que el macho o el varón no conocen: la gestación, el alumbramiento, el cuidar de la prole durante su fase más débil son una carga que debieran haberse repartido con mayor espíritu de justicia, y no olvidemos de la mujer en ese cierto periodo que la hiere mientras no ha cumplido con su deber de ser madre. Nosotros los hombres estamos exentos de tales cuitas.

¿Es que la naturaleza nos considera más nobles o más dignos que nuestras compañeras?; ésto sería una injusticia todavía mayor.

El caso es que no queda muy claro cómo, cuando ni porqué se forjó este doble sendero para casi todas las especies vivas desde la flor hasta el máximo representante de todas las especies. Estos integrantes no preocupan mucho a la mayoría de los mortales que no habiendo conocido otro estado de cosas no pueda ni siquiera imaginarlo. No preocupa tampoco a la Iglesia que apoyada en sus dogmas ya tiene bastantes conocimientos.

Sólo preocupa a la ciencia, pero hasta hoy, no ha podido ir más allá de más o menos fundadas conjeturas. Yo he preguntado a algún poeta, subespecie que acostumbra a saber por intuición más que muchos sabios reconocidos; la respuesta, si no es verdad más cuando menos es consoladora; la razón de existir de los dos géneros sobre la Tierra es sólo una: la de propiciar lo más bello del mundo, el amor de la pareja.

El alma femenina como el alma masculina son tan complejas que resultaría vano pretender reflejarlas íntegramente en unas cuantas páginas, ni siquiera en unos cuantos volúmenes. Al primero de estos colectivos pertenecen por ejemplo: Marie Curie y la envenenadora que cada villa tiene en su leyenda, Teresa de Ávila y la echadora de cartas que siempre aparece en la feria del pueblo. El despliegue de tipos y caracteres es infinito, imposible de recorrer en una ojeada.

No obstante, hay ciertos rasgos característicos que conforman a la gran masa y otros, también idénticos, propios de cada grupo en particular o de una coyuntura determinada; sólo a estos casos habremos de referirnos para dejar constancia de sus caracteres más comunes.

En la vida de la mujer existe un periodo durante el cual se transfigura en un ser superior hasta alcanzar cotas que el hombre no puede ni siquiera rozar, dada la plenitud y grandeza de los sentimientos que entonces afloran en la mujer, sin preparación previa alguna, sólo con el ánimo puramente instintivo. Ya se comprende que nos referimos a la mujer, el reflejo más noble del ser humano. La capacidad de ternura, sacrificio y entrega de que hace gala la mujer en este estadio de su vida es admirable y no admite parangón con ningún otro comportamiento por sufrido y generoso que sea, cuanto hay de noble, cuanto hay de grande en la vida se ve reflejado en la conducta de la mujer madre, sublime ejemplo de la Naturaleza. Muy próximo a este estado de grandeza se halla el de la mujer amante, que incorpora todas las virtudes del amor y aroman la existencia; contrariamente a la tradición bíblica, puede transformar este mundo en un paraíso terrenal. Su impronta queda entre los más bellos recuerdos que al correr del tiempo nos hace volver la vista al pasado. Si entre estos recuerdos no hubiera una mujer, lo que quedaría sería el vacío, la monotonía y la desilusión. La mujer amante se entrega a su pasión con toda el alma y por tanto es capaz de los mayores sacrificios desafiando, si llega el caso, con gesto heroico, a la Sociedad, a la moral, a la ley y a cuantos se opongan a su amor. Lo que pueda hacer una mujer enamorada es imprevisible.

Junto a tan excelsas cualidades se proyectan en el alma femenina sombras por cuyo seno es capaz de descender hasta los más bajos niveles trascendentes o frívolos en continua y confusa mezcolanza. Es pues, un ser contradictorio y voluble tan incongruente, incluso a los ojos de los Padres de la Iglesia, que llegaron a plantear muy seriamente si la mujer tenía alma. La duda es naturalmente injusta, pero la mujer ofrece a veces comportamientos y pone en juego mecanismos lógicos que rondan muy seriamente los límites de la irracionalidad. Su instinto gregario no constituye precisamente una virtud; por ejemplo, la sumisión a los dictados de la moda, sacrificando el don de su propia personalidad en aras de unas normas arbitrarias promulgadas por gentes completamente ajenas a su personal voluntad pone de relieve la falta de carácter y el cómodo seguimiento de un camino en el cual se excluye su propio criterio y la exime de pensar, de decidir, en suma. Todo ello revela un temperamento apático, poco creativo, más afín que a mandar, a ser mandado. Quizás para sacudirse ésto, crea un real complejo de inferioridad,

consciente o no, reacciona con facilidad de modo violento, caprichoso, que contribuye a marcar su inestabilidad emocional, lo que se llama histerismo.

Todavía está por hacerse un estudio psicológico serio de estas contradicciones. La afición a lo que en el lenguaje de ellas se llaman “los trapos”, culminación del culto a la moda llega a adquirir categoría de obsesión dominante. Una mujer puede pasarse toda la vida hablando de trajes, de zapatos, de sombreros, de bolsos y demás complementos del vestir femenino y sentirse por ello en la gloria. La pasión por los trapos acompañados por la cosmética es innata en la mujer y se registra en la historia desde los más remotos tiempos. El objetivo inmediato es el embellecerse resaltando aún más estas cualidades que les han hecho ganar el merecido título de bello sexo. La intención en sí, no es reprobable pero cabe profundizar un poco en los objetivos que se propone. En primer lugar responde a una especie de narcisismo muy complaciente consigo mismo. Cuando se contempla bella ante el espejo ha logrado ya para sí la mitad de su propósito. El resto parece lógico que fuera el de agrandar al hombre, en cuyo punto de mira siempre se encuentra, por mucho que ésto les duela a las feministas; pero no es así; la admiración que pretende sobre todo es el de las demás mujeres, de las cuales se siente instintivamente rival, en el esfuerzo por destacar su hermosura. La seducción del hombre viene en tercer lugar y tiene por meta primordial experimentar este sentimiento de admiración y pleitesía, otra de las formas de su narcisismo vital.

Lo que puede haber de erotismo en esta conducta queda muy atrás aunque las apariencias lo sitúen en primer plano. La mujer no es un ente sensual por naturaleza, quizás por un temor atávico que liga en ella todas las reacciones biológicas en cada una de las etapas sucesivas de la sexualidad con acentos de impresión dolorosa y sangrienta. Así, el anuncio de la pubertad, la iniciación a la vida del sexo, el periodo gestacional y el parto, sin olvidar el aviso periódico que recibe de su latente maternidad; nada de ésto acontece en el desarrollo sexual del hombre que vive todas sus experiencias de este género en pleno goce sin sombra alguna de dolor. Creemos que por todas estas razones, sumadas quizás a otros condicionamientos genéticos, el impulso sexual en la mujer no es tan imperativo como en el hombre, a su vez un arma de dominación frente al varón, como compensación sobrada de su debilidad fisiológica en términos comparativos.

El extremo de esta frialdad femenina se da en la hembra dedicada al comercio carnal, capaz de permanecer insensible ante el impulso masculino, lo que le permite traducir fríamente en moneda corriente concesiones abundantes que fueran imposibles si el deseo pusiera el mismo fuego en sus sentidos que en los de su pareja ocasional.

Sin llegar a estos extremos carentes de ética, es lo cierto que la mujer sabe jugar con su mayor autodomínio sexual incluso para alcanzar metas más sutiles. Es un arma que conoce bien aunque parece inocente en su esgrima. La astucia innata de la mujer, como en general, la de todos los seres débiles, consigue el resto. De la suma de valores femeninos hay que resaltar todavía dos constantes negativas: su capacidad de fingimiento y su locuacidad torrencial.

La mujer tiene un concepto muy singular de la amistad dentro de su misma especie: cariñosa y cordial en presencia de sus víctimas, su ausencia borra instantáneamente esta amistad dando paso a las más duras críticas; lo minucioso y vario de sus ataques a los rasgos visibles y ocultos y a la personalidad de su elegida dan sensación de que haya consagrado a su estudio toda la existencia. Digamos en descargo que la intención de estos desahogos es muy superficial puesto que toda la ayuda y el consuelo a su víctima estarían prestos a ofrecerse en caso necesario. Se trata más bien de un somero rencor femenino que ve en toda otra mujer una rival.

La capacidad femenina de fingimiento puede llegar a límites increíbles cuando se encamina al logro de sus propios designios, y va, desde la simulación del placer hasta el enmascaramiento perfecto de la personalidad real disimulándola tras la que mejor conviene a sus ambiciosos fines. En este mimetismo reside quizás el mayor peligro que puede generar su complicada psiquis.

En cuanto al torrente verbal que anima y hace feliz a cualquier mujer debe constituir para ella alguna descarga incontrolable del subconsciente incapaz de controlar el flujo impetuoso, y cuando el caudal se agota, no tiene inconveniente en volver a empezar repitiendo ce por be cuanto acaba de decir; de esto saben muy bien cuantos han tenido el infortunio de hacer cola tras una mujer ante una ventanilla o una cabina telefónica.

La locuacidad viene alimentada por la mucha información que la mujer posee sobre todo lo que no le interesa: la anécdota maliciosa y el chisme; y se nutre sabiamente con la abundante literatura que consume para ornato de su intelecto con lo que antiguamente se llamaron “ecos de sociedad”; y hoy hacen latir el corazón las revistas de mayor prestigio entre la grey femenina.

Con sus luces y sus sombras, la mujer sigue siendo, empero, la base de la vida y la mejor gala de la Naturaleza; realidades que no comprendemos porque irritan y sonrojan tanto a esos grupos irredentos llamados feministas.

Todo empezó, según la leyenda, entre un hombre y una mujer con la prueba de una manzana y bajo el dictado de una serpiente. De estos cuatro elementos nació el concepto de la desnudez humana, sus graves consecuencias y la inútil defensa contra ellas sin otros medios que una somera hoja de parra; así nació el Gran Pecado.

No importa que la Ciencia haya puesto de modo incuestionable la inexistencia de aquella primera pareja sustituida por una multitud de formas siniestras muy poco nobles procedentes a su vez de otras menos nobles aún y éstas de otras más primitivas hasta el origen de las especies en los elementos celulares cuya existencia al lado de la materia inerte ya escapa a los datos de la experiencia y a las construcciones lógicas de la imaginación, es decir hasta llegar al gran misterio de la Creación, de Dios y de la Eternidad a los que sólo podríamos acercarnos con argumentos muy tímidos pero sin consistencia suficiente para sosegar en parte nuestro espíritu. Sin embargo, no es a estos problemas a los que ahora vamos a dedicar nuestra atención, sino al hecho, ya enunciado en el título, el Gran Pecado, pese a todo tan común cuanto oculto y abominable para las gentes severas.

Por un destino fatal y paradójico es justamente ese Gran Pecado la fuente de la vida por lo cual no es extraño que los espíritus más escrupulosos con la moral atribuyan toda la obra humana al Diablo vencedor frente a la bondad Suprema en este confuso juego de la vida. Tal idea, que debiera considerarse como una blasfemia se encuentra entre los anatemas pronunciados por los demás santos varones. Para atemperar esta abominable idea y por lo que respecta al Gran Pecado origen de la vida, se ha convenido en eximirlo de su malignidad si va precedido de un cierto rito religioso en tanto no se abuse del perdón que ofrece dicha absolución.

Pero el caso que tan execrable práctica pecaminosa lleva consigo otras connotaciones ajenas por completo al sentido de la procreación; son otros sentidos los que se alertan al mismo tiempo y en ello se conviene que residen las máculas pecaminosas.

La Iglesia, que admitió como una salvación del Gran Pecado su móvil procreador, ya a partir del segundo Concilio Vaticano deja entrever aunque de forma ambigua que el acto puede tener también otros móviles sin especificar cuales pero que han de ser manifiestamente placenteros. En contra de esta “suavización” de las condenas, proscribete terminantemente el uso de anticonceptivos pero ésta es una de tantas contradicciones que emanan del dogma y como tal no hay que detenerse más tiempo en ella.

La condena del placer debería realmente nacer cuando se deriva la procreación irresponsable, lanzar seres al mundo sin hogar, sin medios de subsistencia, sin garantías de formación y educación adecuada para el nuevo ser; eso si que es francamente censurable y no el goce sublime de la vida que la Naturaleza nos otorga sin duda por concesión de Quien así lo dispuso y pudo hacerlo.

Este afán de enmendar la plana al Creador tiende a convertirse en un juego

tentador para el hombre de cualquier estamento con algún poder, valiéndose a veces, de caprichosas interpretaciones de las leyes naturales o divinas: el sociólogo, el legislador, el ministro sagrado y el filósofo, a veces incluso el científico, se abrogan la suma representación de la verdad para envolvernos en los sofismas menos consecuentes añadiendo sarcásticamente este aforismo: no crees ni me obedeces; luego, pecas y pecas y burlas las más puras leyes.

El Snob

La etimología del término, según algunos, se emparenta con la expresión de “sin nobleza”. El remoque, hoy en día, le cuadra a un sector social minoritario calificado también de intelectualoide y, en su acepción más baja, como hortera.

El snob intelectualoide, versión ridícula del intelectual a secas, se distingue por su adscripción a todos los movimientos pseudo culturales que tengan por base la extravagancia, y sean ininteligibles o abstractos, o a cualquier cosa con tal que se pueda asignar el marchamo de vanguardista aunque el pensamiento esté ya manido: forma primitiva con irradiaciones de subnormalidad y sobre todo, aburrida. El estoicismo del snob para soportar sin pestañear el aburrimiento tiene reflejos de heroísmo y es lo único de él que merece sincera admiración. Escuchar después su crítica de la obra artística que acaba de encajar es digna de la más resabiada escuela de pedantería, confusa como el original y vacía como su cerebro. Haciendo alarde de imaginación, de palabra mágica para el snob, os describirá lo que ha visto, oído o en versión escrita, con imágenes que nada tengan que ver con la obra misma porque, para eso, el vanguardismo del snob significa libertad absoluta de interpretación de lo que no tiene significación alguna, con lo cual nadie puede realmente contradecirle. Con la terminología del snob pudiera hacerse cualquier día un vocabulario antológico de la vaguedad y la pedantería; cuando menos, esto sería lo único divertido en las referencias intelectuales del snob. En particular, contemplar el estilo y las reacciones de los que ejercen profesionalmente la misión de enjuiciar, por decirlo de algún modo, los valores admitidos en el submundo cultural snob provoca a la vez risa y compasión al pensar en lo que hay que hacer a veces para vivir. Otra forma de snobismo es la que practican los que comúnmente llamamos horteras. Estos se distinguen de los anteriores, en primer lugar, por el número, puesto que constituyen una mayoría ingente, no suelen tener preocupaciones intelectuales a no ser que el tema caiga dentro de su radio de entrega absoluta: la novedad. Cualquier cosa nueva, cualquier mecanismo llamativo les arrebatara y su máxima ilusión es acercarse a ello o, si es posible, poseerlo. Esta constituye la gran masa consumidora a la que hay que prestar acatamiento y reverencia porque es la que sostiene toda la economía inútil del país sin la cual los problemas del trabajo se agravarían aún más. El hortera se encuentra en todas las capas sociales; desde el potenciado que forra de oro el techo de su vivienda hasta el pordiosero que oculta en su zurrón un muñeco automático que recogió en el cubo de la basura. La clase media, como la más abundante, es la que suministra mayor número de horteras; la novedad que les

embriaga tiene también otra función; la de despertar la envidia de su vecino o del amigo más próximo y a este fin se dedican verdaderos sacrificios que se traducen normalmente en esos efectos financieros que llamamos letras aceptadas o bien en créditos bancarios que ahogan la restringida economía del hogar, pero el placer de ostentar el más sorprendente hallazgo de la técnica moderna, la más chocante obra de arte vanguardista o el poder hacer un simple comentario de cualquier acontecimiento llamativo bien vale la pena de todos los sacrificios.

La tentación de acceder al inefable mundo de los horteras acecha, sobre todo, al nuevo rico cuyo afán de deslumbrar y llamar la atención de los demás es la fiebre incurable que le consume y como han conseguido introducirse en ese escalafón de la riqueza nueva, de aquí que esta especie llegue a pensar tanto en la Sociedad y haya que cuidarla porque sin el consumo tan fructífero que promueve no sabemos qué sería todo.

La felicidad

Éste es el deseo natural de todo ser viviente pero si se analiza lo que cada uno entiende por felicidad veremos cuán grandes son las diferencias que separan unas de otras concepciones sobre dicho anhelo común.

El hedonismo es una de las metas felices hacia donde se dirigen los amantes del placer por encima de todo y ha sido y sigue siendo, de una manera más o menos encubierta, el objetivo de una buena parte de la humanidad. No hay que condenarla pese a tantas prédicas morales en contra puesto que el placer es algo importante en la vida del hombre e incluso debiera de ser sacralizado como un don generoso que viene, al par de todo, de la mano de Dios. Se necesita una buena dosis de hipocresía para condenar el placer mientras su práctica no la desdeñan los más severos moralistas aunque busquen, en él, la subordinación a ciertas fórmulas morales que descarguen sus conciencias.

La felicidad en sí misma es un goce, desde luego no un dolor, al que se puede llegar por muy distintos caminos según la contextura espiritual del individuo.

La riqueza, se ha dicho mil veces, no es la felicidad y de ello hay pruebas tan abundantes en la biografía de los potentados que no se requieren más argumentos para demostrarlo. Pero se silencia a menudo que la pobreza sí es fuente segura de infelicidad. Para compensar la desgracia de una vida mísera se ofrece el consuelo de tentadoras promesas sobre otra vida futura plena de gloria y felicidad pero hay que esperar a morirse y muy pocos sienten impaciencia por alcanzar tan ricos dones. Aunque digamos que son pocos, no faltan algunos iluminados cuyo misticismo les lleva por ese camino. Muy bellos son los versos de Santa Teresa que terminan una estrofa con esta confesión emocionante:

**“y tan grande dicha espero
que muero porque no muero”**

prototipo de una actitud esperanzadora, sin límites, en otro mundo.

Doctrinas que vienen de oriente nos enseñan que siendo la infelicidad siempre fruto de un deseo no satisfecho, el camino más seguro para ser feliz es

matar en nosotros toda sombra de deseo. Para los occidentales, tan severa doctrina equivale a cambiar vivir por vegetar, estilo de felicidad que nos resulta bastante dudoso.

Mucho más sabia nos parece la idea que de una vez apartada de nuestra vida la pobreza, nos pongamos a jugar con lo que se nos dé por añadidura conformándonos serenamente con nuestros medios sin aspirar nunca a lo que indudablemente no podríamos alcanzar, sin prescindir nunca, empero, de algo grato que se halle a nuestro alcance. Esta postura ecléctica puede ser motejada de acomodaticia y demasiado burguesas, mas es lo cierto que en su órbita se encuentran fácilmente sin esforzarse continuas satisfacciones que valoradas debidamente alcanzan una suma envidiable.

Es verdad también que para encontrar la felicidad no hay que recurrir casi nunca a promover grandes hechos: un abrazo deseado nos satisface y nos hace vibrar más que la cinta de una gran condecoración alrededor de nuestro cuello.

Cierta persona, sibarita por excelencia, buen fumador, amante del café como bebida reina, lector infatigable y entusiasta de la comodidad describía así la cumbre de las satisfacciones soñables en el planeta Tierra que para él consistiría en sentarse después de comer en un amplio sillón, ante una taza de moka, junto a una copa de coñac, con un libro en la mano; ésto, decía, es un puro éxtasis que ninguna gloria terrena puede rebasar y quizás tenía razón. El caso es que para conseguir algo así no se necesita, ni mucho menos, ser un potentado.

Si bien la riqueza, el poder, la fama o la buena salud no bastan por sí solas para sentirse feliz, es también muy cierto que el reverso de los estados de gracia, la miseria, la esclavitud, el descrédito o la enfermedad son prendas seguras de infelicidad; tratemos pues, sabiamente de conseguir al menos algunas migajas de las primeras para no sucumbir bajo el peso de las segundas. No es moral, es pragmatismo lo que tratamos de difundir con este consejo lo que nos valdrá, a buen seguro, las censuras de los más estrictos moralistas.

Hay una fuente conocida de la que mana en abundancia caudal de felicidad: el amor. El amor, que es una sensación indefinible, pese a toda la literatura que se ha vertido tratando de explicarlo, una droga fortísima y saludable –en lo cual se diferencia a las demás- capaz de alucinar a la persona enamorada trasladándola al más bello paraíso. Para sentir ese goce hay que amar, que no es lo mismo que ser amado; con esto último sólo se siente uno como adornado con plumas de pavo real sin más que un sentimiento superficial. El amor, lo más parecido a la Gloria, se diferencia de ésta en un punto esencial: que no es eterno, pero mientras florece no hay nada comparable.

En cambio, una vía segura para no alcanzar nunca la felicidad, por muy cerca que la tengamos, es la ambición incontenible pues aunque mucho poseamos siempre habrá algo más allá que hará que la envidia nos atormente. Por lo demás, la felicidad es siempre un bien personalísimo tan pleno que a veces llega a salpicar ligeramente a los que nos rodean y ya hemos dicho que no se hallan en las grandes efemérides sino en los pequeños sucesos y emociones de nuestro yo que, no obstante, requieren saberlos componer y apreciar para que inunden nuestra

existencia. A menudo se la deja pasar al lado sin rozarla siquiera, deslumbrados por otros espejismos que parecen llenarlo todo con sus falsas imágenes.

Es preciso entender que la felicidad requiere también, en parte, el auxilio de la inteligencia, cualidad de la que no todos nos hallamos dotados.

La moral

Es el código, escrito o no, que debe regir las buenas costumbres. En forma escrita aparece ya uno de estos códigos en el Antiguo Testamento con la aureola de su dictado divino y el acatamiento formal de millones de seres. Pudiera ser, por tanto, algo definitivo, pero ello está muy lejos de la realidad. Paralelamente a este índice de normas morales han aparecido varios más con pretensiones también de inspiración divina, no del todo acordes todos ellos entre sí. Por si fuera poco, el hombre ha establecido, también por su cuenta, diversos códigos morales: el del honor, las ordenanzas legales, el respeto a las costumbres o la tradición y otras pequeñas recomendaciones de menor alcance.

Se ha pretendido incluso, definir la ética como valor absoluto mediante proposiciones de orden filosófico; tales, las de considerar moralizante todo aquello que puede tener valor universal frente a la consideración del individuo, lo que no pasa de ser un espejismo por cuanto hay fórmulas universales que nada tienen que ver con la ética en tanto que ciertos valores éticos personales no encajan dentro de lo universal.

Con el paso del tiempo, lugar y circunstancias se podría componer un interesante estudio de la conciencia humana que es al fin la que dicta los preceptos a seguir. El mandato más taxativo, sin duda, el de no matar, se viene transgrediendo farisaicamente desde hace siglos; numerosos juegos de manos lo reducen poco menos que a una entelequia: es lícito o incluso obligatorio matar en la guerra por la defensa o la hegemonía de la patria o de la religión, por el honor de la familia, por la libertad, en defensa de sí o de sus allegados y por el derecho a la propia supervivencia. No entra, desde luego, en este precepto moral el sacrificio de los animales, y en tiempos las víctimas humanas o de cualquier especie, propiciatorias para conseguir el favor de los dioses implacables, al carecer de dolor y de sangre. Si esto ocurre con un precepto tan imperativo como es el de no matar, no es de extrañar que tantos otros de menor talla puedan ser justificadamente vulnerados.

No rige en la vida del hombre un código moral absoluto por más que se pretenda asignar este carácter a cada norma por el momento en vigor; las leyes no son fruto de unos mandatos naturales sino de la voluntad del legislador que trata de imponer sus propias ideas con apariencias de bien común; por eso cambian a cada paso con el color del grupo dominante, y la desobediencia, constituye no ya falta moral sino incluso delito punible.

Las fuentes más comunes de normas morales son, empero, las costumbres y éstas se hallan en continua evolución como consecuencia de los cambios políticos, de situaciones económicas, de estudios de cultura, de sentimientos colectivos más o menos amplios. El ansia de vivir sin trabas para acercarse por este

camino de la libertad a ultranza, a la mayor cuota de felicidad humana es cada día, de manera más patente, el motor de las costumbres y por lo tanto de la moral al uso, el ansia de vivir en toda su plenitud el momento presente contrasta con las esperanzas pretéritas de una vida futura colmada de gloria a cambio de renunciaciones a los placeres de hoy. El escepticismo nace del espíritu científico que insensiblemente impregna el mundo de hoy; la Ciencia pide pruebas irrefutables y no se satisface con meras afirmaciones por muy alta que sea la autoridad de donde procede. En una palabra: la fe se resiente y la apatía cunde extendiéndose por todas las capas sociales e incluso salpica a las que pudieran aparentar ser más inmunes a la contaminación. Todo esto para unos es malo, para otros conforma simplemente lo natural, la claridad, la Naturaleza.

En la vida sexual es, quizás, donde se perciben mayores cambios de la moral tanto por la magnitud de los mismos como con la rapidez con que se ha producido lo que ha podido ser constatado dentro de una misma generación, en el curso de una vida humana; de la represiones más duras, por lo general hábilmente burladas, lo que bien se refleja en la literatura de cada época, se ha pasado de un grado de permisión tan absoluto, al menos, como las prohibiciones anteriores.

En el terreno económico, el éxito se alaba y parece santificar los medios empleados para alcanzarlo; en cambio el fracaso no se perdona, de tal forma que ha habido siempre verdaderas clases sociales, de respetables triunfadores por un lado, y de otro, la de infelices marginados por culpa de su incapacidad para escalar los peldaños de la riqueza.

El poder es otra meta cuya consecución determina, en tantos casos, el aprecio moral de su conducta, sobre todo en los más afectados por ella. De la calidad de salvador o iluminado que se atribuye a un conductor de masas cuando tiene en sus manos la fuerza, desciende con seguridad hasta la calidad de monstruoso tirano cuando el destino le arrebatara sus instrumentos de poder. No hay nada más aleatorio que la moral política.

En fin, la moral no es un valor inmutable sino cambiante, circunstancial, vacilante a compás de los tiempos y a tenor de las circunstancias. Por eso es tan difícil el papel de juez sobre los avatares de la historia orgullosa de cada pueblo o de la conducta de cada individuo; la visión panorámica cambia radicalmente al mudar de punto de vista y no seremos nosotros quienes nos atrevamos, por tanto, osadamente a dictar sentencia.

La masa

La observación del comportamiento de cualquier grupo humano en relación con el carácter de cada uno de los componentes ofrece una curiosa evidencia: la desviación que experimenta la conducta común con respecto a la propia de cada individuo o incluso en contraste entre estas diversas maneras de ser individual que consideramos propias y la que se manifiesta tras la integración del sujeto en su ambiente colectivo.

No es una amalgama de caracteres lo que se produce por asociación sino una especie de reacción química en la cual los componentes se modifican por mera fusión con los restantes y el combinado no revela en nada la imagen propia de los componentes. Todo ello a pesar de que los individuos presentes en el grupo gocen de cierta afinidad que les infunde una apariencia homogénea. La historia del fenómeno radica no tanto en la magnitud que los hechos adquieren por efecto de adicción, cuanto en el carácter imprevisible de los resultados, a veces contradictorios, en flagrante disparidad con lo que cabría esperar de una mera integración numérica o incluso cualitativa. Las leyes matemáticas o simplemente lógicas fallan por completo si se intenta aplicarlas a estos grupos de individuos conjuntados configurando así una masa indeterminada de comportamientos humanos; ni las cantidades se adicionan ni las cualidades se entremezclan, todo es irracional en el cómputo. Lo mismo que ciertas reacciones químicas, la de los grupos humanos requieren a veces el cebo de una chispa o la presencia de un catalizador para fundirse en los caracteres de la masa obedeciendo de este modo a lo que en términos convenidos se denomina una provocación aunque el movimiento que se produce no siempre concuerda con la naturaleza del estímulo.

Queda todavía en la memoria cómo una proclama sobre supuestos envenenamientos prendió la tea incendiaria en los muros de tantos refugios donde se ignoraba incluso la causa de aquella furia. El comportamiento de las masas suele ser absurdo no sólo por lo imprevisible de la reacción que desencadena el combinado de sus elementos, sino que también por el carácter que el mero hecho de la integración imprime a cada uno de los miembros debido a su entorno vital.

La psicología de las masas ofrece aspectos sorprendentes e imprevisibles incluso conociendo todos los datos que permitan identificar y distinguir de antemano a cada uno de sus integrantes. De un lado, la masificación altera las cualidades del individuo y, de otro, la amalgama de estas cualidades no es consecuente, ni obedece a leyes deterministas de estricta observancia sino que acumula numerosos términos aleatorios. Las masas constituyen poderosas fuerzas ciegas y si se logra someterlas a los designios de sus conductores pueden proporcionar grandes logros, sin entrar por el momento en la clasificación mera de los mismos.

La psicología de las masas ha sido objeto de muchos estudios pero, como suele acontecer al centrarnos en cualquier tema filosófico, más allá de los meros aspectos físicos, el ideario hay que formularlo con prudente reserva, en la duda de que tenga más de apriorístico que de científico porque los prejuicios siempre están al acecho.

La observación y la experiencia pueden servir de guía con mayores garantías de acierto que las más elaboradas especulaciones sobre premisas inseguras. Hay, por lo pronto, dos clases de influencia interesada sobre las masas, que deben inspirar fuerte desconfianza: la propaganda y la demagogia. Ambas cuentan con un arma poderosa que la tecnología moderna ha venido a potenciar: los medios de comunicación a los cuales son tan sensibles los grupos indecisos que se someten dócilmente a sus dictados sin que el individuo sea capaz de reaccionar libremente en defensa propia por razones de dignidad. La voluntad afirmativa de lo que debiera ser

su inalienable personalidad, asentada sobre una sólida formación humana, es la única eficaz defensa que le resta al individuo contra estos intentos de subyugar su ánimo, de convertirlo en un ser vulgar, sumiso y manejable. Es necesario evadirse espiritualmente de la masa; las masas no se revelan y constituyen peligrosamente una enorme fuerza potencial siempre manejable y aunque en contadas ocasiones pueden favorecer materialmente al individuo, que habrá de pagar por ello el amargo salario de su degradación, de la pérdida absoluta de su identidad.

Si a tenor de lo que afirmó Ortega, “yo soy yo y mi circunstancia”, el contacto insano de la masa llega a diluir el yo reduciéndolo a pura entelequia.

Esta es la triste condición del hombre absorbido por la masa, compacta o difusa, cuando aquel carece de nervio para emanciparse de su tutela, para liberarse de la cárcel a la que sutilmente va siendo empujado por la presión envolvente del entorno, dejando sin aliento su propia personalidad, alienándose de sí mismo hasta quedar reducida su voluntad a la de un simple número, sumando unitario del colectivo por el que se ha dejado absorber.

Aunque Ortega y Gasset creyó ver en las masas el surgir de una nueva fuente de poder como otrora nacieran los de la aristocracia o la burguesía, hay algo importante que las distingue sustancialmente; las masas no constituyen en sí poder alguno sino que se limitan al papel de arma arrojadiza y dúctil manejada por otros poderes más o menos ocultos pero siempre patente. La astucia de estos poderes fácticos está en hacer creer a la masa instrumental que es ella misma la que rige sus propios destinos provocando una embriaguez de protagonismo capaz de impulsarlo a las más nobles o las más abyectas acciones que nunca hubieran decidido acometer con la visión de meros comparsas. Todo esto exige una labor previa de captación, con frecuencia muy sutil, sobre cada sujeto, lo cual es hoy posible gracias a la enorme difusión que los medios técnicos de comunicación moderna proporcionan a quienquiera que pueda servirse de ellos. La manipulación acostumbra ser inteligente, sin falsear del todo los hechos sino matizándolos o exponiéndolos a medias para llegar por deformación, rara vez descaradamente, a la imagen propuesta. Se alcanza así un difícil equilibrio por arte maquiavélico aunque en verdad tampoco se precisan extraordinarias dotes persuasivas ni mágica inspiración por cuanto que el sujeto al que va dirigido el mensaje se halla inserto en la masa que lo inhibe de su propia sustancia empujándolo hacia la subordinación. Integrarse en la masa, cualquiera que sea la función de la misma, degrada al ser humano y le propende a incurrir en servilismos que por sí solo repudiaría en afirmación de su conciencia individual.

La idea de la masa es mucho más amplia de lo que generalmente se considera como tal; una muchedumbre compacta es, ciertamente, lo que mejor refleja el concepto de masa y en donde se manifiesta de modo más patente la anulación del individuo. Los inmensos estados repletos de esa masa gris, que hasta parece elegida como tonalidad por el atuendo, son buena muestra de una población absorbente donde naufraga la propia personalidad; sujetos, que por naturaleza tienden al equilibrio y a la tolerancia, se transforman multitudinariamente en provocativos y sectarios sin freno ni razón incapaces de apreciar con justicia y serenidad lo que acontece en el terreno de juego. Todos hemos contemplado a muchos ciudadanos

modelo de sensatez y ecuanimidad en su vida privada, incapaces de cualquier incorrección en sus relaciones sociales, vociferar como energúmenos en las gradas de un estadio, sin sentido de la realidad ni del respeto debido a sus semejantes, arrastrados por la masa en un indigno comportamiento.

Cuando una manifestación de cualquier signo invade abusivamente las vías de una ciudad que debiera ser de todos ¿cuánta barbarie no rezuma a veces esta concentración de seres pacíficos y normales fuera de tal ambiente?.

No es indispensable la presencia física en grupos multitudinarios; el carácter de masa se manifiesta también en el conjunto disperso de numerosos individuos sometidos a la misma influencia, hecho tan frecuente dados los medios de comunicación actuales. Dicha influencia sobre la población sumisa es el determinante más característico de la condición de la masa y sin la cual el conjunto no alcanzaría jamás la fuerza que se pretende imprimir reduciéndose entonces a una inofensiva y plural expresión de una masa informe.

La propaganda de todo género a través de la prensa, la radio o la televisión forja un tipo de masa no por difusa menos real, que con espíritu gregario va por donde se le ordena, consume lo que se le ofrece, ve y oye lo que le sugieren y piensa lo que se le manda sometido a un perfecto lavado de cerebro. La despersonalización forjada por la masa sobre el individuo es tal que a veces éste actúa sin finalidad determinada, por simple mimetismo: va donde van los otros, sigue la moda de todos, se confunde en la misma conducta sin saber porqué, sin juicio propio, aunque quizás esta falta de personalidad es debida a que la inmensa mayoría carece por esencia de esa cualidad tan distintiva que encontramos a faltar en sus decisiones; en ausencia de ella no es extraña la merma de cualquier gesto en defensa propia contra la absorción inadvertida en el seno de la muchedumbre unificada.

Los esquemas premeditados de masificación son hábiles y en algunos casos hasta inteligentes pero ninguna circunstancia libera al individuo de su degradación masiva; dirija o no la masificación es siempre degradante. El individuo común no sabe resistir a estas influencias; sólo excepcionalmente algunos elegidos perciben el peligro y luchan por escapar a la dominación; la consciencia de tal peligro es la primera exigencia que debiera imponerse todo ser humano si aspira a ser verdaderamente libre.

Los enunciados a través de los cuales se ejercen las influencias masivas son, a veces, muy sutiles y tentadores; quizás el más extendido y eficaz se basa en la promesa de modernismo; cuando va rodeada de esta aureola cualquier proposición, por muy irracional que sea, prende con rapidez en la mente de todos los grupos "snobs" y de sus más próximos parientes: los aquejados de esta enfermedad mental endémica llamada papanatismo; el terreno está aquí ricamente abonado para engendrar al hombre-masa y en él suele fructificar simplemente como en ningún otro. No queremos terminar este ensayo sin dedicar algún párrafo al promotor de las masas. Acostumbra ser un sujeto o clan inteligente, de escasa profundidad en sus saberes, si bien su formación enciclopédica y superficial sobre temas muy variados que sabe tratar epidérmicamente pero con brillantez. Es el verdadero artífice de los

movimientos mejor o peor orientados de las masas siempre dóciles a sus conductores aunque ellas se crean suficientes y autónomas. Aquellos artífices han sido en realidad los verdaderos revolucionarios o pacificadores a lo largo de toda la historia humana, los creadores por excelencia tanto para bien como para mal. No se los confunda, sin embargo, con los meros agitadores los cuales, esencialmente, forman también parte de la masa misma, instrumentos como éste de ajenos designios que trazan el camino a seguir. Ni en aquellos, ni en las masas instrumentalizadas radica la aparente rebeldía que ha venido a marcar el signo de tantos aconteceres en el devenir histórico.

Todo el sistema político del mundo occidental se asienta sobre un principio sagrado: el de separación de poderes o al menos de los tres poderes sociales que contemplara Montesquieu: el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial. El mantenimiento de la independencia entre ellos es dogma de sana política y bastión de la democracia. La legitimidad de unos y otros proviene de distintas fuentes; el legislativo debe estar señalado por la voluntad popular en forma colectiva, el ejecutivo puede ser también electivo en los regímenes presidencialistas y, si no, ha de proceder del poder legislativo por elección tácita que se ha de corresponder con la mayoría representativa; el judicial tiene sus fuentes en la preparación académica puesto que para ejercerlo se exige un título universitario. Sólo este último, pues, debe acreditar un cierto grado y género de conocimientos: el ejecutivo y el legislativo se hallan al alcance de cualquiera que sepa convencer de sus buenas cualidades o de las virtudes de los partidos en que se integran. En conjunto todo ello no parece muy razonable aunque Churchill afirmara que era el menos malo de todos los sistemas; al menos la experiencia de los pueblos modernos parece darle en esto la razón. Sin embargo, esta mínima peligrosidad no debe ocultarnos la realidad y esencia de tales poderes y de la verdadera relación entre ellos aunque sólo sea para no caer en el desánimo cuando percibamos la realidad de los hechos. Por lo pronto, la pretendida independencia de poderes es un mero espejismo desprovisto de toda efectiva presencia ya que las mismas fuentes de donde emana y se alimentan dichos poderes lo hacen imposible, e incluso, como idea, no parece tampoco un logro plausible; tal independencia comportaría una soberanía absoluta sobre sus propias decisiones lo cual acercaría el sistema a una dictadura múltiple.

En puridad es el poder ejecutivo el que ejerce toda la soberanía pese a la cortina de su aparente control por el legislativo; este último cede a aquel otro, en la práctica, la iniciativa de legislar, aunque en teoría se reserve aportar sus propias iniciativas. En los raros casos en que esto acontece, si la idea parte de la oposición está condenada al fracaso y si de la mayoría gobernante, es seguro que la norma ha de contar previamente con el beneplácito del ejecutivo ya que entre una y otra existen lazos que se mantienen por la identidad de principios pero, sobre todo, de intereses dado que mutuamente podrían, si no, aniquilarse.

La dependencia del poder ejecutivo y el legislativo se suaviza algo en los regímenes presidencialistas donde uno y otro pueden enfrentarse con fuerzas igualmente ponderables que legitiman a ambos: el sufragio por separado. En las dictaduras ya se sabe que no hay más poder efectivo que el del dictador aunque éste suele encubrirse con la capa de unos canales legislativos que él mismo compone a su imagen y semejanza; la identidad aquí es perfecta.

Hemos hablado de legitimidad y hemos de detenernos un punto sobre ella. Es un tópico unánimemente aceptado que el poder resida en el pueblo y las discrepancia sólo afectan a la manera de ejercerlo y de transmitirlo; el voto es quizás la única manera de hacer efectivo este poder y su extensión a las diversas clases

sociales que ha venido ampliándose al sucederse las épocas. Desde el voto privilegiado de la edad media, pasando por diversos escalones de voto restringido hasta el que hoy se conoce como sufragio universal en tanto que por lo regular se mantengan todavía algunas restricciones. Mucho se ha discutido sobre esta fuente de legitimidad sobre todo a medida que se ha ido extendiendo su uso; las mujeres, los pobres, los analfabetos, los menores de cierta edad han sido objeto de juicios comparativos muy diversos en cuanto a la ponderación de sus votos respectivos, cuestión que ha sido zanjada en los sistemas democráticos por la igualdad absoluta de todos los votantes.

Cuando pasamos a examinar la independencia del poder judicial, la duda no es de menor respeto por cuanto la forma de las mismas instituciones induce a mantener aquella duda.

Con respecto al poder legislativo no es posible albergar sospecha alguna de independencia puesto que las leyes, las normas procesales y la escala de penas a que deben someterse fielmente sus juicios les vienen impuestos por los parlamentos a los cuales se subordinan íntegramente el poder judicial; y como quiera que la máxima autoridad parlamentaria ya hemos visto que la incorpora el poder ejecutivo, es éste el que marca de facto toda la conducta del poder judicial. A mayor abundamiento, jamás falta en un gobierno el ministro de Justicia cuyo papel no es otro que el de encausar aquellas imposiciones gubernamentales; al par que las propias instituciones superiores de Justicia, por si fuera poco, son en su mayoría prácticamente producto de la voluntad gubernamental.

No hay pues, más que un poder efectivo que el del gobierno pese a que se proclame cual regla básica en toda democracia la independencia de los tres brazos de su armadura, el ejecutivo, el legislativo y el judicial, lo que nos permite calificar, con todos los respetos, como verdadero mito las sabias normas que nos legara Montesquieu.

Aunque los temas que ahora vamos a tratar no tengan nada de triviales, nuestras reflexiones sobre ellos son de carácter estrictamente personal, sin pretensiones dogmáticas o de escuela, por lo cual los consideramos intrascendentes.

Cualquier individuo con alguna sensibilidad que contemple su entorno o el espacio inmenso en el que nos hallamos sumergidos no dejará de experimentar una sensación de interés y asombro por lo que descubre a su alrededor: un mundo de cosas materiales y una serie de fenómenos sujetos a leyes, conocidas o ignoradas pero de existencia real y al parecer, con ciertas relaciones armoniosas.

Inmediatamente surge una inquietante pregunta: ¿de dónde proviene todo esto que observamos, ya sea un grano de arena ya sea el Universo entero que en parte vemos y en parte colegimos?. Ninguna respuesta matemática puede darse a nuestra pregunta; debemos pues, acudir a conjeturas o actos de fe. Desde los tiempos más remotos, desde el comienzo de la razón humana, por elemental que ésta fuere en su momento, han venido elaborándose tales conjeturas y afirmaciones del más variado género sobre el tema.

Como todo misterio, éste ha sido asociado generalmente al sentimiento religioso que nunca ha eludido dar una respuesta; en total mil respuestas, cada religión con la suya. La Filosofía ha invadido también este campo sin mayor éxito, ya que la especulación a ultranza no es camino seguro para acercarnos a la verdad. Empecemos por reconocer que las verdades de esta naturaleza no nos son asequibles y a lo más que podemos aspirar es a rondar el campo donde se asientan, procurando evitar el dislate manifiesto y las afirmaciones contundentes pero caprichosas o deliberadamente falsas.

Vayamos pues a la búsqueda de la verdad hasta que nuestros medios alcancen, y a partir de este punto, seamos prudentes tratando de adentrarnos en el misterio sin pretensiones de certeza pero al mismo tiempo, sin aventurar proposiciones irracionales.

El primer dilema con que se enfrentan cuantos se detienen a pensar sobre los orígenes del mundo es éste: el Universo ¿ha sido creado o increado?, es decir, su existencia ¿es eterna?. El concepto de eternidad no pasa de ser una expresión gramatical sin sentido o realidad comprensible en el ámbito de nuestras percepciones o, lo que es igual, pertenece a una esfera que no cabe dentro de nuestros sentidos o de nuestra inteligencia. Es por tanto un concepto trascendente fuera de nuestras vivencias. Reconocer en la materia un atributo de eternidad, es decir, de cosa increada, parece no pretender otra cosa que desentenderse del problema. En verdad, ni siquiera el pensamiento humano alcanza a concebir tal cosa.

Descartada la posibilidad de una cualidad eterna para el Cosmos hay que refugiarse en la idea de su creación; pero atribuir a la materia el poder de construirse por sí misma, partiendo de la nada, es más insólito todavía ya que nada de lo que observamos en ella nos puede inducir a creer en semejante poder de naturaleza sobrenatural. ¿Cómo puede esperarse tan soberana actitud de una sustancia que ni siquiera muestra inteligencia?

Desechada la insostenible eternidad del Universo, lo que nos lleva a afirmar que éste ha sido creado, pero rechazada asimismo el atributo en él, generador de su propia existencia, llegamos a la conclusión de que un acto de esta naturaleza ha debido de ser obra de otro Ser superior al que habrá de reconocer la virtud de poseer toda la potencia imaginable, comprensible o no por el hombre; a este Ser es al que llamamos Dios.

La idea de una potencia sobrenatural se halla explícita en la mente de todos los pueblos, por lo que se conoce desde la más remota Historia, pero la variedad surge en cuanto a concebir la esencia de la divinidad y sus relaciones con el género humano.

La concepción antropomórfica ha sido quizás la generalizada, debido a las mismas limitaciones del conocimiento humano; sigue la identificación con los diversos seres de las especies zoológicas; se circunscribe a veces a los fenómenos de la Naturaleza, en particular a los más impresionantes de orden atmosférico: el rayo, el trueno, la tempestad en cualquiera de sus formas; los astros, especialmente el Sol, fuente de todas las energías captadas por el hombre; los accidentes geológicos: ríos, montañas..... y, en fin, todo aquello que puede sobrecoger al hombre. En la religión hindú, la divinidad es omnipresente y forman parte de ella todos los seres y las cosas del Universo.

La divergencia de credos surge también en cuanto a las cualidades del Ente o de las Entidades divinas, bienhechoras o maléficas, angélicas o diabólicas. El bien y el mal se justifican fácilmente cuando existen divinidades de uno u otro carácter que actúan de acuerdo con su propia naturaleza, propicias las unas, las otras, perversas causantes de todo daño; pero el conflicto espiritual surge cuando se postula un Dios Supremo fuente de toda bondad; ¿cómo explicar entonces la presencia de la malicia y el sufrimiento humano?

Se proclama entonces el mal o el bien como consecuencia de una justicia inmanente como compensación del sufrimiento en otra vida llena de goces y felicidad. Una explicación más plausible sería la de reconocer que el código moral y el sentido del bien y del mal no es el mismo para el Ser divino que para el ser humano, bastando a este fin observar cómo el fenómeno de la muerte es tan distinto en uno u otro ámbito; natural para la Divinidad, fatal para el hombre. Tal naturaleza en Dios no autoriza a confundirlo con un ente sanguinario y cruel, ávido de sacrificios cual aparece en tantos credos y actos religiosos.

El poder de Dios se muestra en su capacidad para realizar prodigios como el de la creación. No obstante, su dictado no es absoluto; a no dudar, por voluntad propia puesto que el hombre, condicionado por tantas influencias internas y externas – genéricas, educativas, ambientales.... – percibe claramente que goza de un cierto margen de libertad para decidir a su libre albedrío, de donde se infiere su responsabilidad moral.

El orden establecido, junto con la Creación, en el Universo entero obedece, sin duda, a leyes inmutables, algunas de ellas, descubiertas en su día por la limitada inteligencia del hombre tras ímprobos esfuerzos. Puede afirmarse que si se analizan estas leyes conocidas, por vía de la razón y de la experiencia, resultan ser un

portento de lógica y bien hacer; cabe suponer que no lo serán menos, aquellas otras leyes, todavía desconocidas, reto permanente lanzado a la inteligencia humana, horizonte permanente, señuelo de la razón. Por otra parte, suponer que el hacedor de estas leyes naturales soberanas pueda vulnerarlas a su capricho o por concesión a la interesada demanda de los hombres no tiene base racional alguna.

La sabiduría divina es otro de los atributos de un Ser capaz de crear partiendo de la nada y establecer las leyes de esta Creación. Tal conocimiento parece conducir inexorablemente a la predestinación humana ya que sentenciar a priori el futuro significa la implantación de un determinismo incompatible con la libertad y la responsabilidad moral a las que antes aludíamos.

Por sentimiento, es decir, como verdad subjetiva, nos aferramos a éste último concepto positivo con fuerza inusitada; negarlo implica la ignorancia por todos, al menos en algún grado, el curso de las decisiones del hombre, limitación a la sabiduría infinita del Ser creador que por su parte ha de ser voluntaria. Estas afirmaciones tienen una gran fuerza aunque no pasen de ser subjetivas. Subjetiva, asimismo, pero con igual fuerza de convicción es la idea de que un Dios infinito pueda descender al trato cordial con esa insignificante micra que es el hombre, oyendo sus quejas y accediendo a sus ruegos. Solamente la infinitud de aquel Ser supremo, que pudiera estar presente a la vez en todas las partes, hace posible esta entrañable convicción humana. Convengamos de paso, en que toda súplica contiene en mayor o menor grado la entrega a manos de Dios de una parte de nuestro albedrío, concesión que no halla trabas en sí misma, con la esperanza de alcanzar una recompensa mayor.

Otra incógnita, tal vez la más inquietante, resida en el destino del ser humano tras el agotamiento de esta existencia; la angustia ante el temor de morir definitivamente es innata en todos los espíritus y para no caer en tal depresión se ponen en juego los mayores esfuerzos mentales de efectos consoladores: ¿nos espera la gloria eterna?, - esperanza ensombrecida por la amenaza de una inmisericorde eterna condena - ; o esas otras menos ambiciosas o menos temibles promesas de la transmigración de las almas, aunque pueda ser incluso hacia seres inferiores, por aquello de que algo es algo. Esta duda trágica para el hombre es, a su vez, la más impenetrable, con un horizonte también previsible del total aniquilamiento en cuerpo y alma, dada la íntima relación existente entre espíritu y materia, dependencia que la Ciencia establece cada día con mayor firmeza. Ésto equivaldría a llegar por fin, a la nada, es decir, a nuestra propia inexistencia antes de venir a este mundo.

En síntesis, tenemos como sostén más firme de nuestras creencias la existencia de un Dios creador y su providencia divina, asiento de todas las religiones, fe compartida por todo el género humano. Lo demás, ritos, dogmas, mitos, supersticiones, leyendas ..., son obra de cada pueblo, pero, al fin y al cabo, y a tenor de otro aforismo similar, todos los caminos conducen a Dios.

Juventud

Para el poeta, la juventud es un divino tesoro; para los escépticos, una

enfermedad que se cura con los años, para los empresarios, una fuente de trabajo barata, para los políticos, una suma de votos importantes que hay que conquistar con el halago; y así, sucesivamente, cada capa social tiene su propio criterio respecto a la juventud. No pretendemos resolver aquí el pleito pero sí dar suelta a algunas reflexiones con miras a centrar la cuestión.

No cabe duda de que la juventud es promesa de futuro y como tal interesa su adecuado tratamiento que, desde luego, no consiste en el halago y en la subordinación a los caprichos de un colectivo todavía inmaduro como lo es éste en el que hemos fijado nuestra atención. Hay que tener en cuenta primordialmente que la juventud de cualquier estamento social, incluso universitario, no ha tenido tiempo de adquirir el caudal de conocimientos que requiere el vivir y que mucho del saber adquirido es falso por defectos de asimilación o por lo tendencioso de su procedencia. La experiencia no puede ser manantial de sabiduría para quienes tan poco contacto han tenido con ella, experiencia a su vez engañosa puesto que se modela en un ambiente previo de protección exagerada durante su niñez y la adolescencia que más tarde se esfuma llenando, por el contrario, de aristas el terreno de la existencia.

La salud y el vigor de la juventud, lo que constituye su verdadero tesoro, da a ésta la sensación de ser la fuerza más importante de la naturaleza haciéndole gozosamente olvidar la debilidad a la que se halla forzosamente sometida por razón de sus otras carencias. Sin noción de los límites, que comportan todos los bienes, lo mejor que se le puede desear es que no abuse de estas riquezas únicas que posee, destruyéndolas en un afán desmedido de llegar hasta el fondo de la vida en apariencia inagotable. Este espejismo está llevando a buena parte de la juventud actual a un desenfreno insoportable que, para mayor baldón, enarbola como valiente enseña de la libertad.

La sensación de propia fuerza y la ignorancia de sus limitaciones impele a la juventud a reclamar un papel rector de la Sociedad según hemos podido contemplar en múltiples manifestaciones del pensamiento juvenil. Ello tiene disculpa por la inexperiencia de los solicitantes pero lo que ya se hace menos disculpable es el apoyo que este clamor encuentra en ciertos sectores interesados, como muestra de alarde progresista que no podrían justificar como acciones efectivas de otra índole o, simplemente, como halago insincero en busca de refuerzos para sus fines, aunque no sea más que a efectos electorales. Este halago insidioso es otra forma de droga con la que se intenta mantener a la juventud en un estado de éxtasis y autosugestión para hacerla más fácilmente manejable, que es lo que en último término se pretende. Hay que ser sinceros y valientes y decirles a los jóvenes la verdad y nada más que la verdad, como en las comparecencias testificales, y esta verdad es la que falta mucho camino por recorrer para alcanzar la madurez necesaria antes de realizar toda gran empresa.

La Vejez

Hay un consenso universal en cuanto a la figura de la ancianidad y en todas

partes tratan de fijar los derechos inalienables de este sector humano aunque con cierto espíritu de mezquindad y efectos más bien para la galería.

Parece un tanto incongruente; el viejo ha adquirido su principal mérito por el mismo hecho de vivir largo tiempo en este mundo lleno de asechanzas contra el ser humano; ha vencido en todos los desafíos y ha escapado a todas las trampas que la Sociedad y la Naturaleza han ido tendiendo en su camino; y el resultado de esta lucha triunfal le confiere, de algún modo, el papel de héroe, de héroe doméstico pero héroe al fin. En segundo lugar, hay que reconocerle al anciano un cierto doctorado en el conocimiento de la vida. Por eso hubo en tiempos ciertos pueblos elementales que conservan aún como senado de máxima autoridad a un consejo de ancianos. No está mal por cuanto ésto, al menos, simplifica ventajosamente todo el impenetrable sistema jurídico de los países civilizados sin que con ello, estos últimos ofrezcan mayores garantías de justicia, antes por el contrario; la tela de araña tendida aprisiona injustamente en su red sólo a los más débiles, magnífico cebo para ese animal gigantesco, que aguarda siempre ágil, la caída de su presa.

La sabiduría que alberga la vejez proviene, como todas las fuentes del saber, del estudio, de la observación y de la experiencia. Si bien por avatares personales, la primera fuente, el saber académico, les haya sido vetado a algunos miembros de este grupo social; ello afecta en principio al conocimiento técnico, más asequible para las restantes clases sociales. El caudal de experiencia de la vejez no pueden en cambio superarlo, por ración de tiempo, los más jóvenes. Saber y experiencia de la vida: he aquí los méritos indiscutibles que avalan el derecho de los ancianos como valores todavía apreciables exonerándoles de la mera condición parasitaria con que se los contempla desde un punto de vista estrictamente económico.

Los puntos flacos de la vejez son, por esencia, numerosos y bien conocidos. En primer lugar son, debilidad física y en casos patológicos mental, que convierten al anciano en un ser prácticamente inútil en el terreno laboral; la jubilación, más o menos oportuna, con tendencia legal a precipitarla constituye una carga pasiva para la Sociedad que la soporta, mal que bien, con múltiples reticencias. Es verdad que surgen instituciones pregonadas a los cuatro vientos para remediar en lo posible las carencias notorias en este campo pero sólo tienen, en realidad, carácter testimonial y, políticamente, publicitario sin que nada de ésto resulte cuantitativamente eficaz. Para los espíritus mejor intencionados esta obra viene a ser como un alivio moral de la conciencia. En resumen: toda la labor deja mucho que desear en cuanto a su eficacia.

La vejez conlleva también, en amplios sectores de la misma, actitudes francamente negativas que no merecen alabanza ni respeto alguno: su anclaje en el pasado, en la tradición, oponiéndose a todo cambio que venga a alterar su norma en lucha egoísta contra el presente y sin el más mínimo interés por el futuro dada la sencilla razón de que a ellos ya no les alcanza; su hora final equivale al fin del mundo. Lo que resta tras nosotros es, sin embargo, continuación de nosotros mismos, una especie noble de supervivencia en la presencia de nuestros descendientes y, en sentido más amplio, de todos a la vez.

La abulia, el pesimismo, la negación, son también frutos abundantes de la vejez, y estas posturas negativas sí que dan al ser humano un carácter de ancianidad irremediable.

El Azar

Bien conocidos son los juegos de azar, precisamente aquellos en los cuales, aunque parezca mentira, el azar propiamente dicho no juega papel alguno. Es este sustantivo un eufemismo con el que pretendemos encubrir inconscientemente nuestra ignorancia.

No hay más azar posible que allí donde interviene una voluntad libre, imprecisable, que como tal puede cambiar el curso de los acontecimientos de modo arbitrario. Donde no hay voluntad libre no puede haber azar y aquella circunstancia sólo se da entre las facultades del ser humano y quizás, de un modo incierto, en algunas especies de animales que por sí mismos tengan algún poder de decisión. Esta cualidad tampoco se da siempre de manera completa pues el cerebro viene genéticamente condicionado en parte por influencias ajenas a su libre albedrío que lo constriñen y predeterminan en cierto grado, a veces del todo. Un enfermo mental no es un ser libre que pueda ejercer como tal su voluntad sino que sus reacciones obedecen a causas patológicas que preforman su comportamiento lo cual es una manera de determinismo. Sin llegar a este extremo, el ser humano, en general, sólo goza de una voluntad parcialmente libre, la necesaria, diríamos, para hacerle responsable de su conducta, pero es evidente que numerosos factores externos pueden inclinar, de manera apreciable, las balanzas de sus juicios y, por lo tanto la orientación de su conducta de tal guisa que sin llegar a ser del todo predispuerto, tampoco gobierna enteramente sus propias decisiones.

No hay efecto sin causa, excepto, insistimos, en el campo de la voluntad libre de condicionantes o, para ser más precisos, de aquella parcela de la voluntad que goza al menos de este privilegio. En cuanto a la causa existente, si no media la voluntad torcedora antedicha, el efecto queda, sin más, determinado, sea conocida o no la ley que rige esta dependencia.

Tal apriorismo es reputado falso por cuantos cerebros creen que las leyes de la probabilidad son, en efecto, expresiones de puro azar que nunca podrán convertirse en leyes deterministas. Una cosa es que nosotros no podamos llegar a conocer jamás estas leyes y otra cosa distinta es que no existan. Lo que sucede es que el número de agentes involucrados es tan elevado o tan difícil de aislar entre sí para tratarlos individualmente que la causa integral del acontecimiento no es abordable matemática ni filosóficamente. Ahora bien, creer que el efecto que nos llega ha podido producirse sin causa suficiente, siempre a salvo de la interferencia de una voluntad libre, es un contrasentido que roza las fronteras del absurdo. Pues bien, la Naturaleza física carece de voluntad interferente; luego ha de ser total y forzosamente determinista pese que para nosotros la mayoría de sus efectos se presenten como un arcano, fruto simplemente de nuestra cognoscitiva y aunque ésta progrese cada día más, está todavía muy lejos de hacerse lo bastante operante como

para permitirnos predecir todos los fenómenos de la Naturaleza.

La ruleta de los casinos con su bola, considerada como el juego de azar por excelencia, sin embargo, es objeto del más absoluto determinismo; la mágica bolita sólo puede caer en el número donde se para, excluida toda otra posibilidad, aunque parezca que cualquier punto final pudiera tener la misma probabilidad de ser alcanzado. No es así: ignoramos la casilla donde acabará por alojarse la bola porque desconocemos el valor de cada uno de los parámetros que intervienen en su marcha, desde el impulso inicial, pasando por los coeficientes de rodamiento y ángulos de choque con los obstáculos que se le interponen en su camino. El problema, de cualquier modo, sería matemáticamente muy complejo pero las leyes matemáticas se resuelven en sí sencillamente, sin cálculo alguno, por vía de los hechos en puro y resuelto empirismo.

Análogamente se comportan otros muchos fenómenos encuadrados en los dominios del azar y que obedecen con rigor a las más imperiosas leyes deterministas: juegos de cartas, fenómenos atmosféricos, movimientos o catástrofes telúricas, todo aquello en la Naturaleza que no quede sometido de algún modo a la voluntad libre se halla perfectamente determinado aunque ignoremos el cómo, o el porqué llegan a producirse.

Paradójicamente, es el ser humano con su libre albedrío, aún en parte condicionado, el principal promotor de los hechos aleatorios que presenciarnos cada día, el creador en fin, del azar que dejaría de aparecer si el hombre perdiera su libertad decisoria.

Al igual que los problemas técnicos se resuelven casi siempre añadiendo un coeficiente de seguridad a los resultados teóricos, que no presenta más que un coeficiente de ignorancia por causa de los factores imprevistos que puedan intervenir en el proceso; así el azar no es otra cosa que un índice de la general ignorancia con que nos movemos en este mundo lleno de incógnitas.

En resumen: la Naturaleza no conoce el azar, el hombre lo crea.

Una característica muy noble del ser humano, y sólo de él entre todos los seres, es la de su afán por saber. Aquello que le rodea se presenta como un enigma y nada le habla por sí mismo de su esencia ni de las razones en que se funda. Pero el hombre observa, investiga, piensa y no da calma a su espíritu mientras no logra desvelar, hasta donde es posible, el cómo y el porqué de aquello que se le oculta. De ésta manera el caudal de conocimientos humanos, en su conjunto, forma una masa gigantesca que no cesa de aumentar, inaccesible para cualquier cerebro individual, por sabio que se reputa, lo que significa en términos relativos el aforismo socrático: “sólo sé que no sé nada”; aunque paradójicamente, esta suma infinita, “infinita de ceros”, constituya un inmenso saber.

El hombre se enfrenta, en primer lugar, con el misterio de la Creación. El Universo ¿es eterno?, ¿existe desde siempre sin haber sido creado?; el concepto de eternidad, como el de infinitud, carecen de sentido para la mente humana, que no puede abarcarlo y ha de referirlo en todo caso a un Ser de naturaleza superior, a un ser que llamamos Dios. Sólo este Ser más allá de nuestra naturaleza y de todo cuanto conocemos puede poseer un atributo tan sobrenatural y sin embargo necesario, ya que la Nada absoluta precediendo a algo existente es más inconcebible todavía. Digamos, pues, que el concepto de un Ser sobrenatural es lo más lógico o, cuando no, lo menos irracional para nuestra inteligencia. De aquí se deduce, eliminando ya el carácter de eternidad dentro de la concepción cósmica, la natural consecuencia de la posible creación del Universo por esa voluntad superior en un tiempo dado.

Ya hemos hallado dos conocimientos muy importantes: Dios y la Creación; pero aquí comienzan otra serie de enigmas: hallar la imagen de Dios y los diversos aspectos de la Creación.

La Ciencia y el instrumento de la razón nada pueden aportar sobre el primer punto; si bien hemos podido llegar razonablemente a la existencia de Dios, la primera razón que nos muestra su condición sobrenatural bajo el concepto de eternidad y poder creativo extrayendo de la nada el Universo, nos conduce a la imposibilidad de expresarlo en términos conocidos, pero como el instinto humano de saber entra en juego, acude a la fantasía para compensar su impotencia.

Surge en primer lugar la imagen antropomórfica de un Dios a semejanza humana; en ello coinciden varias religiones que aceptan de buena fe la presencia de un Dios vestido con túnica y sandalias, de manera ridícula para un Ser tan por encima de nuestra mente, lo cual sería una flagrante blasfemia si no fuera por el disculpable afán de comprensión que hay en esta fantasía. No contentos con su representación plástica los credos religiosos en su mayoría se ufanan de conocer todos los caracteres divinos atribuyéndoles todas las virtudes humanas en grado máximo con la misma buena intención que antes. Todavía merecen mayor condena otras representaciones zoomórficas de varios dioses afectados algunos de ellos, por contraste, a los peores vicios humanos. La Ciencia, por supuesto, ni se ha planteado este problema sabedora de sus propios límites.

En cuanto a la Creación, el enigma deja enseguida de serlo para la mayoría de los credos religiosos, pretendiendo incluso, algunas de ellas como todas las derivadas del tronco judaico, basar sus afirmaciones en la misma revelación divina acumulando en su fe evidentes falsedades que proclaman como verdades absolutas y no, lo que son en realidad: fabulosas leyendas fruto de la fantasía y en virtud de sus ansias de saber; todo cuanto ignoran lo inventan, lo cual, al fin y al cabo, no es un mal ejercicio literario, sólo censurable por implicar en tales dislates al Supremo Creador.

En este tema del origen del Cosmos, la Ciencia sí ha dado su parecer varias veces, aunque poniendo también en ciertas afirmaciones no escasa fantasía; sírvele de disculpa el que nunca ha pretendido imponerlas como verdades absolutas, salvo en escasos círculos persuadidos de una falsa superioridad intelectual recurriendo a veces al principio de autoridad.

Formando parte del tema de la Creación se halla el de la génesis del ser humano; hasta hace un poco más de un siglo, en nuestro mundo occidental se admitía el mito de la revelación referente a la primera pareja original, pecadora con la ayuda de una serpiente y una manzana y pese a la clara sensación de leyenda que campea en todo el relato, se acepta no como símbolo literario de una propuesta moral sino como verdad irrefutable por el origen divino de su comunicación. La fantasía que contiene el relato es extensible a tantas otras ramas del saber que precisamente al ser inalcanzables, en cada instante habían de ser inventadas por el hombre para calmar sus ansias de instruirse.

Hoy, el conocimiento del proceso evolucionista ha despojado de su belleza al mito, reconociendo en nuestra ascendencia una historia mucho más prosaica que va desde el mono, en su último escalón más próximo, hasta los peces abisales aún como más remotos progenitores y se remonta en sus misteriosos orígenes al arcano de la primera célula. La Ciencia, que ha triunfado rotundamente en la evolución de este panorama impuesto a la vida, no deja sin embargo de fantasear a veces cuando trata de explicar pieza por pieza y órgano por órgano los orígenes de nuestra configuración anatómica.

La Ciencia pura, la Matemática, constituye la más noble e incuestionable ruta de nuestro saber, desde Euclides hasta las mayores cimas de la Matemática moderna, nada se ha visto más exacto e inalterable capaz de satisfacer así el ansia de saber y el anhelo de encontrar la verdad en nuestro camino. Los contados desvíos no euclidianos, lejos de contradecir las tesis más firmes del conocimiento fiable, lo que vienen a afirmar es la fuerza del pensamiento humano capaz de dar vida aparente por el camino de la lógica a mundos inexistentes; al fin y al cabo un rasgo más de fantasía, pero de la mejor ley.

El mayor y más fecundo esfuerzo se ha producido a lo largo de la historia en el campo de la Física al tratar de desentrañar los misterios de la Naturaleza; cuando no se poseían medios ni base para explicarlos se desataban las más asombrosas fantasías sobre la esencia de los fenómenos del Universo: sobre la forma de la Tierra, - plana, abovedada, limitada pero más allá del horizonte – la composición del Cosmos – aire, agua, tierra y fuego - , sobre el movimiento de los astros arrastrados

por los ángeles en torno a la Tierra inmóvil – etc.

Las líneas del Renacimiento, hoy clásicas, vinieron a poner orden en este caos estableciendo las leyes de la Física en términos lógicos y experimentales que perviven y pervivirán lógicamente para siempre. No obstante, ante las dudas motivadas por aparentes contradicciones reveladas por la experimentación en el curso del último siglo, la Ciencia ha vuelto a resolver impaciente las contradicciones que aparecían ante su mente a base de saber clásico, derivado hacia la expresión de nuevas leyes que tienen más de esotéricas que de reales: variación de las dimensiones espaciales, del ritmo del tiempo y de la materia creada, según la velocidad del Sistema donde se contemplan, enunciados más difíciles de comprender que las propias contradicciones que pretendían eliminar. Este espejismo científico nunca tuvo en cuenta la influencia del medio, que postulaban, por hábito, como vacío absoluto o de un éter imposible. Y, sin embargo, basta introducir los efectos de este ignorado factor, tan sutil que ha llegado a confundirse con el vacío, para restablecer incluso matemáticamente la legitimidad de esa legión de extrafenómenos que parecían romper con el saber de todos los tiempos.

Fantasía y Ciencia, Ciencia y Fantasía están destinadas a reinar alternativamente en la mente humana con la ambición, siempre digna, de satisfacer el ansia de saber que desde siempre viene acuciando al ser, por lo demás tan frágil y vulnerable que llamamos hombre.

El afán de conocer y desentrañar todos los misterios que la rodean ha sido el más noble estímulo de la existencia humana. En efecto; el mundo entero se presentaba, en principio, como un gran enigma ante la comprensión de los seres racionales y nadie ha dejado de hacer su pequeño esfuerzo por desvelar las incógnitas en que se veía sumido; pero han sido los hombre de Ciencia, en primer lugar, los que han aportado mayor número de soluciones a este problema consiguiendo así que la Ciencia goce de respeto y prestigio entre todos los hombres. Esto ha llevado, incluso, al abuso que suele hacerse del calificativo de “científico” tratando de aplicarlo a nuestras actividades u oficios que no pasan de ser meras especulaciones sin base lógica, fruto del ensimismamiento de cualquier pensador a ultranza, cuando no, adjudicándose a unas tareas de simple registro, ordenación y archivo de datos propias de tantos supuestos investigadores que no van más allá de coleccionar un mejor o peor muestrario de fichas; el lector que seguramente evocará con ésto a muchos investigadores de campo o de salón que, no porque su trabajo sea verdaderamente útil o instructivo, en ciertos aspectos, lo cual es muy rentable, carecen de las cualidades necesarias para llamarse a sí mismos científicos, esto es, descubridores por la razón o la experiencia de nuevas leyes en virtud de las cuales se rige en el Universo que nos envuelve e incluso a nosotros mismos.

El quehacer científico es una continua enunciación de verdades nada triviales; subrayemos el carácter de certeza, de verdad, en cuanto nos es asequible, tan lejano a la frívola enunciación de principios o leyes arbitrarias, tan diversas, sobre un mismo tema, contradictorias entre sí, pueriles en conjunto.

Casi toda la suma de ideas lanzadas por tantos pretendidos filósofos puros adolece de una u otra de estas dos tareas; la vulgaridad o la confusión, cuando no de ambas a la vez; así, para velar la vacuidad de aquellos asertos se suele recurrir al oscurecimiento de los enunciados y del desarrollo de los mismos exhibiendo construcciones y términos barrocos e ininteligibles fuera de su alcance para la mayoría de los mortales simulándose con ello unas dotes de sabiduría reservada solamente a los elegidos en el reparto de la inteligencia.

Para aprehender los secretos de la Naturaleza, en su más amplia acepción, como contenido de todo lo existente, lo primero que se requiere es precisar bien las fuentes de conocimiento que nos proveen de la información necesaria a fin de poder formular juicios lo más acertados posible.

Saltan inmediatamente a nuestra consideración los sentidos corporales a través de los cuales podemos percibir el mundo exterior por medio de sensaciones fisiológicas; sin ellas, nuestra mente se hallaría privada en gran medida de las influencias que animaron nuestros deseos de conocerlas a fondo, lo que, en parte, constituye el saber mismo. En efecto: sin las percepciones que emanan de la visión, del oído, del olfato, del paladar y del tacto quedaríamos poco menos que aislados del mundo, situación que haría imposible el llegar a conocerlos. Para que estas percepciones se con viertan, sin embargo, en saber, es necesario que se sometan de inmediato a un proceso de elaboración mental sin lo cual nada podríamos entresacar

de esas mismas percepciones. La mente es pues, el eslabón imprescindible en esta cadena que nos acerca al saber; y ésto en todos los casos, puesto que la inteligencia es, en último término, el sostén del conocimiento.

Los sentidos son un valioso elemento en el camino del conocer como vías de penetración para captar las cosas y los hechos ajenos a nuestro propio ser; pero los sentidos sin la comprensión de la mente sólo proporcionarían un conocimiento sensorial de corto alcance. Pongamos de relieve que este conocimiento no sólo alcanza a las percepciones directas sino también a aquellas otras que se hacen sensibles por medios indirectos: un aparato de medida nos puede informar perfectamente sobre la magnitud de un fenómeno que no experimentamos directamente en nuestro organismo: por ejemplo, la corriente eléctrica, en un circuito conductor. En suma, todas estas manifestaciones del conocimiento que nos llegan sin elaborar por la mente constituyen el conjunto del saber empírico; es el único que debieron poseer los pueblos primitivos y el único que perdura en la cultura de las modernas poblaciones salvajes.

Sin salirnos esta vez de nuestro propio yo poseemos también otra fuente de sabiduría de extraordinario valor: la razón que no precisa necesariamente de excitaciones externas para elaborar juicios y establecer leyes lógicas describiendo verdades con la misma fuerza que es capaz de elaborarla a través de aquellas excitaciones llegadas de fuera. Hay que tener, sin embargo, mucho cuidado al valorar los frutos de tales especulaciones mentales puesto que es muy fácil llegar a conclusiones erróneas por el camino exclusivo de la lógica que viene a ser, a veces, como un pez que se muerde la cola encerrándose en sí mismo sin contacto alguno con la realidad exterior. Este es el fallo de la mayoría de las escuelas filosóficas que si son tan numerosas como diferentes, se debe en tales casos, a su existencia puramente imaginativa basada en caprichosos o arbitrarios presupuestos.

La fuente más fiable de conocimientos es pues, la experiencia natural o provocada, sucesivamente elaborada por la razón. La razón pura puede crear bellos sistemas lógicos pero no ofrece gran seguridad sobre la validez de sus conclusiones en el campo de la Naturaleza; bien es cierto que sin la intervención del proceso mental todo el conocimiento se reduce a un puro empirismo de corte primitivo.

Conviene observar que el proceso racional en sí viene condicionado por numerosas circunstancias personales o colectivas que dan a sus conclusiones un valor subjetivo o, si se quiere, más o menos objetivo pero siempre privado de valor absoluto y perenne. En una palabra: nuestros juicios no definen jamás la cosa en sí sino que nos define más bien a nosotros mismos.

La esencia de los entes en su más amplia acepción llegan a nosotros filtrada a través de experiencias o intuiciones propias tan condicionadas y tan falibles que sólo pueden considerarse válidas en el espacio, el tiempo y los condicionantes presentes; pretender hacer de cualquier idea, formada en el espíritu individual o colectivo por nuestra sensibilidad o por abstracciones más o menos lógicas, una verdad absoluta pecaría siempre de encubierto dogmatismo.

Es, por tantos conceptos, tener ideas claras sobre lo que se pretende afirmar, circunstancia que no se da en la mayoría de pensadores de oficio, los cuales con su

confusión mental difícilmente accesible, logran sólo crear oscuridad de visión entre los ingenuos. Estas afirmaciones valen incluso para el mundo científico que, aunque constituyen uno de los pilares sólidos del saber, tampoco es inmovible como lo demuestra hasta la saciedad la Historia de la Ciencia, una rama del conocimiento humano en perfecto cambio, lo cual no le resta su valor en cada instante. Si ésto es así para el conocimiento científico, el más fiable de todos por la severidad de sus exigencias, ¿qué podremos decir de las formulaciones meramente especulativas tan caras a ciertos pensadores dispuestos siempre a hacernos compartir sus visiones como entes reales?. Respecto a este punto no hay que olvidar la ausencia, en general, de correspondencia biunívoca entre causa y efecto lo cual justifica los errores en los que tantas veces ha incurrido la Ciencia misma. En efecto, un fenómeno dado puede, en ciertos casos, ser explicado de varias maneras. Sirva de ejemplo la sucesión del día y la noche tan comprensible cual lo fue, en tiempos, por la hipótesis geocéntrica como lo es hoy por la hipótesis heliocéntrica; muchos otros casos, que no aducimos aquí para no extendernos en estos apuntes.

La experiencia es el punto de partida más importante para llegar al conocimiento; reflexionando sobre los hechos que ésta nos muestra podemos ascender con nuestra mente, por medio de análisis y síntesis, siguiendo un proceso inductivo, hasta los orígenes de los hechos que presenciamos; o bien descender por el camino de las deducciones hasta las consecuencias que cabe esperar de los hechos observados. En lugar de partir de la experiencia, podemos sentar en el origen ciertas hipótesis o postulados creados por nuestra mente y seguir los mismos procesos para establecer relaciones lógicas de consecuencia. El valor de las mismas no viene condicionado, sin embargo, por el de los postulados ya que como sucede con la experiencia es posible también llegar siempre a resultados lógicos pero si las hipótesis son ciertas y el proceso mental no adolece de fallos consecuentes, los resultados son siempre válidos: tales hechos los vemos en la Geometría de Euclides. Otras Geometrías no euclídeas se hallan, sin embargo, elaboradas sobre principios elegidos arbitrariamente, no acordes con las vivencias humanas o, incluso, la Ciencia moderna utiliza algunas de estas Geometrías con propósitos demostrativos de ciertas especulaciones irracionales, por surrealistas o esotéricas, que, por nuestra parte, hemos tratado de probar en otro lugar que son innecesarias.

Es curioso ver como en cada época de la Historia han predominado, a veces, con carácter exclusivo, unas u otras fuentes del saber. En los tiempos primitivos el conocimiento era puramente empírico sin producirse una elaboración mental de los resultados; todo lo demás, cuando la experiencia mostraba la periodicidad de ciertos fenómenos se podrían extrapolar los hechos conocidos y preveer, de algún modo, el futuro de los mismos; la inteligencia, antes de Grecia, no supo en realidad, formular teorías racionales capaces de generalizar el conocimiento. Los griegos fueron los primeros en sistematizar los datos y las observaciones para establecer leyes racionales que abarcasen más allá de los hechos patentes por la experiencia. La elaboración mental del saber inmediato fue consustancial con la naturaleza griega y sus frutos tan abundantes y maduros que todavía perduran.

En los días de su apogeo, esta vocación idealista llegó a rebasar todos los límites de la prudencia convirtiéndose la misma en la única realidad existente para los mejores pensadores griegos. La influencia de semejante actitud actuó negativamente sobre la época posterior carente en sí de ideas propias, y el dogmatismo por un lado y la autoridad de los sabios pretéritos por otra, vino a apagar casi por completo todo examen crítico de la realidad presente: fue la edad media, de tan penosos recuerdos.

Con el Renacimiento se armonizan la experiencia y la razón y ello conduce a la época más brillante que pudo ser vivida hasta entonces; la Ciencia y las Artes rivalizan, ambas, con los mejores momentos de la época griega y aún los supera en muchos campos. Este proceso no se interrumpe y en los tiempos modernos, el saber racional y empírico alcanza cotas inimaginables coronadas por el esplendor de nuestros días. Sin embargo, como si ya hubiese logrado poner el pie en una nueva cima insuperable para la humanidad presente, se advierten signos inequívocos del comienzo de otra era ya en declive con un espíritu deshumanizado tanto en las artes como en las costumbres y hasta en las mismas teorías científicas tan cuajadas, a veces, de excesos especulativos que no invitan al optimismo para un futuro próximo.

Entre los caminos del saber debe todavía destacarse ese soplo indefinible pero indudable y fecundo que llamamos inspiración, el más difícil análisis y ¿por qué no decirlo?, hasta involuntario.

En fin: no hemos dedicado en este estudio espacio alguno a esa otra fuente del saber, indudable para el creyente, apócrifo para el escéptico, que se denomina Revelación. El examen de sus valores y de sus errores exigiría por sí solo un volumen de especial dedicación.

El tiempo en sus más variadas interpretaciones: desde el mítico Cronos, a las formas meteorológicas, astronómicas y relativistas (Versión 20/04/87).

He aquí unas cuantas reflexiones sobre el tiempo, que nos ayudarán a comprender, en fin, uno de los enigmas filosóficos más debatidos por el hombre en todas las épocas.

I – Atributos convencionales del tiempo

Todo cambio se realiza merced al Tiempo. El Tiempo crea y el Tiempo destruye. La perfección de las cosas es labor del Tiempo. La complejidad de los fenómenos, consecuencia del transcurrir del Tiempo; él transforma lo simple en complejo, lo improbable en certero. El Tiempo, ensayista infatigable, hace de su labor puro arte: perfecciona su obra eliminando lo inútil, pero también – como soberbio genio – corrompe y arruina su creación, incluso aquello que al hombre le parece insuperable, para dar cabida, en el inmenso mundo, a su innovadora producción.

Para el autor, la Creación resulta tan infinita e interminable como lo son los tiempos universales pasados y los por venir, no así el tiempo de duración de cada fenómeno en particular, de manera que no concedemos limitaciones a la capacidad creadora universal. Bien mirada, esta evolución, que nos deleitamos en contemplar, agiganta y acrece los ya infinitos méritos atribuibles al Creador de uno sólo de los Universos.

I - El Tiempo

Medimos el tiempo sirviéndonos de sus efectos: Los cambios físicos de supuesta regularidad, periodicidad o duración; sobre todo, aquellos cuya contemplación se nos presenta en forma clara, permitiendo contar intervalos parciales o ciclos completos, claramente delimitados: ya sean plenos de agua en la clepsidra, de oscilaciones, de péndulos y de resortes metálicos espirales, en los mecánicos; de apariciones de soles, de luna o de estrellas en determinadas posiciones del cielo, en los astronómicos; de generaciones en seres vivos; de pulsaciones cardíacas o ciclos respiratorios, en animales superiores, etc. etc. En definitiva contamos las eras o etapas parciales de cualquier proceso de movimiento o de cambio de aparente regularidad.

El discurrir del Tiempo provoca la mágica, amorosa y efímera conjunción de sendas, que tras crear nuevos seres y estirpes terminan en recuerdos; memorias del pasado y, acaso, mensajes hacia el futuro de ulteriores proyectos, contenidos en semillas de problemática maduración.

Las condiciones de viabilidad más inauditas, el trance más difícil, la pirueta más arriesgada, resultan ser sus acicates más prometedores; con ellos alcanza el

Tiempo sus logros más extraordinarios. El proceso filogenético de la especie humana nos ofrece un ejemplo aleccionador y completo de la complicada evolución de las cosas y de su difícil entendimiento.

El tiempo, sumiso a códigos imperativos, conforma paso a paso el Universo. El actual que vemos y el futuro que otros ojos verán. En el dictado de esos códigos subyace, a nuestro entender, el más común, puro y elevado concepto de Dios.

II - El Tiempo en la mitología Griega

Los antiguos griegos asociaron, épicamente, el Tiempo con el más joven de los Titanes: el que llamamos Cronos, hijo de Urano (el Cielo) y de Gea (la Tierra). Según ellos, Cronos, instigado por su madre Gea, arrebató el centro del poder a su padre Urano, para convertirse, él mismo en Dios. El cetro, en mi opinión, no ha sido ni será jamás devuelto. No olvidemos que la interminable Creación, obra ciertamente de titanes, se rige inexorablemente por el tiempo.

Cronos, receloso de su descendencia, devoraba a sus hijos a medida que nacían. Lo sigue haciendo concediéndoles breve vida; pues la existencia material, tanto la orgánica como la puramente mineral, es siempre efímera.

Corrobora estas ideas del comportamiento de Cronos la Teoría de Creación y Destrucción Continua de la Materia a todos sus niveles hasta alcanzar la trasmutación en sus elementos más simple y erráticos: los luxones (A). La materia es sólo una de las manifestaciones de la energía, y ésta ni se crea ni se destruye; sólo evoluciona de una forma otra, trasladándose en el espacio universal. Por todo ello carece de sentido hablar del origen y fin temporal del Universo en su conjunto. Todas las teorías que participan de estas ideas genéticas cuando están referidas a la energía universal en todas sus manifestaciones, deben descartarse por absurdas. La teoría del Universo en Explosión o del “Big-Bang”, en cuanto contraria

Al Principio Cósmico Perfecto, asociado así mismo al de Conservación de la Energía, debe descartarse por falsa. El Universo, aunque siempre diferente, presentó en el pasado y presentará en el futuro fenómenos similares a los que nos es dable ahora contemplar. El contenido total de la materia, depósito principal de la energía, debe permanecer constante. Hasta aquí que el relato mitológico de la creación resultaba certero y verosímil además de poético. En adelante, quizás para acallar las ansias de eternidad del hombre y alcanzar un final ilusoriamente más feliz que el que depara la muerte, el mito se distorsiona haciéndose más imaginativo, acaso también más profundo al involucrar ahora en su proceso a la energía radiante que aparece en los tránsitos y evoluciones de la materia. Continúa así:

El único hijo de Cronos que se libró de ser devorado tras nacer fue precisamente Zeus, el primer dios, ya terráqueo por hijo de Gea, considerado por los antiguos griegos como supremo, eterno, omnisciente y omnipotente ... Aclaremos que las Parcas, que burlaban la autoridad de Zeus, fueron las encargadas según los mitos griegos de la labor sucia de destrucción y muerte; liberando así a Zeus, para su mayor gloria, de toda responsabilidad en esas tristes e ineludibles misiones. Genial solución a un arduo problema de moral humana.

Pero Cronos-Tiempo, como padre de Zeus e hijo del Cielo resulta, en definitiva, fuente de todo lo creado; sin el Tiempo implícito en cualquier acción, en todo movimiento, lo físico desaparece, pues lo físico es exclusivamente acción.

II – La Evolución

Las tres dimensiones formales, imaginadas por los antiguos geómetras, son inconcebibles sin la cuarta del tiempo, pues sólo resultan verificables en el devenir del tiempo. Sin él resultarían inoperantes, puramente imaginarias. Nacieron en la mente analítica del hombre para explicar, artificiosamente, poco a poco, paso a paso, la complejidad de las cosas.

Para buena parte de los humanos, tal y como nos hallamos actualmente programados, la nada resultaría sólo la potencial e inagotable cantera de la Creación.

La indomable energía, según hoy la concebimos: motor y fuente de la continua Creación, trabajaría como primera incipiente materia, con los volúmenes que resultan de segregar, movilizar e individualizar lo ilimitado y homogéneo, todo lo llena: la hipotética pero imprescindible nada, que motiva volúmenes y justifica las distancias interestelares: el Éter ambiental estático, según mis teorías.

Obsérvese que yo, acorde con mis ideas explicitadas en “La Mecánica del Éter”, acepto para la Nada la cualidad de plenitud totalmente llena de éter estático ambiental, la idea radicalmente opuesta a la convencional y clásica para la Nada de vacío (inconcreto); al razonar que en la hipotética Nada no cabría físicamente movimiento alguno. El movimiento se halla implícito en todas las acciones energéticas (seres físicos), y sólo es posible en un medio elástico. Yo considero como tal al medio en que se da un parcial y relativo vacío de éter ambiental. Este vacío relativo de éter es el que conforman los propios seres físicos naturales con sus movimientos o evoluciones energéticas (desde el espín (B) de protones y electrones a las traslaciones elípticas de cualquier cuerpo sideral entorno a su astro principal; con efecto de centrifugado que los neutrinos, verdaderos agentes gravitacionales aferentes a las masas continuamente contrarrestan).

A veces solemos decir que los fallos de las cosas reales son imputables a “imperfecciones de la realidad”. Gran verdad, si se considera que las faltas, carencias o imperfecciones (de Éter) constituyen todo lo físico, todo lo real. Sólo es incorruptible y perfecto lo imaginario: Las matemáticas, por ejemplo.

He aquí también una posible explicación de la incongruencia de las matemáticas con la realidad; que en el tema de la creación continua de un Universo ilimitado, ocupado íntegramente por cada uno de los seres conformados que lo integran, conduce a una cierta equiparación de términos de presunto sentido contrapuesto: el del Todo con la Nada. Resultado aparentemente paradójico, atribuible a la utilización inadecuada de ciertas fantasías de la abstracción matemática, inaplicables al Universo como conjunto y a cada cosa real en particular.

Obsérvese que he empleado el término equiparar en lugar de identificar, expresión falsa ésta última que utilizan sistemáticamente los matemáticos en sus procesos lógicos de abstracción, empeñados en imaginar identidades entre las

imaginarias porciones de un Universo indivisible en el que detectamos, sólo, singularidades cinéticas (C). El conocimiento pleno de las cosas exige discernir la diversidad de todos y cada uno de los seres.

Estas singularidades, en su parte principal acotadas, homologadas y localizables, meros pliegues de una sola túnica, son en rigor evolucionantes e irrepetibles pese a todas las engañosas apariencias de continuidad y similitud. De ello, y de la total interdependencia de las supuestas partes consideradas, los pliegues de la túnica, se deduce que no puede haber en el Universo seres realmente segregables, y aún menos, en razón de su diferente e irrepetible localización relativa, individuos exactamente iguales.

Sin embargo, tanto arraigo tiene la programación lógico-matemática en el hombre, que yo, aquí, me veo obligado a aceptarla, siquiera sólo con fines explicativos, para hacerme comprender por cualquier otro hombre culto, o mejor, cautivo de estos mismos programas lógico-matemáticos: los únicos, por el momento, de utilización generalizada por los humanos.

Para quien contemple la naturaleza de la nueva manera morfofuncionista que propugnamos los miembros del grupo RAVI (D), sólo cabe aceptar como reales los fenómenos, siempre interdependientes, que al considerarlos separados (sólo mental y perceptualmente) calificamos como cuatridimensionalmente. Ellos cuentan, en nuestra percepción, con las tres dimensiones geométricas clásicas, que al segregarlos cinéticamente de su íntimo trasfondo confieren a las cosas localización, volumen y forma; y que al ser complementadas con la cuarta dimensión, la del tiempo, le infunden acción-realidad. Unas y otras actúan singularizando cada fenómeno; que siempre es parcial o imperfectamente contemplado por el hombre (la contemplación completa, inasequible al hombre involucraría a la totalidad del Universo y a todos los procesos evolutivos a lo largo de los tiempos).

El axioma matemático de que los cuerpos se mantienen iguales a sí mismos cuando se trasladan en el espacio, es falso; cualquier traslación es isobárica (me refiero aquí a presión del Éter) implica una variación ambiental que se traduce en pérdidas de masa si la presión aumenta y aumento de masa si la presión disminuye, y ello se refleja también en la variación local ambiental, pues los cuerpos físicos participan, de alguna manera, en su propio entorno. Esto último nos resulta más evidente cuando las condiciones del entorno se nos muestran claramente cambiantes de un lugar a otro. Por ejemplo: un terrón de azúcar es distinto si el medio en que se sitúa es aire o es agua; de ser este último, el terrón, al disolverse en el agua, desaparece de nuestra vista fundiéndose más inmediatamente con su inmediato entorno. Un segundo ejemplo lo tendríamos en el caso de las nubes atmosféricas; resulta impensable que una nube pueda trasladarse de ambiente sin que evolucione. En este caso concreto se ve claramente la estrecha dependencia entre objeto visible, la nube, y el ambiente. Por lo tanto cualquier cambio de posición de un cuerpo implica, forzosamente, cambio del entorno y del propio cuerpo, aunque nos sea, las más de las veces, imperceptible la diferencia. Los fenómenos físicos son, siempre, como las nubes.... o las galaxias

La más legítima carta de naturaleza de cualquier fenómeno físico es la

acción que, gramaticalmente, con verbos se expresa, excluido el verbo ser que consideramos inadecuado en cuanto signifique permanencia en el inmovilismo. Los fenómenos físicos se distinguen, advierten y conocen por sus movimientos individuales y sus consecuencias. Esto es: las acciones y las funciones que cumplen en los sistemas complejos que conforman.

La evolución nos muestra la implacable flecha o sentido del discurrir del tiempo, en todos y cada uno de los individuos y en las agrupaciones, familias, estirpes o especies imaginables. La evolución-tiempo es claramente total e irreversible. Evolucionan los propios individuos a lo largo de su vida: evolución ontológica (E), y también evolucionan diversificándose, con mayor motivo en orden a su progresivo alejamiento mutuo y de sus ancestros, los especímenes de ellos derivados: Evolución filogenética o de las especies evolucionan. Evolucionan así mismo, las formaciones minerales a todo nivel, a toda escala, desde la atómica y molecular a las siderales y galácticas. Todo lo físico, en fin, evoluciona para madurar y desaparecer más tarde, m si de una nube se tratara, mediante transfusión energética.

Aparte de la ocasional y transitoria asociación de individualidades, para conformar otros sistemas, también individualizados de distinta complejidad, la evolución implica el normal fluir hacia su extinción, con la miniaturización de las agrupaciones y final substitución de los corpúsculos de campo estacionario por energías puramente radiantes, en veloz trasiego.

Podemos afirmar de forma simplista que todo es fungible; todo acaba luxonizándose. Se trata, al final, de un juego de luces que puede considerarse, al mismo tiempo, como gloria o infierno, liberación o castigo, dependiendo del talante moralizante que persiga quien en tales términos se expresa, al imaginar el final último de cualquier fenómeno físico; incluido especialmente el que conforma cada hombre.

El recuerdo, en sus materializaciones físico-mentales, las memorias, son lo último en extinguirse. Las memorias resultan ser la ceniza última, así mismo precedera de todas las funciones realizadas por los seres físicos. Los recuerdos, como cualquier otra cosa, acaban extinguiéndose. Vienen a mi mente aquí, el realista epitafio que el cardenal Portocarrero eligió para su propia lápida mortuoria en la Catedral de Toledo: “HIC IACET PULVIS CINIS ET NIHIL” (F). Lo más perdurable, en este caso del epitafio: el todavía pulido cobre de la lápida y el mensaje modélico de su inscripción. Pero no nos engañemos, Portocarrero a lo largo de su vida asumió otras funciones distintas de las dictar su epitafio, y algunas de éstas, por sus consecuencias, han dejado indeleble huella en la historia. Recordemos aquí que Portocarrero, como válido y confesor de Carlos II, influye poderosamente en la decisión de Carlos de designar, a la Casa de Borbón, como estirpe reinante sucesora de su propia familia de los Austrias. La fronda de consecuencias, iniciada con la Guerra de la Independencia Española, sigue creciendo, y con ello se alarga algo más su memoria; o mejor, la de ciertos de sus actos.

Volviendo al saber de los antiguos, diremos que la Mitología griega, en su afán de satisfacer el hombre, prosigue con la reinstauración en la tierra de las

víctimas de Cronos e implanta el imaginario y perenne reino de Zeus sobre los individuos de la Tierra; una Tierra que, paradójicamente, es efímera en sí misma, como ahora ya sabemos. Es el quimérico reino feliz de Zeus, Deus, Dios, sobre los seres de la Tierra; con la promesa, para los insaciables humanos, de algún tipo de gozosa inmortalidad. Lo que no deja de tener cierto fundamento físico, si se considera que la energía que les conforma es indestructible, y en ella estriba el inicio, estación transitoria, y fin transfusivo de todo ser físico; en particular el de cada hombre.

IV - El tiempo-meteorológico y la metamorfosis de las cosas

El hombre intuye el paso del tiempo, especialmente por la metamorfosis de las cosas, que puede explicarse por la acción sobre cada individuo, de todos y cada uno de los entes individualizados que conforman su ambiente, incluido el propio individuo, sometido éste a los imperativos de su código genético-evolutivo.

Cuando decimos que algo envejece rápidamente, queremos manifestar que las interacciones de cada individuo y los demás que conforman su entorno se multiplican o aceleran. El tiempo en sí globaliza esas acciones de las que participan los fenómenos presentes en su mismo ámbito o parcela universal; aquello que los antiguos dieron en llamar meteoros o aéreos, los ya entonces conocidos, además de los descubiertos como tales posteriormente y los que restan por descubrir: todos los que se nos manifiestan, en fin, por remoto que sea su origen. Las lejanas estrellas iluminan nuestro cielo y besan también nuestra frente.

El hombre moderno habla del tiempo meteorológico dándole generalmente un matiz e intención moralizante, bueno o malo, según las consecuencias en su organismo de las acciones de esos meteoros: la irradiación solar, el granizo, la lluvia, el fuego, etc. etc. ; o esos otros claramente más imprevisibles, aleatorios y anonadantes para el hombre aislado y desvalido: las tempestades con sus vientos y descargas eléctricas, los terremotos, los maremotos, las erupciones volcánicas, las avalanchas, las riadas, los estallidos en la atmósfera de meteoritos, las emanaciones y radiaciones letales que nos alcanzan y, en fin, todos los cataclismos, que como muy bien sabemos, cambian los ritmos o tiempos pretéritos que consideramos como habituales; llegando a veces a destruir, por desgarrar, la integridad de las propias individualidades.

Infiero de todo ello que en todo individuo, y en cada instante de su evolución se registra un cierto ajuste de ritmos que condiciona al propio ritmo global evolutivo del individuo como conjunto. Ajuste que se halla adaptado a las particulares y locales circunstancias: que nunca se repiten exactamente iguales. De hecho, toda la estructura material compleja, ya sea orgánica o mineral, posee una frecuencia de vibración propia para cada estado de sustentación, que es diferente de las que poseen cada uno de sus elementos o miembros integrantes.

Naturalmente que en individuos seriados o parecidos, situados en entornos próximos, comunes o similares, y cuando no se producen situaciones anómalas por

insólitas, se registran evoluciones paralelas. Por esta razón el hombre tiende a generalizar las causas y confiar en la existencia de un solo agente promotor de todo cambio, que denomina tiempo. Y en su afán generalizador, el hombre pretende, así mismo, extender a otros ámbitos distintos, ese ente, puramente local, que imagina responsable único, o por lo menos principal, de todos los ritmos funcionales. Como siempre, el hombre tiene en ello cierta razón, por que se da en el Universo un trasfondo o causa dominante que tiende a igualar en cada lugar los ritmos de fenómenos aislados de origen básico, luxónico, atómico y molecular. Nos referimos a la presión gravitacional etérea.

La presión gravitacional es sólo perceptible por sus efectos en las aceleraciones y velocidades de móviles, en particular en la velocidad de propagación de la luz y en la frecuencia de cualquier vibración y/o radiación. Estas tres magnitudes correlacionadas: presión gravitatoria, frecuencia de vibración y velocidad lumínica, varían sensiblemente en los ámbitos de los cuerpos llamados másicos, pero muy poco en el espacio interestelar de la Galaxia en que vive el hombre, y aquí lo hace de forma tan continua y leve que los físicos han llegado a tomar, dicha velocidad de propagación, como única constante universal, la cual ha aceptado como clave en la interpretación puramente matematicista del Universo. Esta velocidad, según nuestras teorías, es variable y en función, también, además, de la presión gravitacional, de la densidad local de neutrinos (G); los cuales son sus agentes directos. Las supuestas constantes físicas universales imaginadas por el hombre, sólo lo son para ámbitos específicos y limitados.

Intuimos que todos los fenómenos están volcados por colisiones, eclosiones, vibraciones y sus movimientos derivados que ocasionan modificaciones en los cuerpos presentes en cada entorno. Cuando los elementos actuantes son objetos de dimensiones comparables a las del propio hombre, el seguimiento de estos fenómenos, mediante los órganos perceptoriales humanos es fácil, pero cuando son de escala molecular, atómica o inferior, sólo podemos intuir esas evoluciones por sus efectos estadísticos microscópicos; lo que ha estorbado, hasta recientemente, su percepción y correcto conocimiento. Varios ejemplos aclararán el tema:

1) - Para cualquier ser vivo, el evento más trascendente puede ser su propia muerte: su disfunción y su defunción. Ello puede ocurrir si ciertos ritmos orgánicos precedentes, que le son vitales, resultan perturbados, rompiendo sus necesarias correlaciones. Incluso algunos de los movimientos desaparecerían al dañarse el órgano que los rige, con lo que se produce la desorganización y muerte del individuo como ente complejo. En definitiva se produce una arritmia de funciones, un caos de tiempos, que preludia o indica la muerte del individuo, incapaz de sanar, o sea, de superar esos parciales desajustes. No olvidemos que la muerte Clínica se da por consumada en los humanos cuando desaparece la actividad cerebral, rectora de toda actividad inter-relacionante en el complejo llamado hombre.

2) - Para un planeta como la Tierra, la colisión con otro cuerpo sidereal acarrearía acaso su fragmentación. A partir de entonces, los ritmos de sus funciones pretéritas, entre ellas todas las clásicas meteorológicas: la duración de los días y las noches, de los veranos y los inviernos, de los periodos húmedos y secos, etc. etc. que al

conjunto terráqueo que afectaban con cierto sincronismo causal, serían totalmente alterados y sustituidos por otros ritmos, distintos ahora entre sí los de cada fragmento. Algunos de los fragmentos serán engullidos por el propio Sol, experimentando drásticas aceleraciones en sus ritmos evolucionantes; por el contrario, los fragmentos que se estacionasen en órbitas externas experimentarían disminución de sus próximos futuros ritmos evolucionantes; lo que no quiere decir, en absoluto, que se produzcan restauraciones de sus precedentes estadios, ya irremisiblemente superados. La fantasía implícita en el supuesto funcionamiento reversible de la llamada máquina del tiempo, sólo nos conduce a narraciones de fábula.

La utilización de la falacia de la constancia de velocidad de la luz en un supuesto vacío total, que no existe, ha conducido a establecer unas imaginarias leyes de comportamiento físico, correlacionantes, que si bien parcialmente acertadas en su cualificación para ámbitos concretos, resultan e insatisfactorias para dar explicación, en toda su generalidad, a la mayor parte de los fenómenos físicos.

La relatividad total del tiempo es manifiesta, cada individualidad adopta en cada lugar e instante, un ritmo propio: un tiempo singular que le es impuesto por las circunstancias de entorno. El entorno es, en definitiva, la fracción del conjunto universal presente y actuante en cada fenómeno, lugar e instante. Los sucesos son función del Tiempo, y éste a su vez, función de su Universo-entorno. Tiempo y Universo-entorno habrían de identificarse si aceptáramos la lógica matemática o utilizamos el conocido adagio de “por sus hechos les conoceréis”.

3) - Hemos hecho referencia a las posibilidades de desgarramiento de cualquier sistema cinético por efectos mecánicos de caos o arritmias de funciones. El ejemplo más típico lo tenemos en la destrucción de estructuras materiales en casos de grandes terremotos. Entonces, la superficie terrestre se resquebraja y las obras levantadas por el hombre en la proximidad de los epicentros, suelen romperse porque los distintos elementos estructurales que las conforman, dotados de frecuencias propias, distintas entre sí, entran en resonancia de manera diferente al alcanzarles los trenes de ondas vibratorias sísmicas. Esto provoca dislocaciones transitorias en los enlaces con esfuerzos, que si superan determinados límites elásticos, quebrantan de forma irreversible las estructuras. Fenómenos similares a escala atómica y molecular justificarían otros procesos de la misma naturaleza, pero hasta el presente han sido imperfectamente interpretados.

IV - El Tiempo Astronómico

La solemne y magnífica regularidad en los ciclos descritos por los planetas en nuestro sistema solar, han sido considerados siempre como paradigma de regularidad. El segundo de tiempo se ha establecido como una fracción perfectamente conocida de la duración del día medio solar, o bien como la fracción correspondiente al periodo anual de traslación de la Tierra en torno al Sol siguiendo la Eclíptica. Ambos periodos de partida, bastante sincrónicos entre sí, han servido de base a toda la relojería de alta precisión desarrollada por el hombre. Sin embargo

hoy sabemos que estos periodos son función de las masas de Sol y Tierra, de sus distancias mutuas y de la presión y densidad de los neutrinos ambientales; todos ellos cambiantes en el tiempo. La Tierra como el Sol son a su vez fenómenos pasajeros aunque bastante durables, de manera que, al segundo no cabe atribuirle, tampoco, valor absoluto.

En definitiva, cualquier medición de tiempo refleja un ritmo que es cambiante y privativo del fenómeno que se contempla. Por ello resulta ilusorio aceptar cualquier aparente paridad o simultaneidad sistemática y rigurosa durante un plazo de tiempo dilatado entre distintos fenómenos de la naturaleza apartados en el espacio, y con mayor motivo, si también en el tiempo. Por todo ello, cualquier tipo de observación del tiempo debe considerarse como local, circunstancial y relativista; aunque a los efectos prácticos, buena parte de los relojes nos resulten suficientemente exactos para admitir ciertas coincidencias o coexistencia de fenómenos.

La supuesta relatividad del tiempo, basada exclusivamente en la velocidad de alejamiento entre sí de dos móviles, es una falacia más entre las que el hombre inventó para explicar, en este caso, ciertos fenómenos de alteraciones rítmicas de los cuerpos en desplazamiento, manteniendo “a fortiori” (H) la tesis alternativa de constancia de la velocidad de la luz en el imaginario vacío; así como el principio de invariabilidad de los cuerpos cuando se desplazan en espacio y en tiempo.

Relación de palabras “DUDA PERSONAL” (Fuente: Wikipedia)

A) Luxón es un término informal para denominar a partículas sin masa que siempre viajan a la [velocidad de la luz](#). El término fue acuñado como comparación con partículas hipotéticas capaces de viajar a mayor velocidad que la luz denominadas [taquiones](#). Por comparación las partículas con masa que viajan a velocidades inferiores a la de la luz se denominan informalmente como tardiones.

B) El [espín](#) es una propiedad física de las partículas subatómicas.

C) cinético, -ca

Adj. Relativo al movimiento o que lo produce.

f. FÍS. Estudio de los efectos que las fuerzas y los momentos producen en el movimiento de los cuerpos materiales. Se distingue de la cinemática por tener en cuenta el principio de conservación de la masa.

B. ART. **arte cinético** Arte contemporáneo que incorpora el movimiento a los efectos usuales en la pintura o escultura.

MECÁN. **Energía cinética** La desarrollada por los cuerpos cuando están en movimiento. Se denomina también *fuerza viva* para diferenciarla de la energía potencial.

QUÍM. **Química cinética** Parte de la química que estudia la velocidad de las reacciones y los factores que influyen en ellas. (V. reacción.)

D) El Royal Agricultural Beneficencia Institución (Rabi) fue fundada en 1860 por John Joseph Mechi. A mediados de la década de 1800 un grupo de agricultores de Essex había preocupado por el nivel de pobreza en la comunidad agrícola y la ausencia de un organismo oficial para que los represente.

E) Al parecer el primero en usar la expresión "ontología" (aunque con caracteres griegos) en sentido filosófico fue el filósofo alemán [Rodolfo Goclenio](#) en su obra *Lexicon philosophicum* (Léxico Filosófico, en idioma castellano), en el año 1613. Se afirma allí que la ontología es la filosofía del [ente](#). Después de diversos usos y su paso a caracteres latinos, el matemático y filósofo alemán [Gottfried Leibniz](#) usó la expresión en su libro *Introductio ad Encyclopaediam arcanam* y la define como "ciencia de lo que es y de la nada, del ente y del no ente, de las cosas y de sus modos, de la sustancia y del accidente".

F) "Aquí yace, polvo, ceniza y nada"

G) Los **neutrinos** (término inventado por el científico italiano [Enrico Fermi](#), que en italiano significa 'pequeños neutrones') son [partículas subatómicas](#) de tipo [fermiónico](#), sin carga [yespín](#) 1/2. Desde hace unos años se sabe, en contra de lo que se pensaba, que estas partículas tienen masa, pero muy pequeña, y es muy difícil medirla. Hoy en día (2014), se cree que la masa de los neutrinos es inferior a unos $5,5 \text{ eV}/c^2$, lo que significa menos de una milmillonésima de la masa de un átomo de hidrógeno.² Su conclusión se basa en el análisis de la distribución de galaxias en el universo y es, según afirman estos científicos, la medida más precisa hasta ahora de la masa del neutrino. Además, su interacción con las demás partículas es mínima, por lo que pasan a través de la materia ordinaria sin apenas perturbarla.

La masa del neutrino tiene importantes consecuencias en el [modelo estándar](#) de [física de partículas](#), ya que implicaría la posibilidad de transformaciones entre los tres tipos de neutrinos existentes en un fenómeno conocido como [oscilación de neutrinos](#).

En todo caso, los neutrinos no se ven afectados por las fuerzas [electromagnética](#) o [nuclear fuerte](#), pero sí por la [fuerza nuclear débil](#) y la [gravitatoria](#).

H) A fortiori es una locución [latina](#) que significa 'con mayor motivo'. En [lógica](#) se usa esta expresión para referirse a una forma de argumentación por la que se saca una consecuencia de una cosa en vista de la [conclusión](#) que se sacó de otra, para la cual había menor motivo. Por ejemplo, si el que [roba](#) es [sentenciado](#), *a fortiori* será sentenciado el que [mata](#).

Es el grado inmediatamente superior al [a pari](#), en que la conclusión se formula con igual fuerza en los términos comparados y difiere solo materialmente *a necessario*; la ilación *a fortiori* indica simplemente exceso de razón, de fuerza y la *a necessario* expresa la intrínseca ligadura de la conclusión y la [premisa](#), que es para aquella lo que la causa necesaria es a su efecto o el principio a lo derivado de él. Como estas otras formas, se funda en los conocidos [axiomas](#) de las escuelas *dictum de omni, dictum de singulis sub eis contentis (quoad extensionem)*; *dictum de nullo, dictum de singulis (quoad extensionem et comprehensionem)*, que aplica con el indicado exceso de motivo.